R. GARRIGOU-LAGRANGE O.P.

La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y Víctima

Segunda edición

PATMOS
LIBROS DE ESPIRITVALIDAD
51

LA UNION DEL SACERDOTE CON CRISTO, SACERDOTE Y VICTIMA



PATMOS, LIBROS DE ESPIRITUALIDAD

Colección dirigida por JOSE ORLANDIS

1. EUGENIO ZOLLI: *Mi encuentro con Cristo.* (Tercera edición.) Prólogo de FRANCISCO CANTERA BURGOS.
2. RAYMOND-LÉOPOLD BRUCKBERGER, O. P.: *El valor humano de lo santo.* (Cuarta edición.) Prólogo de MIGUEL SIGUÁN.
3. GUSTAVE THIBON: *El pan de cada día.* (Tercera edición.) Prólogo de RAIMUNDO PANIKKER.
4. JACQUES LECLERCQ: *El matrimonio cristiano.* (Octava edición.) Precedido de la Encíclica «Casti Connubii», de Su Santidad Pío XI. Prólogo de FRANCISCO MARCO MERENCIANO.
5. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: *La vida eterna y la profundidad del alma.* (Cuarta edición.)
6. JESÚS URTEAGA LOIDI: *El valor divino de lo humano.* (Novena edición.)
7. NICOLÁS CABASILAS: *La vida en Cristo.* (Tercera edición.) Traducción directa del texto griego y estudio preliminar de los PP. LUIS GUTIÉRREZ VEGA, C. M F., y BUENAVENTURA GARCÍA RODRÍGUEZ, C. M. F.
8. UN CARTUJO: *La vida en Dios (Introducción a la vida espiritual) y Sermones capitulares.* (Tercera edición.) Prólogo de JUAN BAUTISTA TORELLÓ.
9. JOSEF PIEPER: *Sobre la esperanza.* (Tercera edición.) Prólogo de JOAN BAPTISTA MANYÁ.
10. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *Dificultades en la oración mental.* (Cuarta edición.)
11. JERÓNIMO SAVONAROLA: *Ultima meditación. (Sobre los Salmos «Miserere» e «In te, Domine, speravi».)* (Segunda edición.) Traducción y prólogo de ANTONIO FONTÁN.
12. JOSEF HOLZNER: *El mundo de San Pablo.* (Tercera edición.)
13. ANSELM STOLZ, O. S. B.: *Teología de la mística.* (Segunda edición.)
14. JEAN GUITTON: *La Virgen María.* Prólogo de RAIMUNDO PANIKKER.
15. JOHANNES PINSK: *Hacia el Centro.*
16. MICHAEL SCHMAUS: *Sobre la esencia del Cristianismo.* (Segunda edición.) Presentación de LUIS PELAYO ARRIBAS, C. M. F.
17. GUSTAVE THIBON: *Sobre el amor humano.* (Tercera edición.) Prólogo de MIGUEL SIGUÁN.
18. EMMANUEL CARDENAL SUHARD, Arzobispo de París: *Dios, Iglesia, Sacerdocio (Tres Pastorales).* (Tercera edición.) Prólogo de CARLOS SANTAMARÍA.

19-20. DIETRICH VON HILDEBRAND: *Nuestra transformación en Cristo.* (Segunda edición.) (Dos volúmenes.)

21. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: *La santificación del sacerdote.* (Segunda edición.)
22. P. PHILIPPE, O. P.; A. JOURNET, O. P., etc.: *De la vida de oración.* (Segunda edición.)
23. JOSEF CARDENAL MINDSZENTY, Primado de Hungría: *La madre.* (Tercera edición.)
24. JACQUES LECLERCQ y JOSEF PIEPER: *De la vida serena.* (Segunda edición.)
25. SIGRID UNDSET, PETER WUST, MAX JACOB, etc.: *Testimonios de la fe. Relatos de conversiones.* (Segunda edición.)
26. GERTRUD VON LE FORT: *La mujer eterna.* (Segunda edición.)

27-28. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *El amor supremo.* (Segunda edición.) (Dos volúmenes.)

29. FRANZ JANTSCH: *José de Nazaret.* Prólogo de ANGEL MARÍA GARCÍA DORRONSORO.
30. ROMANO GUARDINI: *Vía Crucis.* (Segunda edición.)
31. JEAN ABD-EL-JALIL, O. F. M.: *Cristianismo e Islam.*
32. JACQUES LECLERCQ: *Siguiendo el año litúrgico.* (Segunda edición.)
33. UN CARTUJO: *La Trinidad y la vida interior.* (Segunda edición.) Prólogo del Excmo. y Rvdmo. señor Dr. Fray JOSÉ LÓPEZ ORTIZ, O. S. A., Obispo de Túy.

34. SALVADOR CANALS NAVARRETE: *Institutos seculares y estado de perfección.* (Segunda edición.)

35. FRANCISCA JAVIERA DEL VALLE: *Decenario al Espíritu Santo.* Edición y presentación de FLORENTINO PÉREZ-EMBID. (Segunda edición.)

36. JOSEF PIEPER-HEINRICH RASKOP: *Catecismo del cristiano.*

37. JOSEPH-MARIE PERRIN, O. P.: *La Virginidad.* (Segunda edición.) Precedido de la Encíclica «Sacra Virginitas», de Su Santidad Pío XII. Prólogo de JUAN BAUTISTA TORELLÓ.

38-39. ROMANO GUARDINI: *El Señor.* (Cuarta edición.) (Dos volúmenes.)

40. DOROTHY DOHEN: *El mandamiento nuevo.* (Segunda edición.)

41. GEORGES CHEVROT: *Nuestra Misa.* (Segunda edición.)

42. JACQUES LECLERCQ: *Santa Catalina de Siena.*

43. JOSEPH-MARIE PERRIN, O. P.: *El misterio de la caridad.* (I. *El amor sin medida.*) (Segunda edición.)

44. ROMANO GUARDINI: *Sobre la vida de la fe.* (Segunda edición.)

45. ADOLPHE TANQUEREY: *La divinización del sufrimiento.* (Segunda edición.) Prólogo del Excmo. y Reverendísimo Sr. Dr. D. FRANCISCO JAVIER LAUZURICA, Arzobispo de Oviedo.

46. CHARLES HAURET: *La despedida del Señor (Juan, XIII-XVII).*

47. ROBERT DE LANGEAC: *La vida oculta en Dios.* Prólogo de Fr. FRANCISCO DE SANTA MARÍA, O. C. D.

48. FRANZ M. MOSCHNER: *La oración cristiana.*

49. JOSEPH LÉCUYER, C. S. Sp.: *Nuestro Padre Abraham.*

50. THOMAS MERTON: *La senda de la contemplación.* (Segunda edición.)

51. REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.: *La unión del sacerdote con Cristo, Sacerdote y víctima.* (Segunda edición.)

52. ABADÍA DE LA PIERRE-QUI-VIRE: *Monjes.* Prólogo de Dom JUSTO PÉREZ DE URBEL, O. S. B., Abad de Santa Cruz del Valle de los Caídos.

53. GEORGES CARDENAL GRENTE, Arzobispo-Obispo de Le Mans: *Padre nuestro.*

54. THOMAS MERTON: *San Bernardo, el último de los Padres.* Presentación de S. E. R. PEDRO, CARDENAL FUMASONI-BIONDI, Prefecto de la Sagrada Congregación de Propaganda Fide. Con la Encíclica «Doctor Mellifluus», de Su Santidad Pío XII.

55. RONALD A. KNOX: *El torrente oculto.*

56. GEORGES CHEVROT: *Simón Pedro.* (Tercera edición.)

57. FRANZ JOSEPH PETERS: *Espiritualidad sacerdotal.*

58. STÉPHANE PIAT, O. F. M.: *El evangelio de la pobreza.*

59. GEORGES CHEVROT: *Las Bienaventuranzas.* (Tercera edición.)

60. FEDERICO SUÁREZ: *La Virgen Nuestra Señora.* (Cuarta edición.)

61. STANISLAS FUMET: *Mikael: ¿Quién como Dios?*

62. RONALD A. KNOX: *Ejercicios para seglares.*

63. *Oraciones de los primeros cristianos.* Introducción de DANIEL-ROPS.

64. JOSÉ MARÍA HERNÁNDEZ DE GARNICA: *Perfección y Laicado.* (Segunda edición.)

65. EUGENE BOYLAN, O. Cist. R.: *El Cuerpo Místico.*

66. FRANZ M. MOSCHNER: *Las parábolas del Reino de los Cielos.*

67. FEDERICO SOPEÑA: *La confesión.*

68. EMILE BLANCHET: *Ausencia y presencia de Dios.*

69. THOMAS MERTON: *El pan vivo.* Nota preliminar de S. E. R. GREGORIO PEDRO XV, CARDENAL AGAGIANIAN, Patriarca de Cilicia y Armenia.

70. ADRIENNE VON SPEYR: *El triunfo del Amor.*

71. ERIK PETERSON: *El libro de los ángeles.*

72. FRANZ M. MOSCHNER: *Rosa mística.*

73. SYLVESTER BIRNGRUBER: *La moral del seglar.* (Segunda edición.)

74. JEAN DE FABRÈGUES: *El Santo Cura de Ars.*

75. Ronald A. Knox: *Ejercicios para sacerdotes.* Presentación de Pedro Sanz. C. M. F.

76. Antonio Royo Marín, O. P.: *El misterio del más allá.*

77-78. Eugène Vandeur: *Retiro.* (Dos volúmenes.)

79. Kilian J. Healy: *En presencia de Dios.* Prólogo de José María Martínez Doral.

80. Stephan Cardenal Wyszynski: *El espíritu del trabajo.* Prólogo del Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Angel Herrera Oria, Obispo de Málaga.

81. Joseph-Marie Perrin, O. P.: *Vivir con Dios.*

82. F. van der Meer: *El símbolo de la fe.* Prólogo de S. E. R. el Cardenal de Jong.

83. Hubert van Zeller: *El hombre busca a Dios.*

84-85. Antonio Piolanti: *El misterio eucarístico.* (Dos volúmenes.)

86. *La Biblia, libro de oración.* Introducción de Daniel-Rops.

87. Urban Plotzke: *Mandamiento y vida.*

88. Joseph-Marie Perrin, O. P.: *El evangelio de la alegría.*

89. Piero Bargellini: *San Francisco de Asís.*

90. Edward Leen: *¿Por qué la cruz?*

91. José Orlandis: *La vocación cristiana del hombre de hoy.*

92. Maurice Henry-Coüannier: *San Francisco de Sales, su vida y sus amistades.*

93. Antonio Royo Marín, O. P.: *El mundo de hoy.*

94. E. E. Reynolds: *Santo Tomás Moro.*

95. *Textos de espiritualidad oriental.* Introducción de Igor Smolitsch. Selección de Matthías Dietz.

96. Georges Chevrot: *En lo secreto.* (Segunda edición.)

97. Hildegard Waach: *San Juan de la Cruz.*

98. Salvador Canals: *Los institutos seculares.*

99. Edward Leen: *El Espíritu Santo.*

100. Jesús Urteaga: *Dios y los hijos.* (Quinta edición.)

101. Louis Bertrand: *San Agustín.*

102. Pie Régamey: *La cruz del cristiano.*

103. Mgr. Emile Guerry, Arzobispo de Cambrai: *Iglesia católica y comunismo ateo.*

104. *La gesta de la sangre.* Introducción de Daniel-Rops.

105. Joseph Lucas: *Nosotros, hijos de Dios.*

106. José Orlandis: *El espíritu de verdad.*

107. Igino Giordani: *El mensaje social de Jesús.*

108. Paul Marie de la Croix: *Meditación del Padre Nuestro.*

EN PREPARACION:

Vivir el cristianismo, por Jean Daujat.

Camino de vida, por Walter Farrell, O. P.

LECTURA ESPIRITUAL

REGINALD GARRIGOU-LAGRANGE, O. P.

LA UNION DEL SACERDOTE CON CRISTO, SACERDOTE Y VICTIMA

EDICIONES RIALP, S. A.
MADRID.-1962

Título original italiano:
De unione sacerdote cum Christo sacerdote et victima

(Editorial Marietti, Turín, Roma.)

Traducción de
Fray Generoso Gutiérrez, O. P.

Depósito legal: M. 4.789.—1962 Núm. de registro: 1703-62

Bolaños y Aguilar, S. L. - General Sanjurjo, 20. - Madrid, 1962.

INTRODUCCION

Publicábamos, hace algún tiempo, un breve tratado sobre la Santificación del sacerdote en el mundo de nuestro tiempo, *del que se ha hecho ya edición española* [1].

Planteamos en él los siguientes temas: necesidad de una fe más profunda *en los fieles para resistir los gravísimos errores modernos, en particular el materialismo y ateísmo de los comunistas. De aquí nacía la necesidad de una fe más profunda y viva en el sacerdote, a fin de comunicarla al pueblo cristiano.*

Expusimos también la obligación *del sacerdote, sea secular o diocesano, según se dice hoy,* de aspirar a la perfección cristiana.

Declaramos entonces la grandeza de la perfección cristiana conforme a las bienaventuranzas evangélicas—expresión concreta de la misma—y según el supremo precepto del amor de Dios y del prójimo.

Señalamos con insistencia que la perfección de la

[1] Colección Patmos, núm. 21.

caridad entra en el ámbito de este supremo precepto, *no como materia, o sea como algo que se ha de conquistar al punto, sino* como fin, *al que deben aspirar todos los fieles, cada cual según su condición: en el matrimonio muchos, otros en la vida sacerdotal, o en el estado religioso, sean sacerdotes o no.*

Si, pues, los simples fieles, según su condición propia, deben aspirar a amar cada vez más a Dios y al prójimo, mucho más obligados están los sacerdotes si han de ser luz del mundo y sal de la tierra.

En esta nueva obra sobre la unión del sacerdote con Cristo, sacerdote y víctima, *tratando de la vida íntima del sacerdote y de su actividad estrictamente sacerdotal, nos proponemos tres cosas:*

Que hoy, como siempre, el sacerdote debe tener muy presentes las palabras del Salvador: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás—alimento y vestido—se os dará por añadidura» [2]. *En otros términos: sea nuestro intento en primer lugar, hoy como siempre, no la felicidad terrestre de los pueblos para librarlos de toda opresión, sino la vida eterna, el reino de Dios, que, como fin último, debe ser lo primero intentado, aunque sea lo último en conseguirse. Cierto que a conseguirlo ayuda no poco una relativa felicidad temporal, con tal de estar subordinada al último fin.*

En el pasado, los sacerdotes de la Sinagoga *perdieron el camino prendidos en alas* de un mesianismo terreno, *como si el Mesías viniera a instaurar el reino terrestre de Israel. Hoy, como observan tantos obispos de muy diversas regiones, existe otro* *peligro, en algún modo semejante al peligro de otro mesianismo temporal: el encumbramiento del obrero.*

Hace algunos años existía el error opuesto. Eran muchos los que despreciaban el apostolado obrero. Ahora existe el peligro de caer en el naturalismo, en la práctica de este apostolado. Fue el error de Lamennais: casi insensiblemente descuidó la consideración del fin último de la Iglesia—la vida eterna—para centrarse en la felicidad temporal de los pueblos, librándolos de toda opresión. Claramente descubre este error A. Fonck en el Diccionario de Teología, *en el artículo «Lamennais», col. 2.478, 2.493 y siguientes. El germen de este error vivía en Lamennais ya antes de su apostasía, y se manifestó más claramente después en su libro* Las palabras de un creyente, *imitación naturalista del Evangelio bajo el influjo de las doctrinas de J. J. Rousseau y del romanticismo. Al final de su vida Lamennais negó la distinción entre el orden de la gracia y el orden de la naturaleza. Ya al principio reducía la fe, necesaria para la salvación, a un sentido común o razón natural de todos los pueblos de la humanidad; sentido o razón que tendría su origen en la revelación primitiva.*

Hoy existe un peligro, en cierto modo semejante, según han manifestado numerosos obispos recientemente: el mesianismo de todos los que, buscando un remedio a los males presentes, intentan bautizar el *marxismo o comunismo, preocupados excesivamente de la felicidad temporal de los pueblos y olvidados de la vida eterna, del fin último, que debe ser lo primero intentado, algo querido eficazmente, y no sólo soñado en momentos de exaltación.*

[2] *Mt.*, VI, 33.

En la vida sacerdotal, pues, para realizar una función sobrenatural y fructuosa, la primera intención ha de ser la de conseguir el último fin, ya que de su eficacia dependen las demás intenciones subordinadas, las elecciones y las acciones. Cristo ha dicho: «Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y lo demás se os dará por añadidura»; el alimento y el vestido y una cierta felicidad temporal de los pueblos, aunque no libre de la cruz de cada día, estigma de esta vida terrenal.

Esto es lo que ha de tener siempre presente el sacerdote católico a fin de llegar a la verdadera unión con Cristo, Sacerdote y Hostia, para que su apostolado sea sobrenatural y fecundo.

Insistiremos también en la misión que Cristo trajo a este mundo. Cristo, Salvador y Sacerdote, vino principalmente a manifestar el amor de Dios a los hombres: *para que tengan vida y la tengan más abundante; para que vivan plenamente la vida de la eternidad, a la que se ordena la vida de la gracia, en cuanto semilla de la gloria. Esta vida superabundante sobrepuja en mucho la felicidad terrestre, poseída en parte por los buenos cristianos, incluso en las dificultades de la vida presente; pero en el sentido evangélico, que niega el comunismo: «bienaventurados los pobres, los mansos, los que lloran, los limpios de corazón, los pacíficos y también los que padecen persecución por la justicia». Estos tales recibieron la vida, y abundantemente, como incoación de la vida eterna.*

Esto es lo que ha de decir a todos el sacerdote, pues siempre debe recordar, contra los errores protestantes y jansenistas, que «Dios no manda lo im-

posible. Cuando manda, impulsa a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas, ayudando para que puedas», según dice San Agustín, citado por el Concilio Tridentino[3]*. Quienes lo escuchan y lo ponen en práctica recibirán, y abundantemente, la vida. Es el tema de la predicación de siempre.*

Finalmente, demostraremos que Cristo quiere vivir en nosotros, particularmente en los sacerdotes, como en sus miembros, *a fin de manifestar su amor a los hombres redimidos. Hemos, pues, de recordar, de una manera especial, que el sacerdote debe vivir en una unión cada vez más íntima con Cristo, y en todo momento: celebrando la Misa, predicando, oyendo confesiones, dirigiendo almas. Así será realmente otro Cristo, su ministro, no un mero funcionario eclesiástico. Cristo quiere vivir en él para santificarlo y salvar las almas.*

De este plan propuesto nace la división de la materia. Es un tratado cuyo contenido pertenece en casi todas sus partes al curso de Teología espiritual, publicado en francés con el título de Tratado de Teología ascética y mística: las tres edades de la vida interior.

[3] Dz., 804.

PRIMERA PARTE

FUNDAMENTO DOGMATICO: DIGNIDAD DEL SACERDOCIO DE CRISTO Y DE NUESTRO SACERDOCIO

Para tratar dogmáticamente este tema—fundamento doctrinal de todo el tratado—nos ocuparemos, en primer término, del sacerdocio de Cristo, y después de nuestro sacerdocio, que no es sino una participación del sacerdocio de Cristo.

Consideramos no sólo su naturaleza, sino la finalidad de ambos. El término será que ambos son manifestaciones de la bondad y amor de Dios para con los hombres que se han de salvar; para que tengamos vida y la tengamos abundantemente.

Capítulo I

El sacerdocio de Cristo Salvador

Véanse la *Epístola a los hebreos*, los comentarios de los Padres a esta epístola, así como el comentario de Santo Tomás a la misma y en la *Summa*, III, 22.

Es de fe que Cristo, nuestro Salvador, es sacerdote, el Sumo Sacerdote, y que su sacerdocio es eterno. «Tenemos un gran Pontífice que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios» [1]; «Es sacerdote para siempre» [2]; «Vive siempre para interceder por nosotros» [3]. Lo mismo enseñan el Concilio de Efeso [4] y el Tridentino [5].

Cristo es sacerdote como hombre, pues el oficio propio del sacerdote es ser *mediador* entre Dios y el pueblo; dar cosas sagradas al pueblo: dar la doctrina sagrada, la gracia—mediación descendente—,

---

1 *Hebr.*, IV, 14.
2 Ib., VII, 3.
3 Ib., VII, 25.
4 Dz., 122.
5 Dz., 938.

y ofrecer a Dios las oraciones y el sacrificio del pueblo—mediación ascendente—. Todo esto le compete de un modo singular a Cristo en cuanto hombre, en cuanto que su humanidad, situada en un orden inferior a su naturaleza divina, está unida personal o hipostáticamente al Verbo, y recibe además, como cabeza de la Iglesia, la plenitud de la gracia. En esto mismo se patentiza, ya que su sacerdocio se ordena a manifestar el amor de Dios para con nosotros. De ahí que Santo Tomás, preguntando[6] si convenía que Cristo fuera sacerdote, cita estas palabras de San Pedro[7]: «Nos hizo merced de preciosas y ricas promesas para hacernos así partícipes de la divina naturaleza». Así cumplió su oficio de donar cosas santas: dio la gracia, semilla de la gloria o vida eterna. En el mismo lugar Santo Tomás cita la *Epístola a los colosenses*[8]: «Plugo al Padre que en Él—Cristo—habitase toda la plenitud y por Él reconciliar consigo todas las cosas».

Es, pues, sacerdote y mediador como hombre, siendo en este aspecto inferior a Dios. Mas aun como hombre es superior a los ángeles, no por razón de la naturaleza, sino por la unión hipostática y por la plenitud de la gracia y de la gloria.

¿Por qué se dice que su sacerdocio es eterno? Santo Tomás enseña[9] que se dice eterno por un triple motivo:

1) *Por razón de la unción* imperecedera, es decir, *por razón de la unión hipostática*, a la que sigue

6 III, 22, 1.
7 *II Petr.*, I, 4.
8 *Col.*, I, 19.
9 III, 22, 5.

la plenitud inamisible de la gracia y de la gloria.

2) Se dice también eterno *en cuanto no tuvo sucesor*, sino que vive siempre para interceder por nosotros.

3) *Por la consumación de su sacrificio*, o sea por la perpetua unión de los hombres redimidos con Dios visto cara a cara. Este es el fruto eterno del sacrificio del Salvador, la vida eterna. Por la cual se afirma en la *Epístola a los hebreos* (IX, 11) que Cristo «fue constituído Pontífice de los bienes futuros».

Cristo es, finalmente, Sacerdote y Hostia, al mismo tiempo, en cuanto que Él mismo se ofreció por nosotros a Dios Padre, sufriendo la muerte. Esto es de fe; está en la Sagrada Escritura (*Eph.*, V, 2): «Se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave»; y en el Concilio Tridentino (Dz., 938): «Se ofreció a Sí mismo al Padre una vez en el ara de la Cruz, sufriendo la muerte para alcanzarnos la redención eterna»[10].

¿Cuál es el constitutivo formal del sacerdocio de Cristo?

El Sacerdocio de Cristo se constituye, según muchos teólogos, cada vez en mayor número, por la gracia de la unión hipostática. Se fundan en una triple razón:

10 Véase el Concilio Tridentino, Dz., 940: «Porque una misma es la hostia (en el sacrificio de la Cruz y en el de la Misa), uno mismo es hoy el oferente por el ministerio de los sacerdotes, que entonces se ofreció a sí mismo en la Cruz, diversa únicamente la manera de ofrecerse», en cuanto que hoy la inmolación no es cruenta ni meritoria, sino aplicativa de los méritos conseguidos por su Pasión.

Por razón de la unión hipostática ofreció un sacrificio de *valor infinito,* satisfaciendo y mereciéndonos la vida eterna.

Cristo, además, como hombre, es sacerdote en cuanto *ungido por Dios.* Ahora bien: su unción primordial es la gracia de unión.

Cristo es por una misma gracia santo y santificador; como santo lo es, en primer lugar, por la gracia de unión, por la misma gracia ha de ser santificador y sacerdote.

* * *

En orden a la vida espiritual, se ha de insistir en la dignidad del sacerdocio de Cristo, la que se manifiesta inmediata y concretamente considerando que fue y es siempre y al mismo tiempo *Sacerdote y Hostia.* Véase Santo Tomás, III, 22, 2. Se lee en la *Epístola a los de Efeso* (v, 2): «Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio a Dios en olor suave». Como hemos dicho, el Concilio Tridentino definió esto mismo (Dz., 938, 939, 940), hablando de la institución del sacrificio de la Misa y del sacerdocio de la Nueva Ley por Cristo.

¿Por qué fue y será siempre Sacerdote y Hostia al mismo tiempo? Porque ninguna otra hostia era digna de su sacerdocio. Fue una Hostia perfectísima de infinito valor, como la oblación del sacrificio de la Cruz era subjetivamente de valor infinito por parte de la persona del Verbo. Aún más: fue Hostia en un triple aspecto: *Hostia por el pecado* para la remisión de los pecados, *Hostia pacífica* para la conservación de la gracia, *Hostia de holocausto* para redimir las almas y unirlas perfectamente con Dios

en la gloria, como consta por diversos testimonios de la *Epístola a los hebreos,* citados por Santo Tomás (III, 22, 2).

Cristo, es cierto, no se dio muerte a Sí mismo; consintió voluntariamente el ataque de sus enemigos, pudiendo rechazarlos fácilmente, como acaeció al derribarlos en tierra en el Huerto de Getsemaní. Él había dicho: «Nadie me quita la vida; soy Yo quien la doy de Mí mismo» (*Io.,* x, 18).

Dice Santo Tomás que el fuego que abrasó esta Víctima fue el ardor de la caridad, cuyo origen era el cielo; poco después se manifestó sensiblemente —por la gloriosa ascensión y resurrección—que Dios Padre aceptaba la Víctima ofrecida.

Ha de notarse *que la muerte voluntaria de Cristo difiere de la de los mártires, en cuanto que fué un sacrifcio verdadero en su sentido propio.* Cierto que la muerte de los mártires es voluntaria, pero causada por heridas mortales, *no tienen libertad de dar o retener la vida;* Cristo, por el contrario, podía, por un milagro, no morir, aunque las heridas fueran mortales; podría haberlo querido si el querer del Padre no le señalase morir por nosotros. Además, que no todos los mártires son sacerdotes. Por tanto, su sacrificio no es un sacrificio propiamente tal, ofrecido por un sacerdote.

Cristo, pues, se ofreció como Víctima primero en la cena, incruentamente, bajo las especies de pan y de vino, luego en la Cruz en su propio Cuerpo, cruentamente. Pero, aun cuando no se hubiera celebrado la cena, su muerte voluntaria en la Cruz sería un verdadero y perfecto sacrificio, y no una parte sólo del sacrificio. En esto son muchos los teólogos

que se apartan del Padre De la Taille, o, mejor, él de ellos. En la crucifixión hubo no sólo inmolación cruenta, sino incluso oblación interna y externamente manifestada, principalmente en aquellas últimas palabras: «En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu»; «todo se ha cumplido». El efecto de este sacrificio es la expiación de nuestros pecados: «Tomó sobre sí nuestras enfermedades y cargó con nuestros dolores».

¿Es tan perfecto el sacrificio de Cristo que no puede ni pensarse otro mayor?

La respuesta es afirmativa. Es conforme al pensamiento de San Agustín (*De Trinitate*, 1, IV, c. 14), de San Alberto Magno (*De Eucharistia*, dist. V, c. 3, edición Borgnet, 1899, t. 38, pág. 387) y Santo Tomás (*Summa Theologica*, III, 48, 3; 22, 1, 4). Y se comprueba por la misma definición de sacerdocio (advirtiendo que la gracia habitual de Cristo puede aumentar, no así la gracia de unión). La prueba se reduce a estos tres puntos. El sacerdocio es tanto más excelente cuanto el sacerdote está más unido: 1) Con Dios; 2) con una víctima más pura, de más valor y más consumida; 3) con el pueblo por el que el sacrificio se ofrece.

Este fundamento brota de la misma definición de sacerdote mediador entre Dios y los hombres para ofrecer sacrificios. El sacerdote, por tanto:

1) Debe estar unido a Dios por la santidad, a fin de suplir las deficiencias en la adoración de los fieles, en la oración, reparación y acción de gracias.

2) Tanto más perfecto es el sacerdocio cuanto la víctima ofrecida en sacrificio es más pura, de más alto valor—para expresar la pureza del alma arrepentida—y más se consume la víctima, expresando la elevación de toda el alma a Dios [11]. Asimismo por razón de la víctima es más perfecto el sacerdocio en el que más se unifican sacerdote y víctima, ya que la oblación e inmolación exterior de la víctima son signos de la oblación e inmolación interior del corazón del sacerdote, como se dice en el salmo (L, 18): «Porque no es sacrificio—externo—lo que Tú quieres; si no te lo ofrecería: ni quieres tampoco holocaustos. El sacrificio grato a Dios es un corazón contrito. Tú, ¡oh Dios!, no desdeñas un corazón contrito y humillado.» Por eso Dios no aceptó el sacrificio, puramente externo, de Caín.

3) Es más perfecto el sacerdocio en el que el sacerdote está más unido con el pueblo, y mayor cuanto más numeroso, pues el sacerdote, como mediador de los hombres para ofrecer sacrificios a Dios, debe unificar las oraciones todas de los fieles, las súplicas, las reparaciones, la acción de gracias, en una elevación de la mente a Dios, que sea como el alma de la oración de todo el pueblo. Por tanto, el sacerdocio es tanto más perfecto cuanto más íntimamente se une con un pueblo más numeroso. Tal sacrificio es entonces más agradable a Dios y su efecto es más universal. Así sucedía cuando el santo párroco Juan Vianney ofrecía el sacrificio por su pueblo y por los numerosos fieles llegados en peregrinación.

[11] Así vemos que por parte de la víctima el más perfecto de todos los sacrificios de la Antigua Ley fué el sacrificio de Abraham, ofreciendo a su hijo muy amado, quien, como figura de Cristo, se entregó obedientemente, sin resistencia alguna, antes bien orando y alabando a Dios.

La prueba de este principio es sumamente fácil, aplicado al sacerdocio de Cristo. Su altísima perfección resplandecerá de tal modo que no puede concebirse otro más perfecto.

1) *Cristo*, en efecto, *como sacerdote*, no sólo es más santo que todos los otros sacerdotes, sino que es la misma *santidad*, es el Verbo de Dios encarnado. Es santo también como hombre, primordialmente *por la gracia increada de la unión con el Verbo*, por la que se consagra su humanidad. Por su parte, la santidad formal y primaria de Cristo no es *adquirida*, sino *innata;* no es accidental, sino *substancial;* no es creada, sino *increada*. Las acciones humanas sacerdotales de Cristo son *teándricas* por razón de la persona divina del Verbo. De ahí que tuvieran *por sí mismas un valor infinito* para merecer y satisfacer y, hoy, para adorar y dar gracias. No bastaba la gracia capital para conferir este valor infinito, por ser una gracia habitual creada.

Aún más: Cristo es santo por la plenitud de la gracia habitual y de la caridad creadas. Ahora bien, en Cristo, dado el poder absoluto de Dios, la gracia habitual creada y la caridad podían aumentar; por el contrario, la gracia de la unión hipostática no puede ser mayor. Se confirma así que el sacerdocio de Cristo—no cabe concebir otro más perfecto—se constituye formalmente por la gracia de unión.

Finalmente, Cristo tenía *la potestad de excelencia* para instituir los sacramentos y el sacerdocio indefectible hasta el fin del mundo (Santo Tomás, III, 64, 4; 50, 4 ad 3). Es la fuente de todo sacerdocio.

Por razón, pues, de la santidad o unión indefectible con Dios, el sacerdocio de Cristo no puede

ser más perfecto, ya que no puede darse una gracia mayor que la de unión, aunque, dado el poder absoluto de Dios, podrían darse una gracia habitual y caridad mayores que las que recibía el alma santísima de Cristo.

2) *El sacerdocio de Cristo* es también perfectísimo *por razón* de la unión con la *perfectísima hostia ofrecida*. Él mismo es simultáneamente Sacerdote y Víctima. Ninguna otra hostia sería digna de su sacerdocio. Cristo, además, fue Hostia no sólo en su Cuerpo, sino también en su Alma, que llegó a sentir ansias de muerte. El sacrificio externo y el interno no podían unificarse más. Ni la hostia podía ser más pura, más digna, más consumida. El sacrificio del Calvario fue un holocausto perfectísimo, como antes se ha dicho. Así se cumplieron las palabras de San Juan Bautista: «He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo» (*Io.*, I, 29).

3) *El sacerdocio de Cristo es el más perfecto de todos por la unión de Cristo con el pueblo cristiano*, con la humanidad completa de todos los tiempos y razas, que formó y debe formar su Cuerpo místico. Cristo, en efecto, ha muerto por todos los hombres, sin excepción alguna.

El pueblo por el que se ofrece el sacrificio de la Cruz no puede ser más numeroso, espacial y temporalmente; tampoco la unión, por parte de Cristo, puede ser más íntima. Véase la doctrina del Cuerpo místico en San Pablo, *I Cor.*, XII, 2; *Eph.*, IV, 25; V, 26. Cristo, pues, influyó moralmente en su Cuerpo místico por vía de mérito y satisfacción durante su vida terrestre; actualmente *influye moralmente todavía por la oración de intercesión*—vive siempre

para interceder por nosotros (véase III, 21; II-II, 83, 11)—y físicamente, como instrumento en cuanto nos comunica todas las gracias que recibimos. Es también causa instrumental física de toda transubstanciación, que actualmente quiere.

Por tanto, el sacerdocio de Cristo es el más perfecto de todos por un triple motivo: Por la unión de Cristo-Hombre con Dios, con la Hostia ofrecida y con el pueblo inmenso por el que se ofrece. Ya no puede concebirse unión mayor del sacerdote con Dios. Así se confirma la sentencia que sostiene que el sacerdocio de Cristo se constituye formalmente, no por la gracia habitual capital, que puede, por la virtud infinita de Dios, aumentar lo mismo que la caridad (III, 7, 12 ad 2; 10, 4 ad 2), sino por la gracia increada de unión, que es la misma Persona del Verbo en cuanto termina, posee y santifica la humanidad de Cristo (III, 6, 6) y funda el valor infinito del sacrificio de la Cruz y, por ende, el de la Misa.

De lo dicho se desprende que el sacerdocio de Cristo es tan perfecto que no puede pensarse otro mayor:

Porque la unión del sacerdote con Dios no puede ser más íntima que la hipostática.

Porque el sacerdote no puede unificarse más con la hostia. Cristo es a la vez Sacerdote y Hostia. Y fue víctima, no sólo en el cuerpo, sino también en el alma, que sufrió la tristeza hasta el punto de muerte.

Porque el sacerdote no puede unirse más al pueblo ni éste ser más extenso: Cristo es Cabeza de todos los hombres y por todos ofrece su sacrificio.

Resta tratar, en relación al sacrificio de Cristo, una cuestión referente a las misas que se celebran cada día.

Cabe preguntar: *¿Influye actualmente el sacerdocio de Cristo en cada una de las misas que hoy se celebran?* O de otro modo: *¿Ofrece Cristo las misas que cada día se celebran no sólo virtualmente, sino actualmente?*

Este tema lo han estudiado bien los salmanticences (*De Eucharistia*, disp. XIII, dub. II, 1); nosotros lo hemos expuesto ampliamente en el libro sobre la Eucaristía, 1942, págs. 290-300.

Según la opinión de ciertos autores—Scoto, molinistas, Vázquez—, Cristo es el oferente principal en cuanto que instituyó el sacrificio de la misa y mandó ofrecerlo en su nombre; pero actualmente ya no es Él quien lo ofrece, ya que no se han de multiplicar en Cristo los actos de su oblación interna.

Por el contrario, numerosos teólogos, tomistas principalmente, sostienen que Cristo ofrece hoy las misas todas que se celebran cada día no sólo virtual, sino actualmente; pero no por multiplicación de los actos interiores de su oblación, sino por un acto permanente, que perdura constantemente en su alma santísima. Es la sentencia de Cayetano, Juan de Santo Tomás, salmanticenses, Gonet, Suárez, Belarmino, Berulle, Condren, Bossuet, Olier, Thomassin. Recientemente, Lepin, Grimal, Hervé, Michel, Petazzi, S. J.

Se puede probar de muy diversas maneras:

Lo insinúa el Concilio de Trento (Dz., 940): «Porque una misma es la hostia, uno mismo es *hoy* el oferente por el ministerio de los sacerdotes, que en-

tonces se ofreció a sí mismo en la Cruz, diversa únicamente la manera de ofrecerse.»

En resumen: Uno mismo es *hoy, actualmente,* el oferente principal; pero el sacrificio hoy no es *cruento, doloroso, meritorio,* porque Cristo ya no es *viador*. La Misa nos aplica los méritos pasados y la satisfacción dada por Cristo.

Afirma Pío XI (Dz., 1.295): «Cristo-Sacerdote se ofreció como víctima por los pecados y se ofrece perpetuamente.» Asimismo, Pío XII, en la magna encíclica *Mediator Dei et hominum*, de 30 de noviembre de 1947, dice de Cristo, principal oferente: «Y así también se ofrece cada día en nuestros altares para nuestra redención, a fin de que, rescatados de la eterna condenación, seamos contados entre el número de los elegidos», realizando esto no por méritos nuevos, sino por la aplicación de los méritos de la Cruz.

El argumento teológico, fundamental se halla parte en la Escritura, parte en la tradición. Se reduce a lo siguiente:

Cristo vive siempre para interceder por nosotros, se dice en la *Epístola a los hebreos* (VII, 25), y en la *Epístola a los romanos* (VIII, 34); además, es enseñanza común de los Padres que Cristo es el Sacerdote principal en el sacrificio de la Misa, de todas las misas. Cristo practicó este sacerdocio principal, no sólo *cuando* instituyó la Misa, sino que, como «Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec» y «vivo siempre para interceder por nosotros», lo realiza *actualmente*. No podrá jamás dejar de ser el principal oferente.

Por consiguiente, Cristo, como sacerdote principal

en el sacrificio de la Misa, quiere y ofrece *actualmente* cada misa que se celebra. En esto precisamente está la excelsa dignidad de nuestro sacrificio. No es sólo por parte de la Víctima ofrecida, sino por razón del principal oferente y de su acción teándrica de adoración reparadora, de intercesión y de acción de gracias.

Así lo entendieron los Padres según he demostrado en mi libro sobre la Eucaristía, página 294.

Según Santo Tomás (III, 62, 5) y otros muchos teólogos, *la humanidad de Cristo es instrumento unido a la divinidad para todos los efectos sobrenaturales e instrumento consciente y voluntario*; es decir, Cristo, como hombre, quiere concurrir físicamente a estos efectos sobrenaturales en estas circunstancias concretas. Ahora bien: entre estos efectos se encuentra la transubstanciación. En consecuencia, Cristo, como hombre, quiere toda transubstanciación que actualmente se realiza. Ya lo quiso cuando vivía en este mundo; por la visión beatífica y por su ciencia infusa previó y quiso todas y cada una de las misas como aplicaciones del sacrificio de la Cruz (III, 10, 2; 11, 1).

Luego esta oblación interna de Cristo *perdura* en la mente de Cristo glorioso, sin interrupción, renovación o multiplicación. Esta oblación, por parte de los efectos no *se coordina*, sino *se subordina* a la oblación del sacrificio de la Cruz, en cuanto que la Misa es *su aplicación*. Por eso Cristo, en la Cruz, pudo exclamar: «Todo se ha cumplido», pues la Misa sólo aplica los méritos de la Pasión.

Se confirma: Es certísimo que Cristo quiera actualmente darse en la comunión a cada uno de los

fieles que le recibe; más cierto será, por tanto, que actualmente quiere ofrecerse a Dios Padre, según los cuatro fines del sacrificio. La consagración es más sublime que la comunión, pues la esencia del sacrificio es de más valor que la participación del mismo por los fieles; síguese que Cristo quiere actualmente ambas cosas. Esto es cierto y se confirma por la reciente encíclica de Pío XII *Mediator Dei et hominum*.

Consecuencias espirituales para la vida del sacerdote.

Es manifiesto que el celebrante debe aspirar más y más cada día a una unión íntima y actual con Cristo, que actualmente ofrece su Misa de un modo perfectísimo, con un acto teándrico de infinito valor, en altísima contemplación con la más ardiente caridad y perfectísima religión y piedad.

Así participará más íntimamente el supremo sacerdocio de Cristo... Pensando esto, el celebrante meditará que Cristo es no sólo Sacerdote, sino Víctima, que en su vida sufrió hasta el máximo y que hoy ofrece al Padre los dolores de su Cuerpo místico, nuestros dolores, para que tengan valor en la salvación de las almas.

Si en el momento de la consagración el celebrante se distrajere alguna vez cuidando de no omitir las ceremonias del culto, es certísimo que *Cristo no se distrae;* su alma ve y quiere en el Verbo esta consagración, su valor, su eficacia, su irradiación hasta el purgatorio. Cristo ve todo esto intuitivamente y lo quiere actualmente.

Ya lo veía cuando vivió en este mundo, como

juez de vivos y muertos, según ha demostrado Santo Tomás (III, 10, 2); mejor aún lo conoce y quiere ahora en el cielo. Lo ve en la visión beatífica, cuya medida es la eternidad participada, no el tiempo. En *el mismo instante, siempre presente,* de la eternidad estática el alma santísima de Cristo ve y quiere cada Misa y su irradiación en la tierra, en las Misiones, en el purgatorio e incluso en el cielo, en cuanto que la Misa nos conduce a la vida eterna y glorifica especialmente a Dios.

Es lo que se ha de predicar a los fieles para que pongan su atención en el Sacerdote principal, de quien el celebrante es sólo ministro, no sucesor. Conocerán mejor el valor infinito de la Misa, tanto por razón de la Víctima como del principal oferente. Entenderán mejor que el sacrificio de la Misa y el de la Cruz son *uno mismo en lo substancial* (en cuanto a la Víctima y al oferente principal), aunque difieren en el modo *de oblación:* entonces fue cruenta, dolorosa, meritoria; hoy, incruenta, sacramental, ni dolorosa ni meritoria, sino aplicativa de la satisfacción y méritos de la Pasión y de los copiosísimos frutos que produce en nuestras almas en conformidad con la disposición de cada uno. Muchas veces los santos, asistiendo al sacrificio de la Misa, dejaron de ver al celebrante para ver solamente a Cristo, ofreciéndose actualmente a Sí mismo, por la gloria de Dios y salvación de las almas. La perfección, pues, del sacrificio de Cristo es tal que no cabe imaginar otra mayor.

un sacramento que produce la gracia. Es asimismo *de fe* que la jerarquía instituída por ordenación divina consta de obispos, presbíteros y ministros (Trento)[7]. Sin embargo, muchos teólogos, incluso tomistas, Billuart, por ejemplo, sostienen que el episcopado no es un sacramento distinto del presbiterado. El episcopado se caracteriza por la extensión del carácter sacerdotal a las funciones de ordenar y confirmar, funciones o facultades que no superan a la de consagrar la Eucaristía, supremo sacramento y sacrificio. De donde es manifiesta la sublimidad del sacerdocio de cualquier sacerdote de la Nueva Ley: ni los obispos, ni siquiera el Sumo Pontífice, tienen un poder mayor para consagrar la Eucaristía, aun cuando sean superiores a aquéllos por la potestad de ordenar, de confirmar, consagrar iglesias, cálices, etcétera.

Es, finalmente, de fe que por la ordenación sacerdotal se imprime un carácter indeleble y se confiere una especial gracia sacramental[8]. Hemos de insistir en la alta finalidad del carácter sacerdotal y de la gracia sacramental correlativa.

El carácter, inherente íntima e indeleblemente al alma, confiere el poder de realizar actos sacerdotales válidamente; es para consagrar *válidamente* la Eucaristía y perdonar válidamente los pecados de los fieles que hubieren cometido después del bautismo[9].

¿Cuál es la finalidad de la *gracia sacramental* del Orden?[10] Su fin es más conocido que su natura-

[7] Dz., 966.
[8] Dz., 934, 959.
[9] Dz., 960.
[10] Dz., 959.

leza íntima. Viene a hacer que los actos sacerdotales sean no sólo válidos, sino *santamente* ejecutados, cada vez más intensamente según postula el supremo precepto de la caridad[11]. Esta afirmación es manifiesta. En efecto, cuando Dios concede algún poder confiere también los medios ordenados para desempeñarlo dignamente.

Esto es manifiesto por las mismas preces que recoge el *Pontifical*. De donde se sigue que la gracia sacramental es un efecto más noble que el carácter, como ya lo advierte Santo Tomás en el prólogo de la tercera parte, cuestión sesenta y dos.

De estas definiciones y declaraciones se desprende la alta dignidad de nuestro sacerdocio, según la Iglesia católica. Más abajo desarrollaremos ampliamente estas ideas, pero ya desde ahora vemos la grandeza de la doctrina católica por oposición a los diversos errores.

En general, los *protestantes*, exceptuado los ritualistas, niegan la existencia del Sacramento del Orden. Sostienen que todos los fieles, en virtud del bautismo, poseen el sacerdocio. La ordenación es sólo la diputación pública para que desempeñen el ministerio sacerdotal. Los *modernistas* afirman igualmente que el sacerdocio es una institución meramente eclesiástica.

Hemos de señalar, contra los protestantes, que la revelación de dichas verdades no se ha hecho sólo en abstracto, sino, por así decirlo, muy en concreto, por la misma práctica de la administración de los sacramentos. Este hecho complejo (la ordenación sacer-

[11] Dz., 960.

dotal, como también el bautismo) puede expresarse por muy diversas proposiciones: sea por parte de la materia o de la forma sacramental, sea por parte del ministro, del sujeto o de los efectos. Muchos de estos efectos constan por el mismo hecho de la no iteración de la ordenación, en particular la indelebilidad del carácter. El carácter del Orden es distinto del carácter del bautismo o del de la confirmación, pues se ordenan a diversos actos. Véase Santo Tomás [12].

Mientras el carácter del bautismo es una *potencia pasiva* para recibir válidamente los demás sacramentos, el carácter de la confirmación y del Orden son *potencia activa* [13]. El carácter de la confirmación se ordena a la defensa de la fe; el sacerdotal, a la validez de la consagración y absolución. Cristo no tuvo el carácter; es sacerdote por la misma gracia de unión hipostática, absolutamente inamisible.

El carácter sacramental nunca se pierde, ni en el infierno.

La gracia sacramental se pierde por el pecado mortal, junto con la gracia habitual, de la que es una modalidad; y con ella se restablece por reviviscencia.

Insistiremos más sobre esta gracia sacramental del Orden o del presbiterado, que debe crecer o desarrollarse durante toda nuestra vida sacerdotal.

[12] III, 63, 5.
[13] Ib., 63, 3.

Qué es, en sentido estricto, la gracia sacramental; y más en particular la gracia sacramental del presbiterado.

Insistiremos en esto a fin de esclarecer más la dignidad de nuestro sacerdocio.

Es una cuestión difícil. Muchas veces ni siquiera se la trata con suficiente método. Comenzaremos por lo que es más conocido y cierto por la misma Revelación.

Lo más claro de la gracia sacramental no es su naturaleza íntima, sino *su finalidad*. Lo mismo sucede en la gracia habitual. Lo que primero y más ciertamente conocemos de ella es que es un don de vida eterna: *semen gloriae*, y la vida, una participación de la vida íntima de Dios a través de la visión beatífica y de un amor inamisible, operaciones éstas que presuponen la participación de la naturaleza divina. Por tanto, para que la gracia habitual sea *semilla de la gloria* debe ser en sí misma una cierta participación de la naturaleza divina, de la Deidad.

Del mismo modo, lo que primero y más ciertamente conocemos de la gracia sacramental—por la Revelación contenida en la Sagrada Escritura y la Tradición—es *su finalidad:* se nos da para realizar *digna y santamente* las acciones, ya válidas por el carácter. Así, la gracia sacramental del presbiterado se concede para desempeñar digna y santamente, cada vez más, las funciones sacerdotales, la consagración y la absolución sacramental. Esto es certísimo para todos los teólogos.

De esta finalidad cierta puede deducirse cuál sea la naturaleza misma de la gracia sacramental, ya que el fin es la primera de las causas: el agente obra por un fin y da la forma ordenada a un fin determinado. Véase Santo Tomás [14]: «Si la gracia sacramental añade algo sobre la gracia habitual común» denominada «gracia de las virtudes y los dones» en cuanto que de ella se derivan las virtudes infusas y los siete dones, tanto en Adán en el estado de inocencia como en los ángeles, que no recibieron los sacramentos.

Santo Tomás responde (en el argumento *sed contra*) afirmativamente: *Añade algo;* de lo contrario, inútilmente se conferirían los sacramentos a aquellos que ya poseen la gracia de las virtudes y los dones. Por esto se confirma a quienes ya recibieron el bautismo; se les da asimismo la Eucaristía. Ahora bien: para no administrar inútilmente estos sacramentos deben producir un efecto especial. Y no basta decir que producen *aumento* de la gracia, ya que para ese fin bastaría repetir el mismo sacramento. Tres sacramentos, a lo más, bastarían: el bautismo, para conferir la primera gracia; la penitencia, para los pecadores que perdieran la gracia bautismal, y un tercer sacramento para aumentar la gracia en los justos. No se explicaría por qué *son siete* los sacramentos, *específicamente distintos*, que, para no ser inútiles, deben producir una gracia especial. Trátase siempre del fin, principio iluminador en toda esta cuestión.

Esto mismo afirmaba equivalentemente el Concilio

[14] Ib., 62, 2.

Florentino [15] cuando dice: «Por el bautismo renacemos *espiritualmente;* la confirmación nos *aumenta* la gracia y fortalece la fe; renacidos y fortalecidos, somos alimentados con el divino manjar de la Eucaristía. Y si por el pecado contraemos la enfermedad del alma somos espiritualmente sanados por la penitencia, etc.» Y el Concilio de Trento: «Si alguno dijere que los sacramentos de la Nueva Ley no son necesarios para la salvación, sino *superfluos,* sea anatema» [16]. En conclusión: la gracia sacramental añade algo sobre la gracia habitual común.

Pero ¿qué es lo que añade? Conocida, ciertamente, su finalidad, se resuelve fácilmente. Mas para proceder con orden diremos, en primer término, *qué es lo que no añade,* y luego qué es lo que generalmente es admitido por los teólogos. Luego el orden será:

Qué es lo cierto en la opinión de todos.

Donde falta certeza qué es lo más probable [17].

Comúnmente, los teólogos no son partidarios de que la *gracia sacramental sea un nuevo hábito infuso distinto* de la gracia santificante común; pues,

[15] Dz., 695.

[16] Dz., 847.

[17] Son muchas las opiniones sobre la naturaleza de la gracia sacramental. *Algunos dijeron que es un hábito infuso especial,* distinto de la gracia habitual, de las virtudes infusas y de los siete dones. Otros afirman que no es un hábito distinto, sino algo real, que confiere *derecho* a las gracias actuales, por las que se realizan los oficios correlativos a tal sacramento. Otros sostienen *que es un modo especial de la gracia de las virtudes y de los dones,* que funda un derecho a las gracias actuales antedichas. Al escribir sobre esta gracia se ha de tener muy presente su misma finalidad.

por un lado, la esencia del alma se santifica suficientemente por la gracia común—es una participación de la naturaleza divina—, como fue santificada el alma de Adán en el estado de inocencia, y santificados fueron los ángeles, sin recibir los sacramentos; de otro lado, las facultades o potencias del alma son suficientemente dispuestas para obrar sobrenatural y connaturalmente por las virtudes infusas y los siete dones que, procedentes de la gracia habitual, se derraman sobre estas facultades. Véase en el lugar citado la respuesta a la dificultad primera. En conclusión, la gracia sacramental no es un nuevo hábito infuso.

Todos los teólogos están acordes en admitir que la gracia sacramental añade sobre la gracia común al menos *un cierto derecho a las gracias actuales*, correspondientes al fin peculiar de cada sacramento, y que se recibirán a su debido tiempo. Si así no fuera, todo aquel que tuviera la gracia común tendría, además, la gracia sacramental, y ningún sacramento produciría una gracia especial. Por tanto, al menos todo sacramento confiere *este derecho* a especiales gracias actuales. Véase Santo Tomás, l. c., en el cuerpo del artículo.

Ahora bien: *este derecho* es algo moral, una relación; *necesita*, por tanto, *de un fundamento real*, que es, en sentido estricto, la misma gracia sacramental como algo real e intrínseco, permanente en el alma.

Así como el derecho a la herencia eterna se funda sobre la gracia habitual común, que es semilla de la gloria; como el derecho al premio se funda en el acto meritorio por el que se obtiene un aumento de la gracia habitual, así el derecho a las gracias

actuales proporcionadas al fin de cada sacramento *se funda* sobre la misma gracia sacramental, la cual es en el alma no algo solamente moral, ni únicamente una relación, sino su fundamento, es decir, algo real sobrenatural permanente e intrínseco al alma. Véase Santo Tomás, l. c., en respuesta a la tercera dificultad. Esto es manifiesto por los datos revelados acerca de la finalidad de la gracia sacramental. San Pablo habla de esta realidad sobrenatural permanente cuando escribe: «No descuides la gracia que posees, que te fue concedida... con la imposición de manos de los presbíteros» [18].

Pero ¿qué es más concretamente esta realidad sobrenatural permanente, si no es un hábito nuevo, distinto de la gracia santificante, de las virtudes infusas y de los dones? Hasta este momento pisábamos tierra firme, había certeza; desde aquí comienza la probabilidad.

La sentencia más probable defendida por Juan de Santo Tomás, salmanticenses, Contenson, Hugón, Merkelbach y por otros numerosos tomistas es la siguiente:

La gracia sacramental es *un modo peculiar* y especial vigor de la gracia santificante, que influye en los actos de las virtudes (véase Santo Tomás, *De Veritate*, 27, 5 ad 12). En este sentido, la gracia de justicia original, prescindiendo de la gracia habitual común que nos fue restituída, tenía una especial virtud, que de alguna manera nos es devuelta por los efectos peculiares de los distintos sacramentos. Esta *modalidad* especial de la gracia santificante *funda*

[18] *I Tim.*, IV, 14.

un derecho moral a recibir posteriormente las gracias actuales correlativas. Es una simple deducción de la finalidad de los sacramentos, pero como deducción última es menos cierta. Se propone, pues, como la sentencia más probable. Algo semejante, aunque más elevado, sucedió en la Santísima Virgen, en cuanto recibió la gracia de la maternidad, la caridad, el amor de Jesús; y en San José la caridad, la prudencia del padre protector, es decir, un modo y virtud especial.

Se manifiesta más claramente considerando cada sacramento en particular.

La gracia bautismal se nos da no sólo para vivir la vida sobrenatural, como Adán en el estado de inocencia y los ángeles, sino para vivir *cristianamente* por la imitación del Redentor como Redentor. Esta gracia, en cuanto *cristiana, inclina al amor de la Cruz,* inclinación que no existía en los ángeles, ni en los viadores buenos, ni en Adán inocente.

La gracia de la confirmación se nos concede para confesar con firmeza y prudencia la fe cristiana; *la gracia de la comunión*, para una mayor unión con Cristo por el aumento de la caridad; *la gracia del sacramento del matrimonio*, para vivir *cristianamente* con la mujer en el matrimonio y educar *cristianamente* los hijos; *la gracia sacerdotal,* para vivir y realizar santamente—cada vez más—las funciones sacerdotales: la consagración, absolución sacramental, predicación, dirección de almas. De aquí nace el hablar de caridad y prudencia sacerdotales.

En conclusión: la modalidad peculiar de la gracia habitual que es la gracia sacramental influye en las virtudes infusas que promanan de la gracia habitual.

Son las derivaciones de la finalidad de los sacramentos. Es una prueba urgente y concreta de que el fin es la primera de las causas, que ilustra las demás, como razón que es de su existencia.

Consecuencias: 1.ª *La gracia sacerdotal,* como modo permanente e intrínseco de la gracia habitual, *delinea la fisonomía espiritual del mismo sacerdote.*

2.ª Mientras el *carácter sacramental* del orden, conferido para realizar válidamente las funciones sacerdotales, *no aumenta,* la gracia sacramental, otorgada para vivir santamente—y cada vez más—, para consagrar y absolver, *crece* con la gracia habitual común, de la que es sólo un modo y vigor peculiar. Son derivaciones muy ciertas—aunque no se expongan en los escritos—, dada la finalidad de los sacramentos.

3.ª En efecto, todos afirman que la gracia sacramental del orden debe *fructificar;* que confiere derecho a gracias actuales, *siempre nuevas* y siempre más *efectivas* si no se pone óbice. Aumenta, como en el niño las formas del cuerpo, en cuanto que va tomando diversa expresión: risa moderada, agudeza visual, lágrimas, etc. Como enseña, pues, Billuart: «cuánta diligencia debemos poner todos para no perder la gracia sacramental, para no hacerse indignos de ella, por la recepción indigna de los sacramentos».

Otro índice de la dignidad de nuestro sacerdocio es, como hemos señalado, que *los obispos no tienen más potestad en la confección de la Eucaristía que el simple sacerdote.* El poder de consagrar el Cuerpo de Cristo es superior sin comparación al de consagrar sacerdotes y cálices, ya que la Eucaristía es el mayor de los sacramentos, además de ser sacri-

ficio, pues no sólo contiene la gracia, sino al mismo autor de la gracia. De ahí que el episcopado, en opinión de Santo Tomás, San Alberto, San Belarmino, Scoto, Soto, parece no ser un sacramento distinto del sacerdocio [19], sino una extensión y el *más perfecto complemento del mismo* para ordenar, confirmar y gobernar. Sería la plenitud del sacerdocio que *fructifica* en el obispo, como la gracia del presbiterado en el sacerdote. Otra manifestación de esta grandeza del sacerdocio la tenemos en que los *secretos del corazón*, ocultos para los mismos ángeles, se revelan en la confesión al sacerdote, a fin de obtener la absolución. De esta manera el sacerdote coopera a la resurrección de las almas y es otro Cristo, sea celebrando la Misa o bien ejerciendo su ministerio. Su sacerdocio es una participación estupenda del supremo sacerdocio de Cristo, cuyo ministro es. Es su instrumento animado y consciente.

Hemos de observar, finalmente, que el sacerdote celebrante se une como instrumento de tal manera a Cristo—principal oferente—que ambos producen idénticos efectos en la consagración, como el escritor y su pluma producen un único efecto. El efecto de la consagración—la transubstanciación, pasivamente considerada—tiene a Dios como causa principal, a la humanidad de Cristo como instrumento unido a la divinidad y al celebrante como instrumento separado, pero consciente y voluntario.

Objeción: A pesar de lo dicho, parece que la gracia sacramental es de una categoría inferior al carácter sacerdotal, algo menos digno, pues mientras

[19] Estará comprendido el presbiterado.

el carácter es indeleble, la gracia sacramental, al igual que la gracia habitual, se pierde por el pecado mortal. Ciertamente, es una dificultad, ya que en la categoría de accidentes el que es más perfecto se adhiere más firmemente al sujeto. En consecuencia, siendo la gracia algo que se puede perder parece que es más imperfecta que el carácter, por ser éste inamisible.

Respondemos lo siguiente: El carácter es indeleble no por su mayor perfección o más alta dignidad, sino por su misma finalidad: se confiere para celebrar y absolver *válidamente*—no dignamente—para utilidad espiritual de los fieles. Santo Tomás lo explica profundamente en la *Summa Theologica* [20], donde prueba que la indelebilidad del carácter es por razón del sacerdocio de Cristo, del que es una participación. «El carácter sacramental es cierta participación del sacerdocio de Cristo en sus fieles...»; y en la respuesta a la primera dificultad: «La gracia se halla en el alma como una forma que tiene su ser completo en ella; mientras el carácter se encuentra en el alma como una virtud instrumental. Ahora bien, la forma completa está en el sujeto, según la condición del sujeto [21]; por consiguiente, la gracia se halla en el alma del *viador* en un estado cambiable. Pero en la virtud instrumental se considera principalmente la condición del agente principal; por consiguiente, el carácter se halla en el alma en estado indeleble *no por razón de su perfección*, sino por la

[20] III, 63, 5.
[21] La ciencia está en el discípulo instruído según su propia capacidad.

perfección del sacerdocio de Cristo, de donde el carácter se deriva como una virtud instrumental.»

Y en la respuesta a la objeción tercera: «El carácter, pues, permanece después de esta vida: para gloria, en los buenos; para ignominia, en los malos; lo mismo que el carácter militar permanece en los militares después de conseguir la victoria; en los que vencieron, para su gloria; en los vencidos, para su pena.»

Baste, por ahora, lo dicho sobre la dignidad del sacerdocio de Cristo y de nuestro sacerdocio.

Breve recapitulación de toda esta primera parte

Hemos dicho que el *sacerdocio de Cristo* es tan perfecto que no puede pensarse otro mayor: por la unión con Dios, con la víctima y con el pueblo. Ahora bien, nuestro sacerdocio de tal manera se subordina al sacerdocio de Cristo por el carácter y la gracia sacramental, que ambos producen idénticos efectos en la consagración, como el escritor y su pluma producen un mismo efecto.

El obispo y el Sumo Pontífice no tienen, respecto a la consagración de la Eucaristía, mayor potestad que el simple sacerdote. Aún más: *los secretos del corazón,* ocultos a los mismos ángeles, se revelan al sacerdocio en confesión, a fin de obtener la absolución y una acertada dirección.

En el sacerdote el carácter indeleble conferido para la validez de los actos sacerdotales, *no se aumenta; pero la gracia sacramental del orden,* que es una modalidad de la gracia santificante—conferida para celebrar y absolver santamente, cada vez más santamente—, se aumenta con la gracia santificante, de la que es un modo. Aumenta como los mismos rasgos de la fisonomía espiritual del sacerdote y da derecho *a gracias actuales, siempre nuevas y siempre más efica-*

ces, para ejercer más santamente las funciones sacerdotales. En consecuencia, la última Misa normalmente debía celebrarse más santamente que la primera. Nada importa que el fervor sensible no sea tan intenso; sin embargo, la fe, y la esperanza, y la caridad, y la religión, robustecidas por los siete dones, son *más virtudes*; existe en ellas un influjo más intenso de la gracia sacramental, en cuanto es un modo de la gracia santificante.

Es lo que se realiza en los santos. ¡Qué última Misa la de San Juan Evangelista, de San Benito, Santo Domingo, San Felipe, San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo, San Juan Vianney!

SEGUNDA PARTE

LA VIDA INTIMA DEL SACERDOTE

Trataremos en esta segunda parte:

1) Vida de Cristo en nosotros, como en sus miembros.

2) Unión del sacerdote con Cristo Sacerdote.

3) Unión del sacerdote con Cristo Víctima.

4) La comunión del sacerdote.

5) Los cuatro fines del Sacrificio y la perfección sacerdotal.

6) Unión del sacerdote con la Santísima Virgen.

7) Los ejemplos de los sacerdotes santos.

8) Excelencia de la santidad sacerdotal; que sea para los fieles su verdadero modelo, según se lee en el Pontifical romano.

Capítulo III

La vida de Cristo-Cabeza en nosotros
Su aspecto espiritual [1]

Trataremos:

1) Testimonio de Cristo y de San Pablo.

2) Qué es, en sus caracteres generales, la vida de Cristo en nosotros.

3) Consecuencias prácticas y aplicación de las diversas virtudes en particular.

---

[1] Véase Santo Tomás: *Suma Teológica*, III, 8; sobre Cristo-Cabeza. También la encíclica de Pío XII *Mystici Corporis*. Sobre esta materia se han publicado recientemente numerosas obras. Cfr. Emilio Merch, S. J.: *El Cuerpo Místico de Cristo*, 1936-1937. Ernesto Mura: *El Cuerpo Místico de Cristo, su naturaleza y su vida divina*, segunda edición, 1936. Nosotros lo hemos estudiado en *Las tres edades de la vida interior*. Notable es el opúsculo de Jaegher: *La vida de identificación con Cristo*. Muy notable por su doctrina, aunque falto de adaptación. Da la impresión de que el autor se dirige solamente a las almas que se encuentran en la vía iluminativa. Muchos lectores podrán decir: Aún no hemos llegado aquí. Mejor hubiera sido anotar los textos de la Sagrada Escritura sobre la materia, y mostrar después cómo las almas interiores deben aspirar a la íntima unión con Cristo. Será lo que a continuación expondremos.

1) *Testimonio de Cristo y de San Pablo.*

El mismo Cristo ha dicho: «*Yo soy la vid verdadera, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mí y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mí no podéis hacer nada*»[2]. «Nada», es decir, ningún acto saludable, y, por consiguiente, ningún acto meritorio de vida eterna. Contra lo que pensaban los semipelagianos, el mismo *initium fidei* viene de la gracia preveniente de Cristo.

San Pablo se expresa de modo análogo: «Hemos sido injertados en Cristo»[3], que es como la raíz santa. Y si la «*raíz es santa también las ramas*». Expresa lo mismo valiéndose de otra figura: «*Vosotros sois el cuerpo de Cristo y cada uno en parte*»[4]. Lo repite en infinidad de pasajes.

En *Romanos*[5] afirma: Por el bautismo «*participamos de su muerte*»; muriendo al pecado, fuimos «*consepultados*», «*conresucitados*». Por eso dirá en la *Epístola a los gálatas*[6]: «*Os habéis revestido de Cristo*», y en la que escribe a los filipenses: «*Para mí la vida es Cristo*»[7]. Según comenta Santo Tomás: para los cazadores la vida es caza; para los militares, la milicia o ejercicios militares; para los estudiosos, el estudio; para los cristianos, en particular para los santos, *la vida es Cristo*, pues Cristo quiere vivir en ellos;

[2] *Io.*, xv, 5.
[3] *Rom.*, vi, 5.
[4] *I Cor.*, xii, 27.
[5] *Rom.*, vi, 4.
[6] *Gál.*, iii, 27.
[7] Ib., i, 21.

y porque los santos viven de la fe, de la confianza, del amor de Cristo. Y el mismo Cristo dice por San Juan[8]: «*El Abogado, el Espíritu Santo, que enviará el Padre en mi nombre, Ése os lo enseñará todo y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho*». En otros términos: Por los dones de sabiduría, de entendimiento, de ciencia, de consejo, de piedad, de fortaleza e incluso de temor os sugerirá todo lo que yo os he dicho, de manera que las palabras del Evangelio vengan a ser para vosotros «palabras de vida eterna» porque «son espíritu y vida». El testimonio de Cristo y de San Pablo es manifiesto, máxime en estas palabras de la *Epístola a los gálatas*: «Y ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí.»

2) *Qué es, en líneas generales, la vida de Cristo en nosotros.*

Por parte de Cristo, como Cabeza de la Iglesia, es el *haber satisfecho* y merecido de condigno todas y cada una de las gracias, sean suficientes o eficaces, que hemos recibido o recibimos. Aun hoy *intercede* por nosotros en el cielo y *es causa instrumental física* de todas y cada una de las gracias que recibimos. Es instrumento unido a la Divinidad, mientras que los sacramentos son, en la producción de la gracia, instrumentos separados. Véase en la *Summa Theologica*[9].

¿Qué se requiere por nuestra parte para que la vida de Cristo en nosotros sea una realidad operante?

[8] *Io.*, xv, 26.
[9] III, 62, 5 y 8.

En primer lugar, conservar esta verdad presente en la memoria, decirse frecuentemente a sí mismo: «Cristo quiere vivir en mí, orar, amar, obrar y padecer en mí.» Si así lo hacemos *depondremos* espontáneamente *el hombre viejo* con sus deseos desordenados, bajos, ruines, para albergar en nuestro corazón los mismos deseos de Cristo. Es necesario de todo punto despojarse del hombre viejo. Entonces comprenderemos las palabras del Bautista: «Preciso es que Él crezca y yo mengüe» [10]. Moralmente hablando, es preciso *perder la personalidad propia,* perderla en buen sentido, *para vivir en Cristo,* como los miembros en la cabeza: Para pensar, desear, obrar con Él y en Él, como la mano obra bajo la moción y dirección de la cabeza. El espíritu de Cristo va sustituyendo progresivamente nuestro propio espíritu. Nuestro espíritu propio es un modo de pensar, de sentir, de juzgar, de amar, de ser, de obrar y de padecer; es una mentalidad especial y limitada y superficial dependiente de nuestro temperamento físico, de las reminiscencias atávicas según las leyes de herencia, del influjo de las circunstancias externas, de las ideas de nuestro tiempo y de nuestra región. Este espíritu propio ha de ser sustituído por el espíritu de Cristo, por su modo de pensar, de juzgar, de sentir, de amar, de obrar y de padecer. Entonces vive realmente Cristo en nosotros.

Los santos llegaron por este camino a una *impersonalidad superior,* muy superior a la propia personalidad natural. Santo Tomás, en el orden especulativo, es un ejemplo manifiesto al no hablar jamás de sí mismo en sus obras. Permaneciendo siempre en un

[10] *Io.*, III, 30.

plano objetivo vino a ser el «Doctor Común» de la Iglesia. Igual sucede en el orden práctico. Son muchos los santos en los que resplandece manifiestamente la vida de Cristo. Tal, por ejemplo, el santo cura Vianney. En ellos se verifican plenamente estas palabras: «Para mí la vida es Cristo.» *Sólo los santos comprendieron* que nuestra personalidad moral no se perfecciona hasta el límite sino cuando de alguna manera se pierde en la personalidad de Cristo, como el río está completo cuando se precipita en el mar. Por eso los santos sustituyen sus propios juicios e ideas por los juicios de Cristo recibidos por la fe; sustituyen su propia voluntad por la voluntad santísima de Cristo; su acción personal por su acción santificadora. Se hicieron *siervos de Dios* en toda la extensión de la palabra. Sirvieron a Cristo como la mano sirve a nuestra voluntad. San Pablo pudo decir: «*Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí*» [11]. Y San Juan Crisóstomo: «Corazón de Pablo, corazón de Cristo.»

Sin embargo, esto necesita una inteligencia recta y total. No quiere decir que Cristo deba disminuir, descendiendo a nuestra vida inferior, sino que nosotros debemos ofrecernos a Él *para que viva en nosotros su vida superior,* muy superior a la nuestra propia. Por ejemplo, cuando oramos debemos acogernos a la gran oración de Cristo, para que su oración se prolongue de algún modo en nosotros, se proyecte y continúe en nosotros.

Si de veras emprendiéramos este camino no sólo seríamos mejores, sino que nuestra alma se abandonaría a sí misma y viviría olvidada de sí. Ahora es cuando

[11] *Gal.*, II, 20.

se entienden las palabras que Cristo dijo a muchos santos: «*Déjame vivir en ti; tú morirás a ti mismo.*» Así lo hicieron San Benito, San Francisco, Santo Domingo, San Vicente de Paúl; todos los santos que por este medio llegaron a la santa libertad de los hijos de Dios. Esto, que vale para los fieles, tiene especial aplicación a los sacerdotes.

Hay que desnudarse del hombre viejo y «revestirnos del hombre nuevo». Revestirse de Cristo, como dice San Pablo [12].

3) *Consecuencias prácticas y aplicación a las diversas virtudes en particular.*

Son muchas las consideraciones que se derivan en orden a la adoración, a la humildad, a la caridad fraterna, a la fe, a la esperanza, al amor de Dios y aceptación de la Cruz.

a) *En orden a la adoración. El alma ya no ora como lo hacía hasta este momento, limitando su oración a las exigencias del propio interés,* sino que su oración es *la oración de Cristo* que se comunica y continúa en ella. Entonces comprende las palabras dichas a los apóstoles: «Todo lo que pidiereis al Padre en mi nombre, eso haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; si pidiereis alguna cosa al Padre *en mi nombre, Yo lo haré* [13]. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis para que sea cumplido vuestro gozo» [14].

El alma, durante la Misa principalmente, *adora en*

[12] *Gal.*, III, 27; *Eph.*, IV, 24; *Rom.*, XIII, 14.
[13] *Io.*, XIV, 13.
[14] *Io.*, XVI, 24.

nombre de Cristo; pide en nombre del Salvador, no la conversión de algunos o de muchos, no indica número ni para el presente ni para el futuro. En nombre, asimismo, de Cristo es reparadora por la aceptación generosa de los sufrimientos *y da gracias* en nombre de Jesús por los beneficios particulares, y por el universal beneficio de la Creación, de la elevación a la vida de la gracia, de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía. Al ver que los párvulos reciben el pan espiritual, dirá con Cristo: «*Gracias te doy, Señor del cielo y de la tierra, porque revelaste estos misterios a los pequeñuelos.*»

El alma que así camina se dirige también *a la Santísima Virgen, como en nombre de Cristo*; en Ella, pues, encuentra a su Madre en sentido pleno, comprendiendo mejor las riquezas que encierra la maternidad espiritual de María en orden a la salvación de todos. *Esa alma puede muy fácilmente continuar su oración durante todo el día; ofrece,* en cualquier tiempo, las obras de Cristo, principalmente las que nos recuerda el Santísimo Rosario y el Vía Crucis. Durante la visita al Santísimo Sacramento ofrece a Dios los actos del Niño Jesús, los actos de su vida oculta, los de su vida pública, los de su vida dolorosa y los de su vida gloriosa y eucarística. Cristo vive realmente en ella. La irradiación de la contemplación y del amor del Salvador es en esta alma una realidad.

b) *En orden a la humildad. Comienza el alma a desechar una vida excesivamente personal, a despreciarse a sí misma,* al compararse con Cristo. Comprende muy bien que todo pensamiento de uno mismo es limitado, estrecho, bajo, opuesto a la santa li-

bertad de los hijos de Dios. Renuncia a ellos para vivir de la fe, de las palabras de Cristo, que «*son espíritu y vida*».

Desecha, pues, el amor propio—obstáculo para la vida de Cristo en nosotros—, como la mano impediría la vida del cuerpo si quisiera vivir para sí misma, no para el cuerpo. Comienza a gustar de *las humillaciones* y a aceptar los desprecios sin que le causen gran ansiedad. Cree que debe vigilar—para despojarse de ello—cuanto en ella es defectuoso, a fin de que resplandezca la grandeza de Cristo, que debe resaltar en toda nuestra vida.

Comprende bien aquellas palabras: «Déjame vivir en ti para que tú mueras»; y aquellas otras: «Tu pobreza es extrema, pero yo soy rico y quiero vivir en ti. Mis riquezas te bastan»; son tuyas; son propiedad personal tuya.

El alma termina por tener en poco sus propias virtudes, por ser limitadas, *y comienza a amar, como bien propio, las inmensas perfecciones propias del mismo Cristo*. Lo que parece *grande* a los soberbios y ambiciosos, a ella le parece *nada*, porque ha renunciado a su propia gloria.

c) *En orden a la caridad fraterna:* El alma cristiana considera a las demás personas como lo haría el mismo Cristo. Entonces en todos halla algo *hermoso y digno de imitar*, porque también en una florecilla silvestre se encierra la belleza. Ama particularmente a los *pobres*, por ser los miembros doloridos de Cristo; y a los *niños*, por su inocencia. Los ama de un modo semejante a como el mismo Cristo los amó. Ama a los ancianos abandonados, en quienes a menudo se encuentra la sabiduría.

d) *Los dones* ilustran muy vivamente *la fe* de esta alma; se hace penetrante y sabrosa. *Ve las cosas más diversas con los ojos de Cristo*. En todo se pregunta: ¿Qué es lo que pensaría y lo que hoy piensa Cristo? Comprende mucho mejor el valor de la Misa, de la comunión, de la absolución sacramental. Asimismo entiende fácilmente el sentido espiritual de los sucesos de cada día y en orden a qué bienes superiores permite Dios el mal. Se dice a sí misma: «Cristo ve este bien superior.» Ella misma tiene cierto presentimiento de ellos.

e) *Aumenta su confianza*, porque Cristo le comunica la suya propia. En su memoria guarda las palabras del Salvador: «Yo vencí al mundo.» Como si dijera: «Vencí al pecado, al demonio, a la muerte. Confiad.» Esta alma puede desesperar de sí misma, de sus propias fuerzas; pero es entonces cuando más espera en Dios. Con San Pablo dirá: «*Cuando estoy enfermo entonces soy más poderoso.*» Así obraba San Felipe Neri: «Cuando desconfío de mí mismo es cuando más confío en la gracia de Dios.» Juan Bautista Mazella, apóstol de Cerdeña, decía cuando mayores eran las dificultades: «De mí desespero, toda esperanza pierdo, sólo en Dios confío.»

f) *El amor de Dios* aumenta muy notablemente, porque es el amor de Cristo transfundido al alma que vive de él. Es un amor que empieza por causar en el alma *un cierto éxtasis espiritual*, no corporal, por el que el alma amante de Dios *sale fuera de sí* como lanzada hacia Dios. Mientras el hombre *natural* piensa casi siempre en sí mismo, aunque de una manera confusa, en sus propios intereses, el alma espiritual piensa casi siempre en Dios; ama a Dios verdadera-

mente, y en el mismo Dios se ama a sí misma y al prójimo, para más glorificar a Dios estando llena de paz y de alegría al menos en lo más profundo de su alma. *Es entonces cuando el alma empieza a confiarse totalmente a Dios*; está en la vía de abandono perfecto de sí en las manos de Dios.

Así se cumple lo que pedía el Beato Nicolás von Flue: «Dios y Señor, prívame de todo lo que me impide llegar hasta Ti; dame todo lo que me conduzca a Ti; prívame de mí mismo y concédeme que por entero me entregue a Ti.»

g) Sucede, finalmente, en esta *alma una aceptación generosa de la cruz*, permitida por Dios como elemento de apostolado. Es lo que sucedió a muchos santos pobres, entre otros a Benito José Labre, y sucede hoy a muchos otros. De igual modo acaece a los enfermos, almas doloridas día y noche sin exhalar un gemido, sino *que ofrecen sus dolores, junto con los de Cristo*, por la conversión de los pecadores; sin que éstos se conviertan, la paz del mundo es imposible.

Si hay almas generosas que se ven impulsadas a ofrecerse a Dios *como víctimas* es porque Cristo, previendo estos futuros dolores, les inspiró tal resolución. De ahí que el mismo Cristo las conforta como si fuera Él mismo quien sufre en ellos. En este sentido Cristo está en la agonía hasta el fin del mundo. Así fue Cristo *fortaleza de los mártires*, sufriendo en ellos durante los tres primeros siglos de la Iglesia.

Es el motivo que impulsa hoy a muchas almas a hacer la siguiente oración: «Señor, en esta hora de crisis mundial, cuando se extiende el espíritu de soberbia negando toda religión y hasta la existencia de Dios, concédeme una inteligencia más profunda del misterio de la Encarnación redentora y de tu santo anonadamiento en la Pasión; dame el deseo de participar de tus humillaciones y dolores en la medida que me señaló tu Providencia; haz que por este deseo encuentre la paz, la fortaleza, la misma alegría, conforme a tu beneplácito, a fin de levantar mi ánimo y la confianza en los demás.»

Si esto se aplica a los fieles que aspiran a la santidad, cuánto más a los sacerdotes, quienes, en virtud de su ordenación, deben tender a la perfección cristiana para poder santificar a sus fieles, máxime cuando tanto abundan los errores, como sucede en nuestro tiempo, para poder conducir de nuevo a la verdad y vida cristiana a cuantos la han abandonado.

El amor propio, máximo impedimento para la vida de Cristo en nosotros.

El mayor enemigo de la vida espiritual, según el sentir de los autores de espiritualidad, no es el mundo con sus tentaciones, ni el demonio con sus asechanzas, sino *el amor desordenado de sí*. Si en nosotros no tuviera lugar, las tentaciones del mundo y las insidias del demonio serían fácilmente vencidas; por el contrario, existiendo aquél, en él encuentran su más poderoso cómplice.

Veámoslo práctica y concretamente, según la doctrina de Santo Tomás expuesta en la *Summa Theologica* [15]:

Cómo el amor desordenado de sí mismo se opone al amor, destruyéndolo no pocas veces.

[15] I-II, 77 y 88.

Cómo permanece latente incluso en los mejores cristianos.

Qué pensar de los subterfugios del amor propio. Cómo combatirlo eficazmente.

1) *Cómo el amor desordenado de sí mismo se opone al amor de Dios, destruyéndolo no pocas veces.*

El amor desordenado es *insidioso* de muy diversas maneras. En primer lugar toma el disfraz del honor, o del cuidado del buen nombre y de la propia dignidad. Dice, por ejemplo: «El hombre, lo mismo que el ángel, se ama naturalmente a sí mismo, quiere el bien para sí; en esto no existe desorden alguno. Aún más; incluso la caridad sobrenatural exige que nos amemos a nosotros mismos más que al prójimo. Sin embargo, este amor propio desordenado no dice que tanto en el orden natural como en el sobrenatural el amor a nosotros mismos debe *subordinarse* al amor de Dios, autor de la naturaleza y de la gracia. Y si mueve a considerar tal subordinación será de un modo teórico y abstracto, pero no de un modo práctico y en un sentido concreto. De ahí que implícita pero *realmente* busquemos demasiado nuestro propio interés.

En consecuencia, el amor de sí mismo se torna bien pronto en desordenado. Es secuela del pecado original.

Cierto que el bautismo nos borró este pecado de naturaleza; pero, aunque en forma de cicatrices, perduran las heridas por él causadas y que nuestros pecados personales se encargan de abrir. De ahí que

el amor propio desordenado puede causar, por así decirlo, cierto desorden en todos nuestros actos, incluso los más elevados, siempre que no los practiquemos por amor a Dios, sino por nosotros mismos, para satisfacer nuestro apetito natural. Poco a poco se vicia nuestra vida interior y la vida de Cristo en nosotros se hace imposible.

Es verdad que La Rochefoucauld, en su libro *Las Máximas*, y los jansenistas exageran esta inclinación; mas bajo tal exageración hay algo o mucho de verdad.

Muchos son, por consiguiente, los que, en lugar de cultivar el amor de Dios, fomentan en sí mismos *la estima exagerada de sí mismos;* de sus cualidades; buscan la aprobación y alabanza de los demás; no ven los defectos propios, dedicados a aumentar los de los demás, como acaece a los periodistas [16] y a los políticos; a veces son de *una rigidez suma con los demás,* aunque de una extremada indulgencia consigo mismos. Muy conveniente y saludable sería entonces repetir la humillación del salmista: «Bien me estuvo, Señor, ser humillado.»

El amor desordenado de sí engendra la soberbia, la vanidad, e incluso, a veces, la concupiscencia de la carne y de los ojos; en consecuencia, todos los pecados capitales cuya fuente es la concupiscencia, verbigracia, la pereza, la gula, la impureza, envidia, ira, etc.

Entonces es cuando se manifiesta la gran oposición

[16] Téngase en cuenta que el autor escribe en Italia y conoce el ambiente de Francia, donde, al amparo de una libertad ilimitada de prensa, cada cual puede pensar y sentir conforme a sus conveniencias personales y expresarlo a la luz del día.—*N. del T.*

entre el amor de Dios y el desordenado amor de sí. El verdadero amor de Dios busca, quiere el beneplácito de Dios, quiere agradarle. Por el contrario, el amor desordenado de sí busca la satisfacción personal, aun con desagrado de Dios.

El amor de Dios mueve a generosidad, a buscar verdadera y prácticamente la perfección; el amor desordenado de sí mismo tiende a evitar las molestias, rehusa la abnegación, el trabajo, la fatiga. El amor de Dios tiende a destruir el interés propio, piensa que *nunca ha hecho bastante por Dios y por las almas;* pero el desordenado amor de sí cree que ya ha hecho demasiado por Dios y por el prójimo. El amor verdadero para con Dios quiere no sólo recibir, sino dar a Dios gloria y honor, con celo verdaderamente apostólico. El desordenado amor de sí no aspira a dar, sino *a recibir;* como si el hombre fuera el centro del universo, hace girar todo en torno a sí. El alma sacerdotal que viva esta vida será totalmente infructuosa, como la higuera estéril de que habla el Evangelio.

Finalmente, *el desordenado amor de sí camina a la destrucción en nuestra alma del amor de Dios y del prójimo,* lo cual sucede cuando se llega a cometer el pecado mortal, en particular si es repetido. Cada vez aumentan más la aversión a Dios y la *conversión al bien creado y al amor de sí.* Todas nuestras inclinaciones pueden viciarse poco a poco, como sucede en los condenados. En el demonio, por ejemplo, la misma inclinación natural a amar a Dios, autor de la naturaleza, sobre todas las cosas, se halla corrompida, ya que los condenados sienten un desordenado deseo de gozar de Dios, nacido de esta misma incli-

nación, pero no por amor de Dios, sino por desenfrenada gula espiritual, pues padecen ausencia de todo bien y de cualquier satisfacción.

San Agustín describe con frecuencia esta oposición trágica entre el amor de Dios y el desenfrenado amor de sí, máxime cuando contrapone la caridad a la concupiscencia. Por ejemplo, al final de *La Ciudad de Dios*[17] afirma: «Dos amores hicieron dos ciudades; el amor de Dios, llevado hasta el desprecio de sí, hizo la ciudad de Dios; y el amor de sí, llevado hasta el desprecio de Dios, hizo la ciudad de Babilonia o de perdición». Ya San Pablo había dicho: «La raíz de todos los males, la concupiscencia»[18]. Véase Santo Tomás en la *Summa Theologica*[19]: Señala la triple

---

17 *De Civ. Dei*, lib. 14, cap. último.
18 *I Tim.*, VI, 10.
19 I-II, 77 y 84.

Del amor desordenado de sí nacen.....	La soberbia......	Ira............ Envidia...... Acedía........ Vanidad......	*Ceguera de la mente* en lugar de una fe viva.
	Concupiscencia de los ojos....	Avaricia.....	*desesperación* en lugar de la esperanza.
	Concupiscencia de la carne..	Gula.......... Lujuria......	*Discordia* en lugar de caridad y *odio a Dios.*
De la gracia vienen	Las virtudes teologales y los dones correlativos	*Caridad*...... *Esperanza*.. *Fe* viva ilustrada por los dones.	Unión con Dios, confianza, contemplación.
	Las virtudes morales y los dones correlativos	*La prudencia* cristiana y el don de consejo. *La justicia*, la religión y el don de piedad. *La fortaleza*, la generosidad. *La templanza*, la castidad, la humildad.	

Cfr. nuestra obra: *Las tres edades de la vida interior*, II, página 480.

raíz de los pecados capitales en cuanto que de la concupiscencia se derivan: la soberbia de la vida, la concupiscencia de la carne y la concupiscencia de los ojos. En los malos es manifiesto, e incluso bajo otra forma se halla en los justos imperfectos [20].

2) *Cómo permanece latente incluso en los mejores cristianos y sacerdotes.*

San Vicente de Paúl, según se lee en su vida escrita por Coste, I, 12; III, 300, narra un hecho sucedido cuando él era estudiante de cierto colegio: «Un día me dijeron: «Tu padre viene a verte». Mas como mi padre fuese un labrador rústico *no quise salir a verle y hablar con él.* Cuando mi padre me llevaba a la ciudad su condición me entristecía, *me avergonzaba de mi padre*».

El mismo santo, hablando más tarde, cuando ya había fundado la Congregación, decía: «Vino a visitarme al Colegio donde era superior el hijo de un hermano mío, y yo, considerando la condición muy modesta de mi sobrino—vestía mal, al igual que los demás campesinos—, *di órdenes de que me lo presentaran secretamente.* Mas al punto cambié de parecer con la resolución de reparar este movimiento de amor propio; bajé a la portería, abracé a mi sobrino y le conduje de la mano a la sala común donde estaban mis hermanos (de religión) diciéndoles: «He aquí la persona más honorable de mi familia». Así vencía San Vicente de Paúl su amor propio, temiendo todavía no se ocultara, en la misma victoria, el más sutil amor propio.

[20] Frecuentemente se mueven los hombres rápidamente y con energía por la satisfacción de los propios deseos, de la soberbia, de la vanidad; y lentamente, tarde y perezosamente, llenos de indiferencia ante una obligación pesada, aun cuando constituya un deber grave para con Dios o para con el prójimo. Grande es, pues, el poder del amor propio desordenado, hasta el punto de que, si no trabajamos por destruirlo, terminará él por desarraigar en nosotros el amor de Dios y del prójimo.

3) *Qué pensar de los subterfugios del amor propio.*

La oración mental, por ejemplo, se vicia por un excesivo deseo de consuelo sensible, de gula espiritual, de sentimentalismo. El sentimentalismo es la ficción sensible de un amor a Dios y al prójimo, que no existen como tales en la voluntad espiritual. El alma se busca a sí más que a Dios. Para borrar esta imperfección viene la purificación pasiva por la aridez sensible.

Si el alma, en medio de la sequedad, no es bastante generosa, cae en *la pereza espiritual,* en la tibieza, deja de caminar eficazmente a la perfección.

Igualmente el desordenado amor de sí desvirtúa nuestro trabajo intelectual o apostólico; buscamos en él la satisfacción personal, la alabanza más que a Dios y a las almas. El predicador puede volverse *estéril* como «bronce que suena y címbalo que retiñe». El alma se retrasa, deja de ser *incipiente* para no alcanzar a los *aprovechantes;* será siempre un *alma raquítica,* como el niño que no crece no permanece niño ni se hace adolescente y adulto normal, sino un *hombrecillo deforme.* Algo semejante ocurre en el

orden espiritual; y ello por el desordenado amor propio, de donde procede la esterilidad de la vida [21].

4) *Cómo combatirlo eficazmente.*

Hemos de conocer el *defecto predominante* para poder combatirlo y llegar a la victoria. Este defecto viene a ser como una caricatura de la inclinación buena que debió prevalecer; es como el reverso de una medalla. De ahí nace la lucha entre la inclinación buena y la mala. La virtud y el vicio opuesto no pueden coexistir al mismo tiempo en el mismo sujeto, aun cuando puedan coexistir como disposiciones en potencia. La lucha vendrá más tarde, y entonces, o prevalece la inclinación buena bajo la forma de virtud actual, o el defecto predominante en forma de vicio actual.

De este modo el defecto predominante inicial es aquello por lo que una virtud degenera en *un vicio materialmente semejante, aunque realmente contrario;* por ejemplo, la inclinación a la humildad degenera en pusilanimidad; la inclinación a la magnanimidad,

[21] Véase San Mateo, XXI, 19, sobre la higuera seca. «Viendo Jesús una higuera cerca del camino, se fue a ella, pero no halló en ella más que hojas, y dijo: «Que jamás nazca fruto de ti». Y la higuera se secó al instante». Dice Santo Tomás comentando este pasaje: «Cristo ha visitado la Judea. Tenía hojas—las observancias legales—, pero no tenía fruto. Del mismo modo muchos tienen apariencias de bondad, cuando en su interior son malos y perversos... Cristo maldijo a fin de mostrar que la Judea había de ser estéril, como se ve por la *Epístola a los romanos*, c. 9. Así sucede a veces que algunos, *malos en su interior*, aunque buenos externamente, son secados por Dios para que no corrompan a los demás». Dios lo hace por amor a las almas, por su salvación.

en soberbia y ambición; la inclinación a la fortaleza, en ironía amarga y crueldad; la inclinación a la justicia, en rigorismo; la inclinación a la mansedumbre y misericordia, en debilidad. Se entiende mejor esto considerando, v. gr., que la humildad se opone más directamente a la soberbia que a la pusilanimidad, la cual, sin embargo, también le es contraria, como la magnanimidad más directamente se opone a la pusilanimidad que a la soberbia. Ambas virtudes, sin embargo, *están conexas,* como dos arcos de una misma ojiva.

Es, pues, necesario considerar *bajo qué forma prevalece en nosotros el amor propio,* es decir, ver si se aparece bajo el aspecto de soberbia, de vanidad, de pereza, de sensualidad, de gula o de ira; en otros términos, ver cuál sea nuestro *defecto predominante,* que se manifestará en los pecados que más frecuentemente cometemos y que será como el alimento de nuestra fantasía.

En algunos la soberbia, por ejemplo, vence a la irascibilidad por conservar la estima humana; en otros la pereza domina a la soberbia, sin importarles nada la buena consideración de los demás.

Hemos, pues, de vigilar para *dominar el defecto predominante con tenacidad y perseverancia* a fin de adquirir dominio sobre uno mismo, no por la estima de los hombres, sino *por Dios.* En este mundo siempre, aunque a veces difícil, es posible. Dios no manda lo imposible; y en lo que manda te impulsa a hacer lo que puedas y a pedir lo que no puedas, ayudando para que puedas [22].

[22] San Agustín: *De natura et gratia,* c. 43, IV, 50, citado por el Concilio de Trento, Dz., 804.

En otros el defecto predominante no se manifiesta tan claramente, sino que el amor propio toma formas muy diferentes.

El defecto predominante se ha de combatir de todas las maneras, sustrayendo lo que pueda alimentarlo y obrando cada vez más por amor de Dios, para agradarle: *primero en todo lo exterior de obligación y de más fácil* cumplimiento por espíritu de fe; luego *en todo lo interior* y cuyo cumplimiento es *más difícil*. De este modo prevalecerán en nuestra vida las tres virtudes teologales con sus dones correlativos.

Tres cosas se requieren en esta lucha metódica.

Pureza de intención. Es de suma importancia. Dice el Salvador por San Mateo (VI, 22): «La lámpara del cuerpo es el ojo. *Si, pues, tu ojo* estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas, pues si la luz que hay en ti es tinieblas, ¡qué tales serán las tinieblas!» Sobre esto afirma Santo Tomás: «Por el ojo se significa la intención». Ahora bien, el que obra, algo intenta; si, pues, tu intención es luminosa, es decir, se dirige a Dios, todo tu cuerpo, o sea tus obras, serán luminosas». Esto tiene lugar en todo buen cristiano, y en los prelados que gobiernan bien su grey.

Hemos de conservar esta pureza de intención, primero en lo *fácil y ordinario*. Así formaba San Benito a sus religiosos, carentes muchas veces de gran cultura, diciéndoles: «Cumplid con pureza de intención, con espíritu de fe, de esperanza, de amor de Dios, para agradar a Dios, todos los actos determinados por la regla. Tales religiosos, incluso conversos, practicando con este espíritu y con esta pureza de intención *los actos externos* de la vida religiosa, alcanzaban una gran perfección, notable unión con Dios; lograban una perfecta victoria sobre el amor propio. Así se lee en San Lucas (XVI, 10): «El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho»; lo será, incluso, en el martirio. Asimismo dice San Agustín: «Lo pequeño en sí es siempre pequeño, pero ser siempre fiel en lo mínimo es lo máximo».

Hemos de observar una *abnegación progresiva externa e interna*, conforme a aquellas palabras: «El que quiera venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo». Se ha de practicar siempre que la ocasión se presente para que el amor de Dios y del prójimo prevalezca sobre nuestro desordenado amor propio. Esto, que es necesario a los simples fieles que aspiren a la perfección de la caridad, expresada en el primer precepto «amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón...», según la condición de cada uno, tiene mayor aplicación al religioso y al sacerdote, máxime si tiene cura de almas.

El recogimiento habitual es necesario *para conservar la unión con Dios*, no sólo durante la celebración de la Misa o el tiempo dedicado a oír confesiones o a la predicación de la palabra divina, sino constantemente, para que el sacerdote sea un ejemplo vivo para todos durante el día y resplandezca la vida de Cristo en su misma vida.

El sacerdote se dispone así para que Cristo viva en él, cosa que se manifestará en su humildad, sencillez, en sus juicios iluminados por el espíritu de fe, en su confianza, en su celo por las almas. Entonces se cumplirá en nosotros lo que ya dijo San Agustín: «Nuestra alma se alejará cada vez más de la

ciudad de perdición, en la que el amor de sí llega hasta el desprecio de Dios, y llegará a la ciudad divina, en la que el amor de Dios llega al desprecio de sí, dada la admirable unión de la humildad verdadera y la perfecta caridad para con Dios y el prójimo. Así alcanzaremos la victoria por la gracia de Cristo para gloria suya y salud de las almas»

Hace poco leía en cierto monasterio de Carmelitas esta inscripción: «Buscad solamente a Dios y le hallaréis».

¡Ojalá sea siempre tan pura nuestra intención! La gracia divina nos guiará infaliblemente al último fin. Es lo mismo que decía el Salvador: «*Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás —comida, vestido— se os dará por añadidura*».

Capítulo IV

Unión del sacerdote con Cristo Sacerdote

Tres son los móviles que impulsan al sacerdote a la unión con Cristo:

Su ordenación sacerdotal.

Sus deberes para con el Cuerpo sacramental de Cristo.

Sus obligaciones para con el Cuerpo místico de Cristo.

1) *Todo sacerdote, por razón de su ordenación, debe estar íntimamente unido a Cristo.*

Todos los fieles, en cuanto viadores, están obligados a guardar cada vez mejor el precepto del amor a Dios y al prójimo. Tal precepto no se limita a un cierto grado de caridad, v. gr., a diez talentos. No tiene límite: «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y al prójimo como a ti mismo» [1]. El viador debe cre-

[1] *Lc.*, I, 27; VI, 5.

cer siempre en caridad, pues en el acercamiento a Dios el amor es el camino [2].

La perfección de la caridad entra en el primer precepto, no como materia, como algo que al punto se ha de conseguir, sino *como fin,* al que todos deben aspirar, cada cual en su condición; éste en el estado de matrimonio, aquél en la vida religiosa, como hermano converso o como monja, el de más allá en la vida sacerdotal. El viador que se negase a perfeccionar la caridad pecaría contra el primer precepto, formulado sin limitación alguna. Dejaría de ir al fin, simulando haberlo conseguido ya cuando, ciertamente, está muy lejos.

Si, pues, todos los fieles, en virtud del supremo precepto, deben esforzarse por conseguir la perfección de la caridad—la perfección cristiana—en cuanto lazo de unión con Dios y motor de las demás virtudes, el sacerdote posee un motivo especial: la vocación peculiar que recibió.

Se afirma comúnmente que incluso el sacerdote secular debe aspirar a la perfección propiamente tal *por razón de su ordenación y de ministerio;* aún más: que se requiere mayor santidad interior para celebrar la Misa y santificar las almas que la requerida en el estado religioso sin ordenación sacerdotal, en el lego o en la monja. Y la razón de esto viene: de la ordenación sacerdotal, del ministerio sobre el cuerpo sacramental de Cristo y, por fin, del ministerio sobre el Cuerpo místico de Cristo. Esto es de fe, al menos según el Magisterio ordinario y universal de la Iglesia, como se puede ver en el Pontifical.

---

[2] Cfr. Santo Tomás, II-II, 184, 3, ad 2.

1) *Por la misma ordenación:* Se lee en el Pontifical romano, en la ordenación de presbítero: «El Señor eligió setenta y dos ministros de su Iglesia para instruirlos de palabra y a la vez con las obras. Debían ser perfectos en la fe y en las obras y estables en el doble amor de Dios y del prójimo» [3]. Y lo mismo se desprende de los prerrequisitos: Para la ordenación. Y de los efectos de la misma.

Para la ordenación: La ordenación requiere el estado de gracia, idoneidad y una bondad de vida superior a la exigida para ingresar en el claustro. Véase Santo Tomás [4]: «Las órdenes sagradas preexigen la santidad, mientras que el estado religioso es como un ejercicio para lograrla».

Según la Tradición, para entrar en religión basta el grado de los incipientes—vida purgativa—, mientras que para la ordenación sacerdotal es sumamente conveniente la vida iluminativa; y para el estado episcopal, la vida unitiva o de los perfectos [5]. En el artículo 8 (l. c.) Santo Tomás afirma:

«*El orden sagrado deputa a quien lo recibe para ministerios santísimos con los que se sirve a Cristo en el Sacramento del altar; y esto exige mayor santidad interior que el mismo estado religioso*» a los legos, monjes o simplemente profesos.

Los efectos de la ordenación indican también la obligación del sacerdote de tender a la perfección. En la ordenación se recibe el *carácter sacerdotal*—par-

---

[3] Santo Tomás, IV, S., d. 24, q. 2. Esto mismo lo explica el cardenal MERCIER en su obra *La vie intérieure. Retr. sacerdotales,* 1919, págs. 200, 140-167.

[4] II-II, 189, 1, ad 3.

[5] Ib., 184, 7-8.ª

ticipación indeleble del sacerdocio de Cristo—para consagrar y absolver válidamente. Un santo laico, San José Labre, por ejemplo, puede pronunciar las palabras de la consagración; sin embargo, la transubstanciación no se hará, así como tampoco la absolución; ni siquiera un ángel o la Santísima Virgen (aunque la Santísima Virgen haya dado a Cristo algo más: le dio la naturaleza humana y junto con Él ofreció al Padre la inmolación cruenta del Hijo).

Se recibe también la *gracia sacramental del orden para realizar cada vez más santamente las funciones sacerdotales*. Por lo cual dice Santo Tomás [6]: «*Quienes se entregan a los ministerios divinos obtienen una dignidad regia y deben ser perfectos en la virtud, según se lee en el Pontifical*» [7]. Ciertamente la ordenación sacerdotal es más excelente que la profesión religiosa.

La gracia sacramental es una modalidad de la gracia habitual y da un derecho a recibir gracias actuales para celebrar cada vez más dignamente. Véase la *Imitación de Cristo*, l. IV, c. 5: «He aquí que has sido constituído sacerdote, consagrado para celebrar; trabaja ahora por ofrecer a Dios sacrificios fiel y devotamente, a su debido tiempo. *Muéstrate irreprensible.* No has aligerado tu carga, sino que te has ligado con un lazo más estrecho a la disciplina. Te has obligado a una mayor perfección de la caridad. El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes y dar a los demás el ejemplo de una vida intachable».

2) *Por el ministerio sobre el cuerpo sacramental*

[6] Santo Tomás, IV S., d. 24, q. 2.
[7] Ib., Suppl. 35, 1-2; III, 63, 3.

de Cristo se ve más claramente la obligación de tender a la perfección. *En primer lugar el sacerdote celebrante hace las veces de Cristo, es otro Cristo.* En consecuencia, para ser un ministro consciente de su obligación, para celebrar digna y santamente, el sacerdote debe unirse de alma y corazón al Supremo Sacerdote, víctima al mismo tiempo. Sería, pues, hipocresía, querida indirectamente al menos en la misma negligencia, acercarse al altar sin una voluntad decidida de crecer en caridad. Si todo fiel debe adelantar en la caridad sin salir de su condición en virtud del supremo precepto «Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón», mucho más el sacerdote.

La *Imitación de Cristo* declara maravillosamente la santidad requerida, o al menos como muy conveniente, para la celebración de la Misa: libro IV, c. 5: «El sacerdote, adornado con las vestiduras sagradas, hace las veces de Cristo; rogando a Dios por sí y por todo el pueblo con sumisión y humildad. *Tiene en el pecho y espalda la Cruz,* para que recuerde constantemente la Pasión. *Lleva ante sí, en la casulla, la Cruz,* para que considere diligentemente las huellas de Cristo y se esfuerce valerosamente por seguirle. *Va señalado con la Cruz en la espalda,* a fin de que por Dios sufra todas las contrariedades que los demás le ocasionaren.»

3) *Se confirma por razón de los ministerios que ha de realizar acerca del Cuerpo místico:* El sacerdote debe santificar a otras almas por la predicación de la palabra divina, a través de la confesión y la dirección [8].

[8] Cfr. *Las tres edades de la vida interior*, I, pág. 303.

Consecuencias varias [9].

1) *El sacerdote debe considerarse esencialmente ordenado para ofrecer el sacrificio de la Misa.* El «Sacrificio» ha de representar para él algo más que el estudio, más que las obras externas de apostolado. Su estudio debe ordenarse al conocimiento, siempre más elevado, del misterio de Cristo, Supremo Sacerdote; su apostolado será una derivación lógica de su unión con Cristo, sacerdote principal. *Aún más: la celebración de la Misa únese tan íntimamente con la oblación perpetua de Cristo*—vivo siempre para interceder por nosotros—que supera inmensamente el ministerio de los ángeles custodios, siguiendo inmediatamente a la misión singular de la Santísima Virgen, que dio al Hijo de Dios su naturaleza humana y ofreció junto con Él la inmolación cruenta del Calvario.

Los teólogos se han preguntado: *¿Cómo puede superar el ministerio del hombre-sacerdote al de los ángeles, superiores por naturaleza?*

La respuesta de muchos ha sido ésta: El águila tiene alas y visión más aguda que el hombre. Y así como el águila supera al hombre por las plumas y la vista, así el hombre sobrepasa a los ángeles consagrando y absolviendo.

San Efrén afirma en su obra *Sobre el Sacerdocio:* «El don sublime de la dignidad sacerdotal sobrepasa al entendimiento y la razón... El sacerdote vive fácilmente en medio de los ángeles..., pues trata familiarmente al mismo Señor de los ángeles». Por lo que el autor de la *Imitación de Cristo* (libro IV, c. 5) dice lo siguiente: «Si tuviera la pureza de los ángeles y la santidad de San Juan Bautista aún no sería digno de recibir este sacramento, ni tratar... Misterio grande y sublime dignidad la de los sacerdotes, a quienes fue dado lo que no se concedió a los ángeles.»

2) En la práctica, por consiguiente, el *celebrante*, en el momento de la consagración, *debe unirse humilde, pero íntimamente, al sacerdote principal. Si humildemente se oculta para que sólo aparezca Cristo, será coronado de gloria y honor como verdadero representante de Cristo.* «*Conviene que Él crezca y yo disminuya*» [10]. *Así como la humanidad de Cristo, careciendo de su propia personalidad, se ve coronada de honor y gloria por la unión hipostática en la Persona del Verbo, así el sacerdote consagrando sólo en nombre de Cristo* (de ningún modo en nombre propio) *se ve glorificado hasta el extremo en cuanto es como otro Cristo.* Si la humanidad de Cristo perdiera la personalidad divina del Verbo y recibiese la personalidad humana, en el mismo momento habría perdido el valor infinito de su mérito; analógicamente, si el celebrante obrase no en nombre de Cristo, sino en nombre propio, perdería toda su dignidad y no podría consagrar [11]. La conexión de la humildad y dignidad sacerdotales la expresó San Pablo en estas palabras: «*Llevamos este tesoro en vasos de barro para que la excelencia del poder sea de Dios, y no*

[9] Cfr. M. GIRAUD: *Prêtc et hostie*, quinta edición, 1924, tomo I, pág. 270.

[10] *Io.*, III, 30.
[11] Cfr. GIRAUD, o. c., t. I, pág. 279.

parezca nuestra»[12], así como la armonía de las mismas viene expresada en estas otras de la Liturgia: «*Oh Dios, grandeza de los humildes,* que has elevado a la gloria de los santos a tu siervo Francisco de Paula: concédenos, te rogamos...»

El sacerdote no ejerce plenamente su sacerdocio si no es por la consagración y elevación del cuerpo de Cristo y de su preciosísima sangre. De ahí la necesidad permanente de una unión siempre más íntima con Cristo a través de una fe viva, ilustrada por los dones del Espíritu Santo, por una confianza grande y un amor siempre más puro y perfecto.

Diversos modos de celebrar la Misa.

Ante nuestra vista debe permanecer siempre esta idea: Cristo es el sacerdote principal en el Sacrificio de la Misa; el sacerdote debe aspirar a una unión siempre actual y más íntima con Él. Frente a esto tenemos los modos tan diferentes de celebrar la Misa: Misa sacrílega, Misa rapidísima, Misa correcta al exterior, pero sin espíritu de fe; Misa diaria y piadosamente celebrada, y Misa de los santos. Así me lo ha hecho notar en conversación el fundador de la Congregación «Fraternidad Sacerdotal». Es digno de meditarse.

En la Misa sacrílega el corazón del celebrante está separado de Dios, separado de Cristo—sacerdote principal—. Tal celebración indigna es pecado mortal gravísimo.

[12] *II Cor.*, IV, 7.

Sin embargo, la Misa conserva todo su infinito valor, tanto por parte de la víctima ofrecida como del principal oferente. Incluso posee valor infinito de adoración, de reparación, impetración y acción de gracias el acto teándrico del oferente principal, vivo siempre para interceder por nosotros.

Si el estado interior de tal sacerdote fuera patente a los fieles, el escándalo sería colosal y sus consecuencias incalculables.

La corrupción de lo bueno es lo peor. La vida sacerdotal es falsificada. Se finge una caridad que no se posee, se simula prudencia, hay hipocresía, consejos farisaicos, pésimos ejemplos. Santa Catalina de Siena habla numerosas veces de semejante escándalo. La Iglesia se le aparecía como una virgen cuyos labios estaban corroídos por la lepra.

Tal Misa postula *reparación* del sacerdote culpable; a veces Dios la acepta de almas santas contemplativas, que sufren con el fin de obtener la conversión de los sacerdotes caídos.

La Misa brevísima, Misa celebrada a velocidad de vértigo, en quince minutos, con conciencia dudosa a veces, no deja de ser a su modo un escándalo. San Alfonso María de Ligorio, siendo obispo, proscribió tales Misas en su diócesis, escribiendo sobre el particular: «No existe en tales sacerdotes ni gravedad ni seriedad de vida; lo interesante para ellos no es la Misa, sino el dinamismo, la actividad externa, el seudoapostolado; no tienen vida interior, les falta el alma misma del apostolado.»

¡Cuánto distan tales misas de aquellas de las que el mártir San Juan Fisher podía afirmar: «La Misa es el sol espiritual que nace cada día derramando luz

y calor sobre todas las almas»! Las misas «breves», al contrario, son un escándalo por el modo mecánico de pronunciar, sin espíritu de fe, los *Kiries, Gloria, Credo* y *Sanctus*. Ni aun materialmente llegan a pronunciar las palabras, dada la extremada rapidez. Por el mismo estilo se pronuncian las oraciones del Misal, como palabras sin sentido, cuando su alcance total no se penetrará perfectamente sino en el cielo.

Es un verbalismo raquítico, contrario en absoluto a la contemplación. Si hay palabras que deban pronunciarse con plena conciencia, con penetración contemplativa, son éstas del Misal: *Kiries, Gloria* y *Credo*. En la misa de que hablamos se pronuncian rápidamente para terminar pronto. Se hacen las genuflexiones rápidamente, sin ningún sentido de adoración. Estas misas tan «ligeras» pueden hacer un daño grande a los que vienen a la Iglesia Católica y buscan un verdadero sacerdote a quien puedan abrir su conciencia en busca de la verdad. Decía Dn. Hügel en la vida de Santa Catalina de Génova: «Hay eclesiásticos que tienen tanto sentido religioso como mi zapato.»

Después de semejantes misas, generalmente, se suprime la acción de gracias o queda reducida a un signo.

Luego vienen *las misas correctas exteriormente*, pero celebradas sin espíritu de fe. Dícense con atención al rito externo, a las rúbricas; el sacerdote es, tal vez, estupendo liturgista, pero *celebra* como un *funcionario eclesiástico*, sin sentido religioso. Cierto que conoce las rúbricas y las observa; pero no ha pensado en el valor infinito de la Misa ni en el oferente principal, de quien es sólo un ministro. Es *Alter Christus* en el exterior, por su carácter que hace válida la Misa, aunque no manifiesta su alma sacerdotal. Parece que la gracia santificante y la sacramental del Orden se han paralizado el día de su ordenación; gracias que eran como tesoros a crédito, no fructifican, antes bien permanecen estériles. Y lo que es peor: este sacerdote piensa que está muy bien lo que hace, porque cumple bien las rúbricas, con lo cual ya no aspira a más. Pronuncia los *Kiries*, el *Gloria*, el *Credo*, el *Sanctus*, las palabras de la consagración y la comunión sin espíritu de fe.

Si tales sacerdotes mueren en estado de gracia han de sentir en el purgatorio un dolor muy grande por su negligencia, y desearán se les aplique, en reparación, una misa mejor celebrada.

Por el contrario, existe la *Misa celebrada digna y piadosamente*, con verdadero espíritu de fe, con confianza en Dios, con amor a Dios y a las almas. En ella se siente el soplo e impulso de las virtudes teologales, motoras de la virtud de la religión. Entonces el *Kirie eleison* es verdadera oración de súplica; el *Gloria*, adoración del Altísimo; léese el *Evangelio* del día con fe profunda, y las palabras de la *Consagración* se pronuncian en unión actual con Cristo, principal oferente, y hasta con cierto conocimiento de la irradiación espiritual de la oblación e inmolación sacramental en el mundo e incluso en el purgatorio. Se pronuncia el *Agnus* pidiendo, de verdad, la remisión de los pecados; la *Comunión* es como debe ser, substancialmente más ferviente y fecunda cada día, pues todos los días aumenta la caridad por el sacramento de la Eucaristía. La comunión a los fieles ya no es una distribución mecánica sino una comunicación de la vida superabundante a los mismos para que tengan

vida cada vez más abundante. El sacrificio de la Mi-
sa se termina con una contemplación simple pero viva
del Prólogo del Evangelio según San Juan. Sigue la
acción de gracias enteramente personal prolongada
los días festivos si el tiempo lo permite a modo de
oración mental. Es tiempo oportuno para la oración
íntima, pues Cristo está sacramentalmente presente en
nosotros y nuestra alma continúa bajo su influjo ac-
tual siempre que permanezca recogida.

Finalmente, ¿qué diremos de la *Misa de los san-
tos?* El sacrificio eucarístico celebrado por San Juan
Evangelista en presencia de la Santísima Virgen era
con toda verdad la continuación sacramental del sa-
crificio de la Cruz, cuyo recuerdo permanecía viví-
simo en el Corazón de la Madre de Dios y de su hijo
espiritual. La Misa de San Agustín después de las
horas de contemplación—como se manifiesta en su
obra *De Civitate Dei*—debía ser unión íntima con
Cristo Sacerdote.

Asimismo, la Misa de Santo Domingo, de Santo
Tomás, de San Buenaventura, quienes compusieron
oraciones de acción de gracias hoy todavía en uso;
la Misa de San Felipe Neri, arrebatado en éxtasis
tantas veces después de la consagración por la inten-
sidad de su contemplación y de su amor a Jesús, Sa-
cerdote y Víctima.

Los numerosos fieles que vieron celebrar a San
Francisco de Sales tuvieron siempre hacia él una ve-
neración máxima.

Decía el santo cura de Ars: «Si conociéramos lo
que es la Misa, moriríamos.» «Para celebrarla el sa-
cerdote debía ser un santo. Cuando estemos en el cie-
lo, veremos qué es la Misa, y cómo tantas veces la

hemos celebrado sin la debida reverencia, sin adora-
ción, sin recogimiento.»

Como nos afirma la *Imitación de Cristo*, lib. IV,
capítulo 9, los santos unieron siempre la oblación per-
sonal de los propios dolores a la oblación del mismo
Cristo, Sacerdote y Víctima a la vez. El Padre Carlos
de Foucauld, celebrando su Misa entre los mahome-
tanos del Africa, se ofrecía por ellos a fin de prepa-
rar su futura evangelización.

La Misa de los santos es como una introducción
o preludio, un comienzo del culto eterno expresado ya
en las palabras finales del Prefacio: «Santo, Santo,
Santo.»

Frutos de la Misa de los santos en los fieles.

Los fieles en la Misa así celebrada comprenden *la
grandeza de nuestro sacerdocio* como extensión del
sacerdocio de Cristo. En consecuencia van conocien-
do cada vez mejor no sólo al Cristo histórico, tal como
en otro tiempo vivió en la tierra, sino *al Cristo siem-
pre vivo*, que intercede por nosotros.

Por consiguiente, tienen conciencia de ser miem-
bros vivos del Cuerpo místico de Cristo; dan gra-
cias a Dios de todo corazón por los beneficios reci-
bidos desde el día de su bautismo, y *desean fervien-
temente la santa comunión*. Entonces conocen mejor
el valor infinito de la Misa. Entienden más fácilmente
cómo una Misa puede iluminar y vivificar mil almas
lo mismo que una si las mil se hallan bien dispuestas,
así como el sol ilumina lo mismo mil cuerpos que uno
solo. La Misa, esencialmente, es una continuación del

sacrificio de la Cruz, el cual puede aprovechar a todos los hombres lo mismo que al buen ladrón. Cristo, en efecto, ha muerto por todos los hombres, y cada Misa tiene infinito valor tanto por parte de la Víctima ofrecida como por parte del sacerdote principal. Pero es necesario que los fieles comprendan este inmenso valor por nuestro modo de celebrar el sacrificio.

Prácticamente, pues, *hemos de preparar la Misa,* verbigracia, leyendo pausadamente y con espíritu de fe la epístola, las oraciones y el Evangelio del día. Hemos de pedir el espíritu de oración. *Después de la Misa* daremos gracias no por breves momentos, sino por un largo rato, prolongándola durante media hora, según las posibilidades de cada día, si comprendiéramos que en el transcurso del día no habíamos de tener tiempo para hacer la visita al Santísimo o para la oración mental.

Si así celebráramos, la vida del sacerdote, en particular la recitación del oficio divino, sería como una expansión del sacrificio de la Misa, algo que acompaña naturalmente al sacrificio del altar. El sacerdote viviría más profundamente del misterio de la Encarnación y la Natividad del Señor, del misterio de la Redención o de la Cruz y del misterio de la Eucaristía, como afirmaba el V. Padre Chevrier, amigo de San Juan Vianney, a los sacerdotes que él formaba.

Intimidad que Cristo desea tener con su ministro.

Esta intimidad la significó Cristo en aquella que tuvo con el discípulo amado, Juan Evangelista, como ha explicado Bossuet en el panegírico de este santo. Cristo le ha manifestado su amor dándole:

Su Corazón en la Cena.

A su Madre en el Calvario.

Su Cruz para fecundar su ministerio.

a) *En la Cena* los apóstoles son ordenados, hechos sacerdotes; y Cristo inclina la cabeza de Juan Evangelista *sobre su Corazón.* Este gesto de Cristo ha realizado lo que significaba, comunicando en aquel instante a Juan una gracia de luz y de amor para que comprendiera el amor de Cristo hacia nosotros, tal como la manifestaría en la Institución de la Eucaristía. San Juan Evangelista fue constituído entonces el gran doctor de la caridad, a la que reduce todas las demás virtudes en sus epístolas.

Cristo, ciertamente, da su Corazón en la Misa a todo sacerdote, particularmente en la comunión, que debe producir en nosotros *un aumento de caridad* de acuerdo con nuestras disposiciones actuales. Por este aumento diario cada comunión debería ser normalmente más ferviente, espiritualmente al menos, que la anterior.

b) *En el Calvario* Cristo entregó su Madre a Juan en calidad de madre espiritual, que por su oración, ejemplos y palabras iluminó ciertamente la mente de Juan más que Santa Mónica la de Agustín.

Cristo, en efecto, dona su Madre a cada sacerdote, en calidad de protectora y madre espiritual. Si recurriéramos a ella humilde y confiadamente, no cabe duda que obtendríamos *una mayor penetración de los misterios de la Encarnación, Redención y Eucaristía.* La Madre de Dios, que vivía tan profundamen-

te estos misterios y que actualmente los vive, nos ilumine más cada día.

c) Cristo entregó a Juan Evangelista otro don, *su Cruz*. Lo había anunciado cuando dijo a Juan y a su hermano: «¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?» Respondieron Juan y su hermano: «Podemos.» Y Jesús les dijo: «Mi cáliz, ciertamente, lo beberéis» [13]. Ambos, de hecho, conocieron el martirio; y si San Juan no murió en él, recibió, sin embargo, *la gran Cruz en espíritu*, sufriendo interiormente a causa de la herejía, particularmente por la negación de la divinidad de Cristo, que él defendió en su Evangelio, en sus epístolas y a través de su predicación entera. Sufrió grandemente por las divisiones entre los cristianos, a los que constantemente repetía: «*Hijitos, amaos mutuamente.*»

Todo sacerdote tiene su cruz particular, en el corazón al menos, si no externamente; cruz que se le da como virtud fecundadora de su ministerio. Como la Cruz de Cristo fue fecundísima en su vida por su inmenso amor al Padre y a nosotros. Así ama Jesús a sus sacerdotes, máxime cuando les concede *la magna gracia del amor a su Cruz.*

[13] *Mt.*, XX, 23.

Capítulo V

Unión del sacerdote con Cristo-Víctima [1]

Hemos visto al tratar de la unión del sacerdote con Cristo Sacerdote cómo *por razón de su ordenación debía estar íntimamente unido a Cristo*. En otras palabras: debe compenetrarse con Jesús por razón de su ordenación y ministerios sobre el cuerpo sacramental de Cristo.

Aún más: el sacerdote se ordena principalmente para ofrecer el sacrificio de la Misa. Si humildemente se oculta para que Cristo se manifieste será coronado de gloria y honor como representante de Cristo. El Salvador llama al sacerdote a una gran intimidad con Él, *como llamó* a San Juan Evangelista entregándole su Corazón, su Madre y su Cruz.

Hemos de considerar ahora cómo el sacerdote debe ser, a su vez, *hostia* de alguna manera. ¿Por qué? Porque Cristo, ofreciéndose a sí mismo en el sacrifi-

[1] Cfr. encíclica *Mediator Dei*. Pontifical: *De ordinatione sacerdotali*. GIRAUD: *Prête et hostie*, t. I, pág. 270; II, págs. 399, 405-407, 411-414. Asimismo P. DE LA CRUZ, fundador de la «Fraternidad Sacerdotal»: *El Santo Sacrificio de la Misa para el sacerdote*, págs. 43 y sigs.

cio de la Misa, ofrece *con Él todo su Cuerpo místico*, en particular su *ministro* o *celebrante*. Todo sacerdote, por consiguiente, es llamado a ser víctima según su estado y condición, para configurarse con Cristo. Es ésta una verdad que se esclarece *por el error contrario*. Sería el caso del sacerdote que, participando del sacerdocio de Cristo por la ordenación sacerdotal, no quisiera participar de algún modo *su estado de víctima*, ni llevar su cruz de cada día. Y, sin embargo, esto obliga al simple fiel; ¡cuánto más al sacerdote si ha de ser otro Cristo entre sus fieles!

Tal doctrina la formulamos en la siguiente proposición: *Todo sacerdote debe ser hostia a su modo en la medida que la Providencia le ha señalado*. Veamos:

1) El fundamento dogmático de esta doctrina.

2) Los ejemplos en la vida de los sacerdotes santos.

3) Consecuencias en orden al sacerdote.

4) Confirmación por comparación con los buenos sacerdotes del Antiguo Testamento.

5) Cómo de esto depende la esterilidad o la fecundidad del ministerio sacerdotal.

6) Esta unión con Cristo-Víctima se exige diferentemente según que el sacerdote esté en la vía purgativa, en la iluminativa o en la unitiva.

7) Cuál sea la fecundidad de la Cruz en el ministerio sacerdotal, según San Pablo.

1) *Fundamento dogmático de esta doctrina*. Es el siguiente: *Cristo fue al mismo tiempo sacerdote y hostia; y en el sacrificio de la Misa, ofreciéndose a sí mismo, ofrece juntamente todo su Cuerpo místico*, toda su Iglesia. En otras palabras: Cristo ofrece todas las almas, ya pertenezcan a la Iglesia triunfante, a la doliente o a la militante. Ofrece, pues, *también a su ministro*[2]. Ofrece también con el mayor amor a todos sus fieles, de cualquier condición que sean: a los niños, a los pobres, a los enfermos, a los grandes y a los pequeños, a los que gobiernan los pueblos y a los que viven en la clase más humilde; ofrece las almas consagradas, a los justos para que se santifiquen más, a los pecadores para que se conviertan. Todos somos ofrecidos, cada uno según la diversa proporción en que es miembro del Cuerpo místico.

Por consiguiente, todos los mencionados, cada uno según su condición peculiar, deben llevar su cruz y participar el estado de víctima del Salvador, así como todos y cada uno deben aspirar a la perfección de la caridad en virtud del supremo precepto: todos son llamados amorosa y fuertemente por Cristo Salvador: «Si alguno tiene sed, que venga a Mí y beba. El que cree en Mí... ríos de agua correrán de su seno»[3]. Todos son ofrecidos, pero el ministro de Cristo lo es

---

[2] San Pedro *(I Petr.*, II, 5, sigs., y en *Rom.*, XII, 1) lo afirmó de los fieles. Mucho más se ha de afirmar de los sacerdotes. El mismo Cristo ha dicho en la Oración Sacerdotal *(Io.*, XVII, 11): «Padre Santo, guarda en tu nombre a éstos (los apóstoles) que me has dado, para que sean uno, como nosotros..., santifícalos en la verdad..., yo por ellos me santifico (me sacrifico) para que ellos sean santificados de verdad». Doctrina que desarrolló admirablemente *La Imitación de Cristo* en el libro IV, capítulo IX: «Debemos ofrecer a Dios todas las cosas y a nosotros mismos, y orar por todos». De otro modo, debemos ofrecer a Dios todas nuestras cosas buenas, todos los deseos buenos, las oraciones o sacrificios de expiación por nosotros y por los demás.

[3] *Io.*, VII, 28.

de un modo peculiar, cuando él mismo repite en nombre de Jesús: «Este es mi cuerpo.»

El sacerdote, pues, es llamado de un modo especial, según su propia condición, al estado de víctima, para configurarse con Cristo. Es una llamada a la que se ha de responder *prácticamente*, vitalmente, para que Cristo haga lo que Él quiera hacer en nosotros. Esto consta por diversos capítulos. El sacerdote no es sólo un orador, un poeta, un teórico o un historiador, un exegeta o un canonista: ante todo debe ser sacerdote.

2) *A esto nos invitan los santos con sus ejemplos.* Se lee en la fiesta de San Vicente de Paúl, en la oración de la Misa: «Oh Dios, que concediste al bienaventurado Vicente, que celebraba todos los días los divinos misterios, *imitar lo que tocaba;* concédenos por su intercesión que, cuando ofrecemos la Hostia inmolada, seamos nosotros mismos un holocausto grato a Ti.» Interrogado el padre Liberman sobre el modo mejor de celebrar la Misa, respondió: «Jesús se inmola a sí mismo en la Misa; formemos con Él una sola Víctima. Yo no conozco modo mejor de celebrar la Misa.» Así lo hicieron San Juan Vianney, San Juan Bosco, San José de Cottolengo, el padre Carlos de Foucauld y tantos otros. El autor de la *Imitación* ha dicho: «Bienaventurado el que se ofrece al Señor en holocausto cada vez que celebra o comulga» [4]. Bienaventurado ese sacerdote, porque es el consuelo del Salvador; obtendrá las más hermosas bendiciones y será confirmado en su vocación sacerdotal; sus frutos permanecerán. Dice Pío XI en la encíclica *Miserentissimus Redemptor:* «Es preciso unir en el augusto sacrificio eucarístico la inmolación de los ministros y de los demás fieles.»

[4] *Imitación de Cristo,* l. IV, c. 10, n. 7.

3) *Consecuencias en orden al sacerdote* [5]. ¿Qué sucedería si el sacerdote, participando del sacerdocio de Cristo por la ordenación sacerdotal, no quisiera participar de ningún modo su estado de víctima? Sin duda alguna que se apartaría de Cristo; en su vida habría desorden, perturbación, máxima confusión; sería un ministro de Cristo sin amor verdadero a su amantísimo Maestro. Resultaría un hombre mundano, vano, superficial, estéril. Así como se conoce mejor el valor de la justicia por el dolor causado por la injusticia, así se aprecia mejor la fecundidad del apostolado por la deplorable esterilidad de una vida rota. *Todo sacerdote, pues, debe pedir la gracia de ser realmente víctima, cada cual a su manera,* a fin de padecer santamente lo que Dios desde la eternidad ha reservado para él, para llevar su cruz de cada día, y no sólo como fiel, sino como sacerdote, como otro Cristo, para poder morir místicamente antes que físicamente.

4) *Confirmación por comparación con los buenos sacerdotes del Antiguo Testamento.* Se lee en el Antiguo Testamento que «Aarón ofrecía los levitas en ofrenda mecida ante Yavé, para que sirvan a Yavé» [6]. Los levitas eran ofrecidos a Dios como *la parte elegida* de Israel.

Lo mismo se desprende de su ministerio. Eran ellos

[5] Véase GIRAUD, o. c., I, pág. 288.
[6] *Núm.*, VIII, 11.

los que debían ofrecer a Dios los corderos y cabritos; pero tales víctimas irracionales, incapaces por sí mismas de cualquier culto divino, representaban con su inmolación externa *la inmolación del corazón contrito y humillado del mismo sacerdote y del pueblo.* Y si alguna vez no se ofrecía este sacrificio interno, el Señor se quejaba con las siguientes palabras: «Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de Mí» [7].

Por consiguiente, los sacerdotes del Antiguo Testamento, por razón de su consagración, eran víctimas, hostias de oración, de alabanza, de expiación y de acción de gracias. Guillermo, obispo de París en el siglo XIII, pone en boca de un buen sacerdote levítico las siguientes palabras en su libro *De Legibus:* «A Ti, Señor, sacrifico; te confieso autor de toda santidad..., pues así como este animal está en mis manos para que lo sacrifique, si quiero, o lo deje libre..., *así nosotros estamos en tus manos* para que por tu justicia nos sacrifiques por nuestros pecados, o nos perdones por tu misericordia...; como muere el animal, así muera en mí todo pecado por este sacrificio para que mi alma viva para Ti.» Aquellos bienaventurados sacerdotes del Antiguo Testamento que comprendieron bien su vocación, y la siguieron con gozo, anunciaban así el sacrificio de la Cruz.

Tuvo esto lugar principalmente en el sacrificio de Abraham, cuando ofreció a su hijo Isaac como víctima. Sacrificio tan elevado era, no obstante, como una sombra del altísimo sacrificio del futuro Redentor.

Si, pues, los verdaderos sacerdotes del Antiguo Testamento eran, a su modo, víctimas, ¿qué diremos del sacerdocio de Cristo, que debe ser como otro Cristo para santificación de su pueblo? El sacerdote del Nuevo Testamento tiene en sus manos, no un cordero o una paloma, sino una víctima de valor infinito, una víctima de amor. A ella debe unirse íntimamente, debiendo ser él, por tanto, *sacerdote y hostia* a la vez. De otra suerte, no será *Alter Christus.* El sacerdote no puede renunciar a esta oblación de sí.

Si limita su concurso a pronunciar las palabras de la consagración y de las oraciones de la Misa, el sacerdote será como un cuerpo sin alma, un cadáver sin vida; aún más: según ha dicho alguien, será como un verdugo de Cristo que concurre materialmente a su crucifixión, como un clavo hincado en las manos del Señor.

El sacerdote, principalmente el del Nuevo Testamento, debe reconocer con gozo y gratitud eterna *que el estado y disposiciones de víctima son el cumplimiento perfecto de su vocación sacerdotal.* San Gregorio Papa [8] decía: «Los que celebramos los misterios de la Pasión de Cristo debemos *imitar lo que hacemos.*»

San Gregorio Nacianceno afirma lo mismo en su *Apología:* «Nadie puede acercarse con verdad al Dios Grande, a nuestro Pontífice y Hostia, si él mismo no es hostia viva y santa, *si no se ofrece a sí mismo en sacrifico espiritual.* Es el sacrificio exigido por Aquel que se entregó todo entero por nosotros. Sin esto no me atrevería a llevar el nombre y vestido de sacerdote.» «El sacerdote realiza obras maravillosas cuando se ofrece cada día en sacrificio», decía San

[7] *Is.*, XXIX, 13; *Mt.*, XV, 8.

[8] *Diálogos*, 1, 4.°, c. 59.

Juan Vianney. Pedro Blesense afirma a su vez en la Epístola 121: «Sólo entonces aprovecha de verdad al sacerdote esta Hostia saludable, cuando él mismo tiene la voluntad de sacrificarse humildemente, imitando lo que hace.» Por eso en la liturgia de la ordenación sacerdotal se lee lo siguiente: «Comprended lo que hacéis; imitad lo que tratáis.»

Cierto que semejante hostia es siempre imperfecta; pero cierto también que es lo que se nos pide.

5) *De esto depende la esterilidad o la fecundidad del ministerio sacerdotal* [9] En efecto, el sacerdote, como hostia, «*puede compadecer las enfermedades* de los fieles» [10] Los dolores de los otros, que él soporta, le unen más y más a Cristo. Pero claro está que esta disposición no es fruto del trabajo de un día o de un mes: *es el efecto de la gracia después de muchos años de abnegación.* Dc otra suerte, la conformidad con Cristo no se realiza.

El sacerdote deberá ofrecerse con Cristo particularmente en el momento de la elevación, y al pronunciar aquellas palabras antes de la oración dominical: «Por Él, con Él y en Él sea a Ti, Dios, todo honor y gloria» [11]. El sacerdote que no ha comprendido en la práctica esta doctrina pierde mucho tiempo, fantasea sobre muchas cosas, entiende muy poco la profundidad del misterio de la Encarnación redentora, edifica sobre arena y, al decir de San Pedro [12], «es un ciego, que ha dado al olvido la purificación de sus antiguos pecados», se olvida del modo por el que la

[9] GIRAUD, o. c. II, págs. 405-407; 411,414.
[10] *Hebr.*, IV, 15.
[11] GIRAUD, o. c. II, pág. 414.
[12] *II Petr.*, I, 9.

Cruz de Cristo le limpió de sus pecados. «*El sacerdote no encuentra la perfección de su sacerdocio si no es en el estado de víctima, por el que se configura con Cristo;* sin este espíritu, si no lleva de verdad su cruz, no ha comprendido el alcance de su vocación» [13]. Tampoco dice de verdad la oración del Ofertorio: «Recibe, Padre santo..., esta hostia inmaculada... por mis innumerables pecados, ofensas y negligencias.»

No sabrá decir sinceramente al final del Canon: «*También a nosotros, pecadores*, tus siervos, que esperamos en la abundancia de tus misericordias, dígnate hacer que tengamos parte y seamos admitidos en la compañía de tus santos apóstoles y mártires...., en cuyo consorcio te pedimos nos recibas, no por nuestros méritos precisamente, sino por tus entrañas de misericordia.»

¡Qué fecundo es, por el contrario, el ministerio de aquel sacerdote que ha comprendido prácticamente esta verdad, que es de verdad sacerdote y hostia! [14]. Insistimos en esto porque nuestra naturaleza no nos lleva a la Cruz. El mundo moderno no quiere la Cruz.

San Gregorio Magno [15] afirma: «Sólo a condición de desprenderse de nosotros mismos podremos aproximarnos *a Aquel que está sobre todo;* pero de nada sirve comprender lo que está sobre sí si no se sabe prescindir de lo que somos.» En otras palabras, sin el sacrificio de sí mismo no podrá el hombre unirse íntimamente con Cristo. Para unirnos íntimamente con

[13] GIRAUD, o. c. II, pág. 414.
[14] GIRAUD lo ha expuesto maravillosamente, o. c., I, páginas 573-593: *El sacerdote, siempre hostia.* Véanse las obras de San PABLO DE LA CRUZ, fundador de los pasionistas.
[15] Hom., 32, 2.

Él es preciso que su amor purifique en nosotros todo lo que haya que purificar, el amor propio desordenado. Taulero ha insistido mucho en este punto.

Ya en el Antiguo Testamento [16], la ley del holocausto se formulaba con la misma rigidez: «*Esta es la ley del holocausto: El holocausto arderá sobre el hogar del altar de la noche a la mañana. El fuego del altar se tendrá siempre encendido y será el sacerdote quien lo alimente*»; a fin de que toda la víctima sea quemada y, hecha humo, suba hacia Dios. Era un sacrificio externo, como símbolo del sacrificio interno del corazón con el que se expresaba la adoración reparadora, la súplica y la acción de gracias. Es lo que tuvo lugar en Cristo en el Calvario, en su inmolación cruenta, y lo que persevera en la incruenta inmolación de la Misa. A este holocausto únense los sacerdotes santos a través de su vida, perpetuo sacrificio. Afirma San Agustín: «No busques fuera la víctima que has de sacrificar; la tienes dentro de ti.»

6) *Esta unión es diversamente requerida en el sacerdote según se encuentre en la vía purgativa, iluminativa o unitiva.*

Si está en los comienzos, en él deben verificarse las palabras de San Pablo [17]: «Los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y concupiscencias.» Asimismo, en la *Epístola a los romanos* [18]: «*Si con el espíritu mortificáis las obras de la carne, viviréis.*» Todos hemos de considerar esto, incluso los que sean perfectos, pues en la vida pre-

16 *Lv.*, VI, 2.
17 *Gal.*, V, 24.
18 VII, 13.

sente, si bien la concupiscencia puede destruir totalmente la caridad—se pierde por cualquier pecado mortal—, *la caridad del viador,* en cambio, *no puede aniquilar del todo la concupiscencia* o desordenado amor propio, el cual encuentra sus aliados en el espíritu del mundo y la inspiración del demonio. Por lo cual dice Santo Tomás [19]: «La *purificación interior*, por la que alguien se duele del pecado, cometido, *debe durar hasta el fin de la vida*»; así preserva de los pecados futuros. De donde se sigue que la penitencia interior tiene su lugar incluso en los «aprovechantes» y en los «perfectos» [20] Por lo que San Pablo afirma [21]: «Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional.»

Principalmente debe hacerse hostia el sacerdote cuando Dios le impone una Cruz especial, como la impuso a Jesucristo. Tiene esto lugar principalmente en tiempo de persecución. Dios interviene entonces de un modo particular, consagrando más profundamente a su sacerdote a fin de que sea hostia perfecta.

Bajo el nombre de «cruz» se incluyen otras muchas pruebas, tales como aridez mental, sequedad del corazón, impotencia del espíritu, tentaciones diversas contra la castidad, la paciencia, la fe, la esperanza, la caridad; a veces una desolación del espíritu que lleva hasta la agonía espiritual, como sucede en la noche del espíritu de que habla San Juan de la Cruz. No es

19 III, 84, 8.
20 Ib., ad 2.
21 *Rom.*, XII, 1.

raro que a estas pruebas acompañen la melancolía, enfermedades corporales y, por parte de la sociedad, el abandono, pérdida de la fama, oposiciones, persecuciones, desprecio y pobreza. Dios quiere o permite estas pruebas por un bien mayor. Así lo entendió el rey David cuando Semei le maldijo, diciendo entonces a sus siervos: «Dejadle que me maldiga; el Señor le ha mandado que maldiga a David.» El rey reparaba entonces sus pecados.

Bien llevada, la Cruz es una bendición grande de Dios, un signo de predestinación, pues nos conforma con Cristo profundísimamente, como se lee en la *Epístola a los romanos* [22]. «Si, pues, somos hijos de Dios, también herederos; herederos de Dios, coherederos de Cristo, supuesto que padezcamos con Él, para ser con Él glorificados.» Por eso se lee en la *Imitación de Cristo* [23]: «En la Cruz está la salvación; en la Cruz, la vida, la defensa contra los enemigos.. ; en la Cruz se encuentra la perfección de la virtud, el culmen de la santidad.» De ahí que la Cruz nos sea más necesaria de lo que ordinariamente pensamos. De ahí que San Pablo diga [24]: «*Todos los que aspiran a vivir piadosamente en Cristo Jesús sufrirán persecuciones.*» Y San Agustín [25]: «Si, pues, no sufrieres ninguna persecución por Jesucristo, ve si, tal vez, no has comenzado aún a vivir piadosamente en Cristo. Cuando empieces a vivir piadosamente en Cristo, entonces comenzará el prensarte. Prepárate para ser estrujado;

[22] VIII, 17.
[23] Lib. II, cap. 12.
[24] *II Tim.*, III, 12.
[25] *Enarrationes in Ps.*, LV, n. 4.

pero no te seques, no sea que nada salga de la prensa.»

Así se verificaba en la vida de los santos, como puede verse en la de San Pablo de la Cruz, el cual, cumplidos los treinta años de edad, alcanzó la unión transformativa. A él estaba reservada la fundación de los pasionistas, Orden de vida reparadora. Alcanzaría la edad de ochenta y un años, quedándole, por consiguiente, cuarenta y cinco años para llevar continuamente la cruz del espíritu, tan pesada que era común decir en las calles de Roma: «De la senda de Pablo líbranos, Señor.» Sin embargo, conservó durante este tiempo la caridad y la mansedumbre para con todos.

7) *San Pablo expone brillantemente cuál sea la fecundidad de la Cruz en el ministerio sacerdotal.* En estos estados de aflicción, de humillación y de muerte se realiza, no sólo la configuración con Cristo, sino también lo que afirmaba San Pablo: «*Ahora me alegro de mis padecimientos por vosotros y sufro en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo por su Cuerpo, que es la Iglesia*» [26]. Y Santo Tomás lo explica estupendamente comentando esta misma epístola: «Entendidas estas palabras superficialmente, no tendrían sentido. No significan *que la Pasión de Cristo no haya sido suficiente* para la Redención, si no se añaden las pasiones de los santos para completarla. Esto sería herético, pues la sangre de Cristo es suficiente incluso para la redención de muchos mundos [27]: «Él es la propiciación por nuestros peca-

[26] *Col.*, I, 24.
[27] *I Io.*, II, 2,

dos. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.» Se han de entender en este sentido. Cristo y la Iglesia son una persona mística, cuya Cabeza es Cristo, formando todos los justos el cuerpo; todo justo, en efecto, es como un miembro de esta Cabeza. *Dios ha ordenado en su predestinación qué méritos ha de haber en toda la Iglesia, tanto en la cabeza como en los miembros*, lo mismo que ha señalado el número de los elegidos. *En estos méritos entran las pasiones de los santos mártires.* Los méritos de Cristo-Cabeza son infinitos; el santo, en cambio, tiene el mérito cada uno según su propia medida. Por eso dice San Pablo: «*Suplo*», es decir, añado mi propia medida... Todos los santos, pues, padecen por la Iglesia, que se consolida por sus ejemplos.» Así habla Santo Tomás en el lugar citado, e igualmente San Agustín en *Enarrationes in Ps. LXI*, n. 4.

Los sufrimientos de los santos son como una extensión de la Pasión dolorosa de Cristo, cuyo fin es aplicar los méritos de Cristo y de la Santísima Virgen, que con Él mereció, «de congruo», la liberación del género humano y no sólo la aplicación de la Redención.

San Pablo lo ha expresado admirablemente en su *Epístola a los gálatas* [28]: «Estoy crucificado con Cristo y ya no vivo yo; es Cristo quien vive en mí.» Comenta Santo Tomás: «La vejez del pecado es borrada por la Cruz de Cristo, que entrega una nueva vida espiritual... y fuerza para obrar bien.» Entonces se verifican en el sacerdote aquellas palabras de Cristo: «No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que Yo

[28] II, 19.

os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca [29].

Conclusión.—Consta, por lo dicho, que el sacerdote ha de ser hostia si quiere ser semejante a Cristo y trabajar por las almas con los mismos medios que Cristo; claro está que según su propia medida. De ahí que todo sacerdote deba aceptar desde el mismo día de su ordenación todas las cruces que la Providencia de Dios haya querido o permitido desde la eternidad, si es que desea trabajar con fruto en la salvación de las almas y responder plenamente a su vocación individual conforme a la voluntad de Dios. Los sacerdotes son la parte elegida del pueblo, la parte que ha de configurarse especialmente con Cristo, Sacerdote y Hostia.

Aplicación práctica, necesaria para todo sacerdote.

La virtud principal del que es «hostia» es la *paciencia* imperada por el amor de Dios. Es más difícil—dice Santo Tomás—*resistir* a los enemigos durante largo tiempo que en un momento de audacia atacar al adversario. El sacerdote, pues, necesita una paciencia enorme para aguantar incluso a las personas más molestas, lo mismo que a los pobres—a veces los más exigentes—, haciendo por ellos cuanto pueda para preservarlos de la desesperación y salvar sus almas. Debe practicar intensamente esta virtud cuando ve

[29] *Io.*, XV, 16.

impedido su apostolado; entonces es cuando más debe orar. Ejercitará la paciencia singularmente cuando ve que sus posibilidades son enormemente desproporcionadas con el trabajo que ha de realizar. Los mismos apóstoles conocieron su incapacidad; pero, confiados en la gracia de Cristo, lucharon hasta el martirio por la conversión del mundo. Un ejemplo maravilloso de esto lo ha dado el V. Padre Chevrier, amigo de San Juan Vianney. Él escribió para sus discípulos la tabla conmemorativa que aparece en la página siguiente.

El V. Padre Chevrier reunió numerosos niños abandonados de sus padres en la ciudad de Lyon; de ellos hizo, muchas veces, cristianos intachables. Las condiciones para venir a su catecismo eran tres: «no saber nada, no tener nada, no poder nada». Con la gracia de Dios logró transformar a muchos de esos niños.

Aplicación a nuestro tiempo.

Hoy, en este mundo moderno, son muchos los que quieren se suprima toda mortificación, la mínima incluso; toda penitencia o reparación; en otras palabras, quieren suprimir la cruz y el espíritu de sacrificio, a los que se opone el espíritu de seudolibertad o licencia y de placer sin ningún límite.

Todos ellos resultan *estériles*. Nada grande, en efecto, se logra sin espíritu de sacrificio. El espíritu de placer sin limitación alguna lleva evidentemente a la perdición, según se comprueba por las dos últimas guerras, que no han traído la paz verdadera, porque los hombres no quisieron entender que se trataba de una vida verdaderamente honesta y cristiana. Por contraposición, el Espíritu Santo suscita en muchas

EL SACERDOTE «ALTER CHRISTUS»

El pesebre		El Calvario		El Tabernáculo	
Pobreza.		*Muerte a sí mismo.*		*Caridad.*	
El sacerdote debe ser		El sacerdote debe		El sacerdote debe	
Pobre	*Humilde*	*Morir*	*Inmolarse*	*Dar*	*Dar la vida a los demás*
en su casa, en sus vestidos, en su comida, en el servicio.	de espíritu y de corazón respecto a Dios, a los hombres, a sí mismo.	a su cuerpo, a su espíritu, a su voluntad, a su reputación, a su familia, al mundo.	por el silencio, la oración, el trabajo, la penitencia, el dolor, la muerte.	su cuerpo, su espíritu, su tiempo, sus bienes, su salud, su vida.	por su fe, por su doctrina, por sus palabras, por su oración, por sus ejemplos.
Cuanto más pobre y humilde, tanto más glorifica a Dios y útil es al prójimo. El sacerdote es un hombre desprendido de todo.		Cuanto más ha muerto a sí mismo tanto más vive y da vida a los demás. El sacerdote es un hombre crucificado.		El sacerdote ha de hacerse como buen pan que ha de ser manducado. El sacerdote es un hombre aniquilado.	

almas el espíritu de reparación verdadera y fecunda.

Son muchos hoy los que, viendo esta esterilidad, se preguntan: ¿Es preciso *repensar* de nuevo qué deben ser la vida sacerdotal y la vida religiosa para adaptarse a las exigencias del mundo moderno? Queriendo repensar qué debe ser la vida religiosa, han afirmado que «es preciso disminuir su austeridad, inconciliable con las exigencias de hoy; ha de disminuirse el tiempo consagrado a la oración, para poder entregarse de lleno a las obras externas». Otros que han meditado qué debe ser la vida sacerdotal según la concepción moderna se expresan así: «Acaso sea más conveniente que el sacerdote no use ya un vestido distinto, ni la tonsura, signo externo de su vida sacerdotal; ni siquiera la recitación del breviario. Acaso, acaso no convenga hoy el celibato», y otras cosas por el estilo.

Ciertamente los protestantes dijeron esto mismo, y Lutero, al separarse de la Iglesia, renunció inmediatamente a los tres votos religiosos.

Por el contrario, lo que se ha de afirmar es que «la esterilidad del apostolado nace de que muchos sacerdotes y religiosos no tienen una fe sobrenatural suficientemente intensa, viva, penetrante e irradiadora. No pueden, en consecuencia, comunicarla al pueblo cristiano, agitado por tan gravísimos errores. La esterilidad proviene de que muchos sacerdotes no tienen una esperanza bastante firme en el auxilio divino, y caridad ardiente, alma del apostolado. ¿Por qué falta el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas? Porque falta espíritu de sacrificio; porque el sacerdote ignora que debe ser hostia con Cristo, que debe salvar las almas por los mismos medios que Cristo. *Sólo el espíritu de sacrificio* arranca del alma

sacerdotal y religiosa todo el desorden, haciendo que en ella prevalezca la caridad, de la que nacen la paz y el gozo. Si se quita toda mortificación desaparece con ella el gozo, porque la vida afectiva de nuestro corazón, si se apega a lo sensible, se vuelve incapaz de elevarse hasta Dios.

Fuera, pues, los intentos de repensar cuál debe ser la esencia de la vida religiosa y sacerdotal; es el mismo intento de los modernistas queriendo descubrir de nuevo qué es un dogma.

Lo que se ha de hacer es meditar, no histórica ni especulativamente, sino práctica y vitalmente, qué *hicieron e intentaron los verdaderos santos*, sean fundadores de órdenes o pertenecientes simplemente al clero diocesano. Ver qué es lo que han pensado en todos los tiempos la Iglesia y los Romanos Pontífices sobre la vida sacerdotal y religiosa. Puede consultarse el enquiridion *Pro clericis educandis.* Así se verán las innovaciones que han de hacerse, pero siempre con espíritu de fe, de confianza en Dios, de verdadera caridad. En especial, Pío X ha hablado del espíritu de sacrificio en las *Exhortaciones al clero católico*. Decía: «No desempeñamos el ministerio sacerdotal *en nuestro nombre,* sino en *nombre de Cristo.* Así, pues, júzguenos el hombre, ha dicho el apóstol, como ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Somos legados de Cristo. Por eso Cristo nos cuenta no en el número de los siervos, sino en el de los amigos: «*Ya no os llamaré siervos. A vosotros os he llamado amigos porque todas las cosas que oí al Padre os las he dado a conocer...; os he elegido y colocado para que vayáis y consigáis mucho fruto*». Por consiguiente, hemos de representar la perso-

na de Cristo y desempeñar la legación por Él encomendada, de tal suerte que lo que Él *ha intentado lo consigamos nosotros*. Y puesto que una estrecha amistad pide *querer las mismas cosas y rechazar otras de común acuerdo*, nosotros, como amigos de Cristo, estamos obligados a sentir en nosotros lo que siente Cristo-Jesús, el cual es santo, inocente, inmaculado. Como legados suyos debemos conciliar la fe de los hombres con su ley y sus doctrinas, guardándolas nosotros escrupulosamente; como partícipes de su poder es preciso que luchemos por librar las almas de los lazos de la culpa, no sea que nosotros nos veamos implicados en ellos. *Y principalmente como ministros suyos en el sacrificio preciosísimo de la Misa, que se renueva para la vida del mundo con perenne virtud, debemos configurar nuestro ánimo con aquella disposición que Él tuvo al ofrecerse en la Cruz como Hostia inmaculada.*»

Pío XI, en las encíclicas *Ad catholici sacerdotii fastigium* y *Caritate Christi compulsi*, repite que si los fieles tuvieran, como debían, celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, harían penitencia por sí y por todos los pecadores, como hicieron los santos siguiendo el ejemplo del Salvador, de quien se dijo: «He ahí al Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.»

Si, pues, Pío XI dice esto del celo de los fieles, mucho más habría de decirlo del celo sacerdotal.

Preguntan otros cómo se prueba dogmáticamente que Cristo en la Misa se ofrece, no sólo a Sí mismo, sino a todo su Cuerpo místico. La prueba está en la *Oración sacerdotal de Cristo* antes del sacrificio de la Cruz, que substancialmente perdura en la Misa: «*Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me has dado para que sean uno, como Tú y yo somos uno... Santifícalos en la verdad*... Para que todos sean uno, para que sean consumados en la unidad» [30].

La madre de Dom Bosco, mamá Margarita, decía a su hijo el día de su primera Misa: «Ser sacerdote significa empezar a sufrir.»

Voto de víctima.

Al decir que el sacerdote, a fin de alcanzar la perfección sacerdotal, debe ofrecerse cada día con Cristo como víctima, aceptando generosamente las contrariedades que, según la divina Providencia, le están reservadas, no queremos significar el voto de víctima. Sólo las almas muy generosas se ofrecen con este elevadísimo voto y bajo la inspiración del Espíritu Santo a la justicia divina o al Amor misericordioso de Dios *a aceptar todos los dolores que Dios juzgue convenientes*, para satisfacer por los pecadores y por su conversión. Imitan en esto a San Juan de la Cruz. No es raro que sobrevengan grandísimos dolores, enfermedades, persecuciones. En consecuencia, no se ha de hacer semejante voto a no ser por una inspiración especial del Espíritu Santo. De otra suerte podría alguien adelantarse por una vía dolorosísima a la que no es llamado y en la que tal vez no podría soportar las penalidades concomitantes si emitió tal voto por presunción.

Por el contrario, previendo Dios que tal persona tendrá más tarde enormes dolores y una dolorosa

[30] *Io.*, XVII, 11. Cfr. *I Petr.*, II, 5 y sigs.; *Rom.*, XII, 1, etc.; *Imitación de Cristo*, lib. IX, caps. 8-9.

enfermedad que ha de soportar con gran paciencia, le inspira en particular se ofrezca como víctima de amor, para que así su paciencia sea incomparablemente más meritoria (como ofrecida por voto) para la conversión de los pecadores [31].

[31] Véase M. GIRAUD: *Sacerdote y hostia,* donde trata del voto de víctima. Asimismo en la obra del mismo autor sobre la vida religiosa: *Del espíritu y vida de sacrificio en el estado religioso* (Lyon, 1879, págs. 20-81), principalmente el libro I, cap. 8, «Diversos grados de unión con Cristo víctima»; capítulo 9, «De la unión de Jesús en su oblación»; capítulo 10, «En su inmolación»; cap. 12, «Asistencia maternal de María».

¿Cuál es la materia del voto de víctima? El que hace este voto promete a Dios *aceptar* (o no rechazar deliberada o voluntariamente) *todo sacrificio leve o grave, relativo al alma* (v. gr., privación de consuelo sensible en la oración) *o al cuerpo, a la fortuna o a la reputación siempre que entendiere suficientemente ser ésta la voluntad de Dios.* Voluntad adorable y divina que se manifiesta en los sucesos o circunstancias que declaran las disposiciones de la Providencia, tales como la muerte del padre, de la madre, de los hermanos o hermanas, de los amigos; se manifiesta también por la voluntad de los superiores que representan a Dios.

Este voto, sin embargo, no impide el ejercicio de la virtud de la prudencia. De ahí que no es obrar contra él si racionalmente se toman prudentes precauciones para evitar el mal.

Aquel, pues, que hace voto de víctima promete a Dios no entristecerse deliberada y voluntariamente de haber hecho el voto, fueran cualesquiera las consecuencias. En esto estriba precisamente la heroicidad. El consentimiento plenamente deliberado y voluntario en la tristeza por haber hecho el voto sería culpa mortal; si, por el contrario, no es plenamente voluntario, sería pecado venial. En esto se evidencia la perfección de este voto, que no se ha de permitir sin una inspiración especial del Espíritu Santo.

Además este voto puede hacerse por algunos meses solamente; y, siendo un acto libre, puede limitarse su materia con consentimiento del director. Aún más: si la persona que hace el voto pertenece a una Orden religiosa, se requiere el consentimiento del superior, o, al menos, que no se oponga; es enseñanza común respecto a los votos hechos por religiosos. Véase BILLUART: *De virtute religionis. De Voto* (Quiénes pueden hacer votos).

Despréndese de lo dicho que una vez emitido el voto de víctima, tomadas las cautelas que aconseja la prudencia, sería pecado mortal rechazar voluntariamente el sacrificio, si tal sacrificio habría de producir un bien notable o evitar un mal grave. Aunque sería pecado venial rehuir el sacrificio si se hiciese sin plena deliberación o si la materia del voto fuera de poca importancia.

Cuál es la perfección a que debe aspirar la persona que ha hecho este voto: Debe procurar que sus acciones, incluso las más comunes, sean una imitación de las de Cristo Víctima. Debe estar dispuesto incluso a aceptar cualquier sacrificio. Por consiguiente, debe considerarse *como consagrada* a la gloria de Dios, para satisfacer, en la medida posible, por las ofensas cometidas contra Dios (lo cual supone la perfección plena de la caridad, de las virtudes y de los siete dones, que no se da sino en la vida mística). Y así las personas que han hecho este voto deben aspirar constantemente a la santidad interior y exterior, cual conviene a una verdadera víctima. Con ese fin reciben la Eucaristía para poder llevar su cruz, en unión cada vez más íntima con Cristo Salvador. Estas almas deben vivir las palabras de San Pablo: «Ayudaos mutuamente a llevar las cargas y así cumpliréis la ley de Cristo» *(Gal.,* VI, 2).

Pero aun sin el voto propiamente tal puede hacerse la oblación de sí mismo al Amor misericordioso de Dios, según la fórmula compuesta por Santa Teresa del Niño Jesús y aprobada por la Sagrada Penitenciaría el 31 de julio de 1923, con indulgencia plenaria al mes para aquellos que la reciten todos los días:

«Señor, para vivir en un acto constante de perfecto amor me ofrezco en holocausto, como víctima, a tu

amor misericordioso, suplicándote, Señor, que me consuma constantemente y te dignes derramar en mi alma tu misericordia, para ser de verdad víctima de tu amor. Ojalá que este martirio me prepare para la vida eterna hasta el punto de que muera de amor y llegue al instante al abrazo de tu amor misericordioso.

Quiero, amado mío, renovar constantemente esta oblación en cada palpitación de mi corazón hasta que, traspasados los umbrales terrestres, pueda expresarte mi amor para siempre cara a cara.»

Podemos, igualmente, pedir a la Santísima Virgen que Ella nos ofrezca cada día a su Hijo, según su prudencia maternal, que hará no nos sean enviados dolores superiores a nuestras fuerzas; que nos ofrezca en conformidad con su ardiente celo para que podamos dar a su Hijo todo lo que Él espera de cada uno de nosotros, hasta el día de nuestra entrada en la gloria. No es presuntuosa esta oblación hecha por intercesión de la Santísima Virgen; tendrá, además, toda la generosidad posible. Aún más: no es un voto que obligue bajo pecado ni siquiera venial, sino una simple ofrenda que equivale de algún modo en la vida práctica al voto de hacer lo más perfecto para nosotros.

Hemos probado que el sacerdote, a su modo, debe ser hostia, si quiere ser *Alter Christus*. De esto depende la esterilidad o la fecundidad de su ministerio, como se ha demostrado recientemente en los sacerdotes que recluídos en los campos de concentración realizaron, a veces, un fructuosísimo apostolado siempre que aceptaron generosamente por Cristo y por las almas todas las contrariedades que les acaecían.

Capítulo VI

La comunión del sacerdote

Fundamento dogmático.

La comunión es, para los adultos, necesaria *con necesidad de precepto*, pues Cristo ha dicho: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre y bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros» [1]. Es, además, un precepto eclesiástico [2].

Aún más: la comunión, según Santo Tomás [3], es necesaria incluso con necesidad de medio para la salvación, independientemente del precepto divino. La Eucaristía es, en efecto, de suyo un medio necesario para la santificación, «para la consumación de la vida espiritual». Así es fin de todos los demás sacramentos «en cuanto que *ex opere operato* aumenta la caridad en nosotros y nos une con Cristo Salvador» Por eso dijo Cristo: «Si no comiereis la carne del Hijo del Hombre... no tendréis vida en vosotros» [4]. Por

[1] *Io.*, VI, 54.
[2] Dz., 437, 1.205 y sigs.
[3] III, 73, 3.
[4] *Io.*, VI, 54.

consiguiente, aun los simples fieles deben recibir el efecto de la comunión *al menos por un deseo implícito;* a esto se ordena la gracia bautismal, lo mismo que el niño tiende a la edad adulta. Si esto es verdad del simple fiel, más lo será dicho del sacerdote.

Y lo que es más, *la comunión del celebrante pertenece a la integridad del sacrificio de la Misa.* Cristo, en efecto, está bajo las especies del sacrificio eucarístico a la manera de comida y de bebida. Dice, pues, orden a la consunción.

Finalmente, la comunión del sacerdote celebrante, como demuestra Santo Tomás, debe ser bajo las dos especies. Conviene, por parte del mismo sacramento, que se tomen ambos—el Cuerpo y la Sangre—, porque los dos constituyen la perfección del sacramento. Por tanto, siendo propio del sacerdote consagrar y consumar este sacramento, deberá tomar el Cuerpo y la Sangre del Señor. Esto le obliga por derecho divino [5].

Y añade todavía: «De parte de los que comulgan se requiere suma reverencia y cautela, no acaezca algo que ceda en injuria de tan gran misterio. Puede acaecer particularmente en la sunción de la sangre, pues tomada sin cuidado puede derramarse fácilmente. Y, puesto que el pueblo cristiano se ha multiplicado, es una costumbre prudente no dar la sangre al pueblo. Sólo la toma el sacerdote» [6]

No se sigue de aquí ningún daño para los fieles, pues el sacerdote, en la persona de todos, ofrece y consume la sangre; aparte de que bajo cualquier

---

5 III, 80, 12.
6 Ib.

especie está Cristo todo entero [7]. Bajo la especie de pan está por concomitancia la preciosísima Sangre. He ahí por qué no se priva a los fieles de una gracia especial. Vale más la comunión ferviente bajo una sola especie que una comunión tibia hecha bajo las dos.

Prefiguración de la comunión en los sacrificios del Antiguo Testamento.

En todos los sacrificios, exceptuando el holocausto, el sacerdote comía parte de la víctima ofrecida e inmolada. Era el sacrificio como un banquete divino en el que Dios se dignaba como festejarse junto con los hombres. Tal comunión en el Antiguo Testamento fue instituída por el Señor. Así se lee en el libro de Ezequiel [8], hablando de los levitas: «No tendrá heredad: su heredad seré yo, el Señor; no les daréis posesión en Israel, pues su posesión seré yo. Se alimentarán de las ofrendas, de los sacrificios por el pecado y de los sacrificios por el delito... Las primicias de todos los primeros frutos... serán de los sacerdotes.» Lo mismo se dice en el Deuteronomio [9] y en el libro de los Números [10]. Los levitas y sacerdotes vivían exclusivamente de las víctimas ofrecidas en sacrificio. Debían comerlas con espíritu de fe y piedad, no como el alimento común, ya que tales víctimas eran figura del

---

7 Ib., ad 3.
8 *Ez.*, XLIV, 20-30.
9 *Deut.*, XVIII, 1.
10 *Núm.*, XLV, 26.

Cordero que debía quitar los pecados del mundo [11].

Es común considerar a los sacerdotes del Antiguo Testamento como hombres de poca fe. No obstante, hubo entre ellos hombres eminentes en la virtud, piedad y celo de la gloria de Dios, como Fines, Jeremías, Ezequiel (eran de estirpe sacerdotal), Onías y muchos otros. Dice Jeremías de sí mismo: «Estaba yo entre ellos como inocente cordero que, sin saberlo, era llevado a la muerte», al sacrificio. Eran llamados a la santidad, como se lee en el *Lv.*: «*Sed santos, porque yo, vuestro Dios, soy santo.* No manchéis vuestras almas... Seréis santos, porque yo soy santo». Lo mismo repite en otro lugar [12], donde expone lo que deben hacer respecto al culto, a la justicia, a la misericordia para con los pobres, etc.

Si, pues, los sacerdotes del Antiguo Testamento eran llamados a la santidad, con mayor motivo lo serán los sacerdotes de Cristo, que se alimentan cada día no de víctimas figurativas, *sino del verdadero Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.*

¿Deberá participar el sacerdote por la comunión las disposiciones íntimas de Cristo, Sacerdote y Víctima?

Ciertamente, pues en la comunión no asimilamos a Cristo a nosotros, sino que nosotros nos asimilamos a Él. Si los sacerdotes del Antiguo Testamento debían

[11] Véase el Diccionario Bíblico en el artículo «Sacerdotale», cols. 646 y sigs. P. Vosté: *Studia Paulina*, 2, página 752, 3.º

[12] *Lv.*, XIX, 2.

comer la parte de la víctima ofrecida a Dios con fe y piedad, nosotros debemos comer el Cuerpo de Cristo con una fe y una piedad muy superiores. *De este modo el misterio eucarístico termina con la comunión*, por la que nos unimos con Cristo Víctima más que con Cristo Sacerdote. Por la comunión el sacerdote debe configurarse particularmente con Cristo ofrecido como Hostia, que es comida por el celebrante y por los fieles.

De este modo deben ser una realidad las palabras de Pablo a los romanos: «Os ruego, pues, hermanos, por la misericordia de Dios, *que ofrezcáis vuestros cuerpos como hostia viva*, santa, grata a Dios; éste es vuestro culto racional» [13]. El sacerdote lo cumplirá a veces ofreciendo el dolor de una calumnia.

Hay en la sagrada comunión un contacto espiritual de la esplendorosa inteligencia de Cristo con nuestra inteligencia oscurecida, de su voluntad firmísima en el bien con la nuestra tan versátil, de su sensibilidad purísima con la nuestra, tantas veces desordenada.

¿Deberá ser, espiritualmente al menos, más ferviente cada día la comunión del sacerdote?

Así debe ser, pues toda comunión eucarística no sólo conserva, sino que aumenta en nosotros la caridad, junto con todas las virtudes infusas y los siete dones. *De ahí que, normalmente, toda comunión debería ser* más ferviente que la precedente; algo sensible en la devoción esencial de la voluntad, si no de la sensibilidad. Debería, además, disponernos para co-

[13] *Rom.*, XII, 2.

mulgar con más fervor al día siguiente. Nuestra ascensión a Dios, según esto, debería ser, no como un movimiento uniforme, sino *un movimiento acelerado*, como el de los cuerpos atraídos al centro de gravedad: tanto más rápidos caen cuanto más se acercan a él.

La comunión se convierte en un estímulo para una mayor generosidad. Por eso Santo Tomás, comentando estas palabras de la *Epístola a los hebreos* [14]: «Miremos los unos por los otros para excitarnos a la caridad... y tanto más cuanto que vemos que se acerca el día», dice: «El movimiento natural se acelera tanto más cuanto más se acerca al término. Lo contrario sucede con los movimientos violentos. Ahora bien: la gracia inclina al modo de la naturaleza. De ahí que los que se hallan en gracia deben crecer tanto más cuanto más se acercan al fin.»

Es en la comunión del sacerdote donde deben realizarse especialmente aquellas palabras que oyó San Agustín: «Crece y me comerás. Soy el alimento de los grandes. No me cambiarás tú en ti, como el alimento de tu carne, sino que tú serás cambiado en Mí.» He aquí por qué en los santos la edad más bella—desde el punto de vista espiritual—es la vejez: los viejos se acercan a la eterna juventud.

Testimonio de la liturgia tomado de Dom Olier, fundador de San Sulpicio [15].

Olier ha escrito sobre este particular: «El sacerdote que toma la hostia debe hacerse una misma cosa con

[14] *Hebr.*, x, 25.
[15] *Tratado de las Ordenes Sagradas*, III P., cap. 4.

ella, por participación de las íntimas disposiciones de Cristo. Nada, en efecto, se identifica tanto con nosotros como el alimento que tomamos; ahora bien: en la comunión eucarística no nos asimilamos el alimento eucarístico, sino que somos asimilados a él.» De donde concluye: «Todo sacerdote debe ser víctima, verdadera hostia, aceptando lo que Dios quiera o permita para su santificación; para asemejarse a Cristo y trabajar con Él, en Él y por Él en la salvación de las almas.»

Prosigue diciendo Dom Olier: «Sirviéndose Nuestro Señor del pan y del vino para la comunión, indicó con ello que el sacerdote y la hostia deben ser una misma cosa; que todos los sacerdotes deben ser verdaderas víctimas; y que, no siendo realmente sacerdotes de Dios, más que en Jesucristo y por Jesucristo, que habita en ellos por su espíritu, deben ser con Él verdaderas víctimas y vivir siempre con este espíritu si quieren ser con Él verdaderos sacerdotes» [16].

De este modo, la comunión sacramental del sacerdote constituye como el fin de la vida sacerdotal, la unión cada vez más estrecha con Cristo, Sacerdote y Hostia. La comunión debe ser como el centro donde descanse el corazón del sacerdote, la fuente de caridad para con Dios y las almas.

La comunión espiritual y el sacerdote.

Debe renovarse muy frecuentemente durante el día la comunión espiritual, a fin de renovar el efecto de la comunión sacramental.

[16] O. c., III P., c. 4.

La comunión espiritual puede hacerse todos los días antes de cada comida, trayendo a la memoria las palabras de Cristo: «*Mi comida es hacer la voluntad de Aquel que me envió*» [17], o aquellas otras de San Pablo: «*Para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia*» [18], con el comentario de Santo Tomás: «Para los cazadores, su vida es la caza; para los militares, los ejercicios de la guerra; para los estudiosos, el estudio; para los cristianos su vida es Cristo, como objeto casi continuo de su fe, que debe hacerse cada día más viva y penetrante; como objeto también de su esperanza y caridad, que debe aumentar hasta la muerte.»

La comunión espiritual puede hacerse del modo siguiente: «¿A quién tengo yo en los cielos? Fuera de ti, nada deseo sobre la tierra. Desfallece mi carne y mi corazón; la roca de mi corazón y mi posesión es Dios para siempre... Pero mi bien es estar unido a Dios; tener en Yavé, Dios, mi esperanza, para poder anunciar sus grandezas en la puerta de Sión» [19]. Este era el modo de manifestar a Dios las aspiraciones del corazón en el Antiguo Testamento. Hoy puede hacerse la comunión espiritual repitiendo con fervor, con fe y con esperanza y amor siempre más intensos, el nombre de Jesús.

Día y noche, en la prueba o entre consuelos, todo buen sacerdote debería suspirar casi connaturalmente por Cristo, Sacerdote y Víctima, y practicar frecuentemente la comunión espiritual. Sería el mejor modo

[17] *Io.*, IV, 34.
[18] *Phil.*, I, 21.
[19] *Ps.* LXXII, 25-28.

de tener parte en la misma contemplación de Cristo, de comunicarnos su sabiduría, su inteligencia, su prudencia y su ardiente amor para con Dios-Padre y para con las almas [20].

Si el sacerdote logra vivir así, llegará con seguridad a la contemplación e íntima unión con Dios, que son como la disposición normal para la vida eterna y un comienzo de bienaventuranza futura, según observa Santo Tomás [21].

De igual modo tendríamos comunión continua con las distintas virtudes de Cristo, según que las circunstancias pidieran la imitación de las mismas; es decir, sería una comunión con su humildad, con su mansedumbre, con su paciencia, con su pobreza, con su abnegación, con su piedad para con el Padre y con su celo por las almas.

El verdadero ministro de Cristo no desea sino ser Hostia del Supremo Sacerdote por la inmolación y negación de sus inclinaciones desordenadas, de sus juicios y de sus propósitos. No tener nada, poseyéndolo todo.

Feliz el sacerdote tan totalmente poseído por el Supremo Sacerdote, que nada quiere pensar si no es bajo su inspiración, bajo la inspiración de Cristo-Hostia, que viene a él para poseer su corazón. Este sacerdote consagrado como víctima se convierte en discípulo y amigo íntimo de Cristo, en apóstol perfecto. De algún modo es como un San Juan Evangelista, un San Pablo, guardadas las debidas proporciones. Aumenta proporcionalmente también su intimidad con

[20] GIRAUD, o. c., I, 30, 2.
[21] I-II, 69, 2.

la Santísima Virgen, cuya vocación singular y única de Madre de Dios, mediadora universal y corredentora con Cristo, supera la vocación sacerdotal, ya que dar a Cristo la humanidad es más que darle la presencia real sobre el altar; y ofrecer su inmolación cruenta es algo más que ofrecer su incruenta inmolación en la Misa.

No merece, pues, reprensión el laico que quiere ser sacerdote para comulgar bajo las dos especies, a fin de recibir más gracia, pues es probable que así suceda, según San Alfonso [22]. Aún más: todos los teólogos afirman que «si en la sunción de la segunda especie se intensifica el fervor de la caridad, secundariamente y por razón de la mejor disposición se confiere, sin duda, una gracia mayor». Normalmente, debía ser cada día más ferviente que el anterior, al menos en el sentido espiritual.

[22] San Alfonso: *Theologia Moralis*, 1, VI, tr. III, número 28. Cfr. Giraud, o. c., I, 339.

Capítulo VII

Los cuatro fines del sacrificio y la perfección sacerdotal [1]

(Según el Beato Pedro Julián Eymard)

El Beato Pedro Julián Eymard, fundador de la Congregación de los Padres del Santísimo Sacramento, ha desarrollado extraordinariamente este tema en sus obras; recibió una inspiración especial de Dios, muy fecunda, para que instituyera la adoración permanente del Santísimo Sacramento entre sus religiosos y entre los fieles.

Fue primero muy probado. No tenía discípulos, y el único que tenía, viendo, al fin, que no venían más vocaciones, se marchó también con intención de no volver. En tal coyuntura, el Beato Eymard, postrándose de rodillas ante el Santísimo Sacramento, rezó esta plegaria, movido por una inspiración especial: «No me levantaré, Señor, mientras no vuelva mi discípulo.» Después de algunas horas, este único discí-

[1] Haremos un resumen de la doctrina del B. Eymard a base de su obra *Meditaciones para ejercicios espirituales*. Turín, 1934, principalmente del vol. III.

pulo volvió, y más tarde vinieron muchas y óptimas vocaciones. Actualmente la Congregación de los Padres Sacramentinos se halla extendida por Europa y América del Norte y del Sur, haciendo mucho bien.

Expondré primero la doctrina común del culto eucarístico y vida interior, común para todos los fieles.

Culto eucarístico y vida interior.

Dícese comúnmente, y para todos los cristianos, que la Eucaristía aumenta la vida interior en cuanto que es alimento de la fe, de la esperanza, de la caridad, la religión y demás virtudes.

Efectivamente, aumenta la *fe,* en cuanto que la Eucaristía es como el coronamiento de los misterios de la fe, ya que presupone el misterio de la Encarnación redentora del Hijo de Dios, y, en consecuencia, el misterio de la Trinidad, la elevación del género humano a la vida de la gracia, siendo prenda, además, de vida eterna. De ahí que un solo milagro eucarístico que pruebe la verdad de la Eucaristía confirma, *ipso facto,* todos los misterio presupuestos. Confirma, incluso, la *validez de los demás sacramentos,* que se ordenan a recibir la Eucaristía, principalmente la de las ordenaciones sacerdotales y consagraciones episcopales sucedidas en el pasado; en otras palabras, prueba la institución de la Eucaristía y del sacerdocio de la Nueva Ley por Cristo.

La Eucaristía *aumenta la esperanza,* toda vez que la esperanza se apoya en el auxilio divino de la gracia. Ahora bien, la Eucaristía contiene no sólo la gracia, sino al autor de la misma. Por eso es el más grande de los sacramentos.

La Eucaristía aumenta la caridad, ya que la comunión nos une a Cristo; es la caridad para con Dios y con el prójimo, una caridad no sólo afectiva, sino efectiva. De este modo la Eucaristía es vínculo de caridad que une los diversos miembros de toda la familia cristiana: a los pobres y a los ricos, a los sabios y a los ignorantes en la misma santa mesa; une a los pueblos todos de la cristiandad. Así se verifican estos dos principios: El bien es esencialmente comunicativo; y tanto más plenamente es comunicativo cuanto más tiene de bien. Mientras los bienes materiales no pueden ser poseídos plenamente y al mismo tiempo por muchos, los bienes espirituales, no sólo pueden ser poseídos a la vez y con plenitud por todos, sino que es entonces cuando mejor los posee cada uno, hasta el punto de que si alguien intentara excluir a los demás perdería la caridad, y con ella la posesión del bien espiritual. Todos podemos poseer la misma verdad, la misma virtud, el mismo Cristo presente en la Eucaristía al modo de la substancia, y al mismo Dios presente en nuestras almas, oscuramente en la tierra y claramente en la gloria.

La Eucaristía *aumenta la religión,* porque el más elevado acto de religión es el sacrificio, acto a la vez interno, externo y público. Ahora bien, el sacrificio eucarístico es como la continuación sacramental del sacrificio de la Cruz, de valor infinito; porque el sacerdote principal, Cristo, no puede estar más unido a Dios o ser más santo o hallarse más compenetrado con su pueblo, que es su cuerpo místico, ni más unido con la víctima, que es Él mismo que se

ofrece. Por eso tanto la víctima como el oferente principal son de valor infinito.

Qué debe ser la Eucaristía para el sacerdote [2].

I. Sacerdocio y espíritu de sacrificio.

II. Los cuatro fines del sacrificio. La vida interior de Jesús en la Eucaristía como ejemplar de las principales virtudes: de caridad, religión, humildad, pobreza; fe, esperanza y caridad eucarísticas; caridad reparadora a ejemplo de Cristo-Víctima.

III. *Conclusión:* La Eucaristía y la perfección sacerdotal. La vocación eucarística.

1) *Sacerdocio y espíritu de sacrificio.*

El sacerdote debe ofrecer un sacrificio incruento de valor infinito: absolver penitentes, engendrarlos, por así decirlo, a la vida eterna, y evangelizar, especialmente a los pobres. Esto requiere pureza, humildad, mansedumbre, caridad fecunda por la gloria de Dios y de Cristo y la salvación de las almas. Debe imitar el ejemplo de los apóstoles, quienes dijeron al instituir los diáconos, para el ejercicio de las obras de misericordia: «Nosotros debemos atender a la oración y al ministerio de la palabra» [3]. De otra suerte hay gran actividad externa, pero sin fruto: «Grandes pasos fuera del camino.» Aún más: el sacerdote debe decir como Juan el Bautista: «Conviene que Él crezca y yo, en cambio, disminuya.»

[2] Vide B. Eymard, l. c., vol. III, págs. 43, 82-87, 98-112, 230-232.
[3] *Act.*, v, 4.

Para lograr esto debe vivir del espíritu de Cristo. «El que se allega al Señor se hace un espíritu con Él» [4]. «Si alguno no tiene el espíritu de Cristo, ése no es Cristo» [5]. Ahora bien, el espíritu de Cristo es, a la vez, espíritu de verdad, de amor y de sacrificio.

Es espíritu de verdad, pues Cristo ha dicho: «Yo para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad» [6]. «Vosotros sois la luz del mundo» [7]. «Me seréis testigos» [8]

Es espíritu de amor que se manifiesta en la mansedumbre («Aprende de Mí, que soy manso y humilde de corazón») [9], y por el celo llevado hasta la muerte («Cristo me amó y se entregó por mí») [10].

Es, en consecuencia, espíritu de sacrificio: «El que ama a su padre o a su madre más que a Mí, no es digno de Mí.» «Quien no toma su cruz y me sigue, no es digno de Mí.» Pero, en cambio, este sacrificio recibe el ciento por uno: «Al que venciere, le dará del maná escondido» [11].

2) *Cuatro fines del sacrificio.*

Este culto de latría se realiza por la celebración digna del sacrificio de la Misa, que deberá ofrecerse

[4] *I Cor.*, vi, 17.
[5] *Rom.*, viii, 9.
[6] *Io.*, xviii, 37.
[7] *Mt.*, v, 14.
[8] *Act.*, i, 8.
[9] *Mt.*, xi, 29.
[10] *Gal.*, ii, 20.
[11] *Apoc.*, ii, 17.

cada día con mayor fe, esperanza, caridad y devoción substancial, si no sensible. Se practica también por la comunión eucarística, por la visita al Santísimo Sacramento, por la adoración reparadora, por la súplica y acción de gracias.

No puede, pues, darse en la tierra un culto más excelente, más santo y litúrgico en el que se practique más perfectamente la virtud de fe para con Cristo, oculto bajo las especies, de esperanza, de caridad, de religión, de humildad y de los dones correlativos del Espíritu Santo, elementos todos de que consta la perfección sacerdotal.

Mientras que para lograr un estado superior en la sociedad civil se exige un gran esfuerzo, verbigracia, para ser abogado, médico, profesor, jurista, etcétera, para ser adoradores eucarísticos basta con ser humildes. Los sacerdotes de menos posibilidades y los simples fieles pueden serlo; y si son verdaderamente humildes y piadosos, pueden adelantar mucho conforme a las palabras del Señor: «Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cansados, y yo os aliviaré.» «He venido para que tengan vida, y la tengan abundante.» La comunión, en efecto, fortalece el alma para que evite el pecado, resista las tentaciones de la carne y del diablo y pueda amar a Dios cada vez mejor «con todo el corazón, con toda el alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente». De esta suerte, junto con el progreso de la caridad, por la comunión y adoración se expansionan también los siete dones y la docilidad del Espíritu Santo.

Dos cosas hemos de considerar particularmente en el culto eucarístico:

Los cuatro fines del sacrificio.

Las virtudes de las que Jesús es ejemplo en la Eucaristía.

Hemos de considerar atentamente los cuatro fines del sacrificio.

La finalidad primera del sacrificio es la *adoración;* por eso el holocausto, ordenado a la adoración, es el principal sacrificio. Muchas veces los hombres se olvidan de adorar a Dios: adoran la carne, las riquezas, el progreso de la ciencia, la razón o a sí mismos. Así hace la sociolatría, la estatolatría, el racionalismo o culto de la razón sobre todo lo demás, etcétera. Y muchas veces Cristo-Salvador es abandonado de los hombres, no sólo de los incrédulos o indiferentes, sino incluso por los fieles ingratos; a veces por sus mismos ministros, quienes parecen amarle como mercenarios, por el premio, y no como hijos. Le aman no *por Sí mismo, sino por sí mismos*. Así desaparece la adoración imperada de la caridad, porque ésta existe en grado mínimo.

En algunas parroquias Cristo, presente en la Eucaristía, permanece solo muy frecuentemente, casi durante toda la semana, cuando debía ser una fuente diaria de gracia; de los fieles ni uno siquiera, exceptuando el domingo, oye misa, y jamás piensan en la visita al Santísimo Sacramento. Esto manifiesta no sólo una caridad raquítica, sino una fe y esperanza empobrecidas, pues así lo es su manifestación normal, la virtud de la religión por ellas imperada.

Por tanto, se ha de recomendar muchísimo *la adoración* de Cristo-Salvador, presente en la Eucaristía:

esta adoración repara por sí misma muchas ingratitudes, la gran indiferencia e incuria por la salvación.

El segundo fin del sacrificio eucarístico es *la acción de gracias* por todos los beneficios divinos: creación y elevación del género humano al orden de la gracia y de la gloria, Encarnación redentora, la misma institución de la Eucaristía y las gracias que de ella proceden, las innumerables misas y comuniones celebradas durante veinte siglos para confortamiento de las almas.

Muchos hombres se muestran ingratos en sumo grado al no pensar jamás en tales beneficios; y tanto mayor es la ingratitud cuanto más precioso y universal fue el beneficio. Los hijos generalmente muestran a sus padres gratitud, mientras son muchos los hombres que no manifiestan ninguna para con Dios, fuente de todos los bienes.

Siendo la ingratitud no sólo individual, sino también colectiva, colectiva y pública debe ser la *acción de gracias*. Este es el segundo fin de la Eucaristía y el que le ha dado el nombre. En efecto, la Eucaristía conmemora entre nosotros todos los altísimos beneficios de Dios que presupone, a saber: la Encarnación, la Redención; nos aplica además constantemente el fruto de la Redención. Por consiguiente, la Misa es, según decía San Juan Fisher, mártir inglés, *como el sol espiritual que nos ilumina y calienta cada día.* Esto afirmaba contra los luteranos de su tiempo, quienes negaron la Misa y cuyos templos permanecían helados, sin el calor del sol espiritual. Estos nuevos beneficios de la Misa y de la comunión postulan, a su vez, nueva acción de gracias. A esta acción de gracias por la institución de la Eucaristía está principalmente

ordenado el culto al Corazón Eucarístico de Jesús. Es evidente que la institución de la Eucaristía postula una acción de gracias especial. La expresión «Corazón Eucarístico de Jesús» significa principalmente el Corazón de Jesús que nos ha dado la Eucaristía y que, de nuevo, nos la da todos los días.

El tercer fin del sacrificio es la *reparación* por los pecados cometidos contra Dios, y sacrilegios, perversísimos a veces, perpetrados por la inspiración del demonio; sólo Dios conoce la enormidad de ciertos sacrilegios, recuerdos vivos de la traición de Judas. Para reparar tales abominaciones se ha de celebrar santamente la Misa, y adorar la Eucaristía, públicamente expuesta.

De este modo se devuelve a Dios y a Cristo la gloria accidental que les es negada por los pecados antedichos. Tal reparación da a Cristo la satisfacción accidental que muchos le niegan. Recuerda, además, lo que durante la Pasión hizo la santa Verónica al secar la frente del Señor con el sudario en el que se grabó la imagen de Cristo.

Esta reparación pública impide los grandes castigos de Dios—públicos igualmente—que el mundo merece por sus iniquidades. Al mismo tiempo se implora piedad para con los pecadores, para que vuelvan al camino de la salud y de la penitencia. Entre los que comprenden bien este fin del sacrificio hay almas que se ofrecen como víctimas: son para el mundo como los pararrayos que apartan los terribles castigos de Dios. En el Cántico de Tobías [12] se lee: «Nos azota por nuestras iniquidades y nos salvará por su mise-

---

[12] *Tob.*, XIII, 15.

ricordia.» La reparación por el culto eucarístico obtiene este fin. En él perdura la reparación ofrecida en el sacrificio de la Cruz.

El cuarto fin del sacrificio es la *impetración*, a fin de alcanzar el auxilio divino y las demás gracias necesarias para la salvación, máxime la de la perseverancia final, que no es objeto de mérito, pero que puede obtenerse por la fuerza impetratoria de la oración y principalmente de la suprema oración, contenida en la misma oblación de la Misa, en la que subsiste «la intercesión de Cristo vivo siempre para interceder por nosotros». Debemos unirnos a su intercesión, así como a su adoración, reparación y acción de gracias; así aumenta infinitamente el valor de nuestros actos.

La intercesión de Cristo perdura siempre en la Eucaristía, aun después de haber cesado la Misa. Debemos, pues, unirnos a la oración del Salvador, orando no sólo por nosotros individualmente, sino por la Iglesia, por los pastores, para que reciban de Dios celo y fortaleza; por la paz, por la concordia de los pueblos, por la libertad de la Iglesia y salvación de las almas. Aún más por la conversión de los incrédulos y de los pecadores.

Entre las almas que comprenden bien este fin del sacrificio, algunas son más contemplativas, como María a los pies del Salvador o como el ángel adorador del Rey celestial. Otros arden espiritualmente y se consumen por amor, como la lámpara eucarística. Mejor aún: se parecen a la Virgen María en el Cenáculo después de la Ascensión, y, por así decirlo, continúan su oración de súplica por la Iglesia.

Esta consideración de los cuatro fines del sacrificio

es sumamente práctica, porque el alma adorando a Dios lo considera: primero, *en su eternidad;* luego, *mira al pasado, los beneficios recibidos*, y da gracias; o los *pecados cometidos para repararlos;* finalmente, mira *al futuro*, para pedir el auxilio divino.

Además, este culto eucarístico, así concebido, nos une íntimamente con Cristo-Sacerdote, con su adoración íntima y reparadora, con su intercesión y acción de gracias.

Hemos de considerar, además, la vida interior de Jesucristo en la Eucaristía, en cuanto es ejemplo para nosotros de las principales virtudes.

Para considerar teológicamente este punto, se ha de observar que el Cristo presente en la Eucaristía es el Cristo glorioso que está en los cielos, esto es, que ha dejado de ser viador, que no sufre, ni merece, pero que *practica* las virtudes, en cuanto permanecen en el cielo, es decir, adorando, intercediendo, dando gracias, etc. Además, Cristo conoce en el cielo lo que se hace en la tierra y, en consecuencia, conoce el culto eucarístico que aumenta su bienaventuranza accidental, y, por el lado opuesto, las profanaciones que le niegan esta bienaventuranza accidental.

Por tanto, se ha de observar sobre esto, con Santo Tomás [13], que en el cielo no permanecen ni la fe ni la esperanza; en lugar de la fe, la visión beatífica; en lugar de la esperanza, la posesión inamisible de Dios; permanecen, no obstante, la caridad, las virtu-

[13] I-II, 67.

des morales y los siete dones. Esto es: las virtudes morales permanecen en su aspecto *formal*, es decir, en santo orden, no en su aspecto material: «porque ya no tendrán lugar la concupiscencia, ni los placeres venéreos o los de la comida; no habrá temores ni audacias frente a los peligros de muerte, ni tampoco la distribución y comunicación de cosas que se utiliza en la vida presente».

Dicho esto, se comprende fácilmente lo que afirma el Beato Pedro Julián Eymard, con distinguir entre lo que se dice por términos propios y lo que se afirma por metáforas.

Verdad es, y dicho con propiedad, que en la Eucaristía Jesús no tiene vida exterior, no visita los enfermos, ni predica y otras cosas por el estilo. Permanece en el tabernáculo «como un prisionero de amor», voluntariamente; no ejercita los sentidos externos respecto a cuanto rodea la Eucaristía; mas todo esto lo conoce en el cielo y de modo más elevado por la ciencia infusa y la visión beatífica. Por tanto, en la Eucaristía Cristo tiene sólo perfectísimamente la vida interna: de este modo nos enseña la soledad, el silencio, el recogimiento. Cristo quiere darnos ejemplo de muchas virtudes, de caridad para con su Padre, para con las almas; de religión, en cuanto adora siempre, da gracias e intercede; de humildad y obediencia, por la sujeción perfecta a la voluntad divina; de mansedumbre, porque jamás existió en Él una pasión desordenada.

La vida interior de Jesús en la Eucaristía es, según el Beato Julián Eymard, principalmente *vida de amor* para con su Padre, a quien constantemente ofrece sus actos y estado sacerdotal y su pasada Pasión, conmemorada en la Misa. Asimismo es vida de amor para con los hombres que se han de salvar. Su corazón, el centro de todos los corazones.

La Santísima Virgen María tuvo en grado eminente esta devoción eucarística: «Su corazón era atraído por aquel divino Tabernáculo como el hierro por el imán.» Y así como algunos santos gozaron del privilegio milagroso de conservar en sí mismos las especies sacramentales sin corromperse hasta la comunión del día siguiente, también se ha de conceder este privilegio a la Santísima Virgen.

A la luz de estos principios habla, y con razón, el Beato Eymard de humildad eucarística, de caridad eucarística. Dice, por ejemplo: En la Eucaristía la divinidad, la gloria y el poder de Cristo se hallan ocultos: lo mismo su humanidad; Jesús se encuentra en un estado humildísimo: realiza incesantemente la santificación de las almas, pero en silencio, de un modo misterioso, hasta el punto de que los hombres nada ven. De esta suerte, el alma que se une íntimamente con Cristo, presente en la Eucaristía, tiene una íntima vida interior de amor, aunque exteriormente permanece pobre, esclava y humilde. A veces está exultante en su interior, aunque no lo manifiesta al exterior. «Su vida está escondida con Cristo, en Dios.»

Esto es bellísimo: «su alma debe estar adornada con las virtudes más sublimes y perfectas, bajo una apariencia simple y común; en un ejemplo podríamos manifestarlo: su perfección ha de ser como la brasa incandescente oculta bajo una capa de ceniza.»

Así el Corazón de Cristo es un horno ardiente de caridad, oculta bajo las especies sacramentales *(tutto l'opposto del teatrale)*.

Junto con la humildad, practica Cristo en la Eucaristía *la caridad.* Y su caridad es dulce, paciente, benéfica. Es dulce principalmente con los pobres, con los afligidos. Es paciente para esperarnos. Benéfico para con todos. Previene incluso a los enemigos y los empuja a la conversión. Aún más, Jesús permanece en la Eucaristía como *víctima de amor,* incruentamente inmolada en la Misa. De esta manera impulsa a muchas almas verdaderamente fieles a una vida reparadora.

Todo esto se expresa maravillosamente en las letanías del Corazón Eucarístico de Jesús. Son de una gradación ascendente, desde el estado de humildad en el que se encuentra en la Eucaristía hasta la altísima e íntima unión a la que Él mismo llama a las almas generosas.

3) Conclusión: *El culto eucarístico, así concebido, lleva efectivamente a la perfección sacerdotal.*

Efectivamente, porque las gracias actuales eficaces que llevan el alma a la perfección proceden de Cristo, presente en la Eucaristía. Así, cuando Cristo, después de su resurrección, dice a Pedro, para que repare su negación: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Pedro le respondió: «Sí, Señor. Tú sabes que te amo» [14]. Entonces le dijo Cristo: «Apacienta mis corderos y mis ovejas», prediciéndole a la vez su martirio. Semejante es el influjo de Cristo en la Fucaristía, aunque de un modo oculto; un influjo que inspira amor eficaz y perseverante.

[14] *Io.,* XXI, 26.

En esto se prueba frecuentemente la fe, por ejemplo, cuando el Beato Eymard esperaba vocaciones y no llegaban; aún más: el único hijo que tenía se fue. Cuando el P. Eymard contempló este cuadro, se arrodilló ante el Santísimo Sacramento, diciéndole: «Señor, aquí permaneceré arrodillado hasta que este hijo mío vuelva.» Después de tres o cuatro horas volvió, y más tarde vinieron muchas y óptimas vocaciones, de modo que su Congregación recogió abundantísimos frutos, no sólo en Francia, sino en Italia y otras regiones de Europa; incluso en América del Norte y del Sur. Por esta prueba de la fe es conducida el alma a la perfección.

¿Quienes son especialmente llamados por esta vía a la santidad?

Son los que han recibido la vocación eucarística. Dice Jesús: «Nadie puede venir a Mí si el Padre, que me ha enviado, no le trae» [15]. Ahora bien, el Padre trae a todos a la salvación, pero no siempre del mismo modo. Cierto que todos los cristianos son llamados al culto eucarístico y más aún los sacerdotes, pero algunos especialmente impulsados.

¿Qué es la vocación eucarística, según el Beato Pedro Julián Eymard?

Es una *atracción especial de la gracia,* suave y fuerte a la vez, como si dijera el Señor: Ven a mi santua-

[15] *Io.,* VI, 44.

rio. Esta atracción, poco a poco, se hace dominadora, si no se ofrece resistencia.

Más tarde, si el alma es fiel y responde a esta atracción, halla la paz, como si encontrara su lugar natural, proporcionado, su alimento espiritual: *Ho trovato il luogo del mio riposo.* Dejan de agradarle plenamente los libros, los discursos espirituales; necesita una oración más profunda ante el Santísimo Sacramento.

Finalmente, esta atracción de la gracia hace que el alma se entregue por completo *al servicio de la Eucaristía,* para convertirse en *verdadera adoradora de Jesucristo,* presente en el Sacramento; esto es, no sólo para salvarse o adquirir virtudes, ni tampoco para salvar a otras almas, pues Dios y Cristo son más dignos de ser amados que el prójimo, sino también para responder a esta invitación del Salvador: «*Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad, pues tales son los adoradores que el Padre busca*» [16].

Este es el verdadero orden de la caridad: aumentado nuestro amor a Dios, amado sobre todas las cosas, aumenta, consiguientemente, el amor al prójimo.

En la adoración, así concebida, va incluído lo que Santo Tomás y los antiguos llamaban contemplación de lo divino, ya que esta contemplación nace de la fe viva ilustrada por los dones del Espíritu Santo, e impera además la virtud de la religión, cuyo principal acto es el sacrificio, máxime el sacrificio de adoración.

El culto eucarístico, tan profundamente concebido,

---

[16] *Io.,* VI, 23.

conduce a la verdadera perfección sacerdotal, por la que el sacerdote, sometido al influjo constante de Cristo, presente en la Eucaristía, se hace verdaderamente *Alter Christus.*

De hecho son muchos los que alcanzaron la santidad por este camino. Debemos, por tanto, aspirar a ella, humilde y confiadamente, pidiendo cada día la gracia eficaz con este fin, para gloria de Dios y salvación de las almas.

Capítulo VIII

La unión del sacerdote con la Santísima Virgen

(Influjo especial de la Mediadora Universal en la formación espiritual del sacerdote)

Trataremos en este capítulo los puntos siguientes:

Qué necesitan los sacerdotes para su formación espiritual.

Cómo la Santísima Virgen responde plenamente a esta necesidad, y cómo gradualmente forma al alma sacerdotal por su oración y por el misterioso influjo de su mediación universal [1].

1) *Qué necesitan los sacerdotes para su formación espiritual e intelectual.*

Se manifiesta considerando los defectos en que tantas veces caemos.

Hay novicios o seminaristas que desprecian uno y otro aspecto de su formación sacerdotal. Muchos

[1] Véase el P. Philippe, O. P.: *La Santísima Virgen y el Sacerdocio,* París, 1946.

no trabajan intelectualmente lo suficiente para llegar a ser sacerdotes doctos a fin de orientar a las almas. A veces, bajo pretexto de piedad, no se entregan por completo al trabajo intelectual, cayendo en pereza y negligencia que puede prolongarse durante toda su vida, mientras las almas necesitan grandemente de su ayuda.

Otros, en cambio, seminaristas o novicios, *trabajan demasiado intelectualmente,* en el sentido de que por el pretexto de estudiar descuidan la piedad, la vida interior. Y pueden perderla sin darse cuenta, sin tener en adelante más que piedad *oficial,* por llamarla de algún modo, externa, como si fuesen puros funcionarios eclesiásticos. Les preocupan demasiado, exclusivamente, los problemas filosóficos o teológicos, históricos o jurídicos. A veces se enfrascan en la problemática de tales disciplinas que llegan a ahogar en sí mismos esa *limpidez mental superior,* tan necesaria para formar un juicio recto y sabio: tanto más necesaria cuanto los problemas son más complejos.

En otras palabras, su trabajo intelectual no se deriva con toda intensidad *del espíritu de fe, del amor de Dios y de las almas,* sino de una actividad casi por completo natural, no santificada, en la que se encuentra siempre un amor propio desordenado, un verdadero egoísmo, si no una soberbia latente que es, acaso, ambición. Tales seminaristas o novicios no se preparan para un apostolado fructífero.

Viven casi en la *periferia de la mente,* no se forman hombres interiores, sino más bien hombres de gran actividad externa. Y, distraídos y absortos en la complejidad de los problemas, no lograrán una unidad mental. ¿Por qué? Porque carecen del espíritu

sobrenatural que ordena el estudio a Dios y a la salvación de las almas.

Más brevemente: *Hay excesiva exteriorización*, superficialidad, a la vez que una *complejidad totalitaria*. En otros términos: *Falta unidad mental, profundidad y elevación. Falta*, como hoy se dice, *la tercera dimensión*. Cierto que hay amplitud y anchura de información, pero falta la altura o profundidad y, por consiguiente, no existe madurez de espíritu ni penetración intelectual para juzgar rectamente y como convendría.

Aún más, también existen dificultades de la parte afectiva. Los afectos de nuestro corazón se hallan descentrados, son demasiado humanos, excesivamente sensibles y, por tanto, peligrosos. Puede impedir la pureza del corazón, la castidad requerida para una verdadera vida espiritual y sacerdotal.

Se requiere, pues, *mayor unidad mental, profundidad y elevación* para que el alma viva el poderoso influjo de las virtudes teologales y la inspiración del Espíritu Santo con sus siete dones. «El espíritu sopla donde quiere» e impele por rutas felices la navecilla de nuestra alma, siempre que sus velas no estén plegadas—ligadas—con los numerosos lazos de los pecados veniales de sensualidad, curiosidad, indiscreción, soberbia latente o ambición.

¿Cómo hallará, tanto el seminarista o el novicio como el sacerdote joven, esa mayor unidad de vida, profundidad y elevación, sobre la complejidad de sus estudios y los peligros del sentimentalismo y del sensualismo?

El seminarista, como el novicio, para que lleguen a ser buenos sacerdotes, *necesitan una madre* espiritual santa, vigilante, fuerte, pero muy benevolente y

amantísima, que los dirija *como la estrella del mar* y que de un modo oculto, pero real, seguro y elevado, oriente su inteligencia, su voluntad, su sensibilidad como maestra invisible de su corazón.

Yo lo he sentido muy concretamente, casi experimentalmente, cuando era un joven estudiante, enfrascado en la enmarañada selva de la crítica y de la metafísica, con peligro de perder la unidad y elevación mentales y la rectitud de juicio. Entonces comprendí que me era totalmente necesaria una madre espiritual sapientísima y benevolentísima.

Se comprende fácilmente por analogía con la formación del párvulo y del niño.

Cuando el seminarista o el novicio eran niños aprendieron muchas cosas de su madre de la tierra, en particular sus primeras oraciones. Cuando eran niños creían todo lo que su madre les decía, principalmente cuando hablaba de Dios, nuestro Padre Celestial; cuando eran niños tenían plena confianza en su madre y la amaban con todo su corazón. Aún más, de niños hacían espontáneamente actos de fe, de esperanza y de caridad para con Dios, de quien les hablaba su madre; y los hacían antes de conocer las fórmulas escritas a este fin en el catecismo.

Así aprendimos todos muchas cosas de nuestras madres sin ese torrente enfadoso de palabras, verbigracia cuando la veíamos acercarse con profundo recogimiento a la sagrada mesa, dando luego gracias a Dios. El niño entiende más o menos que esta acción de gracias de su madre es algo misterioso y santo.

Pero, más tarde, novicio y seminarista hubieron de separarse de su madre de la tierra. Sin embargo, para su formación espiritual necesitan una madre espiri-

tual, a fin de vivir espontánea y frecuentemente, de un modo concreto y práctico, de las tres virtudes teologales, que deben crecer continuamente, junto con la humildad y pureza perfecta, para que el futuro sacerdote no viva para sí, sino para Dios y para la salvación de las almas.

No basta el estudio de la filosofía, de la teología, de la historia o del derecho canónico. Con este trabajo el alma se puede desconocer a sí misma, si no guarda la unión con Dios. Hallaría un laberinto complicado en estas cuestiones; algo inextricable; y faltando la vida interior, ¿quién reinaría en esta alma? No Dios, ciertamente, sino el amor propio, la ambición solapada, el deseo de satisfacción personal.

Para evitar esta superficialidad intelectual y esas complicaciones en el estudio, para que nuestra labor intelectual esté espiritualmente vivificada, se requiere un espíritu superior de humildad, de abnegación, de pureza, de fe, de esperanza y amor a Dios y a las almas.

Pero ¿quién nos comunicará este espíritu del que depende la unidad y elevación de nuestra vida? Ciertamente Cristo Nuestro Salvador; pero quiere hacerlo por medio de María, a quien constituyó Madre y Reina de los apóstoles, de los mártires, de los confesores, de las vírgenes y de todos los santos. Esta madre espiritual de todos los hombres es la que nos obtiene todas las gracias que recibimos, incluso las más singulares, cuando le pedimos diciendo: «Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros...»; cuando decimos *ahora* pedimos una gracia concreta, *la del momento presente,* para el estudio o para guardar la castidad o la caridad.

Nuestra Madre espiritual nos instruye sin ruido de palabras, comunicándonos algo más noble que la ciencia filosófica o teológica, *el espíritu de la ciencia sagrada*, que es particularmente un gran espíritu de fe viva en Dios; de fe penetrante, por el don de entendimiento; de fe sabrosa, por el de sabiduría.

El alma del seminarista o del novicio deja entonces de ser superficial en sus estudios, pues su estudio va inspirado por el espíritu de fe, no por sola la actividad natural, la curiosidad o la ambición; su alma no se ve dominada por la complejidad de los problemas a resolver, porque tiene su espíritu bien dispuesto para dedicarse a tales estudios y porque posee la suficiente elevación espiritual de la inteligencia. De esta suerte la Santísima Virgen puede ser la *Estrella Orientadora,* no sólo en la custodia de la castidad, de la humildad y de la caridad fraterna, sino también del estudio de la ciencia sagrada. Así forma a sus hijos, los futuros sacerdotes.

2) *Por qué puede la Santísima Virgen hacer esto. Por qué quiere hacerlo. Y cómo lo hace.*

La Virgen *puede* realizar este admirable influjo sobre nuestras almas porque es *Madre de Dios*, Madre del Salvador, Madre del Supremo Sacerdote de la Nueva Ley, Mediadora Universal de todas las gracias. Y no sólo puede hacerlo—tiene poder para ello—, sino que quiere hacerlo, pues es Madre bondadosísima, amantísima y benevolentísima. Quiere hacerlo y *lo hace efectivamente,* si nosotros le pedimos de corazón que sea nuestra Madre en lo más íntimo de nues-

tra alma y nos forme para recibir el sacerdocio dignamente y para ejercerlo con fruto después.

Nos consta por un triple motivo:

Por las relaciones existentes entre maternidad divina y sacerdocio.

Porque María es madre espiritual de los sacerdotes.

Y porque es un ejemplar magnífico de la devoción eucarística. El Padre Pablo Philippe, O. P., ha escrito sobre este tema un libro bellísimo, citado más arriba.

Maternidad divina y sacerdocio.

Expondremos este tema utilizando las palabras en un sentido propio, sin abusar del sentido metafórico, como sucede frecuentemente, ya que en la metáfora es difícil precisar la verdad exacta.

Algunos utilizaron el título «María-Sacerdote», sin darse cuenta de que María no es sacerdote en sentido propio, pues ni ha recibido el carácter sacerdotal ni ha podido, en consecuencia, consagrar la Eucaristía, sino que María es sacerdote *en un sentido amplio* —no propio—, *eminentissime*, incluso más que todos los santos que no han sido sacerdotes, tales como San Francisco de Asís, San Benito José Labre...

La Santísima Virgen tuvo, en efecto, *eminentemente el espíritu del sacerdocio*, como afirma con razón Dom Olier; pero no es sacerdote en sentido propio. Por eso el Santo Oficio prohibió se divulgase este título de «Virgen-Sacerdote», para evitar el equívoco de los protestantes entre sacerdocio propio y sacerdocio impropiamente tal.

Sin embargo, se ha de afirmar que *la divina maternidad supera inmensamente al sacerdocio de los ministros de Cristo*. Hemos de insistir más sobre este punto. *La altísima dignidad de la Maternidad divina supera inmensamente al sacerdocio de los ministros de Cristo* por dos razones principalmente.

Porque la Santísima Virgen, como Madre de Dios, nos ha dado el sacerdote principal y la Víctima del sacrificio de la Cruz, ya que Cristo es sacerdote y Víctima en cuanto hombre. Ahora bien, es evidente que es más noble dar al Verbo su humanidad que darle la presencia real sacramental en la Eucaristía, que es lo que instrumentalmente realizan los ministros de Cristo.

La Santísima Virgen, como Corredentora, *ofreció con Cristo el sacrificio cruento de la Cruz*, que es muy superior a ofrecer con Cristo el sacrificio incruento de la Misa para aplicar los méritos de su Pasión.

Esta superioridad de la Maternidad divina se deriva de esto precisamente, de que *esta maternidad supera no sólo el orden natural, sino el orden de la gracia*, perteneciendo por razón de su término al orden hipostático, constituído por el misterio mismo de la Encarnación. Aún más: como expresa la bula de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, *el mismo decreto de la Encarnación del Verbo de María Virgen* contiene simultáneamente la predestinación de Cristo a la filiación divino-natural y la predestinación de María a la Maternidad divina, de donde deriva también—para ser digna Madre de Dios—su predestinación a un altísimo grado de gloria, después de Cristo, y a la plenitud de la gracia.

Dice la bula mencionada: «Dios inefable escogió desde el comienzo y antes de todos los tiempos *para su Hijo Unigénito* la Madre de la que habrá de tomar carne, naciendo en la plenitud feliz de los tiempos, y ordenó, llevado de un amor muy superior al que tuvo a las demás criaturas, complacerse en ella más que en todas las demás.» Y más abajo: «*Por el mismo y único decreto* eligió a la Madre y la Encarnación de la Divina Sabiduría.»

En otros términos: El decreto eterno de la Encarnación se refiere no a la Encarnación considerada en abstracto, sino a la Encarnación que se ha de realizar en tales circunstancias concretas *(hic et nunc)*, o sea individualiza a la Encarnación del Hijo de Dios de la Virgen María, según se dice en el Símbolo Niceno-Constantinopolitano.

Por tanto, por el mismo decreto fué destinado Cristo a la Filiación divino-natural y la Santísima Virgen a la divina Maternidad. *Este decreto antecede, ciertamente,* al de la predestinación de todos los hombres salvados por los méritos de Cristo. En la Santísima Virgen fue antes su predestinación a la maternidad divina—es lo principal—que su predestinación a la gloria; como en Cristo fue antes su predestinación a la filiación divino-natural—como su destino principal—que su destinación a la gloria. En efecto, aquello a lo que primeramente es destinada una cosa tiene *razón de fin* y es más noble y elevado que los destinos posteriores que tal cosa reciba.

De aquí se desprende que la maternidad divina es más noble y elevada que la plenitud de gloria y de gracia, que la sigue para hacer de María una digna Madre de Dios.

Esta excelencia de la divina maternidad se deriva de su ordenación a tal fin, por razón del término que pertenece al orden hipostático, superior al orden de la gracia.

De aquí se desprenden varias consecuencias que es preciso señalar:

La Santísima Virgen, ciertamente, merece (como nosotros) la vida eterna, *pero no la maternidad divina* íntimamente unida a la Encarnación. Si así fuera merecería la misma Encarnación, que es el principio eminente de todos los méritos de María y de todos los méritos de los hombres después de la caída. La maternidad divina, como la Encarnación, supera la esfera del mérito, pues el principio del mérito no cae bajo mérito.

La maternidad divina es *la razón de todas las gracias* dadas a la Santísima Virgen. Es la medida y el fin de las mismas. Es, pues, más elevada que aquéllas. Así piensan comúnmente los teólogos.

Por la maternidad divina se da a María no sólo el culto de dulía en el grado supremo, sino el culto de hiperdulía [2].

Por lo dicho es evidente que la divina maternidad supera al sacerdocio propiamente tal de los ministros

[2] De ahí que, si la Madre de Dios recibiese el carácter sacerdotal, se rebajaría más que se elevaría, porque es más elevado dar al Verbo la humanidad que la presencia real y más noble es ofrecer con Cristo el sacrificio cruento de la Cruz que el incruento sacrificio de la Misa. Del mismo modo el obispo, mientras puede ser útil a las almas, retrocedería, dice Santo Tomás, si abrazara el estado religioso, pues el estado religioso es estado de adquisición de la perfección, mientras el obispo se halla en estado de expandir la perfección. Véase II-II, 185, 4 ad 1.

de Cristo. Y, por lo mismo, es claro que la Santísima Virgen posee un sacerdocio impropiamente tal o místico en un grado altísimo, muy superior al de los santos. La razón alegada es evidente. En efecto, la Santísima Virgen nos ha dado al sacerdote principal y la Víctima del sacrificio de la Cruz, y ha ofrecido simultáneamente con Cristo un sacrificio cruento, hasta el punto de merecernos propiamente *de congruo* lo que Cristo nos mereció *de condigno* [3]; es decir, la Virgen *mereció la liberación y restauración del género humano—redención objetiva*—y no sólo la aplicación de los méritos de la Redención a este sujeto concreto que es Pedro o Pablo—*redención subjetiva*—. Por tanto, aunque la Santísima Virgen no sea sacerdote en sentido propio, recibió, sin embargo, *la plenitud del espíritu sacerdotal*, el espíritu del mismo Cristo Redentor, como afirma Dom Olier en su hermoso libro *Vida íntima de la Santísima Virgen*.

La Santísima Virgen María como Madre espiritual de los sacerdotes.

Cristo, al morir en la Cruz, dijo a la Santísima Virgen: «*Mujer, he ahí a tu hijo*» y a Juan: «*Hijo he ahí a tu madre*» [4].

Estas palabras de Cristo moribundo, como las palabras sacramentales, produjeron lo que significaban; aumentaron en el Corazón de la Virgen su maternal

[3] Esto, que es lo que enseñan comúnmente los teólogos, fue sancionado por Pío X en la encíclica *Ad diem*, del 2 de febrero de 1904. Dz., 3.034.

[4] *Io.*, XIX, 27.

amor hacia Juan y hacia todos los que debían santificarse por el sacrificio de la Cruz. Igualmente infundieron en el corazón de Juan un gran amor filial hacia la Madre de Dios.

Si, pues, la Santísima Virgen es Madre espiritual de los sacerdotes, ha de velar particularmente por su santificación y sobre su ministerio. Ora especialmente por ellos y les obtiene gracias cada vez más elevadas para que celebren mejor la Misa y trabajen con mayor fruto por la salvación de las almas. Les alcanza, en especial, una mayor comprensión del sacrificio de la Cruz, del que la Misa es como una continuación y aplicación. Les obtiene, asimismo, gracias para que conozcan mejor el precio de la Sangre de Cristo y la importancia suprema de la salvación de las almas y la suma miseria de la condenación eterna.

De esta suerte la Santísima Virgen inspira un ardiente celo a los sacerdotes fieles, máxime a aquellos que se le consagran, según el pensamiento de San Luis Grignon de Montfort en su *Tratado de la verdadera devoción a María*. Este libro de oro, traducido a casi todas las lenguas, es una gema preciosa en el tesoro de la Iglesia.

Por esta consagración confían los sacerdotes a María *sus propios méritos de condigno*, incomunicables a otras almas, para que Ella les conserve este tesoro, y para que, si lo perdieran por el pecado mortal, les obtenga la gracia de una ardiente contrición por la que revivan los méritos perdidos en el grado en que antes los tenían. Dice Santo Tomás [5]: «Sucede que a veces la intensidad de la contrición es proporciona-

[5] III, 89, 2.

da a una *mayor gracia* a aquella que se había perdido por el pecado; a veces, igual; a veces, menor. Por eso a veces el penitente se levanta con una gracia mayor que la que había perdido (como sucedió muy probablemente a Pedro después de su triple negación), a veces igual, a veces menor. Y lo mismo sucede con las virtudes que siguen a la gracia.»

Por consiguiente, aquellos que así se consagran a María le confían sus propios méritos de condigno, para que Ella los guarde y haga fructíferos, para que revivan plenamente, si los perdieren, por una viva contrición.

De igual modo, aquellos que así se consagran a María le confían todo lo que de bueno hagan en sus obras, y sea *comunicable* a otras almas: el mérito *de congruo*, la satisfacción *de congruo*, la oración por el prójimo, las indulgencias ganadas. Y la Santísima Virgen distribuye a los demás estas gracias mucho más sabia y caritativamente que lo haríamos nosotros. Esto no quita que oremos por parientes y amigos: es ésta una obligación de gratitud que más bien nos recordará María. Ahora bien, entre nuestros parientes y amigos hay algunos que necesitan ayuda especial, no sabiendo nosotros quiénes se hallan en tal necesidad; por el contrario, la Santísima Virgen lo sabe perfectamente y por eso les distribuye de una manera peculiar lo que hay de comunicable en nuestras buenas obras. De todo esto se desprende que la Virgen María, como Madre espiritual de los sacerdotes, ayuda particularmente en la vida interior y de ministerio a aquellos que se le consagran de esta manera especial.

¿Cómo forma espiritualmente a aquellos que siguen

este camino? San Luis Grignon de Montfort lo explica diciendo: «La Santísima Virgen es como el molde en el que Cristo forma las almas.» Es como el prototipo con que Cristo configura los santos, el ejemplar de la santidad.

Hay, dice este santo, dos modos de dirección espiritual, como también en el orden natural existen dos maneras de hacer una estatua. Una estatua puede realizarse esculpiendo en madera o en mármol; pero es un proceso largo y difícil, pudiendo un solo corte mal hecho estropear toda la obra. Pero puede hacerse de otro modo, es decir, echando arcilla en el molde, cosa mucho más fácil. Así forma Cristo a las almas que tienen un gran amor a la Santísima Virgen, amor que les mueve a obrar con gran docilidad y a imitar sus virtudes.

María, finalmente, es magnífico ejemplar de devoción eucarística.

Insistiremos sobre esto.

Es claro, por el hecho de que Cristo confió su Madre a San Juan Evangelista, que era como el ejemplar de la vida contemplativa, y que, como sacerdote, podía celebrar el sacrifiicio eucarístico y dar a la Virgen la sagrada comunión [6]. La celebración del sacrificio eucarístico era para la Santísima Virgen un memorial perfecto del sacrificio de la Cruz, cuya memoria conservaba Ella vivísima. Por eso la presencia

[6] Este punto es particularmente desarrollado por Dom Olier en su obra *La vida interior de María*, pág. 250, y en *Panegírico de San Juan.*

real de la Santa Víctima y la inmolación incruenta del altar eran para Ella de un valor supremo. Comprendía este misterio mejor que San Juan, entendiendo que Cristo era *el sacerdote principal* que ofrece actualmente las misas que a diario se celebran. La fe viva, iluminada por los dones, de la Virgen María penetraba mucho más perfectamente que la nuestra, que la de Juan, el sentido de estas palabras: «Cristo está vivo siempre para interceder por nosotros.»

No existía todavía la liturgia de la Misa, como existía en los siglos III y IV, pero tenía el sacrificio eucarístico, la fracción del pan y la comunión eucarística, que ciertamente recibió la Santísima Virgen. Algunos lo pusieron en duda. Es indudable, sin embargo, que la Santísima Virgen fue *la mejor cristiana;* aún más: para la Santísima Virgen el sacrificio eucarístico o «fracción del pan» era como *el punto de contacto entre el culto de la tierra y el del cielo,* ya que Cristo, sacerdote principal, es el mismo que está sacramentalmente presente en el altar, y en el cielo en su estado natural a la vez que glorioso. María conocía maravillosamente que el celebrante es sólo un ministro de Cristo, que habla y obra en nombre de Jesús.

La Santísima Virgen conocía por la fe, iluminada esplendorosamente por los dones, el efecto de la consagración o presencia real; conocía asimismo los efectos de la Eucaristía en las almas, ya estén en la tierra, ya en el purgatorio. Jamás se dio en ningún viador una fe tan elevada, ilustrada por los dones de entendimiento y sabiduría.

He ahí la razón de por qué conocía mucho mejor que nosotros la irradiación o influjo de cada Misa en

la tierra y en el purgatorio e incluso en el cielo, glorificando a Dios.

Como en el Calvario, María unió su oblación personal con la oblación de su Hijo; cuando asistía al sacrificio eucarístico se ofrecía, como Mediadora Universal y Corredentora, por los apóstoles y por toda la Iglesia. Y lo hacía debido a su profundo conocimiento de los cuatro fines del sacrificio.

De ahí que después del culto que el alma santísima de Cristo ofreció al Padre no hubo en la tierra una adoración más elevada, ni acción de gracias más noble y universal, ni mayor reparación eficaz y súplica encaminada a salvar las almas de todos los pueblos y condiciones. Esta oración de María era la que sostenía espiritualmente a los apóstoles, esparcidos por el mundo en la predicación del Evangelio, hasta el martirio. Era y será siempre Reina y Madre de los apóstoles.

Pero más en particular hemos *de hablar de la comunión eucarística de la Santísima Virgen.* De ella habla Justino Miechoviense: *Discursus circa litanias Beatae Mariae Virginis.* «Vas insigne devotionis».

La comunión eucarística es tanto más ferviente y fructuosa cuanto mayor es el hambre que el alma tiene de la Eucaristía, hambre que brota de la fe y valor de la Eucaristía y de sus frutos, de la esperanza y de la caridad. Estas tres virtudes las poseía María en un grado elevadísimo (véase nuestra obra *La Madre del Salvador,* 1941, págs. 125-132).

Todavía más: en Ella el ansia vivísima y vehementísima de recibir a su Hijo, Cristo, no era impedida por las secuelas del pecado original o por algún otro pecado ni siquiera levísimo o imperfección volunta-

ria. De otro lado, Jesús tenía un deseo vivísimo de completar definitivamente la santificación de su Madre amantísima.

Por tanto, es certísimo que cada comunión de la Santísima Virgen era más fecunda y ferviente que la anterior, según una aceleración desconocida de la que la gravitación de los cuerpos es un símbolo.

Cada una de sus comuniones aumentaba extraordinariamente en Ella la caridad, las virtudes infusas y los dones, disponiéndola para hacer mejor la comunión del día siguiente.

De esta suerte se daba en Ella una ascensión espiritual o gradación ascendente uniformemente acelerada.

Propiamente ésta es la ley superior del orden de la gracia, aunque su aplicación en nosotros es impedida, en parte, por los pecados veniales, de donde se sigue que en nosotros la comunión de hoy sea espiritualmente menos ferviente que la precedente. En la Santísima Virgen, por el contrario, ningún pecado venial obstruía la aplicación de esta ley de aceleración.

La Santísima Virgen fue un modelo acabado de devoción eucarística o vaso de singular devoción.

Admirables eran los efectos de esta comunión eucarística. Rayos de luz y de amor procedentes de Cristo-Eucaristía, iluminaban e impulsaban el alma purísima de María, que era, de este modo, un espejo sin mancha, que, por una parte, refleja la luz y el amor hacia Cristo-Dios, y de otra, nos comunica a nosotros las gracias de fe, esperanza y caridad.

He aquí un bellísimo ejemplar de devoción eucarística para el sacerdote. El sacerdote debe celebrar

la Misa con espíritu de sacrificio y adoración reparadora. No debe impedir la irradiación hacia los fieles por la carencia de espíritu de sacrificio y de humildad.

Si Cristo no hubiera querido aceptar las humillaciones de la Pasión, si la Virgen María no hubiera querido unir su propia oblación con la oblación de Cristo, ¿qué hubiera sido de nosotros?

El sacerdote, por tanto, debe orar ardientemente con Cristo y la Mediadora Universal por las principales intenciones actuales de la Iglesia, por la salvación de las almas, perdidas entre los funestos errores esparcidos en el mundo. El sacerdote, finalmente, debe pedir a la Santísima Virgen el hambre y sed de Eucaristía para que su comunión sea más ferviente cada día, espiritualmente al menos, y para alcanzar por ese medio el celo por la gloria de Dios y de las almas, sin los cuales no pueden existir ni la perfección sacerdotal ni el sentido de Cristo, necesario para todo apostolado.

CAPÍTULO IX

Ejemplos de sacerdotes santos

Cómo celebran la Misa.

Podría escribirse este capítulo sin más que recoger lo que se dice en las vidas de San Bernardo, de Santo Domingo, de Santo Tomás, de San Buenaventura, de San Carlos Borromeo, de San Francisco de Sales, de San Vicente de Paúl, de San Felipe Neri, de San Pablo de la Cruz, de San Alfonso, de San Juan Vianney y de su amigo el Padre Chevrier.

Recogeré solamente lo que guardo en mi memoria. Santo Domingo permanecía en la iglesia durante casi toda la noche en oración, y hacía penitencia por los pecadores que habría de evangelizar al día siguiente. Así se preparaba para la celebración de la Misa, no siendo raro lo hiciera entre lágrimas. Santo Tomás había recibido igualmente este don de lágrimas. Y era frecuente el que permaneciera orando en la iglesia durante la noche, antes del Oficio o después de Laudes hasta la hora de la Misa.

San Francisco de Sales, según se lee en su vida escrita por D. Hamon (t. III, pág. 376), practicaba

todas las ceremonias de la Misa con el mayor recogimiento, piedad, gravedad y serenidad. Los fieles comprendían que su alma estaba totalmente absorta en Dios. No padecía distracción alguna, según el testimonio de Santa Francisca de Chantal. Era una imagen viva de Cristo. Tenía tanta majestad como sacerdote, y, como víctima, tanta humildad en los momentos de la consagración y comunión, que parecía como transformado por completo en Dios, como si estuviera en la unión transformativa. En su rostro brillaban una paz y un candor que conmovían a los fieles. Algunos que vieron su comunión la recordaron hasta el día de su muerte, dando testimonio de ello en el proceso de canonización.

Se cuenta en la misma vida de San Francisco de Sales cómo se preparaba para celebrar la Misa. Llegaba al extremo de querer confesarse todos los días antes de acercarse al altar.

Asimismo la Misa de San Felipe Neri era un momento de altísima contemplación y amor ardentísimo, hasta ser arrobado en éxtasis.

San Juan María Vianney solía repetir: «Si alguien supiera lo que es la Misa, moriría. Si uno conociera perfectamente qué es la Misa y cuál su valor infinito, moriría». Para celebrar dignamente es preciso ser un santo. Cuando vivamos en el cielo veremos qué era la Misa y cómo tan frecuentemente la hemos dicho nosotros sin respeto, sin la adoración y recogimiento requeridos.

Incluso en el purgatorio lo conoceremos cuando ya no es posible celebrar más misas, ni por nosotros ni por los demás.

Todos estos santos a la oblación de la Santa Víc-

tima unían la oblación personal de todas sus aflicciones en orden a salvar almas, según se dice en la *Imitación de Cristo* [1]: «Dice el Señor: Como Yo, extendidas las manos en la Cruz, desnudo el cuerpo, me ofrecí voluntariamente a Dios Padre por tus pecados, así debes ofrecerte a Mí tú mismo, voluntariamente, como hostia pura y santa; todo cuanto puedes... ofrécete a Mí, y entrégate todo por Dios, y tu oblación será grata... Si, por el contrario, te reconcentras en ti mismo y no te ofrecieres voluntariamente a mi voluntad, no es plena tu oblación ni la unión entre nosotros puede ser total.»

Así lo reconocía estupendamente el Padre Carlos de Foucauld, quien, no pudiendo por el momento evangelizar a los mahometanos, todavía sin disposiciones convenientes, se ofrecía celebrando por ellos la Misa. De hecho, murió inmolado como víctima de amor a las almas por odio a la religión.

La conclusión que hemos de sacar es la siguiente: La Misa celebrada por los santos es como un preludio del culto celestial, una introducción, como se canta en el Prefacio: «Santo, Santo, Santo», en honor de la Trinidad.

Hemos de pedir, pues, que celebremos con una fe más viva y penetrante cada día, con una esperanza más firme, con un amor a Dios y a las almas más puro e intenso, con una entrega más consciente, con mayor devoción sustancial, hasta el punto de que cada una de nuestras comuniones sea más ferviente y fecunda que la precedente; porque cada comunión debe aumentar en nosotros la caridad y disponernos

[1] Lib. IV, núm. 8.

para hacerla más fructuosa al día siguiente, siguiendo la ley de aceleración, que es la ley superior de la vida de la gracia.

Así sucede en los sacerdotes buenos, aunque ellos no siempre lo experimenten. San Francisco de Sales decía de Santa Francisca de Chantal que había estado mucho tiempo en aridez espiritual. «Era como un buen cantor que se queda sordo y que no podrá oír en adelante su mismo canto, que tanto deleita a los demás.» Beethoven, por ejemplo, quedó sordo al final de su vida, siendo, no obstante, un magnífico compositor. Ya no podía oír sensiblemente sus sinfonías, sino sólo intelectualmente. Es una figura simbólica de la aridez de los santos, privados, a veces, de toda devoción sensible, amando a Dios, sin embargo, con la mayor intensidad en lo más profundo de su alma. Lo mismo sucedió a Cristo en el Huerto de Getsemaní cuando empezó el cruento sacrificio de la Cruz, cuando comenzó a ser actual y cruentamente una víctima inmolada.

Beethoven, sordo, sentía más su arte y la belleza de la armonía que cuando oía sensiblemente. Lo mismo sucede a los santos. Se hallan a veces en gran aridez espiritual en el mismo momento de la celebración de la Misa, siendo entonces cuando más aman este sacrificio, cuyo valor no experimentan sensiblemente. Es en este momento cuando con mayor mérito personal se entregan a Cristo. Más tarde—sucede muy comúnmente—la plenitud del fervor espiritual redunda sobre la sensibilidad. Así sucedió en la vida de San Pablo de la Cruz después de cuarenta y cinco años de solidez y desolación sumas, en los que dio un ejemplo perfectísimo de vida reparadora. Al final

de su vida recibió el consuelo divino y una quietud perfecta, como última disposición para la bienaventuranza del cielo.

Hemos expuesto hasta este momento el sacerdocio de Cristo, nuestro sacerdocio, la vida íntima del sacerdote a través de su unión con Cristo-Sacerdote y con Cristo-Víctima; tratamos asimismo del culto eucarístico y de la perfección sacerdotal; y, como final, de la unión del sacerdote con la Santísima Virgen. A modo de resumen ponemos este capítulo sobre la excelencia de la gracia sacerdotal.

CAPÍTULO X

Excelencia de la gracia sacerdotal

(Breve síntesis de los capítulos precedentes.)

Trataremos los puntos siguientes:
Causa eminente de esta gracia.
Fin principal de la misma: la celebración de la Misa.
Fin secundario: la santificación de las almas.
Raíz de la santidad sacerdotal.
Grandeza de la misma.

La causa eminente de esta excelencia es la santidad de Cristo, santidad innata, sustancial e increada en cuanto que esencialmente está constituída por la gracia de unión hipostática, o por el Verbo que posee la humanidad de Cristo. De esta fuente brota la actividad de Cristo, de un valor infinito. Jesús, en efecto, ha dicho, rogando por los apóstoles: «*Yo por ellos me santifico, para que ellos sean santificados de verdad*» [1], esto es: «Padre, yo a ti me ofrezco e inmolo» [2].

[1] *Io.*, XVII, 19.
[2] Cfr. BOSSUET: *Meditaciones sobre el Evangelio*, II, día 66.

Santificar aquí es lo mismo que sacrificar. Véase en la *Epístola a los romanos*: «Para ser ministro de Jesucristo entre los gentiles, encargado de un ministerio sagrado en el Evangelio de Dios, para procurar que la oblación de los gentiles sea aceptada, santificada por el Espíritu Santo, o sea, mostrar que el Evangelio es santo y trabajar con la palabra y las obras en la conversión de los gentiles» [3].

Si todos los fieles deben poseer la gracia santificante, mucho más el sacerdote. En efecto, la santidad cristiana es la vida de Cristo-Cabeza en nosotros: «*De su plenitud recibimos todos*» [4]. La gracia santificante hace por sí sola que el justo sea santo; por eso San Pablo llama «santos» a los fieles que tienen la gracia. Ahora bien, son muy diversos los grados de la gracia santificante, pues, en primer lugar, según se dice a los efesios [5], «a cada uno de nosotros ha sido dada la gracia en la medida del don de Cristo», y, en segundo término, otros, con auxilio de la gracia actual, se preparan más para recibirla y la usan mejor. Así ha de suceder en el sacerdote si ha de existir en él una participación conveniente de la santidad del mismo Cristo, que es la causa eminente de nuestra santidad.

El fin principal de esta gracia sacerdotal es la santa celebración del sacrificio de la Misa. Y, como dice Santo Tomás [6], «para servir a Cristo en el sacramento del altar se requiere mayor santidad interior que

[3] *Rom.*, XV, 16.
[4] *Io.*, I, 16.
[5] *Eph.*, IV, 7.
[6] II-II, 184, 8.

la que exige el estado religioso» en el hermano converso o en una monja. Por eso es tan conveniente el celibato eclesiástico, que en toda la Iglesia occidental se promete solemnemente por el voto de castidad, antes de la recepción del diaconado. Decía San Agustín en la carta 60, número 1, a Aurelio: «De todos los que viven en el monasterio—monjes—acostumbramos elegir para clérigos los más probados y mejores.» Lo mismo repite el decreto gelasiano, tantas veces citado por Santo Tomás.

Es ésta una doctrina de gran actualidad, pues son muchos los sacerdotes seculares que viven en la ilusión pensando que una tendencia seria a la perfección sólo es exigida en el estado religioso, y que para el sacerdote secular le basta con permanecer en gracia, ya que no está obligado a la perfección interior, como lo está la monja carmelita o de otra Orden cualquiera. No pensaron igual los Santos Padres y Doctores. Hubo religiosos santos, verbigracia, San Pacomio, que temieron tanto la responsabilidad del sacerdote que no quisieron recibir la ordenación sacerdotal.

Hemos de tener siempre ante nuestros ojos cuál sea la santidad necesaria para celebrar dignamente el sacrificio de la Misa. Este es el fin principal del sacerdocio.

El fin secundario de la gracia sacerdotal es la santificación de los fieles. Particularmente si el sacerdote tiene *cura de almas*, por razón del ministerio acerca del Cuerpo místico de Cristo, debe aspirar a la santidad, si quiere santificar a las almas y superar los peligros exteriores que se encuentran en el siglo, como no se dan en el monasterio.

Es preciso, pues, que el sacerdote se entregue a la oración, que sea mortificado y humilde, que sea sabio—con la sabiduría sobrenatural—y prudente, que tenga siempre una intención pura y recta y una gran fuerza de voluntad nacida de una caridad ardiente, del celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; que sea sufrido en la adversidad y que en él se cumpla lo que decía San Pablo: «Que no busque su propio interés, sino el de Jesucristo» [7], «que sea el buen olor de Cristo..., el olor de la vida para la vida» [8], «llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo» [9]. Es decir, el sacerdote debe participar no sólo el sacerdocio de Cristo, sino también su estado de víctima a su modo, claro está, según la voluntad de Dios, a fin de salvar las almas de su rebaño.

Este es el sentido de las palabras de Santo Tomás [10]: «El orden sagrado deputa a uno a dignísimos ministerios, con los que se sirve al mismo Cristo en el sacramento del altar, para lo cual se requiere mayor santidad interior que la que exige el estado religioso.» Lo exige también el ministerio de las almas, el apostolado sacerdotal.

Cierto que el *simple religioso, no sacerdote*, por ejemplo, el hermano converso, es hostia de alguna manera en virtud de su profesión: en cuanto se ofrece a sí mismo por la práctica de los tres consejos de pobreza, castidad y obediencia. *El sacerdote*, sin embargo, aunque no se halle en el estado religioso, *está obligado a más* que el hermano converso cuando ofrece el Cuerpo y la Sangre de la Santísima Hostia que tiene en sus manos. Está obligado, además, por la misma santificación de las almas, que deben constituir su obsesión permanente.

Este pensamiento debía ser objeto frecuente de su meditación y contemplación y un motivo de alabanza: «Alaba cuanto puedas, que mayor alabanza se merece.»

Si el religioso converso está obligado a aspirar a la perfección por razón de su profesión, mucho más lo estará el sacerdote en virtud de su ordenación y del doble misterio acerca del cuerpo sacramental de Cristo y sobre su Cuerpo místico. Esta es la razón de por qué San Jerónimo decía a Rústico [11]: «Compórtate y vive de tal modo en el monasterio que merezcas ser clérigo.»

Ha escrito el autor de la *Imitación* (lib. IV, capítulo 5, núm. 2), refiriéndose al religioso que ha sido ordenado de sacerdote: «Mira que has sido hecho sacerdote, consagrado para celebrar. Esfuérzate ahora en ofrecer fiel y devotamente a Dios el sacrificio a su debido tiempo y muéstrate tú mismo irreprensible. No has aligerado tu carga, sino que te has ligado de nuevo con un vínculo más estrecho a la disciplina; estás, pues, obligado a mayor perfección y santidad. El sacerdote debe estar adornado de todas las virtudes y dar a los demás el ejemplo de una vida buena. Su conversación no debe correr por los derroteros comunes de los hombres, sino que debe permanecer

[7] *Phil.*, II, 21.
[8] *II Cor.*, II, 15.
[9] *II Cor.*, IV, 10.
[10] II-II, 184, 8.

[11] Carta 125.

en constante coloquio con los ángeles del cielo o los buenos hombres de la tierra...»

Cierto que debe hablar con los pecadores, incluso a veces con los más protervos, pero siempre para invitarlos a la conversión, conforme a la palabra del Señor: «No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores» [12]. El sacerdote debe hablar con todos.

El fundamento próximo o raíz de la santidad sacerdotal es la gracia sacramental del presbiterado, recibida por la ordenación.

Esta gracia, como hemos dicho al principio, es una cierta modalidad de la gracia santificante ordenada a ejercer *santamente* las funciones sacerdotales, válidas ya por razón del carácter. De donde esta modalidad de la gracia santificante es como la figura de la fisonomía espiritual del sacerdote; como la gracia santificante y la caridad en el viador, debe crecer siempre hasta la muerte. Por el contrario, el carácter sacerdotal, indeleble, conferido para ejercer *válidamente* las funciones sacerdotales, no aumenta, como no aumenta la validez. De esta suerte el sacerdote posee, mediante la gracia sacerdotal, *un cierto derecho a las gracias actuales, siempre nuevas y más elevadas para celebrar más santamente;* las recibirá, sin duda, si es generoso y fiel en su vocación. Esta es la razón por la que escribe San Pablo: «No descuides la gracia que posees... Esta sea tu ocupación, éste tu estudio, de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto... Haciendo así te salvarás a ti mismo y a

[12] *Mt.*, IX, 13.

los que te escuchan» [13]. Véase el comentario de Santo Tomás.

El sacerdote ha recibido cinco talentos, que ha de hacer fructificar, según se lee en San Mateo [14]: «... y llegando el que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco... Y su amo le dice: Muy bien, siervo bueno y fiel: has sido fiel en lo poco, te constituiré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor.» Al contrario, el siervo que escondió su talento bajo tierra es castigado por negligencia. Este es el sentido de lo que afirma San Pablo: «No descuides la gracia que posees...»

La grandeza de esta gracia sacramental se ha de estimar, a partir del mismo día de la ordenación, por orden al fin para el que fue dada: para celebrar *dignamente* la Misa y para el ministerio de las almas. Por razón del *fin intrínseco* a que va destinada es una gracia elevadísima, desde el mismo principio; *ni los mismos ángeles fueron llamados para este ministerio del altar.* Sólo la divina maternidad de María supera este divino ministerio. Tal vez se pregunte cómo puede el hombre, inferior en todo a los ángeles, recibir una gracia tan excelente. He aquí la respuesta que dan los teólogos: Así como el *águila* supera al hombre por las plumas y la potencia de su vista, aunque el hombre es de una especie superior, así el sacerdote supera al ángel en el poder de consagrar y absolver por la gracia del presbiterado, aunque los ángeles sean de una especie superior. Esta gracia sa-

[13] *I Tim.*, IV, 14, 16.
[14] *Mt.*, XXV, 20.

cramental del Orden es, incluso en el grado mínimo, tan elevada y hermosa como un fragmento de diamante.

Es una gracia permanente e íntima en el sacerdote, porque, como una modalidad que es de la gracia santificante, se recibe en la esencia del alma, de donde se derrama por todas las facultades, a fin de santificar todas las acciones internas y externas del sacerdote; así se manifiesta en la caridad sacerdotal, en la prudencia sacerdotal, en la piedad sacerdotal, etc. Por esto dice San Juan Crisóstomo: «Siendo el sacerdocio algo tan divino..., ¿quién dudará que a la ordenación van unidas las gracias más selectas?» [15] Y San Ambrosio: «Debe predominar la vida sacerdotal (en el sacerdote), como debe resplandecer su gracia» [16]. De ahí que normalmente el sacerdote es más iluminado, ayudado y fortalecido por la gracia que los simples fieles.

Y Dionisio afirma: «Los sacerdotes se disponen, por la consagración sacerdotal, para la ciencia sagrada y la contemplación» [17], es decir, por la gracia sacerdotal reciben una disposición especial para el profundo conocimiento de los misterios de la fe, para la discreción de espíritu y para la oración y elevación de la mente a Dios.

No ha de extrañar esto, porque los sacerdotes son llamados a la predicación de la palabra divina y a la acción apostólica; y, como dice Santo Tomás [18], «de la plenitud de la contemplación derivan la doc-

15 *De sacerdocio*, lib. III, cap. 1
16 *Epist.* 63 *ad Vercell.*, núm. 64.
17 *De Hierarchia eccle.*, c. 5, núm. 8.
18 II-II, 188, 6.

trina sacra y la predicación». Quiere decir: normalmente la predicación de los misterios de salvación debería ser una derivación de la contemplación de los mismos; de otra suerte, el sacerdote no habla—cual conviene—«de la abundancia del corazón», sino que simplemente hace una exposición histórica o apologética, que no basta para la comunicación de la vida divina.

Dom Olier [19] dice lo mismo cuando afirma que el sacerdote debería poseer una caridad inexhausta para consuelo de los pobres y afligidos [20]. *Si el alma del sacerdote llegare a un alto grado de oración, sería muy provechosa no sólo para sí misma, sino para otras muchas almas,* según decía Santa Teresa en las «moradas quintas», cap. 4, del alma que alcanza la oración de unión. Esta gracia de unión con Cristo es el complemento de nuestro sacerdocio más que las obras externas, más que los libros que escribimos, más que el ingenio que en ellos ponemos [21]. Y se verifica esto particularmente cuando el sacerdote intenta imitar a Cristo en su vida, en su modo de pensar, de amar, de querer y de obrar. Así lo expresaba San Pablo: «*Para mí la vida es Cristo, y la muerte, ganancia*» [22]. «Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús..., que se anonadó a sí mismo» [23]. «Re-

19 *Tratado de las Ordenes Sagradas*, III P., c. 6.
20 Cfr. GIRAUD, II, 497.
21 Cfr. BERNARDO, cit. por GIRAUD, o. c., II, 518.
22 Santo Tomás señala en el comentario a esta epístola lo que ya hemos notado arriba: Como para los cazadores la vida es la caza; para los militares, los ejercicios militares; para el estudioso, el estudio porque es el objeto constante de sus pensamientos y de su amor.
23 *Phil.*, II, 5.

vestíos de Nuestro Señor Jesucristo» [24], «para que la vida de Jesús sea manifiesta en nuestra carne mortal» [25]: en la vida de inocencia, de castidad, de simplicidad, de caridad y de todas las virtudes, «para que nuestra mortalidad sea absorbida por la vida» [26].

Este es el deseo de todo buen sacerdote y, *lo que es más, es también el ardiente deseo de Cristo.* Más se abaja Él para elevarnos de lo que nosotros trabajamos por acercarnos a Él; «por nosotros, los hombres, descendió de los cielos, y por nuestra salvación fué crucificado», Por lo cual afirma San Pablo [27]: «Y aunque al presente vivo en carne, vivo en la fe de Dios y de Cristo, que me amó y se entregó por mí.»

Decía San Agustín [28]: «Todo lo que se realizó en Cristo se renueva en nosotros de algún modo, según indica San Pablo respecto a la crucifixión de la carne [29] y sepultura de los vicios»; «fuimos consepultados con Cristo por el bautismo» [30]; y en orden a la resurrección, «para que, así como resucitó Cristo de entre los muertos, así también nosotros caminemos en la nueva vida» [31]; y respecto a la ascensión: «Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba» [32].

Santo Tomás, comentando la epístola primera a

[24] *Rom.*, XIII, 14.
[25] *II Cor.*, IV, 10-11.
[26] *II Cor.*, V, 4.
[27] *Gal.*, II, 20.
[28] *Enchiridion*, c. 53.
[29] *Gal.*, V, 24.
[30] *Rom.*, VI, 4.
[31] *Rom.*, IV, 4.
[32] *Col.*, III, 1-3. Cfr. GIRAUD, II, 512.

Timoteo [33], repetía: «*No descuides la gracia que posees,* porque quien recibe la gracia no debe ser negligente con ella, sino que debe fructificar con ella. El siervo que escondió en la tierra su dinero, fue castigado por negligente. No quieras, pues, descuidar la gracia que posees...»

Medita estas cosas, es decir, todo lo que se refiere al oficio propio de presbítero u obispo. Piensa frecuentemente todo lo que mira al cuidado de tu rebaño; emplea en esto todas las fuerzas, *para que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto,* pues nadie enciende una luz para colocarla bajo el celemín. Reflexiona sobre ti mismo y sobre la doctrina: primero sobre ti mismo para que tu modestia sea a todos manifiesta, luego considera la doctrina. Cristo comenzó a hacer y luego a enseñar. *Instales,* esto es, amonesta insistentemente; insiste oportunamente. El fruto será copioso. *Haciendo así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan.* «Los que enseñaron la justicia a la muchedumbre resplandecerán por siempre, eternamente, como las estrellas [34]. Al anciano no le reprendas con dureza, más bien exhórtale como a padre; a los jóvenes, como a hermanos; a las ancianas, como a madres; a las jóvenes, como a hermanas, con toda castidad.»

«Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, arguye, enseña, exhorta, responde.» Porque el predicador de la verdad debe predicar siempre oportunamente; mas por la falsa apreciación de los oyentes debe predicar también a destiempo, ya que el pre-

[33] *Tim.*, IV, 14.
[34] *Dan.*, XII, 3.

dicador de la verdad es siempre oportuno para los buenos e inoportuno para los malos, y es preciso que a veces predique a los malos—a destiempo—para que se conviertan. Por eso dícese «inoportunamente» [35] «Clama y no ceses», que se lee en Isaías, cap. 58

Universal extensión e irradiación de la gracia sacer dotal.

La extensión universal debe corresponder a la excelencia de la misma gracia, es decir, a su aumento intensivo. Esta extensión es triple:

Se cumple, en primer lugar, *en la exigencia que tiene el sacerdote de poseer todas las virtudes,* conexas, con la caridad, y los siete dones del Espíritu Santo, al punto de que, según el Pontifical Romano, en la ordenación sacerdotal, «brille en el ordenado la forma de toda justicia». Debe poseer «caridad para con Dios y el prójimo, sabiduría celestial, justicia, constancia, misericordia, fortaleza, gran bondad, ciencia, madurez en todas sus obras, fe perfecta, castidad ejemplar; en suma, integridad de vida, a fin de que el buen olor de las virtudes del sacerdote sea el gozo de la Iglesia, esposa de Cristo». El sacerdote, por tanto, debe ser discreto, no ser muy pronto a la risa, no ser locuaz, sino que debe hablar de cosas serias y buenas, lo cual requiere un silencio habitual. Así dirá muchas cosas de provecho, alguna siempre, en muy pocas palabras.

En segundo lugar, la universalidad de la gracia

[35] *II Tim.*, IV, 2.

sacerdotal debe manifestarse *por su influjo en todas las almas, de las que tiene cura;* el sacerdote debe darse a todos, dando sus fuerzas, su espíritu, su salud, a través de su ministerio y su oración, de sus sacrificios y de sus ejemplos. Debe trabajar asiduamente por todas las almas de las que tiene cura, a pesar de sus defectos, para conducirlos al puerto de salvación. Debe atender particularmente a los afligidos y a los pobres, a los miembros doloridos del Cuerpo místico de Cristo.

En tercer lugar, la extensión universal de la gracia sacerdotal llega hasta la Iglesia doliente del purgatorio, e incluso a la Iglesia del cielo. Dice, en efecto, la *Imitación de Cristo*: «Cuando el sacerdote celebra, honra a Dios, alegra a los ángeles, edifica la Iglesia, ayuda a los vivos, da descanso a los difuntos y se hace partícipe de todos los bienes» [36]. Porque cuando celebra santamente, su conversación es con el cielo, con la asistencia invisible de los ángeles [37]. Entonces tienen lugar en él las palabras de San Pablo: «Si fuisteis, pues, resucitados con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios; pensad en las cosas de arriba, no en las

[36] Lib. 14, c. 5, núm. 3.

[37] Dice San JUAN CRISÓSTOMO (*De Sacerdotio*, lib. VI, c. 4): «Durante el tiempo de la consagración asisten al sacerdote los ángeles, el orden completo de las celestes potestades levantan su clamor, y el lugar próximo al altar se ve lleno de coros angélicos en honor a Aquél que es inmolado». Asimismo San GREGORIO MAGNO (*Diálogo*, lib. IV, c. 58): «Presentes están los coros de los ángeles, se tocan lo ínfimo y lo supremo, la tierra se junta con el cielo, lo visible y lo invisible se hacen una misma cosa».

de la tierra»[38]. De esta suerte una perfecta vida sacerdotal es como un comienzo de la vida eterna, según la expresión de San Pablo a los de Efeso[39]: «Dios nos diò vida por Cristo... y nos resucitó y nos sentó en los cielos por Cristo-Jesús.»

El sacerdote se comunica igualmente *con las almas del purgatorio,* cuando ora en la Misa por los difuntos y les aplica infaliblemente los frutos del sacrificio, llevándoles refrigerio, consuelo y liberación.

Finalmente, el sacerdote que celebra santamente la Misa es *temible a los demonios,* ya que el sacrificio eucarístico tiene infinito valor tanto para vencer el mal como para conseguir el bien; los demonios se hallan ante un obstáculo insuperable cuando se ofrece contra ellos la formidable hostia con la preciosísima sangre. Con toda verdad se puede decir—respecto a ellos—de la iglesia en que se celebra el sacrificio: «Terrible es este lugar: es la casa de Dios y la puerta del cielo; será llamado corte de Dios», según se lee en el Oficio de la Dedicación de la Iglesia. La Misa es para los demonios el tremendo sacrificio, cuyo valor infinito conocen por sus efectos al exterior, como se lee en la epístola de Santiago[40]: «Los demonios creen y tiemblan». Esta es la causa de por qué tantas veces las almas tentadas por el demonio se vieron libres con sólo aplicar la Misa por su liberación.

Decía el Padre Carlos de Foucauld (carta 17): «Glorifica más a Dios una sola Misa que lo pudieran hacer las alabanzas de todos los ángeles y el martirio

[38] *Col.*, III, 1-2.
[39] *Eph.*, II, 6.
[40] *Iac.*, II, 19.

de todos los hombres. El martirio de todos los hombres y la alabanza de todos los ángeles son algo finito; una Misa, en cambio, es algo infinito». Es preciso añadir: una Misa se añade a otra, algo así como en la vida terrestre de Cristo se añadía un acto teándrico a otro, lo cual no era en verdad superfluo; todos ellos habían sido ofrecidos por Nuestro Señor desde su entrada en el mundo.

Por lo dicho se ve la extensión universal e irradiación de la gracia sacerdotal a todas las virtudes, a las *almas* en todas sus condiciones, a la Iglesia militante, a la Iglesia doliente del purgatorio y al cielo. Cristo influye constantemente a través de sus sacerdotes que bautizan, que absuelven, que celebran y distribuyen la comunión, que bendicen matrimonios y educan a los niños y asisten a los moribundos. Si cesara el ministerio de los sacerdotes el mundo volvería al paganismo. Al contrario, el sacerdote apóstol, que celebra santamente, prepara las piedras vivas del edificio celestial, alegra a los bienaventurados y glorifica casi de continuo a Dios, venciendo al mal poco a poco.

TERCERA PARTE

LA ACTIVIDAD DEL SACERDOTE

Pondremos dos secciones en esta tercera parte. En la primera trataremos del ministerio de la predicación de la palabra divina y en la segunda de la confesión y dirección espiritual.

Los puntos a considerar en la primera son:

Modelo o ejemplar de la predicación cristiana, la predicación de Cristo.

Profanación de la predicación cristiana.

Finalidad de la misma.

Su eficacia.

Temas y modos de tratarlos.

Géneros varios de predicación cristiana.

SECCION PRIMERA

MINISTERIO DE LA PREDICACION DE LA PALABRA DIVINA

CAPÍTULO XI

Modelo o ejemplar de la predicación cristiana, la predicación de Cristo

En este ministerio debe realizarse el principio de que el «bien es esencialmente difusivo de bondad. y cuanto más elevada es su naturaleza tanto más plena e íntimamente es difusivo». Empieza manifestándose este principio a través de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía. Al fin debe manifestarse por la predicación apostólica.

La predicación comenzó el día de Pentecostés, manifestándose ya entonces—en los sermones de San Pedro—, lo que más tarde diría Santo Tomás [1] que «la predicación debiera proceder de la plenitud de la contemplación» de los misterios que se han de predicar. En otras palabras, debería proceder de la plenitud contemplativa del misterio de Cristo, esto es, del misterio de la Encarnación redentora, de la Eucaristía, de la vida eterna.

[1] II-II, 188, 6.

La contemplación procede de una fe viva, iluminada por los dones del Espíritu Santo; de una fe asentada en la autoridad de Dios que revela, de una fe vivificada por la caridad, de una fe penetrada por el don de entendimiento, de una fe sabrosa por el don de sabiduría, de una fe práctica y comunicativa por sus aplicaciones en virtud del don de ciencia y de consejo, penetrada de unción procedente del don de piedad, de modo que en ella se manifieste incluso el don de fortaleza y de temor de Dios. Estos siete dones están en todo justo, y crecen todos los días por la comunión: deben, pues, hallarse en todo sacerdote, y en el predicador de la fe.

Es de notar que los apóstoles fueron enviados por Cristo para esta predicación y que para ella recibieron una gracia proporcionada. «*Id, pues, y enseñad a todas las gentes.*» Los obispos son los sucesores de los apóstoles y junto con el Sumo Pontífice forman la Iglesia docente; ellos son los que envían los predicadores de la fe. Todo sacerdote, por tanto, que tiene cura de almas ejerce el ministerio de la predicación; para ello posee las gracias de estado, que no poseen los laicos elocuentes.

El predicador de la fe debe creer, en primer lugar, que es enviado por Dios, mediante el obispo, a predicar el Evangelio, y que no puede predicarlo con fruto *sin la gracia*, pues sólo Dios toca los corazones de los hombres y convierte a los pecadores. Debe, pues, pedir esta gracia para que su predicación sea de verdad sobrenatural y fecunda [2].

[2] Conozco un buen orador que predica hace varios años el *Rosario* con mucho fruto; pero a tal fin pidió primero oraciones y sacrificios de 150 monasterios de monjas contemplativas. Así, pues, cuando predica logra mucho fruto en virtud de todas esas oraciones y sacrificios que obtienen abundancia de gracias para sus oyentes.

Tres condiciones requiere la predicación, según Santo Tomás [3]: El predicador debe hablar de tal modo que, en primer lugar, *la palabra de Dios ilumine el entendimiento;* en segundo lugar, *que mueva piadosamente el afecto,* y, en tercer lugar, *que mueva eficazmente la voluntad* al cumplimiento de los mandatos divinos con el auxilio del cielo.

¡Qué bien se realizaron estas tres condiciones en la predicación de Cristo y luego en la de los apóstoles!

En cuanto a la iluminación del entendimiento: Cristo enseñaba los elevadísimos misterios de la Trinidad, de la Encarnación, de la Redención, de la Eucaristía, de la vida eterna *con suma autoridad*, a la vez que con suma sencillez y humildad perfectas. Unía ambos extremos maravillosamente.

Su autoridad era única e incomparable: «Enseñaba como quien tiene autoridad, no como los escribas y fariseos» [4]. No planteaba discusiones sobre los textos de las Sagradas Escrituras, como lo hacían los fariseos; no proponía demostraciones abstractas, como los filósofos; no utilizaba aparato oratorio para atraer la admiración, sino que pronunciaba sentencias breves, claras, profundas, que van contra las inclinaciones torcidas, penetran el entendimiento, llegan inmediatamente al alma y, cual saetas, se clavan en los ingenios más torpes.

[3] II-II, 177.

[4] *Mt.*, VII, 29.

Aún más: hablaba como el Maestro Supremo: «Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien; lo soy, en verdad» [5]. «Vuestro Maestro es uno, Cristo» [6]. «Yo soy la luz del mundo» [7]. En su nombre debemos predicar nosotros; por eso dijo a los apóstoles y a sus sucesores: «Vosotros sois la luz del mundo», es decir, debéis predicar la fe admisible por la autoridad de Dios que revela, no por otro motivo. La fe cristiana no es un recuento de opiniones religiosas. Las opiniones son sólo palabras; incluso pueden ser falsas. Al contrario, la fe divina es infaliblemente cierta, no puede estar sujeta a error porque no puede concebirse mayor autoridad.

Cristo, además, confirmaba su doctrina *por la autoridad de su vida.* Es lo que debe hacer a su vez el predicador. Muchas veces las costumbres de los filósofos no concuerdan con su ética; Jesús, al contrario, cumplió perfectamente los preceptos y consejos que enseñaba: «Comenzó a hacer y a enseñar» [8].

A esta suprema autoridad unía *una sencillez y humildad sumas.* La unión de estos extremos tan distantes era en Él algo connatural y sublime. Jesús es demasiado grande para ser soberbio. Dios mismo es la grandeza de los humildes. En su majestad era un modelo de humildad: «Mi doctrina no es mía, sino de Aquel que me envió» [9]; «Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón» [10]. No deseaba ni título

[5] *Io.*, XIII, 13.
[6] *Mt.*, XXIII, 18.
[7] *Io.*, VIII, 12.
[8] *Act.*, I, 1.
[9] *Io.*, VII, 16.
[10] *Mt.*, XI, 29.

ni honores de doctor. Mientras los fariseos se sientan en la cátedra de Moisés, Jesús escoge la evangelización de los pobres, los despreciables a los ojos de los filósofos. Predicaba a todos y en todas partes: en el monte, en la playa del mar de Tiberíades, en el pórtico del templo. Sin aparatosidad y sin ánimo de disputa, hablaba espontáneamente, en parábolas, de los altísimos misterios, *de un modo acomodado a todos*, sin ser vulgar nunca.

Aún más: cuanto más elevado es el objeto de su consideración, más sencillamente lo expone, con un alma completamente tranquila. Lo sublime le es connatural, lo contempla sin interrupción y lo ama apasionadamente. Pero lo que Él posee «sin medida» nos lo entrega con medida, para no agobiar nuestra debilidad.

Cristo, pues, conciliaba en su predicación la suprema autoridad divina con la sencillez y la humildad. Así iluminaba las mentes.

Cristo, además de iluminar las inteligencias, deleitaba piadosamente el afecto de los oyentes con una unción admirable. ¿Por qué? Porque «hablaba de la abundancia del corazón». Predicaba siempre el amor infinito de Dios a los hombres, y decía: «Yo he venido para que tengan vida y la tengan abundante» [11]. Era una unción admirable que tuvo su manifestación suprema en las bienaventuranzas evangélicas, en el coloquio con la samaritana, en la última conversación con los discípulos antes de la Pasión.

Esta unción sobrenatural se opone manifiestamente a un vano sentimentalismo, como el de Rousseau, por

[11] *Io.*, X, 10.

ejemplo. Jesús fustigaba nuestras inclinaciones torcidas, a la vez que infundía aliento a nuestro corazón. *Su unción se unía a la austeridad, a la abnegación*, a una prudente severidad: «Si tu ojo te escandaliza, arráncalo y lánzalo lejos de ti»; «si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz de cada día».

Su palabra era viva, como decía San Pablo. «La palabra de Dios es viva, eficaz y tajante... y penetra hasta la división del cuerpo y del alma... y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón» [12].

Jesús, en tercer lugar, movía con su predicación las voluntades a obrar recta y santamente. «Las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida» [13]. Por eso, a pesar de las enormes dificultades y persecuciones, muchos creyeron en Él. Los mismos esbirros de los fariseos, no atreviéndose a prenderle, hicieron esta confesión: «Jamás hombre alguno habló como éste habla» [14]. Sus apóstoles proclamaron y defendieron su fe hasta el martirio; por la fe se renovó la vida moral de innumerables generaciones. La fe hizo brotar un ardiente amor a Dios y al prójimo, llegando hasta el sacrificio de la vida, a una santidad manifiesta. Después de veinte siglos las palabras de Cristo conservan toda su eficacia.

Muy al contrario, los filósofos de la antigüedad fracasaron en la corrección de las disposiciones interiores de los hombres: sus libros nadie los lee hoy, salvo algún erudito.

---

12 *Hebr.*, IV, 12.
13 *Io.*, VI, 63.
14 *Io.*, VII, 46.

El predicador de la fe debe seguir, en cuanto sea posible, las huellas de Cristo si ha de iluminar, deleitar, mover y arrastrar eficazmente las almas, fundándose siempre en la ayuda de Dios, ayuda que debe pedir antes de la predicación, durante ella e incluso después de ella. El que ora cuando predica da el agua *viva* unida a su fuente.

Capítulo XII

Profanación de la predicación cristiana. Lo que debe ser [1]

Para decir prácticamente lo que debe ser la predicación cristiana diremos antes lo que no debe ser: cómo por el dolor causado por la injusticia se manifiesta más concretamente el valor de la justicia.

El predicador de la fe debe poseer una gran fe: por defecto de esta gran fe se dan en la predicación numerosos y muy notables defectos. El que oye la predicación de la fe debe creer por la palabra de Dios; ¡cuánto más el que la predica!

Una fe viva y penetrante es absolutamente necesaria

[1] Es muy viejo el tema. Ya Ezequiel y Jeremías hablaron de la profanación de la palabra divina, refiriéndose a los falsos profetas. Lo mismo hizo San Pablo en su tiempo. Puede verse también: San Francisco de Sales: *Carta sobre la manera de predicar.* San Alfonso: *Avisos a los predicadores,* cap. III, «De la predicación». Desurmont: *La caridad sacerdotal,* 1906, t. II. Monsabré: *La predicación.—Cartas Encíclicas de la Sagrada Congregación de obispos y regulares sobre la sagrada predicación dadas por mandato de León XIII,* 34, VII, 1894. A. A. S.—M. Gillet, O. P.: *Carta a la Orden de Predicadores sobre la predicación.*

para predicar apostólicamente. Sin ella puede predicarse muy bien, quizá *académicamente,* pero no *apostólicamente;* sin ella puede uno ser un *orador,* pero no un *predicador.* Por eso se dice en el Salmo: «Creí y por eso he hablado» [2] Y San Pablo añade: «Si no hubiera creído, no predicaría.»

Y la razón es que el verdadero predicador no habla como los hombres, sino como Dios, en nombre de Dios; y no habla simplemente a los hombres, sino a los fieles, o a quienes desean llegar a la fe: siempre, pues, *a la luz de la fe.* Por lo cual afirma San Pablo: «*Mi palabra y mi predicación no son en discursos persuasivos de humana sabiduría, sino en la manifestación del poder del Espíritu, para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.* Hablamos, sin embargo, entre los perfectos, una sabiduría que no es de este siglo, ni de los príncipes de este siglo, que quedan desvanecidos, sino que enseñamos una sabiduría divina misteriosa, escondida, predestinada por Dios antes de los siglos para nuestra gloria» [3]. Observa Santo Tomás sobre este pasaje: «Dice San Pablo que no fue su intención apoyarse en discursos retóricos, sino manifestar *el espíritu y poder* (de Dios), según que Él mismo hablaba por el «Espíritu». Por eso dice: «También nosotros creímos: por eso hablamos» [4]. Y San Pablo manifiesta la razón de lo que afirma: *para que vuestra fe no se apoye en la sabiduría de los hombres,* es decir, no se base en la sabiduría humana, que tantas

[2] *Ps.* cxv, 10, y *II Cor.,* iv, 13.
[3] *I Cor.,* ii, 4.
[4] *II Cor.,* iv, 13.

veces engaña a los hombres. Y añade: «*Hablamos entre los perfectos una sabiduría, la sabiduría de Dios en el misterio*, para que más tarde los fieles conozcan la luz verdadera, lo que ahora se predica entre misterios».

Confirmando esto, es preciso decir que la predica ción simplemente humana es una verdadera calamidad; no ayuda, sino que impide la gloria de Dios y la salvación de las almas [5]. Se entenderá bien esto si se concibe rectamente *la elocuencia sagrada*. ¿Qué es esta elocuencia especial? Es menester señalar que todo lo que está ordenado al culto divino es sagrado, está consagrado. Así los vasos sagrados lo son más que las casullas y demás paramentos; el cáliz y el copón están propiamente consagrados, no sólo bendecidos, porque deben contener el Cuerpo y la Sangre del Señor: Igualmente están consagrados los dedos del sacerdote que deben tocar la hostia.

Ahora bien: exceptuados los sacramentos, nada hay más divino que la palabra de Dios contenida en la Escritura y la Tradición, que se ha de predicar a los fieles. Por eso se la llama, con propiedad, «elocuencia sagrada», que será tanto más sagrada cuanto mejor exprese una fe viva, que, a su vez, es la expresión de la misma sabiduría divina y del amor de Dios a los hombres.

Como la plata del cáliz es bañada en oro, así en la elocuencia sagrada la oratoria ordinaria es perfeccionada de un modo sobrenatural. Pierde en vanidad y adquiere cualidades superiores.

Como oratoria, orientada a evangelizar a todos los

---

[5] Cfr. P. DESURMONT: *La caridad sacerdotal*, II, 7.

hombres, debe ser conforme a la naturaleza humana, no vulgar, para que agrade también a los hombres cultos; no demasiado abstracta, para que sea entendida por todos, incluso por los no cultos, como el Evangelio. Debe ser como el alimento del alma; lo que el pan es para el cuerpo. Y como Cristo ha querido darse en la Eucaristía bajo la especie de pan común, así ha querido que la palabra divina se proponga en una elocuencia sencilla, pero elevada por razón de su objeto y de su fin. De aquí se sigue que *la elocuencia sagrada es la más perfecta de todas y la más difícil.*

Debe, en efecto, comunicar a los hombres la verdad sobrenatural para que los penetre en lo más íntimo de su alma; y esta alma es la de todos los hombres, de cualquier condición que sean.

Es difícil esta empresa, y sin la ayuda divina, imposible, ya que las verdades sobrenaturales son misterios, sublimes ciertamente, pero oscuros, en pugna con la soberbia intelectual, como las leyes evangélicas lo están con la corrupción del corazón humano.

No basta, pues, que las verdades sobrenaturales y los preceptos divinos sean expuestos teóricamente, sino que debe penetrar hasta la medula del alma para que el alma comprenda en su singularidad lo que naturalmente la supera, para que crea firmemente y para que la voluntad se adhiera a los preceptos.

Finalmente, la elocuencia sagrada debe producir ciertos efectos en todos los hombres de cualquier condición: iluminar al ignorante, convencer al escéptico, persuadir al corrompido, a fin de que se conviertan, de que aparten su corazón del placer, del odio y de la envidia, para que se conviertan a Dios.

De ahí que la elocuencia sagrada, por su misma naturaleza, *en cuanto sobrenatural,* es la más perfecta de todas, la más arrebatadora y fecunda, fundada en el auxilio de Dios, hasta el extremo de que sus efectos permanecerán para siempre [6].

Por eso los más grandes oradores fueron los apóstoles, que predicaron de la plenitud del misterio de Cristo contemplado, el misterio de la salvación. Así habló San Pedro el día de Pentecostés, de modo que tres mil judíos se convirtieron y bautizaron después de oírle. Así San Pablo, San Juan Evangelista y en pos de ellos San Juan Crisóstomo, San Agustín, San Bernardo, Santo Domingo, San Vicente Ferrer, San Francisco Javier.

La elocuencia sagrada tiene su enemigo permanente en la elocuencia profana, que hace mala y estéril la palabra divina.

Como bien dice el Padre Desurmont al tratar en concreto de la profanación cristiana, en las funciones del ministerio sacerdotal que no dependen del ingenio o arte del ministro, que son independientes de su reputación, la esencia del ministerio que se realiza se salva siempre. Por ejemplo, no sucede, o casi nunca, que el sacerdote, al bautizar, lo haga inválidamente o que al celebrar no consagre. Pero no es raro que al predicar no lo haga con verdadero espíritu, apostólicamente.

Y la razón es que la predicación es el resultado del esfuerzo de todas las potencias del hombre, la manifestación de su persona y una lucha contra todos los

[6] El P. DESURMONT desarrolla maravillosamente estas ideas en su obra citada, l. c.

vicios de la sociedad. En efecto, en la predicación se dan cita todas las cualidades del predicador: estudio, reflexión, composición, redacción, actividad de la inteligencia, de la imaginación, de la memoria, del corazón, de la voz; en una palabra, la predicación es el esfuerzo aunado de todas las potencias del hombre. De ahí que el predicador tenga su máxima presentación en el púlpito; agradará a unos, desagradará a otros; recibirán unos su doctrina, otros, por el contrario, no harán sino su crítica.

Si, pues, el predicador toma la predicación «humanamente» se dirá para sí: «Debo guardar mi forma»: no debo irritar, sino «ser indulgente» con los susceptibles y poderosos. He de obrar cautamente para evitar los críticos. Por eso la elocuencia verdaderamente cristiana es impugnada de continuo por la profana, en la que el orador busca la utilidad propia, no la gloria de Dios ni la salvación de las almas.

De tres maneras principales se puede profanar la predicación cristiana. A veces por *falta de fe, de meditación, de estudio, de asimilación, de penetración, de contemplación de la palabra divina.* El predicador cita la Escritura mecánicamente, de memoria; mas tales palabras ya no son vida y espíritu para él. No habla de la abundancia del corazón, su predicación deja de ser comunicativa para hacerse estéril.

Otras, la profanación de la elocuencia cristiana *viene de falta de humildad* en el predicador; *su vanidad* le impulsa a agradar a los hombres antes que a Dios. No habla, pues, bajo la inspiración divina, sino por sí mismo para manifestar su talento, su fantasía, su arte, su voz... No predicará la verdad que ataque el vicio, sino lo que agrade a su auditorio, según la

moda del día; a veces esta predicación es una predicación vana, verdaderamente ridícula, teatral, intolerable.

Otras veces la profanación de la elocuencia sagrada *nace del defecto de oración y de caridad,* porque el predicador procura mantener su prestigio entre los hombres, su buena figura; no piensa en la gloria de Dios y en la salvación de las almas. Por eso no ora de verdad, con entrega por la salvación de las almas. Muy al contrario, si orase frecuentemente con este fin, y si pidiese las oraciones y sacrificios de las almas santas, su predicación sería fructuosísima. He ahí la razón de por qué Santo Domingo pasaba la noche en oración y hacía penitencia por las almas que había de evangelizar el día siguiente. Esta es la razón de por qué antes de la fundación de los «Hermanos Predicadores» instituyó monjas contemplativas, que se inmolaran e hicieran continua oración en pro del apostolado de sus hermanos.

Así nace el triple apostolado: por la *oración,* por el *sacrificio* ofrecido cada día por la conversión de los pecadores y por *la predicación externa.* Los dos primeros modos de apostolado dan fecundidad al tercero. Se ha revelado a veces que el mucho fruto de alguna predicación tiene su origen en la oración de un alma escondida. Así, por ejemplo, cuando cierto predicador hablaba, un hermano converso oraba durante su predicación: tal predicador convertía a muchos pecadores. Más tarde le fue revelado que este fruto abundantísimo provenía principalmente de la oración profunda y humilde del hermano converso, que le acompañaba siempre en sus predicaciones.

De ahí que la profanación de la predicación cristiana es un verdadero azote, como decía, y con razón, el Padre Desurmont; una verdadera calamidad, una ruina, porque así es el mal cuando prevalece, que, difundido, destruye la vida.

Muchas veces prevalece este mal. Para extirparlo debería existir en el predicador una verdadera caridad que fuera comunicativa e influyese en toda su vida. No es frecuente tal modelo de caridad; en la misma sociedad cristiana se prodiga más la semicaridad o caridad mezclada de naturalismo práctico. Por eso el predicador cae en una predicación o despreciable o afectada.

Aún más: este mal de la profanación de la predicación cristiana se difunde muy fácilmente, por contagio e imitación. El éxito aparente seduce. Ahí está el error en la opinión pública. Para resistir al contagio, a la costumbre, es menester un celo arraigado y una fortaleza de ánimo bastante desconocidos en nuestro mundo.

Finalmente, este género de predicación mata la predicación cristiana. ¿Por qué? Porque insensiblemente se sustituye la materia objeto de la predicación; algo así como si al principio de la Misa no se pusiera en el cáliz vino con una gota de agua, sino agua con una gota de vino, es decir, no se predica el Evangelio, sino teorías sociales que llevan o inclinan al socialismo. Se cambia igualmente poco a poco *el fin de la predicación;* no se enfoca la consecución de la vida eterna, la salvación final, sino la felicidad temporal de los pueblos, el paraíso en la tierra. Este fue el camino seguido por Lamennais en sus libros. Se pervierte asimismo *la sencillez de la forma evangélica en el discurso* adaptando la artificiosidad del arte moderno. El

lugar de la palabra divina lo ocupa la verbosidad, la garrulería. Los oyentes no encuentran a Dios en esta predicación, porque el predicador no habla de Dios, sino de sí mismo. Jesús y su Evangelio no están en semejante predicación, como la preciosa Sangre de Cristo no se haría presente en el cáliz en que pusiéramos sólo agua con una gota de vino. Así piensa el Padre Desurmont.

Cristo, en consecuencia, no está presente, y el predicador no consigue ningún fruto, porque no entiende las palabras del Señor: «No me habéis elegido vosotros a Mí, sino Yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca» [7].

Bien dice, pues, el Padre Desurmont: «*Esta predicación profana impide en absoluto la redención*», porque no se salvan las palabras del Señor: «Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada aprovecha ya sino para tirarla y que la pisen los hombres» [8].

Esta predicación cristiana mata, por consiguiente, las almas, que mueren de hambre, al decir del mismo autor, porque ya no se les da el pan de la verdad evangélica. Se pervierte su gusto y prefieren la comida falsificada, las opiniones falsas; ya no pueden oír la Verdad desnuda, ya no pueden corregirse. Por tanto, donde se profanó la predicación apenas si queda algo que hacer por la salvación de las almas.

Esta predicación mata, finalmente, al predicador, porque extingue su celo y onera su conciencia. Es

[7] *Io.*, xv, 16.
[8] *Mt.*, v, 13.

un pecado que se acerca al sacrilegio, pues es profanación de una cosa sagrada, como si en lugar del vino se pusiese en la Misa cualquier otro líquido. Este sacrilegio puede ser mortal, máxime cuando la profanación es habitual.

Hoy son raros los grandes predicadores que iluminan las almas con la luz de la fe, moviéndolas a observar los preceptos y encaminándolas a la salvación. Hay todavía conferencias apologéticas y sociales en las que el orador habla principalmente a la luz de la razón o de la Historia, no buscando arrastrar al alma entera de sus oyentes a Dios. Es un expositor como lo pudiera ser un filósofo laico, como si los fieles hubieran perdido la fe. No es un verdadero predicador sacerdote.

Muy al contrario, Cristo y los apóstoles proponían la misma apologética desde arriba, es decir, en cuanto que los mismos motivos de credibilidad fueron propuestos, *no por los hombres,* sino por Dios, que, descendiendo hasta nosotros, nos señalara el camino hacia el fin. Por consiguiente, los motivos de credibilidad, como las profecías del Antiguo Testamento o las del mismo Cristo, los milagros y cumplimiento perfecto de nuestras aspiraciones pueden considerarse de dos maneras: desde el exterior, desde abajo, por aquellos que buscan la fe, o desde Dios, como hacían Cristo y los apóstoles, descendiendo a aquellos que buscan el camino de la fe. Así también las vidrieras de las iglesias puedan considerarse de dos maneras: desde el exterior, pero así se conoce muy imperfectamente su significado, o desde dentro de la Iglesia, viéndose así todo su simbolismo.

Las profecías del Antiguo Testamento son consideradas desde fuera por los racionalistas; mejor las estudian los que buscan la fe, y mucho mejor aún los que ya poseen la fe, iluminada por los dones del Espíritu Santo. Sólo de este modo puede conocerse todo su significado, cual cabe en esta vida.

Capítulo XIII

Finalidad de la predicación cristiana

La finalidad primordial de la predicación cristiana debe ser el fin último del hombre, Dios amado sobre todas las cosas, y la salvación eterna de las almas.

Mientras la elocuencia forense se ordena a la propia utilidad temporal de la parte litigante, mientras la elocuencia política debe orientarse al bien común temporal de la ciudad o de la nación, la elocuencia cristiana del predicador de la fe primordialmente se dirige a Dios y a la vida eterna. Es un fin que se experimenta menos sensiblemente, pero es más elevado y atrae fuertemente a los que buscan a Dios.

Así como en el ejército todo se ordena a la victoria —vestido, calzado, alimento, música—, así en la predicación todo, incluso lo más ordinario, se dirige a dar gloria a Dios y a salvar las almas. Este es el fin para el que Dios creó el mundo, envió a su Hijo y al Espíritu Santo. Todo en la Sagrada Escritura se orienta al fin último del hombre.

Para esto, como dijimos antes, la predicación cristiana debe iluminar la inteligencia de los creyentes,

deleitar piadosamente el corazón de los que esperan y mover la voluntad de los fieles a una caridad afectiva y efectiva. Debe hacer brotar los actos de las virtudes teologales en su auditorio. En esto ha de manifestar su ingenio el predicador de la fe.

La auténtica elocuencia sagrada debe ser como el sol que ilumina al hombre; la elocuencia profana, cuyo fin es temporal, es como el fuego artificial en comparación del sol. La genuina predicación cristiana viene a ser el pan y el vino de los fieles; la elocuencia profana es como un grano de azúcar para deleite del gusto.

Este fin general de la predicación ha de ser tema frecuente en los sermones, ya que se debe hablar, y con frecuencia, del último fin del hombre, de la salvación eterna, del servicio de Dios y de su gloria, de la muerte, de la oración como condición para salvarse, de la perseverancia final, de la obligación de amar a Dios, a Jesucristo, de la devoción a la Santísima Virgen como medio de salvación y signo de predestinación.

Son temas de los que se ha de hablar con frecuencia. Como se dice al militar en la guerra: «A vencer o morir», como al navegante en medio de la tempestad: «O arribar a un puerto o la muerte», así se ha de decir a los fieles: «O la vida eterna o la eterna miseria.»

Es lo que tan frecuentemente repetía San Felipe. A un labrador, por ejemplo, le decía:

—¿Por qué trabajas, Francisco?

—Para cosechar trigo.

—Y, ¿para qué quieres el trigo?

—Para alimentar a mi familia.

—Mira: a pesar de que tengas pan todos los días para ti y para tu familia, la muerte llegará.

—Cierto.

—Y después de la muerte, ¿qué habrá? Recuerda el Catecismo: después de la muerte te queda el purgatorio seguido del cielo, o el infierno. Debes, pues, trabajar ya desde ahora, no sólo para ganarte el pan diario, sino para alcanzar la vida eterna.

Otro día hablaba a un sacerdote que había obtenido cierta dignidad eclesiástica.

—¿Qué desearías obtener?

—Una nunciatura.

—Bien, y después, ¿qué más?

—El cardenalato.

—¿Y qué más?

—Si la suerte me sonríe, la tiara pontificia.

—Y después, ¿qué más?

El sacerdote, admirado, respondió:

—¿Cómo *después?* Después está la nada.

Y San Felipe continuó:

—Después está la muerte. Y después de la muerte aguarda el purgatorio, para ir al cielo, o el infierno. Mejor, pues, te sería desear, no una nunciatura, sino la vida eterna.

Por tanto, la predicación sobre el último fin, sobre la salvación eterna, debiera ser siempre o casi siempre la primera plática de unos ejercicios espirituales. Esta es la razón de por qué Cristo, en su primer sermón, habló primeramente de las bienaventuranzas evangélicas, en cuanto son un comienzo de vida eterna, ya que todos los hombres buscan la bienaventuranza, siendo muchos los que ignoran que se encuentra en amar a Dios sobre todas las cosas. De igual

modo Santo Tomás comienza la exposición de la Teología moral[1] por el tratado del último fin, de la bienaventuranza del cielo, porque el fin último es lo primero que intentamos. Si los hombres no cumplen generosamente los preceptos; si no aceptan los medios, dolorosos a veces, en orden al fin, es que no aman bastante su último fin. En consecuencia, hay que decir que la predicación sobre el último fin, del amor de Dios sobre todas las cosas y de la salvación eterna, debe ser frecuentísima.

La predicación deja de ser cristiana cuando el predicador no quiere hablar de la salvación eterna o se intimida ante el tema de la condenación eterna. Son los temas constantes del Señor en la Sagrada Escritura y fué el tema de los santos. De otra suerte, la alocución del sacerdote no será un sermón sacerdotal, sino una pieza académica que teme las grandes verdades, endulza el Evangelio y carece de eficacia para conducir *las almas a la salvación eterna.*

Aún más: un recuerdo del último fin, de la salvación eterna debe hacerse siempre, aunque se hable de otros temas, ya que todos los temas deben darse cita en el último fin. Todos los *misterios* lo son de salvación, principalmente la Encarnación, la Redención, la Eucaristía, la Penitencia. Asimismo la gracia y todas las virtudes se ordenan a la salvación. Por ejemplo, la exhortación a utilizar bien el tiempo prepara para la eternidad; del mismo modo, la plática sobre el perdón de las injurias, sobre la restitución obligatoria, sobre la obligación de oir misa todos los domingos, de la oración, medio insustituíble de salvación,

[1] En la I-II de la *Suma Teológica.*

sobre las obligaciones para con los padres y para con los hijos, para con los iguales, los superiores y los inferiores, sobre el alejamiento de los pecados veniales: son todos temas que se han de tratar en orden a la salvación eterna. *De otra suerte, no se predica apostólicamente con resultados prácticos; la mente se detiene considerando lo secundario y descuida lo que es principal. Las verdades particulares, desconectadas del fin último, vienen a ser como piezas separadas de un reloj,* es decir, pierden su significado y su valor. Lo secundario no es apreciable sino en orden a lo que es principal.

En la Sagrada Escritura Dios ordena todas las cosas a la salvación, según el orden de la caridad. La Sagrada Escritura no contiene el orden lógico de los tratados teológicos, pero sí el orden perfectísimo de la caridad.

Así predicó Cristo. Por ejemplo,: Bienaventurados los pobres de espíritu. ¿Por qué? Porque de ellos es el reino de los cielos.—Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia. ¿Por qué? Porque en el cielo serán saciados.—Bienaventurados los limpios de corazón. ¿Por qué? Porque ellos verán a Dios.—Bienaventurados los pacíficos ¿Por qué? Porque ellos serán llamados hijos de Dios... Gozaos y alegraos porque vuestra recompensa será copiosa en el cielo. *La prueba principal en el orden práctico se toma del último fin,* que debe ser lo primero en la intención, aunque sea lo último en realizarse. Esta prueba es el fundamento de todas las demás.

Como la elocuencia militar lo reduce todo al amor a la patria, la elocuencia sagrada debe reducirlo todo a Dios, al amor de Dios, fin último. Por eso San

Juan no hablaba de otras virtudes más que del amor de Dios y del prójimo. «Amemos a Dios, porque Él nos amó primero.» *Y San Pablo enumera todas las demás virtudes como si fueran modalidades de la caridad,* que las impera y las hace meritorias: «La caridad es sufrida, es benigna... Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta» [2].

A veces se pone la siguiente objeción: *El auditorio se cansa y aburre oyendo siempre las mismas verdades.* A esto hay que responder que del buen predicador es evitar este inconveniente. Debe empezar proponiendo una cuestión práctica y resolviéndola según las necesidades de cada uno de los oyentes; por ejemplo, *cómo evitar los numerosos inconvenientes* de que todos se lamentan en la vida individual, familiar y social, demostrando que no se remediará sino recurriendo a Dios amado sobre todas las cosas. De este modo se ilustran todas las cosas sin monotonía y refiriéndolas todas a Dios, último fin. Proponiendo convenientemente tales cuestiones no se seguiría fatiga alguna, sino, al contrario, el descanso del alma en Dios. Como el alimento diario de pan no causa fastidio al gusto, tampoco Dios lo causará al alma que busca el bien supremo. Al contrario, lo que causa hastío y molesta es una predicación demasiado humana y teatral o naturalista que no da al alma un alimento sustancial.

El león no se alimenta de hierba; tampoco se alimentará el alma con una falsa apariencia de verdad y bondad que le resultará fastidiosa.

---

[2] *I Cor.*, XIII, 4-7.

Capítulo XIV

Eficacia de la predicación cristiana

La eficacia de la predicación cristiana es misteriosa por tres razones: Porque no depende sólo del trabajo del predicador, *sino de la gracia escondida y que se ha de pedir por la oración:* «Yo planté, Apolo regó; pero quien dio el crecimiento fue Dios...; sois arada de Dios, edificación de Dios» [1]. Los apóstoles son meros operarios del Señor. *Es también misteriosa porque depende de las ocultas disposiciones de los oyentes,* según se refiere en la parábola del sembrador [2]: La palabra de Dios es como un grano de trigo que a veces cae en pedregal, otras entre espinas o en tierra buena. El último caso es el de aquel «que escucha la palabra de Dios y la entiende y da fruto»; pero el mismo fruto es muy desigual: «Daba alguno como el ciento por uno, otro el sesenta, otro el treinta», como se lee en la parábola. Y es misteriosa, además, *en cuanto que sus efectos muchas veces no se mani-*

---

[1] *I Cor.*, III, 6.
[2] *Mt.*, XIII, 4.

fiestan al momento, sino después de mucho tiempo, conforme al beneplácito de Dios. Otras veces después de la predicación «viene el enemigo y siembra sobre el trigo la cizaña», según se lee en San Mateo [3].

Por eso a veces «uno es el que siembra y otro el que siega» [4]. Aún más: «el que escaso siembra escaso cosecha» [5]. Y, finalmente, «los que sembraron con llanto recogerán con gozo» [6]. Jeremías y otros muchos profetas y apóstoles sembraron entre lágrimas, hasta el punto de que su predicación pareciera estéril. pero recibirán con gozo la merced por su trabajo.

¿Qué hemos de pensar del poco fruto de una predicación que no se preparó ni con el estudio ni con la oración? Casi siempre es ineficaz, aun en las almas bien dispuestas, aunque a primera vista parezca un éxito rotundo. Es un éxito superficial, imaginario y sensible; no es algo que brota de la inteligencia, de la fe, ni de la voluntad y la caridad; por consiguiente, no permanecerá. Aun cuando el predicador hable con gran aparato imaginativo y sensible y su peroración vaya *in crescendo*, hasta el punto de que su auditorio contenga la respiración, si no brota de la fe infusa y de una caridad auténtica, no comunicará ni fe ni caridad, sino un entusiasmo y arrobamiento transitorios de la sensibilidad. Mejor sería hablar lentamente, ponderadamente, con espíritu de fe, de confianza, de amor.

Por el contrario, la predicación bien preparada por

---

3 *Mt.*, XV, 25.
4 *Io.*, IV, 37.
5 *II Cor.*, IX, 6.
6 *Ps.* CXXV, 5.

el estudio, la meditación y la oración *es siempre eficaz*, aprovecha siempre a las almas bien dispuestas, aunque los frutos no aparezcan a primera vista. Aún más: a veces llevan a la conversión de los impíos.

La eficacia de una buena predicación viene de la gracia de Dios, porque el predicador entonces coopera con Dios; por eso su eficacia *es grande, a veces portentosa;* de alguna manera es como la eficacia de los sacramentos, aunque no produzca los efectos en virtud de la misma acción realizada—*ex opere operato*—, sino por la virtud de la palabra divina pronunciada. De donde, aunque el predicador no sea elocuente por su misma naturaleza, ni de una gran cultura, los efectos, sin embargo, que produce son maravillosos, debidos a su gran fe, esperanza y caridad; por ejemplo, San Pedro el día de Pentecostés, San Vicente Ferrer, San Francisco Javier, San Juan Vianney.

En efecto, esta buena predicación utiliza todas las buenas disposiciones de los oyentes, tanto naturales como sobrenaturales, engendrándose entonces la confianza y la estima del predicador. Jesús habla, de alguna manera, a través del predicador como por un ministro suyo; le comunica *las gracias de estado*, gracias *gratis datas* a veces, o inspiraciones buenas para que diga lo que entonces es oportuno para la conversión de las almas.

Se lee en el Oficio de San Vicente Ferrer: «Comenzó a predicar con tanta virtud y eficacia que ganó para la fe de Cristo una ingente multitud, volviendo muchos miles de cristianos de sus pecados a la penitencia... Llevaba el amor de Dios al ánimo de todos

sus oyentes, después de arrancarles sus afectos terrenos».

En concreto, ¿qué es lo que debe pensar el buen predicador de la fe del fruto de su apostolado? [7]

Debe predicar sin descanso la palabra de Dios, pues ésta es una de las obligaciones fundamentales del sacerdote. Cristo y la Iglesia le enviaron a predicar. Si cree firmemente que el Evangelio es la misma palabra de Dios, debe predicarlo sin descanso hasta la muerte, pasando por todos los sacrificios posibles. Debe creer en el misterio y la eficacia de la palabra de Dios. Si el clero dejara de predicar la palabra de Dios en la Iglesia habría una dejadez enorme en la salvación de las almas, no existiría en ella el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas; sería un estancamiento, la muerte, como sucede en muchas Iglesias cismáticas. Por eso el sacerdote debe predicar sin descanso.

Pero debe predicar sin «ilusiones», es decir. no debe ver éxito donde no existe. Sería un grave escollo de vanagloria si el predicador se hinchase por esta gloria como un petulante. Aun cuando venga la admiración y las lágrimas en el auditorio, no quiere esto decir que su conversión sea sincera, que perdure para la eternidad.

Sucede a veces que no hay admiración ni lágrimas en el auditorio y, sin embargo, se medita seriamente en orden a la conversión. Este es el fruto de la palabra divina.

El sacerdote, sin ilusiones, *debe conservar la confianza en Dios y en la eficacia de la gracia divina.* La depresión de ánimo, máxime en algunos tiempos y lugares, es de las mayores tentaciones del sacerdote cuyo apostolado parece estéril. Habló y no fue escuchado, sembró y no cosechó. Por eso a veces cae en una tristeza inmensa.

[7] Cfr. P. DESURMONT, o. c.

Para vencer esta tristeza es muy conveniente pedir la gracia de creer firmemente en la eficacia de la palabra divina. El sacerdote debe decirse a sí mismo: Cuando predico el Evangelio no soy yo quien hablo, sino que es Dios quien habla en mí y por mí; esta palabra de Dios no puede ser estéril. Las operaciones divinas son misteriosas; puede ocultarse a veces su fruto o manifestarse lentamente, pero jamás son estériles. Tengo el gran honor de anunciar la palabra de Dios; palabra divina que no quedará infecunda. Dios no habla inútilmente. Puede ser que mi predicación de hoy no tenga un resultado manifiesto; quizá sea la semilla que dé fruto después de varios meses. He de esperar y no juzgar según las apariencias de éxito o de fracaso. «Uno es el que siembra, otro el que recoge», dice el Evangelio. También en Jeremías se cumplieron estas palabras: «Los que sembraban con lágrimas recogieron con gozo» [8].

El verdadero éxito pertenece a Dios; yo debo trabajar y sembrar; ésta es mi obligación.

La eficacia de la predicación cristiana es misteriosa, pero no inútil, según dice San Juan de la Cruz: Vale más en la iglesia un acto de purísimo amor de Dios y de las almas que muchos sermones, aparente-

[8] *Ps*, CXXV, 5.

mente muy fecundos e inspirados por una caridad menor. Y Santo Tomás enseña: «Jeremías anunció la Pasión del Señor, y sus mismos dolores fueron un símbolo auténtico de los de Cristo» [9]. Ahí estuvo el fruto de su predicación.

[9] III, 27, 6, c.

CAPÍTULO XV

Temario de predicación y modo de exponerlo

El objeto de la predicación, según el Catecismo del Concilio de Trento, es el *Símbolo de la fe, los dos grandes preceptos del amor de Dios y del prójimo y el Decálogo*. Se ha de tratar de los misterios que se han de creer y de los preceptos que se han de guardar. Los preceptos se entienden mejor si se consideran las virtudes correlativas, tanto teologales como cardinales.

De hecho, el Catecismo contiene toda la materia de la predicación cristiana en orden al último fin.

Tanto en la exposición de los misterios como en la de las virtudes se han de evitar las discusiones demasiado abstractas.

Al hablar de Dios se ha de tratar también de su sabiduría, de su providencia, de su amor, su justicia y misericordia, evitando las discusiones sobre el problema del mal. Lo que se ha de repetir es que Dios no permite el mal, sino en orden a un bien mayor, ilustrando esta afirmación con poderosos ejemplos.

Al hablar de la Trinidad se predicará sobre la vida íntima de Dios, la fecundidad del Padre por la

eterna generación, sobre la íntima unión de las tres divinas personas, de la inhabitación de las mismas en el alma justa; pero no de las relaciones subsistentes.

Al hablar de la Eucaristía se tratará de la presencia real, de la comunión, pero muy poco de la transustanciación y de los accidentes eucarísticos.

Asimismo al tratar de la salvación eterna se hablará de la perseverancia final, del cielo, de evitar la condenación, del purgatorio, y muy poco sobre la predestinación, porque casi nunca se entiende bien.

En otras palabras, como antes hemos dicho, la predicación debe considerar todo su temario por orden al último fin del hombre: así se hablará de la detracción por orden al juicio de Dios, de la obediencia en orden a la salvación, del nacimiento del Señor en relación a nuestra obligación de amarle y glorificarle. Temas permanentes serán las tres virtudes teologales, que versan inmediatamente sobre el fin, y los dos preceptos de amor de Dios y del prójimo que ilustran y animan el Decálogo, del mismo modo que la caridad, como alma de todas las virtudes, las anima y hace meritorias.

Cierto es, sin embargo, que, si el auditorio es poco creyente, será más provechoso hablarle y predicarle de la realidad de la vida futura que hablarle directamente de la salvación eterna, o de la divinidad de Jesucristo mejor que de su amor hacia nosotros. La predicación *apologética* es, pues, necesaria, cuando los oyentes son poco creyentes.

Pero tal predicación será poco eficaz y superficial si el predicador desconoce las preocupaciones del auditorio: no podrá trabajar ni indirectamente siquiera

por la salvación de las almas si no se propusiese de intento esta finalidad.

Temario de predicación para unos ejercicios espirituales, máxime si van dirigidos a religiosos ansiosos del progreso espiritual:

1. *Fin último a conseguir.*
2. *Del pecado,* impedimento para su consecución. De la confesión.
3. *Del amor redentor de Cristo hacia nosotros.* Del misterio de la Redención.
4. *De nuestra caridad para con Dios,* o del precepto superior y de la comunión eucarística.
5. *De la caridad para con el prójimo.*
6. *Penitencia y abnegación,* necesaria para el proceso espiritual.
7. *De la humildad,* contra la soberbia de la vida y sus efectos.
8. *De la pobreza evangélica,* contra la concupiscencia de los ojos.
9. *De la castidad cristiana,* contra la concupiscencia de la carne.
10. *De la obediencia,* contra el espíritu de insubordinación.
11. *De la cruz,* que hemos de llevar cristianamente.
12. *De la oración de petición,* de la oración litúrgica, de la Misa.
13. *De la oración mental* y de sus frutos.
14. *De la docilidad al Espíritu Santo y de sus dones.*
15. *De la devoción hacia la Santísima Virgen.*
16. *Del celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, o del apostolado.*

Otros temas para ejercicios espirituales:

De la vida interior como coloquio casi continuo con Dios.

De las tres virtudes teologales por separado.

De las virtudes cardinales y de sus anejas.

De los siete dones del Espíritu Santo.

De la inhabitación de la Santísima Trinidad en el alma del justo.

Del influjo de Cristo-Cabeza.

Del influjo de la Santísima Virgen.

Del aumento de gracia por mérito, por oración, por los sacramentos.

De la confesión fructífera.

De la Misa como fuente de santificación.

De la Sagrada Comunión.

De la purificación del alma y de la íntima unión con Dios.

Composición del sermón.

La composición debe hacerse en orden al fin que se persigue, *la salvación de las almas.* La verdadera elocuencia del predicador y su eficacia depende de esta ordenación. La retórica es el arte de persuadir a través del discurso, y la retórica sacra se ordena a engendrar en los oyentes el deseo de la conversión, a persuadirle de su necesidad.

El exordio.—Al principio conviene cautivar la atención del auditorio proponiendo una cuestión de vital importancia, que se ha de resolver a lo largo del sermón, principalmente al fin, y que será como la idea madre del sermón y de su unidad. Para plantear

esta cuestión será necesario proponer de un modo suficientemente claro y práctico el *nudo de la dificultad a resolver,* o la *oscuridad que se ha de disipar* a lo largo del sermón. Por ejemplo, si queremos predicar de la necesidad del amor a Dios sobre todas las cosas, *empezaremos mostrando cómo muchos hombres se aman a sí sobre todo,* como se manifiesta por la concupiscencia de la carne, y la concupiscencia de los ojos, y la soberbia de la vida, y que de ahí es de donde brotan las disensiones entre los individuos y las familias y las guerras entre los pueblos. Se pregunta entonces cuál será el remedio a tales miserias. El problema se vuelve insoluble si los hombres prefieren amarse más a sí mismos que *a la verdad. A la justicia y a Dios,* más que a la Verdad Primera y al Bien Supremo. Por este planteo del problema se acentúa la atención del auditorio.

Cierto predicador solía decir: Es preciso al principio mostrar el punto negro, la gran oscuridad o mal a combatir; entonces es evidente la necesidad de recibir la luz de la verdad y de amar al verdadero bien. En otros términos, lo que se ha de afirmar en el exordio es lo siguiente: Todos los hombres desean naturalmente la felicidad, pero muchos la buscan donde no se encuentra. ¿Dónde está, según el Evangelio? Así comenzó Cristo predicando por las bienaventuranzas evangélicas.

Otro ejemplo. Para predicar *de la esperanza en Dios* viene bien demostrar al principio que son muchos los que fluctúan entre la presunción nacida de la soberbia y la depresión de ánimo—el desaliento—causada por el fracaso. Entonces es evidente la inconveniencia de ambos defectos a la vez que se patentiza

la necesidad *de esperar en Dios,* cosa que mata aquellos defectos. Es, pues, necesario extirparlos aspirando a cosas más altas.

Asimismo, hablando de la justicia, bueno será poner al comienzo los *diversos e intolerables males* que siguen a la injusticia. Por el dolor causado por la injusticia se aprecia mejor la necesidad y el valor de la justicia.

Si, por el contrario, afirmamos desde el primer momento que «ha de guardarse la justicia», muchos oyentes pensarán para sí mismos: Mil veces hemos oído lo mismo y pocos son los que la cumplen; yo tampoco puedo practicarla si los demás hacen lo contrario.

Prácticamente, pues, se ha de plantear al comienzo la dificultad a resolver: lo mismo que ha hecho Santo Tomás al principio de los artículos. Propone la sentencia verdadera en forma de objeción.

Así se cautiva la atención del auditorio, aun cuando el predicador no sea un gran orador. A continuación se ha de disponer todo el sermón de modo que la solución *definitiva* y completa venga al fin; de este modo se mantiene la atención del oyente hasta el fin, que se perdería de proceder de otra manera. Y si el predicador dice al fin de la primera parte lo más elevado y que más conmueve ya no le escucharían en la segunda.

Un exordio bien conocido es de la mayor importancia, y, según el pensar de los antiguos, puede versar, o sobre la dificultad principal a resolver, o sobre la opinión que se ha de refutar; otras veces versará sobre cosas del ambiente, tomando por pretexto un hecho del día.

Muy conveniente es también el hablar de cualquier virtud cristiana, según el método de San Vicente de Paúl *(la petite méthode):*

Primero se dirá en qué consiste la virtud, verbigracia, la humildad, por oposición a su falsificación y a los vicios contrarios y opuestos entre sí, tales como la soberbia y la pusilanimidad.

Se dirán, en segundo lugar, los motivos que nos mueven a poseer esta virtud en orden a Dios y a nuestra salvación y respecto del prójimo.

Finalmente se expondrán los medios por los que podemos conseguir el ejercicio frecuente de la virtud propuesta. Por ejemplo, en las circunstancias ordinarias de la vida diaria y también cuando sucede algo inesperado. Y cuáles son los frutos de tal virtud.

Argumento principal.—Después del exordio en la composición del cuerpo del sermón, aquello que es esencial es lo que debe seducir las potencias del auditorio, quedando en segundo plano lo que es secundario.

Una buena madre cristiana que busca la reconciliación de sus hijos ordena sus palabras de modo que puedan conseguir el fin que se propone y no exhorta a la reconciliación antes de exponer los motivos de la misma. Es lo que debe practicar el predicador que intenta, v. gr., llevar los pecadores a la confesión; no los exhorta a ella antes de exponerles los motivos.

Generalmente, el cuerpo del sermón debe reducirse a un argumento claro, a un silogismo, por así decirlo, cuya mayor sea una verdad bastante conocida por todos, y cuya menor es la que se desarrolla o explica.

Un ejemplo: Hemos de orar siempre que la oración sea un gran medio de salvación. Ahora bien: según

el testimonio de la Sagrada Escritura, la oración es el gran medio de salvación, pues por ella *se abre* el alma para recibir la gracia que Dios nos quiere conceder, y que no concede a las almas que permanecen como *cerradas*. Es, pues, necesario orar.

Otro ejemplo: Es preciso *perdonar las injurias*, siempre que Dios lo haya mandado. Ahora bien: lo ha preceptuado en múltiples ocasiones prometiendo su misericordia a los que sean misericordiosos. La consecuencia es clara: Hemos de perdonar las injurias si queremos alcanzar misericordia de Dios.

Un último ejemplo: En la oración hemos de pedir principalmente la gracia necesaria para la salvación. Pero resulta que la gracia más necesaria para la salvación es la de *una buena muerte*, a la que nos preparamos por la conversión a Dios y una buena vida. Esta gracia ha de ser, en consecuencia, el objeto principal de nuestra oración y de nuestra preparación para recibirla.

Un argumento así propuesto es inteligible para todos, y convence en el supuesto de que tengan fe. Aún más: en su explicación pueden desarrollarse otras ideas que convenzan incluso a aquellos que la tienen muy debilitada.

De este modo, la palabra de Dios llega, no sólo a la inteligencia de los oyentes, sino a lo más profundo de su alma, los ilumina, los deleita piadosamente y los mueve a la conversión.

Cuando el predicador procede de esta suerte y habla de la *abundancia del corazón* entonces es, ciertamente, elocuente.

Muy frecuentemente se presupone la primera afirmación—la mayor del silogismo—como algo conocido por todos. Entonces la que se explica y desarrolla es la segunda—menor—. Un predicador, por ejemplo, quiere inducir a sus oyentes a hacer confesión antes del día de Pascua, no dilatarla siempre para el próximo año. Con este fin les dice:

«Es necesario convertirse sin demora, si la dilación de la conversión es temeraria e irracional. La dilación de la conversión es temeraria e irracional. Es, por tanto, necesario convertirse cuanto antes.»

La primera afirmación se puede desarrollar brevemente, porque es perfectamente clara. Pero la segunda se ha de explicar largamente, demostrando que es, ciertamente, una temeridad, una locura, dilatar la conversión para el año siguiente.

Es necesario vencer la pertinacia del pecador. Es menester que él mismo vea el argumento perfectamente convincente y diga: «Es cierto lo que dice. Soy un loco y mi temeridad es peligrosísima.» Con la ayuda de la gracia es de esperar que este pecador se convierta.

Por consiguiente, esa afirmación se puede demostrar a través de las dos partes del sermón. Siempre es absolutamente *temerario* retrasar la propia conversión, porque la muerte puede acaecer de un modo imprevisto. Y en la segunda parte: Esta temeridad es totalmente irracional, una verdadera locura.

La *conclusión* que se va manifestando en el decurso del sermón se recoge concreta y vivamente en la *peroración*.

Con este método se cautiva la atención del público hasta el final conducido por la idea madre o principal, propuesta en el exordio en forma de dificultad: verbigracia, muchos son muy cautelosos con sus co-

sas temporales, con la salud del cuerpo, con sus negocios, con su testamento; éstos, sin embargo, dejan su conversión todos los años para el siguiente. ¿Qué pensaremos de esto? El público escucha. La respuesta definitiva se reserva para el fin.

Es de observar que los oyentes, por lo general, son poco entendidos en materia de religión, y muchas veces distraídos. Para que comprendan, por tanto, el argumento principal es preciso que la primera afirmación sea certísima, y que la segunda afirmación sea bien explicada. De otra suerte no se percibiría la fuerza de la conclusión y no habremos obtenido nada.

La peroración para ser convincente debe tener estas modalidades:

a) Ser un resumen del argumento principal. *b*) Aplicar la conclusión a los mismos oyentes: esto os toca ahora practicarlo. *c*) Exhortará a vencer la pasión y obstinación, procediendo siempre el predicador con caridad y con celo. Sin celo no habrá una elocuencia auténtica y fructífera.

Cabe preguntarse sobre la conveniencia de que el sermón conste *de una o varias partes*. Requiérese, ciertamente, el exordio, el cuerpo del sermón y la peroración o conclusión. A veces es conveniente que en el cuerpo del sermón haya dos o tres partes; otras, cuando el sermón es muy breve, no será necesario dividirlo. Tal sucede cuando la primera afirmación—mayor—es clara, y la segunda—menor—se explica de un solo modo, único, pero convincente.

Muchas veces será muy conveniente dividir el cuerpo del sermón. Así hablando, por ejemplo, de los

frutos de la comunión. Y la razón es porque son varios: alimento del alma, remedio contra las reliquias del pecado, es fortaleza para evitar el pecado en el futuro y produce gozo en Cristo.

Otro ejemplo en el que la tesis a desarrollar fuera ésta: *La confesión es de institución divina.* Conviene dividir el cuerpo del sermón en varias partes, porque hay distintos modos de probarla.

La prueba sería ésta. Es de institución divina: Porque sólo Dios pudo concebirla y proponerla de modo que fuese aceptada; porque su invención por algún hombre sería un hecho tan extraño que provocaría desilusiones, cuyo recuerdo nos transmitiría la Historia; porque, según la Sagrada Escritura y la Tradición, fue el mismo Jesús quien instituyó la confesión. Los adversarios no pueden negarlo[1]: «Recibid el Espíritu Santo: a quienes perdonareis los pecados les serán perdonados; a quienes se los retuviereis les serán retenidos.»

Bossuet ha dividido maravillosamente su sermón a los religiosos *sobre la práctica del silencio:*

a) Un exordio sobre las divisiones nacidas de su quebrantamiento y de los pecados de la lengua.

b) El cuerpo del sermón: 1) El silencio está determinado por la regla religiosa. 2) Hay silencio «prudencial» en las conversaciones. 3) Hay un silencio «paciente» en las persecuciones y contrariedades. Al final una conclusión que responde a la cuestión planteada en el exordio.

---

[1] *Io.*, xx, 23.

Naturaleza del argumento.

La unidad del sermón se ha de salvar siempre; no obstante, el predicador *debe apoderarse toda el alma del oyente*—no sólo del entendimiento—*para llevarle a la conversión.* De ahí nacen las tres clases de argumentos que se suelen utilizar:

Un argumento basado en la autoridad de Dios revelador para mover la fe del oyente.

Un argumento de razón o de sentido común para mover la inteligencia.

Un tercer argumento que toque *al corazón, a la sensibilidad y voluntad afectiva* del oyente, para que al fin la conclusión mueva su *voluntad efectiva* mediante el auxilio de la divina gracia.

Conviene también refutar los errores que acaso perturben y distraigan al auditorio.

Desarrollo y ampliación del argumento principal.

Frecuentemente sucede que los predicadores noveles no saben cómo desenvolver o ampliar el argumento. Cuando una y otra vez repiten el mismo argumento a base de palabras sinónimas, tenemos la *garrulería —in un crescendo sentimentale—*, que, cual falsa imitación de la ardiente caridad de los santos, fatiga al auditorio, no dejándole tiempo ni para respirar, ni siquiera para pensar. Sucede que el oyente recibe una emoción vaga y confusa que no se traduce en obras. Tal predicación semeja una melodía o canto religioso, pero que no produce efecto alguno, cual los produciría un canto ya conocido e impulsor de la verdadera oración, cuales son las canciones compuestas por San Alfonso.

¿Cómo, pues, se ha de hacer la ampliación? [2]

La lógica es necesaria para la demostración, pero se mantiene en un plano demasiado abstracto. Hay que ampliar *con ejemplos*. Ya lo dijo Aristóteles en su *Retórica*. De otra suerte, el pecado aparece, sí, *lógicamente, como un mal, pero no como un monstruo;* el infierno se ve como una pena, pero no como un tormento horrible: Dios es el Ser Supremo, pero no el Sumo Bien que nos cautiva. De ahí que la sola lógica en el argumento no baste para causar la impresión saludable que se intenta. Es necesaria la ampliación para que la verdad aparezca en toda su grandeza y realidad; es necesario demostrar que la virtud comunica *una auténtica participación de la bienaventuranza y que el pecado es una verdadera miseria,* para que el auditorio se diga interiormente: Así es, en verdad, más verdad de lo que yo pensaba.

Aún más: no hay verdad más aminorada o empequeñecida en nuestra mente que la divina y evangélica, pues ella es infinita y ¡se encuentra en nuestra mente tan limitada!

Conocemos maravillosamente que la peste es un mal enorme, pero no conocemos del mismo modo que *el pecado mortal es más enorme, mucho mayor que la misma peste.* Lo conocemos, sí, como una verdad abs-

[2] Cfr. P. Desurmont, o. c., II, 53.

tracta, no concreta. Y los oyentes, con esa ciencia, no se decidirán a poner en práctica la conclusión enunciada. No están convencidos «prácticamente», «vitalmente». Pero si el predicador estuviera penetrado por la contemplación de los divinos misterios, entonces demostraría muy concreta y vitalmente que el *pecado mortal es el máximo mal.*

La ampliación debe ser proporcionada al fin intentado. Para demostrar, por ejemplo, que los pecadores deben tener gran confianza en la Santísima Virgen es preciso explicar qué es la devoción a la Santísima Virgen y los motivos generales de esta devoción y en especial los motivos particulares que tienen los pecadores, mostrando con ejempos cómo la Santísima Virgen es refugio de los pecadores, puerta del cielo, estrella de la mañana, salud de los enfermos, consoladora de los afligidos, auxilio de los cristianos, patrona de los moribundos, terror de los demonios en la agonía.

El arte de ampliar es raro y difícil. No basta la ampliación por sinónimos, hay que hacerla con las mismas cosas. Por ejemplo, para demostrar que la *lujuria es una plaga horrenda* se ha de probar que lo es: por su naturaleza, por sus causas, por sus efectos y por sus circunstancias.

Por su naturaleza: es un exceso en la delectación venérea que lanza al alma espiritual sobre lo vil.

Por sus causas: porque nuestra naturaleza *caída* nos inclina a ella, porque el demonio nos incita por la tentación, porque la costumbre la hará incurable.

Por sus efectos: porque la lujuria es un tormento para la conciencia, porque deprava el espíritu del hombre, su imaginación, su corazón; destruye progresivamente la salud; lleva a enfermedades vergonzosas, al odio a Dios y a la condenación, porque el hombre no vive ya sino según la carne.

Por las circunstancias: porque la lujuria lleva incluso a los hombres honrados a la infamia, al sacrilegio, a veces a una esclavitud innoble y tristísima frente a la meretriz.

Evidentemente, es una plaga horrenda: una miseria. Así es la verdadera y conveniente ampliación.

Otro ejemplo de ampliación para llevar al auditorio al cumplimiento pascual. La ampliación, hemos dicho, debe ser proporcionada al fin, aquí sobrenatural. Mal argüiría, pues, el predicador que insistiese en la necesidad de satisfacer el precepto pascual por amor a una esposa piadosa, a una hija amada o por la dignidad y honor personal. De ahí no se seguiría sino una conversión puramente humana; tales motivos no pueden ser sino secundarios o dispositivos para algo más elevado. Es necesario insistir en el motivo sobrenatural del amor de Dios y de la salvación eterna. Tales motivos han de desarrollarse para arrancar datos de las tres virtudes teologales: fe viva, de esperanza, de la bienaventuranza, de verdadero amor de Dios.

Como el músico, el pintor y el escultor deben conocer los secretos de su arte, igualmente el predicador debe conocer los del suyo. Si desconoce su arte no logrará el efecto deseado. Cada uno debe conocer y practicar su propio arte. No estaría bien que un abogado o filósofo, por ejemplo, quisiera predicar; el sacerdote, en cambio, debe poseer el secreto de una predicación verdaderamente apostólica.

Estilo de verdadera caridad[3].

El estilo es el modo peculiar de decir y escribir. Así se distingue entre estilo forense o abogacial y estilo militar, estilo histórico, estilo filosófico, estilo enfático, etc. Cual es el hombre, tal es su estilo: «El estilo es el hombre.» Cristo tiene su estilo; San Juan Evangelista, el suyo; San Pablo y San Pedro, el suyo propio.

¿Cuál debe ser el estilo del predicador? Debe ser principalmente un estilo de caridad. ¿Por qué? Porque el estilo debe responder al pulso interno del orador, y lo que debe prevalecer en el alma del predicador es la caridad, el celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Es el estilo propiamente sacerdotal y apostólico, distinto, por ejemplo, del filosófico o del militar. El ejemplar de este estilo está en el Evangeio.

La caridad pide que el estilo de la predicación sea expresivo, sobrio, breve, sencillo, con la debida forma y unción. Debe ser *expresivo* porque debe imprimir las más altas verdades en las almas; debe clavarlas en el alma.

A fin de lograrlo, debe ser lógico, según una lógica conocida por todos, cual es la que pide la naturaleza del tema que se expone. El predicador debe tener la obsesión de grabar la verdad en las almas. Una verdad, por ejemplo, como ésta: Jesucristo nos ha hecho inmensos beneficios. A todo bienhechor se

[3] Id., II, 58.

le debe gratitud, que conducirá al por qué, pues, no se ama más a Cristo.

Esto requiere que la palabra o frase principal se destaque sobre las demás y se repita bajo otra forma, verbigracia: «Entre nuestros bienhechores, el mayor es *Dios*.»

Para que el estilo sea expresivo exige ser sobrio, breve, preciso, sencillo.

Sobrio, es decir, evitando las repeticiones inútiles y la superfluidad, que no sabe más que a garrulería.

Breve, las frases deben ser, por lo general, cortas; los períodos oratorios son algo demasiado complicado para el púlpito. Un ejemplo lo constituye la hermosa frase de San Agustín: «Dios, que te creó sin ti, no te salvará sin ti.» «Dios no manda lo imposible; y lo que manda te mueve para que hagas lo que puedas y pidas lo que no puedas.»

Muy conveniente es evitar las perífrasis y circunloquios y utilizar la expresión propia. Sin embargo, no debe utilizarse un laconismo enigmático.

El estilo debe ser preciso, *buscando, en la meditación y estudio, la palabra justa, exacta,* cuando se trata de resaltar la idea principal. Por eso es muy conveniente escribir al menos la parte central del sermón. La verdad será entonces clara: brillará ante los ojos de todos.

El estilo, finalmente, debe ser *sencillo,* comprensible para todos; pero sin ser vulgar. De este modo, la palabra divina moverá eficazmente los corazones. El estilo sencillo cautiva la atención, no por el modo de decir, sino por lo que se dice. En eso está su diferencia con el estilo artificioso, afectado, demasiado escogido. El estilo sencillo es natural y vivo. Así la

alocución se pone al servicio de la verdad y la caridad.

Las metáforas empleadas han de ser comprensivas, como en las parábolas evangélicas, v. gr., comparando el pecado mortal con una enfermedad mortal y el venial con una enfermedad transitoria, la cual, sin embargo, puede disponer para algo más grave.

La antítesis es útil para cautivar la atención, dando lugar a una oposición al menos aparente; así se pueden enfrentar la misericordia de Dios y la justicia divina; o, entre las virtudes, la fortaleza y la mansedumbre. La gracia divina, sin embargo, une en nosotros las virtudes más distantes entre sí; existe una armonía superior de las cosas más distantes entre sí.

Se exige, además, *unción,* que hace brotar el Espíritu Santo por el don de piedad: Dios aparece entonces como un Padre bondadosísimo; Jesús, como Salvador y amigo; la Madre de Dios, como madre nuestra celestial; el cielo, como nuestra patria; el infierno, como lo más horrible.

La unción no debe ser afectada, sino discreta y verdadera.

Es preciso que la *redacción* facilite la memoria.

En la elocución se ha de evitar la monotonía, recurriendo a preguntas y respuestas de modo que el sermón semeje un coloquio en el auditorio.

La acción oratoria debe ser espontánea, sencilla, ordenada a la finalidad del sermón; apostólica siempre.

Capítulo XVI

Géneros varios de predicación cristiana

Los principios de la elocuencia sagrada son comunes a los diversos géneros, pero aplicados de distinto modo. Estos diversos géneros son: el sermón propiamente tal, el panegírico, la instrucción familiar de la parroquia, la homilía, las conferencias, alocución breve, la catequesis.

Al sermón apostólico es al que se aplican las reglas dichas en toda su extensión.

En el panegírico, la regla principal es que sea útil para el auditorio, es decir, se ha de hablar principalmente de aquellas virtudes del santo que son un modelo imitable por los oyentes. Su vida interior se patentiza con facilidad si se habla de su fe, de su confianza en Dios, de su amor a Dios y al prójimo. La razón es que la fe y la esperanza se presuponen a la caridad; y en la vida de los santos primero se manifiesta la perfección de la fe, luego la de la esperanza y finalmente la de la caridad, como sucedió en la vida de Santa Teresa y en las vidas de los mártires.

Un panegírico puede desarrollarse, además, teniendo en cuenta los dones que recibieron de Dios. Así

Bossuet, en el de San Juan Evangelista: Jesús le entregó: su Corazón en la Cena, a su Madre en el Calvario, su Cruz para fecundar su apostolado.

En la instrucción familiar de la parroquia tiene primacía la parte instructiva, con sus aplicaciones prácticas, al modo de un coloquio familiar.

En la homilía sobre el Evangelio del día no hay una división tan clara del discurso; se aplican los versículos del Evangelio en orden a un determinado fin.

En las conferencias predomina la parte histórica, apologética o de teología especulativa.

Finalmente, la *catequesis* para niños debe ser un coloquio casi continuo y animado. Hay que interrogarles para que no se distraigan, instruirlos y exhortarles. Es necesario poner ejemplos, narrar algunas historietas, siempre orientadas al fin que se persigue.

Los ejercicios espirituales para el clero diocesano o para religiosos tienen un matiz especial. Versarán sobre las obligaciones peculiares del propio estado.

Las Misiones en regiones cristianas[1] exigen sermones adaptados ordenados entre sí por este orden: Sobre el último fin del hombre, temor de Dios, virtudes teologales, confesión y comunión pascuales. Habrá también instrucciones especiales, para niños, para madres cristianas, para hombres. La misión es como una campaña apostólica en la que se disputa la conversión de los pecadores y su perseverancia en el bien.

¿Qué sermones son los que se han de predicar en orden a una Misión provechosa, según las leyes de la psicología y de la gracia?

La preparación de la Misión hay que hacerla a

[1] Cfr. P. DESURMONT, o. c., II, 436.

base de oraciones, del propio predicador, de las almas consagradas a Dios y del mismo pueblo que se evangeliza.

La primera parte de la Misión tiene por fin disponer al pueblo para oír las grandes verdades de la fe. Debe predominar la benevolencia, a fin de captarse la confianza y para obtener la ayuda de Cristo Salvador y de la Santísima Virgen. Es nocivo el entusiasmo, la hinchazón superficial de ánimo, que puede trocarse en desilusión. Hay que movilizar a los niños para que vengan los padres, a las mujeres para que asistan los hombres. Puede hacerse alguna ceremonia llamativa, v. gr., la entronización de una imagen de la Santísima Virgen, o de un gran Crucifijo; puede practicarse también la visita a los enfermos.

La segunda parte de la Misión serán los sermones sobre las verdades eternas (sobre la salvación eterna, el pecado, la muerte, el juicio particular, el infierno, la misericordia divina); otros, contra los principales vicios (contra la lujuria, la injusticia); sobre las virtudes teologales, el sacramento de la penitencia y, dentro de ésta, la sinceridad de la confesión, sobre la contrición, el buen propósito, obligación de evitar la ocasión de pecado.

A fin de lograr la conversión, han de hacerse oraciones públicas, en las familias y en particular. Se ha de predicar de la dilación temeraria de la conversión. Son muy convenientes las oraciones y ceremonias públicas por los difuntos de la parroquia, la reparación pública ofrecida al Sacratísimo Corazón de Jesús, las confesiones.

La tercera parte de la Misión versará sobre las obligaciones principales del cristiano ya convertido.

Obligación de orar: el que ora se salva, el que no ora se condenará; de la santificación de los días festivos, de la frecuencia de los sacramentos, de la buena educación de los hijos, de la veneración y respeto a los padres. Se tratará, además, de la resistencia a las tentaciones, de la buena intención, de la aceptación generosa de las penas de la vida, de la conformidad con la voluntad divina, de la caridad para con el prójimo, de la familia cristiana, de la confianza en la Providencia divina para quienes cumplen con sus obligaciones; de la devoción a la Santísima Virgen, madre de misericordia.

La cuarta parte versará sobre la perseverancia. Los remedios serán la oración y el cumplimiento diario de nuestras obligaciones.

El tema de la clausura será: un resumen de la Misión.

Misiones entre infieles.

La evangelización de los infieles requiere atraerlos a la fe y purificar su corazón, lo cual exige una oración continua. Es muy conveniente hablar ya desde el principio de Jesucristo, de la Santísima Virgen Madre, del último fin del hombre.

Pero se ha de cuidar mucho de no admitirlos al bautismo sino después de una preparación absolutamente suficiente. Al mismo tiempo, hay que ir echando las bases de la familia cristiana, de la parroquia y de la sociedad cristiana.

Ejercicios espirituales para seglares.

Los temas versarán sobre el último fin, sobre la conversión, la oración, obligaciones del propio estado, perseverancia, etc. Véanse los *Ejercicios* de San Ignacio, los *Retiros* de San Vicente de Paúl y los *Ejercicios* de San Alfonso.

Ejercicios espirituales para el clero.

Se exigirá silencio absoluto, soledad, interrupción de las demás ocupaciones. La oración en común. Renovación de la devoción a Jesucristo (por la adoración del Santísimo Sacramento), a la Santísima Virgen (renovando la consagración); oración pública por los sacerdotes.

Temas: Del fin último; de la perfección sacerdotal; del pecado, de la muerte, del juicio, de Jesucristo Sacerdote y Víctima; de las virtudes teologales, de la castidad, de la oración mental; de la perseverancia, del celo apostólico; de las asociaciones sacerdotales, que tan útiles son para el sacerdote que se siente aislado. El que permaneciere solo sería como el que intentara atravesar el océano en una barquichuela.

Tales instrucciones deberán ser preferentemente doctrinales, a base de la Sagrada Escritura, la Tradición y la Teológica clásica.

El predicador será como *un amigo que habla de temas serios con otros amigos*. Los ejercicios al clero deben adaptarse a las tres categorías de sacerdotes: *virtuosos, mediocres e infieles a su vocación*. Puede

indicarse esto al comienzo con gran respeto y caridad y aludir a los infieles a los mediocres y a los virtuosos, siempre con la mayor caridad para con todos.

El sacerdote infiel está muy expuesto a la desesperación; el predicador deberá animarle a la confianza. A los seminaristas se les hablará de la vocación y sus exigencias.

SECCION SEGUNDA

DEL MINISTERIO DE LA CONFESION Y DIRECCION

Capítulo XVII

Del ministerio de la confesión

Distinguen algunos entre predicadores y confesores, como si a los primeros no incumbiera el oficio menos grato, si no laborioso y a veces molesto, de la confesión. Sin embargo el predicador que no se preocupa del ministerio de la confesión será un predicador especulativo, abstracto, que repetirá siempre los mismos sermones y carecerá de un celo verdadero y profundo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, pues no se adentra en la labor directa de su *conversión*.

El oír con fruto las confesiones exige paciencia, abnegación, amor de las almas, evitando a la vez estos dos excesos: una excesiva indulgencia o una severidad exagerada.

Existen fieles que dejaron la confesión por encontrarse con un confesor tan indulgente que no les hizo ver la gravedad del pecado mortal; en este caso, *la confesión se les manifiesta como una ceremonia sin*

importancia seria para la vida moral; perdieron el sentido sobrenatural del valor de la confesión porque se tropezaron con un confesor que lo había perdido antes que ellos.

Otros—y sucede más frecuentemente—no se acercan al confesionario porque en otra ocasión encontraron excesiva rigidez. Los fieles, en cambio, que se acercaban al confesonario de San Juan Vianney hallaban en él gran firmeza, ciertamente, pero junto con una caridad mayor; a veces él mismo se imponía generosamente dura satisfacción, con el fin de ayudar al penitente y en lugar de sufrirla éste.

Escucha bien confesiones aquel que hace bien la suya propia; en cambio, el que descuida su confesión no sabe escuchar confesiones, como no sabe mandar quien no sabe obedecer.

El buen confesor, en el sentir de todos, *debe ser padre espiritual, director-médico, doctor y juez.*

¿Cuál es la obligación del confesor? [1]

El confesor debe cooperar a la integridad de la confesión, a la sinceridad de la contrición y de un propósito sincero, y dar los consejos oportunos al final [2].

Cooperación a la integridad de la confesión. Es conveniente, por lo general, que el confesor interrogue al penitente que se confiesa con él por primera vez, salvo

1 Cfr. P. DESURMONT, o. c., II, 130.

2 Cfr. *Praxis Confessarii*, de SAN ALFONSO, y las observaciones de SAN CARLOS BORROMEO: *Lo que deben observar el confesor y el párroco en la administración del sacramento de la penitencia.*

que el penitente sea muy inteligente y concreto y diga por sí mismo todo lo necesario. El interrogatorio normalmente recae sobre el estado del penitente: si está casado, o soltero, su edad, profesión, tiempo desde que hizo la última confesión.

Es, además, muy conveniente preguntar sobre los mismos pecados y sus causas, siempre que el penitente no declare lo suficiente, verbigracia, en los pecados que ordinaria o comúnmente se cometen; respecto a otros pecados gravísimos basta hacer al final una pregunta como ésta: «¿Alguna otra cosa para que quede tranquila tu conciencia?» Si el penitente no responde es que se juzga culpable. Entonces se le ha de ayudar discretamente para que manifieste tal vez algo gravísimo y absolutamente necesario para la integridad de la confesión.

El confesor, pues, ha de interrogar *explícitamente* sobre los pecados más comunes en cada profesión e *implícitamente* sobre otros pecados gravísimos que acaso el penitente pudiera haber cometido.

En materia de lujuria debe el confesor preguntar claramente a los caídos, y muy discreta e implícitamente a los inocentes. Si alguien, por ejemplo, confesase un acto que de suyo lleva a la polución culpable, no se le pregunte si efectivamente se siguió la polución. Tal pregunta no debe hacerse nunca a las mujeres.

Por otra parte, el confesor debe cooperar a la sinceridad de la confesión y de un propósito sincero, evitando los extremos dichos: una excesiva indulgencia o demasiada rigidez, de acuerdo con la caridad sacerdotal. Mucho ayuda a este fin la gracia sacramental del Orden, que es una modalidad de la gracia santificante

—y, por tanto, de la caridad—y da derecho a recibir gracias actuales cada vez más elevadas.

La caridad sacerdotal hace todo lo que está de su parte para disponer a una auténtica atrición sobrenatural y a un firme propósito al penitente insuficientemente dispuesto. Le ayuda con su elocuencia, y Cristo, que ve sus disposiciones, inspira a su ministro. Si el confesor no confiara en Cristo, muchas veces ni siquiera insinuaría o intentaría lo que se propone hacer; la voz humana, sin la ayuda divina, es impotente para disponer al penitente En esos momentos la elocuencia del confesor debe ser sobrenatural, breve, precisa, convincente, llena de caridad. Debe, por ejemplo, decir a su penitente: «Comprende, hijo mío, el mal que has hecho. ¿Qué mal te ha hecho Dios para despreciarle así? ¿Qué más hubieras hecho contra Cristo, si Él fuera tu mayor enemigo? Cristo ha muerto por ti por amor, para librarte de una condenación eterna, y tú, ¿qué es lo que has hecho y dicho contra Él? ¿Qué te sucederá si no quieres volver sinceramente a Dios, si no quieres pedir su ayuda para concebir un verdadero dolor y un propósito firme? De otro lado, ¿qué bien has logrado con todos tus pecados? Te estás fraguando una vida humana miserable y la pérdida de la eterna. Escucha a Cristo, que te dice: «Venid a Mí todos los que trabajáis y estáis cansados, que Yo os aliviaré». Dios te ha dado hasta ahora tiempo para convertirte; conviene no difieras tu conversión para más adelante. Debes pedir conmigo de todo corazón la gracia de tu conversión, para que concibas una atrición perfecta y por la absolución tengas la gracia de la contrición y del buen propósito para evitar el pecado, con la ayuda divina, en el futuro».

Así obrarán siempre los sacerdotes santos, disponiendo a sus penitentes para la contrición. Así se evita a la vez el laxismo y el rigorismo de los jansenistas.

La verdadera caridad sacerdotal absuelve a los que, ciertamente, están bien dispuestos, y hace lo imposible por disponer a los que carecen de disposiciones suficientes. Asimismo, la caridad sacerdotal absuelve cuando nada indica el peligro de insuficiente disposición.

Si hubiere duda acerca de la realidad y sinceridad del propósito propiamente, no niega la absolución, sino la difiere, prometiéndola para cuando el penitente esté mejor dispuesto. Tal es la práctica con los consuetudinarios, los ocasionarios y los reincidentes, dudosamente dispuestos [3].

Los consuetudinarios pueden ser absueltos cuantas veces se ofrezcan verdadera y sinceramente dispuestos a practicar cuanto se les indique en orden a vencer la costumbre; de modo contrario se obrará cuando no estén dispuestos a emplear todos los medios necesarios.

El reincidente se distingue del simple consuetudinario porque éste, aunque cae siempre en los mismos pecados, todavía no se ha confesado nunca de tales caídas; el reincidente, en cambio, es el que después de *haber confesado* ciertos pecados cae en ellos una y otra vez sin enmienda alguna.

Respecto a la absolución conviene distinguir entre reincidentes *formales*, es decir, que pecan por mala voluntad, y reincidentes *materiales*, o sea, los que caen por fragilidad. Estos últimos pueden ser absueltos después de ser amonestados; los primeros, en cambio, se-

3 Cfr. San Alfonso: *Praxis Confessarii*, c. 4.

gún enseña San Alfonso siguiendo una vía media entre el rigorismo y el laxismo, *generalmente* no deben ser absueltos a no ser que den especiales pruebas de contrición.

Llámase *ocasionarios* a aquellos que viven en ocasión próxima de pecado, la cual es o *necesaria* o *libre*, según que pueda o no abandonarse fácilmente. El que vive en ocasión *próxima* y *libre* de pecado *no puede ser absuelto* si se negare a evitar tal ocasión; en cambio, el que vive en ocasión necesaria *puede ser absuelto*, siempre que prometa seriamente emplear todos los medios para convertir tal ocasión de próxima en remota.

En estas ocasiones es la caridad sacerdotal la que debe buscar una vía media entre el laxismo y el rigorismo.

Capítulo XVIII

La dirección espiritual

Trataremos de la dirección en general y de las cualidades del director antes de hablar de la dirección propiamente tal, que sería: primero, de los incipientes; segundo, de los aprovechados [1], y tercero, de los perfectos [2]. Mención especial merecen las almas contemplativas. Como final hablaremos de la discreción de espíritus.

De la dirección en general.

Su gran conveniencia. El confesor no debe contentarse con purificar a sus penitentes de los vicios, sino que debe orientarlos por el camino de la perfección y sembrar en ellos las virtudes, pues, como afirman los santos, «es más agradable a los ojos de Dios un alma perfecta que mil imperfectas» [3].

---

1 Conforme a la nomenclatura clásica, *incipiente* es el que camina por la vía purgativa; *aprovechantes*, los que van por la vía iluminativa, y *perfectos*, los de la vía unitiva. *N. del T.*

2 Véase Saudreau: *Los grados de la vida espiritual*, y San Alfonso: *Praxis Conf.*, c. 9.

3 San Alfonso, o. c., cap. 9.

De ahí que cuando el confesor encuentra un alma que vive inmune del pecado mortal debe poner todo su cuidado para introducirla por los caminos de la perfección y del amor divino, presentándole cómo Dios es digno de ser amado sobre todas las cosas, y la gratitud inmensa que debemos a Jesucristo, que nos amó hasta morir por nosotros. Se le hablará también del enorme peligro que corren las almas llamadas por Dios a una mayor perfección, a la que siempre resiste.

Por eso la dirección espiritual es el medio normal para caminar en la virtud y para llegar a la íntima unión con Dios.

Así obraron los santos, verbigracia, un San Basilio, un San Jerónimo, un San Agustín. Todos ellos afirmaron que «nadie es buen juez en causa propia, porque cada cual juzga según las propias inclinaciones»; inclinaciones que conviene rectificar para evitar las tentaciones e ilusiones del demonio [4]. El director, en cambio, tiene las gracias de estado para dar una dirección recta, no para sí, sino para los que se la piden. Se comprueba esto, además, por los efectos, ya que muchísimas veces pierden su fuerza, tanto las tentaciones como las ilusiones, manifestadas al director. Es la razón de por qué los novicios necesitan un maestro espiritual que los dirija, los exhorte y los ayude. Ya decía San Bernardo [5]: «Me es más fácil dirigir a otros que a mí mismo»; «El amor propio nos engaña» [6]. Y San Vicente Ferrer afirmaba: «Nuestro Señor Jesucristo, sin el cual nada podemos, no dará su gracia a aquel

4 CASIANO: *Colaciones*, 14, 15, 24.
5 Sermón VIII, 7.
6 Epíst. 87, 7.

que, pudiendo acudir a un director experto, rechazare este precioso medio de santificación, pensando bastarse a sí mismo en todo lo que atañe a su salvación. El que tiene un director, a quien obedece en todo, llegará al fin *más fácil y prontamente* que si se guiara a sí mismo, aun poseyendo una aguda inteligencia e inmejorables libros de espiritualidad. Todos los que alcanzaron la perfección lo hicieron, por lo general, siguiendo el camino de la obediencia. Sólo por privilegio especial se convierte Dios en director inmediato de aquellas almas que no han hallado tal director» [7].

De la misma manera se expresaron Santa Teresa, San Juan de la Cruz y San Francisco de Sales. De este último es la siguiente observación: «Nadie puede ser buen juez en propia causa, dada la secreta complacencia en sí mismo, imperceptible, por otra parte, en cada uno» [8].

San Alfonso, en su excelente libro *Praxis Confesarii* [9], indica cuál debe ser el objeto principal de la dirección: la mortificación, modo de recibir los sacramentos, oración mental, práctica de las virtudes, santificación de las ocasiones ordinarias...

Estos testimonios demuestran la necesidad de la dirección, como norma general. Como luego se dirá, la dirección es necesaria particularmente en el tiempo de prueba, máxime en la purificación pasiva de los sentidos, que conducirá a la vía de los aprovechantes, y en la purificación pasiva del espíritu, que introducirá en la vía de los perfectos.

7 *Tratado de la vida espiritual*, II P., c. 1.
8 *Introducción a la vida devota*, III, P., c. 28.
9 Núm. 121-127.

Cualidades de un buen director.

Decía San Francisco de Sales que el director debe estar «lleno de *caridad, de ciencia y de prudencia*» [10]. Si faltase una de estas cualidades sería peligroso y rechazable.

En efecto, la buena dirección exige *la ciencia de la vida* interior por parte del entendimiento, es decir, conocimiento de los medios para la unión con Dios; requiere *prudencia*, para la aplicación práctica a la persona que se dirige. Por parte de la voluntad se requiere una caridad ardiente para que el director no se busque a sí mismo, sino a Dios, para que lleve las almas no a sí, sino a Dios. Esta caridad debe ser auténtica, opuesta al sentimentalismo, que no es otra cosa que una sacudida del amor en la sensibilidad cuando no existe asaz intenso en la voluntad.

Santa Teresa se expresó del mismo modo en su *Vida* [11]: «Así que importa mucho ser el maestro (director) avisado, digo de buen entendimiento, y que tenga experiencia; si con esto tiene letras es grandísimo negocio. Mas si no se pueden hallar estas tres cosas juntas, las dos primeras importan más, buen entendimiento y experiencia; porque los letrados pueden procurar para comunicarse con ellos cuando tuvieran necesidad. Digo que a los principios, si no tienen oración, aprovechan poco letras. No digo que no trate con letrados, porque espíritu que no vaya comenzado en la verdad, yo más le querría sin oración;

[10] *Introducción a la vida devota,* I P., c. 4.
[11] Cap. 13, núm. 16.

y es gran cosa letras... De devociones bobas nos libre Dios».

La caridad del director no debe estar movida por el deseo de la propia utilidad; no debe aficionar las almas a sí mismo, sino llevarlas a Dios. Taulero insistía en esto y decía: Existen directores semejantes a aquellos perros de caza que no llevan la presa a su amo, sino que se la comen; en ese caso el cazador los castiga duramente con el látigo o una vara.

La bondad caritativa del director no debe ser debilidad o indulgencia senil. Debe ser firme, fuerte, sin temor a decir la verdad, a fin de mover eficazmente a la perfección. No debe tampoco perder el tiempo en coloquios y cartas inútiles, sino que debe ir por un camino recto a la santificación del alma.

El director debe conocer *la espiritualidad,* la doctrina sobre la verdadera vía para la unión con Dios según los maestros tradicionales más destacados. Debe ser, además, un buen *psicólogo,* máxime si ha de dirigir a personas que adolecen de histeria, psicastenia o neurastenia. Deberá conocer también algunas de las enfermedades cuyo origen está en el mal funcionamiento de algunas glándulas, verbigracia, del tiroides u otras glándulas llamadas *endocrinas,* principalmente en la «época crítica». Traen como resultado intoxicaciones crónicas progresivas, de las que se origina una confusión mental junto con ideas fijas [12].

Finalmente, el director, para ser buen instrumento del Espíritu Santo, debe averiguar con tacto y prudencia cuál sea el *defecto* predominante en el alma, y

[12] Vide Robert de Sinety, S. J.: *Psicopatología y dirección,* París, 1934.

cuál *el principal atractivo para la gracia.* Debe orar con este fin, para obtener luces de Dios, máxime en las cosas más difíciles; y si es humilde recibirá las gracias propias de su estado. Con ellas verá cómo debe estimular a unos y frenar a otros, a fin de evitar la confusión entre sentimentalismo y verdadero amor de Dios, que se demuestra por las buenas obras.

La prudencia del director debe evitar dos escollos opuestos entre sí en la dirección de las almas generosas: por un lado, querer llevar indistinta y rápidamente a todas las almas a la oración contemplativa y, por otro, pensar que es perfectamente inútil plantearse esta cuestión. La regla común es no proceder con demasiadas prisas ni con excesiva lentitud. Procurará averiguar si se dan en el alma dirigida las tres señales que señala San Juan de la Cruz y otros autores espirituales en el paso de la oración discursiva a la contemplativa [13]. Antes de que tales signos se den en el alma basta decirle que sea dócil a las inspiraciones del Espíritu Santo, las cuales son conformes a las exigencias de su vocación.

Deberes de la persona dirigida.

Sus obligaciones son consecuencia de lo anteriormente dicho. La persona dirigida debe tener para su director *veneración* y *sinceridad*, un corazón abierto y *docilidad.*

Para conseguir la primera—veneración—evitará toda crítica y una excesiva familiaridad. Tal veneración

[13] *Noche obscura*, l. I, al principio.

debe nacer de un afecto filial sencillo, espiritual, que excluye todo género de envidias a otros hijos o hijas espirituales del mismo director.

Para la segunda—*apertura del corazón*—la persona dirigida debe manifestar al director todo lo bueno y todo lo malo que en sí ve, sin querer disimular ni lo uno ni lo otro.

Debe ser especialmente *dócil*; de otro modo la persona dirigida hará su voluntad más bien que la del director. Sin embargo, puede manifestar lo difícil que se le hace el cumplir tal o cual consejo. Si no obstante el director no cambia de opinión, su consejo se ha de llevar a la práctica. Puede equivocarse el director, pero no la persona dirigida cuando obedece; prácticamente está fuera del error, a no ser que el director aconsejara algo contrario a la fe o las costumbres. En ese caso debe dejarle.

Para dejarle ha de tener razones serias. Ciertamente no se puede hacer o por inconstancia o por soberbia, falsa vergüenza, curiosidad o impaciencia.

Puede, sí, hacerse cuando el director llevara una vida demasiado naturalista o tuviera un afecto excesivamente sensible o careciera de la ciencia, prudencia y discreción necesarias, o no guardara silencio.

Fuera de estos casos es preciso conservar, cuanto sea posible, continuidad en la dirección, a fin de perseverar en el buen camino. No debemos, pues, dejar un buen director porque nos reprende justamente procurando el bien de nuestra alma. Decía San Luis, rey de Francia, a su hijo: «Elige un confesor sabio y virtuoso que te diga lo que debes hacer y evitar; y permítele que libremente te amoneste y reprenda». He

aquí un afecto bueno, santo, firme, sin mezcla de sentimentalismo o amor desfigurado.

En tales condiciones el director será un instrumento del Espíritu Santo que discierne sus inspiraciones y dirige el alma para que las siga con prontitud y entrega. Las almas, en este caso, evitan el camino ancho que conduce a la perdición y caminan rectamente por la vía estrecha que conduce a la vida, vía que se ensancha cada vez más, como la infinita bondad a la que conduce, mientras la vía ancha se va estrechando cada vez más, como el infierno, al que miserablemente lleva. Mientras el laxismo lleva a la angustia terrible del infierno, la vía estrecha de la santidad desemboca en la santa libertad de los hijos de Dios, es decir, en la liberación total de los juicios e inclinaciones desordenadas y en la plenitud de la bienaventuranza eterna.

En la dirección espiritual así concebida se manifiestan los admirables frutos de la caridad, ciencia y prudencia del buen sacerdote. Así se cumplen las palabras de Cristo: «No me habéis elegido vosotros a Mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca» [14].

[14] *Io.*, xv, 16.

Capítulo XIX

Dirección de los incipientes [1]

Respecto a los incipientes hemos de insistir en la mortificación, en el modo de recibir los sacramentos y la manera de evitar la negligencia o pereza espiritual en la oración.

En cuanto a la mortificación de las pasiones desordenadas—origen de numerosos vicios—conviene evitar dos extremos: la carencia casi absoluta de mortificación, que llevaría a la tibieza, a la relajación de ánimo; y la indiscreta mortificación externa de algunos.

«Hay directores, según observa San Alfonso [2], que consideran el progreso espiritual en proporción con las mortificaciones externas. Otros, por el contrario, reprueban toda mortificación externa como inútil para el progreso espiritual, poniendo toda la perfección en la mortificación exterior. Pero también éstos yerran

[1] Vide San Alfonso: *Praxis Confes.*, c. 9; III P., números 145, 147; IV P., núms. 148, 155. Saudreau: *Grados de la vida espiritual*, 1935. Y nuestra obra: *Las tres edades de la vida interior*, 1938, t. I, págs. 353 y sigs.

[2] O. c., núm. 146.

al igual que los primeros, ya que las mortificaciones corporales favorecen las internas, siendo de algún modo necesarias—si pueden practicarse—para frenar los sentidos, por eso vemos que todos los santos las practicaron, aunque en muy diverso grado.»

¿Cuál ha de ser la norma en esta materia? Según San Alfonso es la siguiente: «La mortificación interior es, ciertamente, la mejor, pero la exterior es también útil.»

De ahí que en la práctica debe exigirse a los penitentes, como lo más principal, la mortificación interna de las pasiones desordenadas: no responder, verbigracia, a las injurias (a no ser que a ello obligara un motivo superior), no comunicar a los demás lo que puede redundar en estima propia, ni mucho menos buscarla; ceder en las disputas para evitar la vanidad o el rencor, el deseo de las cosas de este mundo o la estimación personal y la propia voluntad. Ciertamente que estas mortificaciones interiores tienen principalidad.

Pero también la mortificación exterior es útil. A quien rechaza las penitencias, decía San Juan de la Cruz, no se le ha de prestar fe alguna, por más que haga milagros.

«El que no reprime la gula—afirmaba San Felipe Neri—jamás alcanzará la perfección.» «La disciplina puede ser diaria, la de sangre sólo una o dos veces al mes, decía San Alfonso [3] a las monjas. El sueño no pase de seis horas, pero no se reduzca a menos de cinco.» Hoy pondría siete en lugar de seis.

Las mejores mortificaciones son de carácter negativo: privarse, por ejemplo, de ver u oir cosas curiosas, hablar poco, contentarse con las comidas menos gratas al gusto o mal condimentadas, no acercarse al fuego en tiempo de invierno, elegir para sí las cosas más viles, alegrarse de que falten ciertas cosas incluso necesarias. En esto precisamente consiste la virtud de la pobreza. «La virtud de la pobreza, al decir de San Bernardo, no es la misma pobreza, sino el amor a la misma por imitar a Cristo.» No quejarse tampoco de las incomodidades de nuestro tiempo, del desprecio de sí mismo, de las persecuciones, de las molestias, enfermedades corporales. A través de tales contrariedades y renuncias se van puliendo las piedras de la Jerusalén celeste. Solía decir Santa Teresa: «*Creer que Dios admite a su amistad a gente amiga de comodidad es una locura.* Se ha de mortificar principalmente el *defecto predominante,* que es para el alma como un gusano roedor.»

[3] O. c., núm. 159.

Frecuencia de sacramentos y modo de recibirlos.

Las personas espirituales normalmente deben confesarse una vez por semana.

Respecto de la comunión hoy es frecuente la *comunión* diaria, que siempre producirá algún efecto recibida con intención recta y piadosa, según Pío X. Sería muy de desear que nos acercáramos a ella con *disposiciones* cada vez *más perfectas,* ya que normalmente cada comunión aumenta en nosotros la caridad; nos dispone, por consiguiente, para hacer mejor la

comunión del día siguiente, si no cayéramos en negligencia venialmente culpable.

«Dos clases hay de personas, según San Francisco de Sales [4], que deben comulgar frecuentemente: los perfectos y los imperfectos; los perfectos..., para conservar la perfección; los imperfectos, para que puedan adquirirla. Los fuertes, para que no se debiliten, y los débiles, para que se fortalezcan.» «Porque peco siempre—decía el Pseudo Ambrosio—debo siempre recibir la medicina» [5]. Y Santo Tomás enseña que «los pecados veniales son perdonados por el acto de caridad, que excita la comunión» [6].

¿Qué condición se requiere para una comunión ferviente? Un vivo y espiritual deseo de la Eucaristía, cuyo origen es la fe viva, la confianza y el amor a Cristo, aunque falte la devoción sensible.

Si alguien se acerca con estas disposiciones diariamente a la sagrada mesa, su comunión será siempre más fructuosa, como el movimiento de la piedra hacia el centro de la tierra es uniformemente acelerado.

En cambio, si en el que comulga lo que crece es el afecto al pecado venial, en ese caso la comunión diaria será menos fructuosa cada día, como el movimiento de la piedra lanzada hacia arriba es uniformemente retardado.

Finalmente, procure el director inculcar en sus penitentes la práctica de permanecer *en acción de gracias* un «tiempo notable» después de recibir la Eucaristía. No les suceda lo que a muchos sacerdotes que descuidan la acción de gracias.

[4] *Introducción a la vida devota*, II P., c. 21.
[5] *De Sacramentis*, IV P., c. 6, núm. 28.
[6] III, 79, 4.

La acción de gracias debe durar normalmente una hora íntegra, según San Alfonso [7] Hágase, al menos, durante media hora, durante la cual se ejercitará el alma en actos de amor. Dice Santa Teresa que después de la comunión Jesús está en el alma como en un trono de misericordia, para recibir nuestra acción de gracias cuando le decimos: «¿Qué quieres que haga?»

El Concilio de Trento recomienda encarecidamente la comunión espiritual, la cual, según Santa Teresa, es utilísima. No la dejéis nunca, dice; así manifestaréis cuánto amáis a Dios. «Comulgad espiritualmente tres veces por lo menos al día», decía San Alfonso a las monjas.

El director de incipientes deberá vigilar para *suprimir la negligencia en la oración mental*. Debe enseñar al alma incipiente la meditación de las verdades eternas y de la bondad de Dios como cosa muy necesaria para conservarse en gracia. El pecado mortal, en efecto, y la oración mental son incompatibles; o se deja la oración mental o se abandona el pecado [8]. El alma que persevera en la oración, declara Santa Teresa, la conduce Dios al puerto de salvación. En consecuencia, el demonio ni siquiera intenta impedir sus ejercicios, porque sabe con seguridad que no ganará al alma que se entrega perseverantemente a la oración. La oración es, como afirman los santos, el horno en que se enciende la llama del amor divino.

[7] L. c., núm. 155.
[8] San Alfonso. l. c., núm. 122.

Comience, pues, el director por llevar a la oración. «No señale al comienzo—observa San Alfonso—más de media hora, que podrá prolongar más tarde a medida que el espíritu se desarrolle. En cuanto a la materia, impóngale *la meditación de los novísimos,* en particular de la *muerte,* pues es muy útil a los que comienzan, según las palabras del Eclesiástico: «Recuerda en todos tus actos los novísimos y jamás pecarás» [9]. Medítese también la pasión de Cristo, pues es muy útil a todos. Es conveniente que se utilice algún libro, como solía hacerlo Santa Teresa.

Procurará el director que el incipiente elija la materia en la que experimente mayor devoción, debiendo detenerse más en aquellos puntos en que el alma siente el influjo divino, a fin de hacer actos *de fe viva.* Pero la meditación no debe durar todo el tiempo de la oración mental; el alma debe ejercitarse, dejando las consideraciones, en los actos de la voluntad de *humildad, confianza y amor* para con Dios, ofreciéndosele toda entera; porque, en efecto, la oración mental brota de las tres virtudes teologales—por las que nos unimos a Dios—y de la virtud de la religión inspirada por el don de piedad.

Finalmente, el alma debe pedir *la perseverancia en* la conformidad de su voluntad con la voluntad divina. Y para que la oración mental no resulte infructuosa hará el alma algún propósito particular, v. gr., evitar el defecto más frecuente y practicar la virtud en que se sienta menos fuerte.

El director deberá preguntar a sus penitentes si han cumplido o no estos consejos.

[9] *Eccli.,* VII, 40.

Cuando un alma ha puesto su confianza en la oración es muy difícil que después pierda a Dios. Por eso se ha de insinuar—la oración mental—incluso a los pecadores que tantas veces vuelven al pecado por falta de consideración y de amor de Dios.

¿Cuándo debe el director inculcar de un modo especial la oración mental? Cuando los incipientes padecen la desolación de espíritu en el tiempo de *sequedad espiritual,* que sucederá a todos como prueba necesaria de progreso.

Al comienzo, cuando el alma se da a la oración, suele Dios regalarla con especiales luces y consuelos sensibles. Son cosas útiles, siempre que el dirigido no caiga en *gula espiritual,* como sucede con frecuencia. Por eso acostumbra Dios a cerrar la fuente de consuelos sensibles para probar la fidelidad de estas almas y llevarlas a un amor más puro del dador de tales bienes y no sólo de los mismos bienes. Y la razón es que pronto sucederá el tiempo de sequedad espiritual. No es tampoco raro que en este momento permita Dios tentaciones contra las virtudes cuyo asiento es la sensibilidad—castidad, paciencia—para que el alma que resistiere generosamente conquiste nuevos méritos. Cuando esto dura mucho y hay verdadero progreso espiritual *se está atravesando por la purificación pasiva de los sentidos,* según San Juan de la Cruz [10], por la que el alma pasará como por una «segunda conversión» a la vía iluminativa de los aprovechados,

[10] *Noche obscura,* l. I, al principio.

donde comienza la contemplación infusa, cuya fuente es la fe viva iluminada por los dones del Espíritu Santo.

¿Qué debe hacer entonces el director? Vigilar con sumo cuidado para confortar a estas almas para que no omitan la oración o las comuniones que tenían por costumbre. Recuérdeles estas palabras de San Francisco de Sales: «*Más vale ante Dios una sola onza de oración en medio de desolaciones que cien libras en medio de consuelos*». Quien ama a Dios por el consuelo que le da ama más el consuelo que al mismo Dios; y, al contrario, quien ama a Dios y se adhiere a Él sin esas consolaciones demuestra tener un verdadero amor.

Tratando de incipientes conviene insistir *en la santificación de las acciones ordinarias*[11]. Debe ofrecer al comienzo del día su vida, acciones y contrariedades. Mucho favorece el *recogimiento casi continuo*, a fin de evitar la irreflexión, la vana curiosidad, la preocupación excesiva por las cosas exteriores y la disipación. San Francisco de Sales recomendaba a Santa Juana de Chantal que ofreciera a Dios todas las horas del día con una jaculatoria a su comienzo.

Lo mejor para esta santificación continua es una buena distribución de las ocupaciones diarias; así quedará tiempo suficiente para la Misa, la oración mental, lectura espiritual y visita al Santísimo Sacramento.

[11] Vide Saudreau: *Grados de la vida espiritual*, I, 88.

Las almas retardadas[12]

Sucede a veces que estos incipientes de que venimos hablando se retardan y jamás llegan a la vía iluminativa de los aprovechados por tres razones principales.

La primera es porque desprecian las cosas pequeñas en el servicio de Dios y no meditan las palabras del Señor: «El que es fiel en lo poco también es fiel en lo mucho»[13]. Así el religioso que guardare su Regla con escrupulosidad recibirá la gracia del martirio, si en una ocasión dada debiera sufrir la muerte por Cristo. «Lo pequeño—dice San Agustín—es, ciertamente, pequeño; pero muy grande es cumplir la ley divina continuamente en lo pequeño.» De este modo crece la significación de los pequeños deberes ordenados al último fin con espíritu de fe y amor de Dios. Si, pues, el incipiente desdeña lo pequeño en el servicio de Dios, poco a poco desdeñará lo grande: a lo grande se llega por lo pequeño. El año se compone de días; los días, de horas, y las horas, de minutos.

El alma negligente termina por no buscar a Dios, sino a sí mismo en todo lo que hace; no conservará ya la presencia de Dios. Por el contrario, el que es fiel en lo pequeño va comprendiendo poco a poco la gran significación sobrenatural de los pequeños deberes, y más aún, la de las grandes obligaciones.

La segunda razón es por no querer ofrecer a Dios

[12] Id., o. c., I, 50-54. Y en nuestra obra: *Las tres edades de la vida interior*, I, 625.
[13] *Lc.*, XVI, 10.

los sacrificios que les pide. «Si oyereis la voz de Dios no endurezcáis vuestros corazones.» Muchos quieren hacer alguna cosa externa para conseguir buena fama, pero jamás piensan en la santificación de su alma. Y «¿qué aprovecha al hombre ganar todo el mundo si él se pierde y se condena?» [14] El incipiente cae en ligereza mental y pereza espiritual. Lo que ata al alma a la tierra e impide su elevación a Dios es a veces un *tenue hilo* que nos liga a una cosa vana, inútil, por la sencilla razón de que causa placer. De donde dice la Sabiduría: «La fascinación de lo inútil corrompe el bien» [15].

La tercera causa de las almas retardadas es su inclinación a la «sonrisa burlona». Se ríen del virtuoso porque no pueden tolerar la superioridad de la virtud. Y así poco a poco pervierten su juicio sobre las cosas espirituales. Ya la Sagrada Escritura dice de los impíos: *«Se ríen de la sencillez del justo».* Pero es una burla sin importancia, a la que responde—castigo santo—la risa o ironía de Dios. Lo dice el salmo: *«El que mora en los cielos se ríe de ellos»* [16], de los impíos.

Desgraciadamente, muchos que empiezan se estancan por este motivo; y en adelante no serán ni *incipientes,* ni *aprovechantes,* ni *perfectos.* Sucede como en el orden físico: el niño que no crece no continúa siendo niño, sino un hombrecillo anormal, un enano.

[14] *Lc.*, IX, 25.
[15] *Sap.*, IV, 12.
[16] *Ps.* II, 4.

Capítulo XX

Dirección de los proficientes [1]

El director debe estar atento a las tres señales que, según San Juan de la Cruz [2], manifiestan el tránsito de la meditación discursiva a la contemplación infusa inicial, cuya fuente no es nuestro esfuerzo auxiliado por la gracia común, sino la fe viva ilustrada por los dones del Espíritu Santo, una inspiración especial del Espíritu Santo que consiste en la gracia operante, por cuyo influjo el alma [3], más bien que moverse a sí misma, es movida por el Espíritu Santo.

Esas tres señales son las siguientes:

Primera. El alma está en gran aridez sensible, no encuentra consuelo alguno ni en las cosas divinas ni en las creadas. Esta señal no basta por sí sola, ya que puede tener su origen en la melancolía. Sin embargo, en ella, cuando se da junto con las demás, aparece ya algún influjo del don de ciencia, que da a conocer la vanidad de las cosas creadas.

Segunda. A pesar de esto el alma *conserva un vivo*

[1] Vide nuestra obra *Las tres edades...*, I, 356. San Alfonso: *Praxis Confes.*, c. 9, II.
[2] *Noche oscura*, l. I, c. 9.
[3] I-II, 111, 2.

recuerdo de Dios, un vivo deseo de la perfección y un gran temor de retroceder en el servicio de Dios. Eso manifiesta que dicho estado no es efecto de melancolía o de tibieza. Se manifiesta el influjo del don de piedad y de temor de Dios.

Tercera. El alma no es capaz de hacer la meditación discursiva, sino que se inclina por una simple mirada afectiva hacia Dios. Es señal de que Dios comienza a iluminarla con una inspiración especial del Espíritu Santo. Y procede de una fe viva ilustrada por los dones de ciencia y entendimiento y, más o menos latentemente, del don de sabiduría.

Las almas que manifiestan estas tres señales se hallan en la «purificación pasiva de los sentidos», que es como una segunda conversión por la que abandonan la vía demasiado sensible por un amor más espiritual y generoso de Dios. Es *la crisis de la transformación espiritual.*

Algunos atraviesan generosamente esta crisis y entran en la vía iluminativa, que es, según San Juan de la Cruz [4], la «vía de la contemplación infusa». Otros son menos generosos y jamás llegan a la vía iluminativa de los proficientes, sino que se quedan como eternamente rezagados; por eso vuelven a veces a la oración discursiva, cuando no reciben la contemplación infusa, otros la reciben por un breve espacio.

¿Cuál es la dirección apropiada a las almas que atraviesan por la purificación pasiva de los sentidos?

[4] O. c., l. I, c. 14.

No deben querer, en primer lugar, *sentir* o tener nuevamente consuelos sensibles de los que ya fueron privados; por el contrario, han de ser purificados de la gula espiritual, del excesivo apego a tales consolaciones. Tampoco deben querer reanudar la meditación metódica discursiva, *cuando ésta ya se hace casi imposible.* Sería correr a *una* fuente cuando, en realidad, el alma ha llegado ya a *la* fuente de agua viva; sería—cual sucede en la lectura—contar las letras de las palabras, como los niños, cuando ya sabemos leer de un solo golpe de vista varias palabras juntas.

En segundo lugar, debe—el alma—*confiar en Dios,* no perder el ánimo ni abandonar la oración como una cosa inútil. La oración, al contrario, es ahora más fructuosa, siempre que el alma persevere en la humildad, abnegación y confianza en Dios. Es la vida superior que así comienza por esta *vía estrecha.* El alma se encuentra entonces en la dichosa felicidad de hacer actos, no remisos, *sino intensos,* de humildad, de fe, de esperanza, de caridad. Esta purificación pasiva se ha de atravesar *en la tierra con mérito,* o en el purgatorio sin él. Está en la vía normal a la santidad. Ha de confiar, pues, en Dios.

En medio de tal aridez debe el alma descansar en una noticia general y confusa de Dios y de su amor afectivo, practicando actos de confianza y amor de Dios. Es el término del discurrir y el «comienzo de la contemplación»; sin embargo, si llegare a faltarle esta noticia confusa y general de Dios deberá volver al pasado ejercicio de meditación sobre la vida y pasión de Cristo, principalmente, o la meditación lenta del purgatorio, según explica Santa Teresa.

Los proficientes, a su vez, *deben soportar pacien-*

temente las pruebas que acompañan este estado: tentaciones contra la castidad y otras contrariedades, como fracasos en sus intervenciones, pérdidas de la salud, oposición de los hombres.

Finalmente, el director de proficientes debe vigilar los defectos propios de los mismos [5]. Tales defectos son, unos, habituales; otros, actuales.

Los defectos habituales son por parte del entendimiento: distracción, vagar de Dios a las criaturas, adhesión exagerada al propio juicio, autoritarismo en la dirección de los demás, o el defecto contrario, excesiva indulgencia con los que oprimen a los débiles.

Por parte del afecto está el innato amor propio y una adhesión exagerada a los gustos espirituales.

Los defectos actuales son en el entendimiento: error en materia de espiritualidad sobre las visiones o revelaciones; y por parte del afecto: presunción, ambición, soberbia, arrogancia.

Estos defectos son tanto peores cuanto menos se conocen o tal vez se confunden con actos virtuosos, verbigracia, una ira santa, etc.

Para eliminar tales defectos es necesaria *la purificación pasiva.* Lo más íntimo de las facultades superiores necesita purificación causada por la luz del don de entendimiento.

[5] De ellas habla SAN JUAN DE LA CRUZ, o. c., caps. 7-8. Cfr. nuestra obra *Las tres edades...*, II, 469.

CAPÍTULO XXI

Dirección de los perfectos [1]

¿Cómo se realiza el tránsito de la vía iluminativa a la vía unitiva? A través de la noche oscura del espíritu, que es una nueva crisis espiritual o como una tercera conversión. El alma iluminada por el don de entendimiento comprende, por una parte, la grandeza de Dios, y por otra, nuestra miseria; así cuando Dios dijo a Santa Catalina de Sena: «Yo soy el que soy; tú eres la que no es». La luz del don de entendimiento hace patente la sublimidad de la santidad de Dios a la vez que todos los defectos, incluso los más pequeños, ocultos en el alma. El alma padece horrores; y esa luz espiritual del don de entendimiento, por ser demasiado potente, le parece ser tinieblas, como a la lechuza y otras aves nocturnas el sol esplendoroso.

Es el momento de las grandes tentaciones contra la fe, la esperanza y la caridad, porque el demonio quiere aprovecharse de esta oscuridad para arrastrar

[1] Véase SAN JUAN DE LA CRUZ, l. c. SAN FRANCISCO DE SALES: *Tratado del amor de Dios*, l. 9, caps. 3-16. SAN ALFONSO: *Praxis Confes.*, c. 9.

al alma a la desesperación. El alma siente entonces la necesidad de hacer intensos actos, que, además, son muy meritorios, de las tres virtudes teologales.

Se dan tres señales de esta purificación pasiva: *En primer lugar, el alma no tiene conciencia de haber cometido nuevas culpas,* pero no sabe si es digna de amor o de odio; siente suma aflicción porque no experimenta en modo alguno la ayuda divina.

La segunda señal es que el alma combate desde hace tiempo los pecados veniales deliberados, aun los más insignificantes: tampoco tiene inclinaciones a las cosas externas, es un signo de gran caridad, habitual al menos.

La tercera señal es la contemplación continua y amor sumo de Dios, a pesar de la aridez de espíritu. Es índice de una gran caridad actual. El alma se está disponiendo para una unión muy íntima con Dios.

¿Cuál ha de ser la dirección de un alma que pasa por la purificación pasiva del espíritu?[2]

Supuesta la conformidad de nuestra voluntad con la voluntad divina, *deben estas almas pedir a Dios humilde y confiadamente la perseverancia* en esta dolorosa noche; invocación a los santos, v. gr., a Santo Tomás, como Doctor de la verdad, para que les dé luz en medio de tantas tinieblas. El Santo Doctor ha escuchado muchas veces tales súplicas.

No debe atacar de frente las tentaciones, sino trascenderlas, volar más alto y pedir la gracia actual para superarlas. Debe pensar que esta lucha da mucha gloria a Dios y es, a la vez, muy provechosa para el alma.

[2] SAN JUAN DE LA CRUZ: *Noche oscura,* l. II.

Debe amar a Dios por pura amistad, adorando su divino beneplácito, diciendo con Job: «Yo espero la luz después de las tinieblas.» Así el alma llegará a un amor purísimo de Dios, privada de todos los consuelos, incluso los espirituales. Se asocia a la vida dolorosa de Cristo.

¿Cómo se ha de ayudar a estas almas, después de pasada esta purificación, máxime cuando Dios las llama *a una vida de reparación* por los pecadores? En este caso aún les dan mucho que padecer. Tal fue el caso de San Pablo de la Cruz, que, habiendo llegado a la unión transformativa a los treinta y un años de edad (debía vivir hasta los ochenta y uno y fundar la Orden de los Pasionistas, entregados a la vida de reparación), soporta dolores inexplicables durante cuarenta y cinco años, no para su santificación, sino para convertirse en un magnífico ejemplar de vida reparadora. En aquel entonces era común la frase: «De la vía de Pablo, líbranos, Señor.» Pero, no obstante, conservaba la mansedumbre y benignidad con todos.

Las almas reparadoras deben ser dirigidas de tal modo que lleguen a una perfecta conformidad con Cristo-Víctima[3]. Estas almas deberán *volver muchas*

[3] El P. L. DE BRETAGNE ha escrito un hermoso libro sobre el tema *La vida reparadora.* París, Librería San Pablo, 1934.

veces a la contemplación de la Pasión de Cristo y considerar los grandes pecados que hoy apartan las almas de Dios y llevan los pueblos al paganismo. Con este fin deben unir frecuentemente la oblación personal de todas las contrariedades cotidianas a la oblación de Cristo—siempre viva—como alma del sacrificio de la Misa. Cada vez tendrán un mayor conocimiento, y más profundo, del sacrificio de la Misa. Debe acudir también a la Santísima Virgen, la Corredentora, cuyo secreto influjo las llevará a una íntima comunión con Cristo.

Las almas reparadoras tienen, por lo común, contemplación infusa, procedente de los dones; de otra suerte no perseverarían en un camino tan difícil y doloroso. Pero muchas veces no saben que tienen esta contemplación espiritual a causa de la prolongada sequedad sensible y espiritual en que se encuentran. Al final se hallarán plenamente configuradas con Cristo crucificado y salvarán muchas almas. De este modo el apostolado por la cruz y la oración fecunda grandemente el apostolado doctrinal y la predicación de un modo oculto, conocido sólo por Dios y por los ángeles.

Normas que, según San Alfonso, se han de practicar en la dirección a la perfección[4].

1) *Confianza en Dios y desconfianza de sí:* desconfiar de sí mismo, de los buenos propósitos; pero pedir, con gran confianza en Dios, el auxilio divino

[4] *Praxis Confes.*

para vencerse, y cooperar haciendo lo que se pueda.

2) *Precaverse contra todo defecto deliberado, por mínimo que sea.* Porque el demonio, al decir de Santa Teresa, abre agujeros por las cosas más pequeñas por donde puedan pasar las grandes. Un solo hilo, decía, basta para atar al alma.

3) *No entristecerse demasiado a causa de los propios defectos.* Conviene humillarse al punto, acudir a Dios con un breve acto de contrición y procurar la paz.

4) *Huir la familiaridad* con personas de otro sexo, aunque fueran religiosas.

5) *Renunciar a la propia estima:* alegrarse en las humillaciones, alegrarse de corazón, en espíritu, al verse despreciado y burlado.

6) *Obedecer siempre a los superiores con docilidad* y prontitud.

7) *Procurar continuamente la presencia de Dios,* con propósito de agradarle en todas las ocasiones y amarle de corazón en las mismas contrariedades; buscar en todas las cosas su voluntad. No avanzará por las vías del espíritu el alma que no tenga este deseo, ni Dios le comunicará sus gracias especiales. No consiste el progreso, decía ya Santa Teresa, en procurar la mayor fruición posible de Dios, sino en hacer su voluntad.

8) *Amar mucho la oración, desear ardientemente el reino celestial que Jesús nos mereció con su sangre.*

En cuanto a las gracias extraordinarias—visiones, locuciones, revelaciones—se ha de poner en práctica lo que dice San Alfonso, citando a Santa Teresa[5]:

[5] Ib., núm. 144.

Por lo general, lo más seguro es que el director enseñe no se haga hincapié en ellas. Algunas serán verdaderas, pero muchas serán falsas. Son más las falsas que las verdaderas, y tanto más se apartará el alma de la humildad y de la obediencia—la vía más segura que Dios ha establecido—cuanto más ávidamente las desee. El director dirá prudentemente: «Pide a Dios te conceda el *éxtasis* total de las cosas terrenas y la enajenación de ti mismo, sin lo cual no llegarás nunca a la verdadera perfección.»

Finalmente, el director *debe humillar a las almas neciamente pertinaces, soberbias,* que molestan siempre a los otros. No se puede creer que estas tales almas reciban gracias especiales. Estos han de ser conducidos por la vía del temor de Dios.

Capítulo XXII

Discreción de espíritus

¿Qué significa «espíritu» en esta expresión? Un modo especial de juzgar, de amar, de obrar; es una inclinación *(propensio)* especial del alma, verbigracia, a la oración, a la penitencia, y, del lado opuesto, a la contradicción. Por eso hablamos de espíritu de contradicción o también de espíritu de insubordinación.

¿Que clases de espíritus distintos conoce la espiritualidad? Generalmente, se distinguen tres clases de espíritu: divino, diabólico, humano.

Espíritu divino: Es la inclinación interior del alma a juzgar, amar, querer y obrar *sobrenaturalmente;* así inclina a huir del pecado por la *mortificación de la carne y por la humildad* y a caminar a Dios por *la obediencia, la piedad, confianza y caridad.* ya sea afectiva, ya sea efectiva. Especialmente, pues, el espíritu divino se encuentra en las aspiraciones del Espíritu Santo, según cada uno de los siete dones.

Este espíritu divino está latente en los incipientes, más manifiesto en los aprovechantes y perfectos, como más dóciles al Espíritu Santo. Bajo la inspiración

del Espíritu Santo hay unidad en medio de la enorme diversidad de virtudes, dones y vocaciones: contemplativa, activa, apostólica.

Esta variedad de espíritu es la que distingue el espíritu de una determinada familia religiosa; ésta decae cuando se aparta de su propio espíritu y, por el contrario, se renueva cuando vuelve a él.

Espíritu humano o espíritu naturalista: Es la propensión a juzgar y a obrar de modo excesivamente humano, según las inclinaciones de la naturaleza caída que busca su provecho propio, *la propia utilidad;* es espíritu de egoísmo, de individualismo. La prudencia es considerada como una virtud necesaria para evitarse las incomodidades, más que como una virtud que tiende al bien honesto y dirige rectamente todas las virtudes morales. De este modo la mediocridad, en sentido peyorativo, se pone en lugar del justo medio de la virtud.

La mediocridad es un medio entre el bien y el mal; por utilitarismo se queda en el medio, para evitar, no por amor a la virtud, las incomodidades del vicio. Al contrario, el justo medio de la virtud es *medio y cumbre* entre dos vicios opuestos; así la fortaleza es medio entre la flojedad y la audacia temeraria. El medio de la virtud se va aquilatando a medida que progresan las virtudes; así el medio de la templanza infusa es más elevado que el de la templanza adquirida. La mediocridad, por otra parte, atenúa la elevación de las virtudes teologales como si necesariamente hubiesen de permanecer «en medio», como si el hombre pudiera excederse creyendo en Dios, esperando exageradamente en Él o amándole demasiado, como se puede exagerar el

amor a la patria cuando se la ama más que a Dios.

Este espíritu naturalista provoca la tibieza y termina en la acedía, desciende progresivamente por pecados veniales deliberados al pecado mortal. Sin embargo, este espíritu naturalista tiene a veces su lirismo, que se manifiesta en sentimentalismo o en un amor sensible no bien arraigado en la voluntad.

Pero desciende muy pronto de su lirismo romántico a la prudencia de la carne, a la estulticia que juzga de todo, aun lo más elevado, a través de lo más bajo, a través de las satisfacciones sensibles o de la soberbia [1].

Espíritu diabólico: Es la inclinación a juzgar, querer y obrar, según la perversa inclinación del diablo. Se manifiesta con claridad en los perversos en su soberbia, lujuria, ira; latentemente se manifiesta en otras almas en momentos de tentación. En toda alma predomina uno de estos espíritus; en los perversos, el espíritu diabólico; en los tibios, el espíritu naturalista y en los incipientes, desprendidos en los caminos del Señor, predomina el espíritu de Dios, aunque se mezcle a ratos el espíritu humano e incluso el diabólico.

Pero ¿qué significa la palabra «discreción» cuando se habla de discreción de espíritus? Es un juicio recto por el que se discierne cuál es el espíritu que anima a una persona determinada. La discreción de espíritus puede ser natural e infusa. Si es *adquirida* procede, a la luz de la teología moral, de la prudencia

[1] Véase SANTO TOMÁS, II-II, 55-56: *De prudentia carnis et de stultitia.* La *Imitación de Cristo,* l. III, c. 54: «Los diversos movimientos de la naturaleza y de la gracia».

adquirida unida con la prudencia infusa, más o menos perfeccionada por la inspiración del don de consejo.

Si es *infusa* es una gracia *gratis data,* de la que habla San Pablo a los corintios, la *discretio spirituum*[2] No es muy frecuente. Sin embargo, un director bueno, piadoso, virtuoso y prudente recibe con bastante frecuencia las gracias de estado y las inspiraciones del don de consejo, que puede reducirse de alguna manera—en cuanto se refiere al provecho del prójimo—a una gracia *gratis data.* Y claro está que también perfecciona la prudencia natural.

Principio fundamental en la discreción de espíritus.—Fue formulada por el mismo Cristo: «Por sus frutos los conoceréis», porque «un árbol bueno da frutos buenos... y un árbol malo no puede dar frutos buenos»[3]. Y los frutos son las virtudes y los dones del Espíritu Santo y los actos de éstos. El principio, pues, para formar juicio son las virtudes principales, en orden ascendente; la castidad y la mortificación, obediencia humilde, fe, esperanza y caridad. La aplicación a las tres clases de espíritus anteriormente señalados es relativamente fácil.

[2] *I Cor.*, XII, 10.
[3] *Mt.*, VII, 16-20.

Descripción de las señales del espíritu humano.

La descripción puede hacerse fácilmente por oposición al espíritu de Dios, señalando de pasada alguna diferencia con el espíritu del diablo.

El espíritu humano es una propensión a juzgar, querer y obrar naturalmente, no sobrenaturalmente. ¿Qué es aquí «lo natural», lo «humano» o «la naturaleza»? No se trata de la naturaleza considerada en sí misma, en cuanto es elevable al orden de la gracia, sino de la naturaleza caída y no regenerada por la gracia, o de la naturaleza herida que conserva, aun bajo el influjo de la gracia, las cuatro heridas como señales del pecado original muy agravadas por los pecados personales. Son heridas en vías de cicatrización, de cura, pero sin llegar a curarse plenamente en esta vida[4]

Son golpes infligidos a toda la naturaleza humana por el pecado original, imperfectamente sanados por el bautismo, ya que la concupiscencia permanece en los regenerados como motivo de lucha o ejercicio espiritual y para que vencida, por el hombre con la ayuda de Dios, le sea meritoria, afirma Santo Tomás[5]. Y así era conveniente no sucediera que

[4] Cfr. I-II, 85, 3: Tales heridas son: *En la razón* privada de su ordenación a la verdad, *la ignorancia* en lugar de la prudencia. *En la voluntad* privada de su orden al bien, *la malicia* en lugar de la justicia. *En el apetito irascible* privado de su orden a lo arduo, *la debilidad* en lugar de la fortaleza. *En el apetito concupiscible* privado de su orden a lo deleitable regulado por la razón, *la concupiscencia* en lugar de la templanza.
[5] III, 69, 3.

los hombres se bautizasen con el fin de suprimir las penalidades de la vida presente, y no por la gloria de la vida eterna. «Si padecemos con Cristo, somos coherederos suyos y con Él glorificados.»

Estas heridas se agravan por el pecado actual, que disminuye la propensión natural a la virtud, por aumentar la inclinación al mal. Por eso «por el pecado (incluso el venial en los justos) se obnubila la razón (máxime en las cosas prácticas), se endurece la voluntad, aumenta la dificultad de obrar el bien y se enardece más y más la concupiscencia» [6].

En consecuencia, *el espíritu de la naturaleza caída* o vulnerada inclina a la concupiscencia—*fomes peccati*—y más tarde a la pereza o flojedad en el apetito irascible; a la imprudencia y la astucia en el entendimiento. En una palabra, es el espíritu de amor propio o desordenado amor de sí mismo, de egoísmo. Espíritu de amor propio que, según Santo Tomás, inclina a las tres concupiscencias: de la carne, de los ojos y soberbia de la vida [7].

A su vez, estas tres concupiscencias llevan a los siete pecados capitales, que son cabeza de otros más graves aún: vanagloria, envidia, ira, avaricia, pereza (o acedía), gula y lujuria [8], pecados que, como observa San Juan de la Cruz [9], se dan también de cosas espirituales; así la gula espiritual o inmoderado deseo de consuelos sensibles buscados por sí mismos y no por Dios, la soberbia espiritual, etc.

Estos pecados capitales, a los que directamente

---

[6] Ib.
[7] I-II, 85, 3.
[8] I-II, 84, 4.
[9] *Noche oscura*, l. I, al principio.

inclina el espíritu naturalista, disponen para otros más graves: la incredulidad, la desesperación, el odio a Dios.

Así considerada la naturaleza vulnerada que habla Santo Tomás en nada difiere de la que considera la *Imitación de Cristo* [10]. Si quisiéramos, pues, describir el espíritu de la naturaleza en orden a la mortificación, a la humildad, a las tres virtudes teologales, habríamos de aplicarle la primera regla de la «discreción»: «Por los frutos se conoce el árbol».

El espíritu naturalista jamás mueve a la mortificación, ya sea interna, ya externa, ni *a padecer humillaciones.* La naturaleza, dicen los autores espirituales, no quiere morir, sino que busca en las mismas cosas de piedad el placer sensible—gula espiritual—, opuesto al espíritu de fe y al verdadero amor de Dios.

Surgidas las primeras dificultades o sequedades, el espíritu naturalista deja de avanzar, abandona la vida interior. Bajo un pretexto de apostolado, se entrega febrilmente *a una actividad enorme, externa y natural;* vive en la superficie del alma—no tiene bases—y confunde la caridad con la filantropía, el humanitarismo o el liberalismo. Se dan tres grados en este descenso naturalista: primero, impetuosidad natural; segundo, precipitación natural, y tercero, movimiento natural.

Si vienen la contradicción, la prueba, la naturaleza gime, no quiere, *se resiste* a llevar la cruz y cae poco a poco en la desesperación. El fervor ini-

---

[10] Lib. III, c. 54.

cial era sólo una débil llama de pajas súbitamente consumidas.

Tal espíritu es propiamente *el egoísmo*, con una indiferencia por la gloria de Dios y la salvación de las almas casi total. El amor de Dios y del prójimo no tiene primacía en el alma; el primer lugar es para el amor propio.

Este espíritu humano, natural, tiene sus propias teorías para justificarse, cuyo principio fundamental puede ser esto: *No hay que ser exagerado en nada*. Se han de evitar los excesos, sea en la austeridad, sea en la piedad; no estamos obligados a aspirar a la perfección mística. Sería *misticismo*. Si alguien, pues, leyere todos los días en privado un capítulo de la *Imitación*, para su provecho espiritual, sería inmediatamente calificado de *místico*. Es preciso, dicen, avanzar *por la senda común;* la *virtud está en el medio*.

Sin darse cuenta adulteran el principio. Su significado verdadero es *la virtud está en el medio entre dos vicios opuestos*, uno por exceso y otro por defecto, como la fortaleza, entre la debilidad y la temeridad. Pero claro está que *este medio* es la cima entre y sobre los vicios opuestos entre sí. El medio, en cambio, de que habla dicha teoría, es el medio de la tibieza, no entre o sobre dos vicios opuestos, sino que entre el vicio y la verdadera virtud se halla el medio inestable de la mediocridad, acercándose más al mal que al bien, más abajo de la línea media, como puede verse en la enumeración de notas para los chicos de escuela: Sobresaliente, bueno, notable, *mediocre*, suspenso, reprobado. Esta teoría es, pues, la teoría de la mediocridad, con apariencia

de virtud, ya que, si evita los vicios opuestos, no es por amor del bien honesto, sino por los inconvenientes del vicio, por ser un obstáculo a la propia comodidad y utilidad. Tal sucedía en el utilitarismo de Epicuro y Horacio. Se dice asimismo un espíritu mediocre, una obra mediocre, un vicio mediocre porque no es ni bueno ni malo.

En la práctica, la teoría de la mediocridad se resiste a admitir que *las virtudes teológicas no están en el medio esencialmente:* prácticamente, rechazan estas palabras de Santo Tomás: «No podemos amar a Dios *cuanto debe ser amado*, o creer ni esperar en Él cuanto se debe» [11].

Y, lo que es peor en dicha teoría, se ha de negar en la práctica la necesidad de ser dóciles a las inspiraciones del Espíritu Santo a través de sus siete dones.

Este espíritu naturalista se describe en la «Carta del Reverendísimo Padre Paredes, general de la Orden de Predicadores» en el año 1926, puesta al principio de las *Constituciones*, en los siguientes términos: «Aunque la santidad sea en el hombre un afecto de la gloria de Dios que obra en nosotros, supone, sin embargo, por nuestra parte, *un largo y laborioso proceso de purificación y transformación de todas las cosas que en nosotros hay*, hasta que *lleguemos por completo a despojarnos del hombre viejo*, depravado por los deseos de la carne, y *vestirnos*

[11] I-II, 64, 4.

del hombre nuevo, que ha sido creado según Dios en justicia y santidad de verdad. De aquí el espíritu de obediencia, de abnegación y sacrificio con que todos debemos guardar con exactitud y perseverancia todas esas observaciones.»

Por el contrario: «Toda condescendencia humana, toda pusilanimidad de espíritu, *toda concesión hecha en este punto a las consideraciones terrenas,* toda dispensa ilegítima, de las que no tienen base en las Constituciones, pueden considerarse como prevaricación de los superiores..., y por parte de los súbditos son una especie de apostasía de su estado, *una deserción de la obligación de santificarse* y de hacerse instrumentos útiles para llenar el sagrado ministerio. Condescendiendo de esa manera con nuestra flojedad, *se pondría de manifiesto que profesamos el estado religioso, no para conseguir en él el fin que Dios y la Iglesia nos señalan, sino para dar al problema de la vida presente una solución conforme a nuestros gustos,* asegurándonos en la religión la posesión de todas las cosas necesarias para la vida y proporcionándonos, además, más fácilmente comodidades de que quizá en el siglo no podríamos disfrutar.

Mas para que todas las observaciones regulares produzcan en nosotros los frutos de santidad que las Constituciones intentan, *no basta cumplirlos materialmente o en cuanto el cuerpo de la obra,* ni como quien no procura otra cosa que evitar la sanción prescrita en la ley o que han de imponer los superiores, ni buscando únicamente mostrarse irreprensibles ante los mismos, o considerando esas observancias como una práctica metódica a que uno se

ha acostumbrado en fuerza de la educación monástica y del hábito adquirido. Si nuestras observancias han de servirnos como medio apropiado para conseguir nuestra santificación (y preparación para el ministerio), es preciso que sean sobrenaturales en su principio o procedan, como de causa, de la gracia divina que les da ser sobrenatural.

Cuando falta este espíritu interior, centro y fuente de aquella vida sobrenatural, nada hay en nosotros que *no sea material y mecánico* y vacío de energía vital, «como campana que suena o címbalo que retiñe», según dice el apóstol, se enerva y queda destituída de todo mérito nuestra piedad personal, y nuestra acción común se ve privada de orientación y eficacia. Trabajamos y quizá nos movemos demasiado en nuestras ocupaciones; pero nuestra actividad no responde a la verdadera vida interior de fe, de esperanza y caridad, a una vida interna sólidamente informada por las virtudes morales, sino que es tan sólo como cierto conato producido por la necesidad externa de obrar o que obedece nada más que a motivos naturales, los cuales, como halagan las inclinaciones humanas, consciente e inconscientemente nos arrastran. Por falta de espíritu interior, que nos hace atentos para oír la voz del Señor, para recibir la luz del Señor, y dóciles al Espíritu Divino, que nos asocia a la acción de Dios, que nos santifica y santifica a las almas de nuestros prójimos, y nos concede el triunfo sobre nosotros mismos y a nuestro ministerio la victoria sobre los enemigos de la salud de las almas, ¡cuánto tiempo inútil y vanamente perdido! ¡Cuántos esfuerzos y cuántos sacrificios estériles! ¡Cuánta actividad gastada en balde!»

Por el contrario, donde el espíritu interior tiene fuerza produce frutos de auténtica santificación... Entonces nos es evidente cuál es el valor y virtud de la vocación religiosa. «Este espíritu interior se forma en nosotros por la práctica de los medios que propone la ascética religiosa; y se robustece y perfecciona por crecimiento espiritual en los diversos grados de la mística cristiana, como enseña el Angélico. Porque la mística es el complemento de la vida cristiana. Si en otro tiempo cundió algún error sobre este punto, si los yerros prácticos acerca de esta materia causaron grande daño a la verdadera piedad, hoy presenciamos la restauración de la verdadera doctrina tradicional, que abre a las almas sedientas de vida sobrenatural el camino para llegar al conocimiento de las realidades místicas.» En esta vida perfecta es donde se encuentra el espíritu de Dios causando la renovación de la vida.

Este espíritu humano se manifiesta principalmente por la tibieza en la celebración de la Misa; en el modo de rezar el Oficio con precipitación, casi mecánicamente; en la manera de entregarse al estudio por curiosidad, a la que sucede la pereza; en el modo de guardar, mejor dicho, de no guardar el silencio y demás prácticas regulares; en el modo imperfecto y casi nunca total de la obediencia, obediencia servil por respeto a la persona humana que manda o por el deseo de honores y dignidades, y no por reverencia a Dios.

La Misa, como antes hemos dicho citando a otros autores, al tratar de *la celebración* puede *ser celebrada dignamente* con espíritu de fe y piedad, o *leída con exactitud* más bien que celebrada, para

cumplir un oficio como un funcionario regular (eclesiástico)—como un funcionario cumple su oficio servil regularmente—, o es *despachada con precipitación* en veinte minutos o quizá menos, sin pizca de piedad y hasta con escándalo de los fieles en otros casos.

Celebrada del primer modo se hace con espíritu de Dios; en los dos últimos casos el espíritu naturalista es evidente. Es un tema en el que se ha de insistir en ejercicios a sacerdotes.

¿Qué pensaremos de este espíritu en la celebración de la Misa? [12]

La celebración cotidiana de la Santa Misa es muy conveniente a todos los sacerdotes. Primero: Porque todos los días se ha de ofrecer a Dios el sacrificio según los cuatro fines de adoración, petición, reparación y agradecimiento por las gracias recibidas.

Segundo. Por la comunión sacramental, en la que recibimos un pan «sobrenatural».

Tercero. Por la gran utilidad que se deriva para toda la Iglesia y para todos los fieles vivos y difuntos. Por lo demás, si el sacerdote celebra sólo de tarde en tarde defrauda su ministerio y es como si escondiera su talento en la tierra. No obstante, para celebrar diariamente requiérese una preparación digna.

¿Qué se ha de hacer en la duda, cuando no sabemos si la persona que dirigimos es movida or-

---

[12] Cfr. *Imitación de Cristo,* l. 4, c. 5: «Dignidad del Sacramento y del estado sacerdotal».

dinariamente por el espíritu bueno o malo? Para salir de la duda recurriremos:

Primero, a un examen del estado de la humildad en dicha alma; segundo, nos fijaremos en su mortificación; tercero, en su obediencia al director; el director orará a Dios para que le ilumine.

Compendiosa descripción de las señales del espíritu del mal.

El espíritu diabólico, como oposición al espíritu de Dios, atiza *el espíritu de soberbia* y luego lleva al alma a la intranquilidad y desesperación, por lo mismo que él pecó por soberbia y ahora permanece en constante desesperación y odio a Dios.

Para conocer, pues, este espíritu malo se ha de considerar su influjo respecto a la mortificación, humildad y obediencia, por un lado, y a las virtudes teologales, por otro. El espíritu del mal no siempre aparta de la mortificación—así se distingue del espíritu natural—, sino que a veces impele a una mortificación externa exagerada, visible a todos, la cual, a la vez que corrobora la soberbia, debilita la salud. Pero no incita a la mortificación interna de la imaginación, del corazón, de la propia voluntad y del propio juicio, aun cuando la estimule en cierto modo, inspirando escrúpulos en las cosas mínimas y laxismo en las de mayor importancia; sobre las principales obligaciones de estado inspira hipocresía: «Ayuno dos veces por semana» [13].

[13] *Lc.*, XVIII, 12.

Jamás impulsa a la humildad, sino que nos induce gradualmente a sobreestimarnos más de lo que es justo, más que a los demás, a que casi inconscientemente oremos como el fariseo: «¡Oh Dios!, te doy gracias de que no soy como los demás hombres... ni como este publicano» [14]. Esta soberbia espiritual va acompañada de una falsa humildad, por la que confesamos alguna de nuestras faltas, no sea que los demás nos echen en cara otras mayores, y para que nos tengan por humildes. Induce también a confundir la humildad con la timidez, hija de la soberbia y temerosa del desprecio. Asimismo, no impulsa a la obediencia, sino que, según las circunstancias, moverá a la desobediencia o al servilismo.

Respecto de la fe: El espíritu malo no inclina nuestra mente a considerar en el Evangelio lo más sencillo y profundo que contiene, v. gr., a rezar devotamente la oración dominical o los misterios del Rosario, sino a las cosas más extraordinarias, pábulo de la ostentación, como cuando dijo a Cristo: «Si Tú eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo, pues escrito está: A sus ángeles encargará que te tomen en sus manos para que no tropiece tu pie contra una piedra.» A lo que respondió Jesús: «También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios» [15].

De igual modo este espíritu del mal instiga a hacer aquello que no es según nuestra vocación, verbigracia, al cartujo a evangelizar a los infieles o al misionero la vida eremítica de los cartujos. En la

[14] *Lc.*, XVIII, 11.
[15] *Mt.*, IV, 6 y sigs.

liturgia inspira que no oremos según su ordenación, verbigracia, en el Viernes Santo debes orar como si fuera el día de Navidad, o viceversa. Mueve, además, a novedades dogmáticas como en tiempo del *modernismo*, a leer libros de los protestantes liberales, bajo pretexto de acomodar nuestra fe al pensamiento de los modernos. Por el contrario, si nuestra inclinación natural es por la tradición, nos lanza a un *arcaísmo inmoderado*, para provocar conflictos entre los católicos; así tentaba a los israelitas convertidos recientemente al cristianismo a volver a la ley mosaica. Contra esta tentación fue escrita la *Epístola a los hebreos:* «Exhortaos mutuamente, a fin de que ninguno de vosotros se endurezca con el engaño del pecado» [16]. Corrompe y adultera los dogmas, v. gr., el dogma de la predestinación en el calvinismo, cumpliéndose entonces el adagio: «La corrupción de lo mejor es la peor». El demonio conoce perfectamente este adagio; por eso se esfuerza por pervertir la fe sobrenatural. Sabe que nada peor existe hoy, que nada más peligroso y perjudicial que un *falso cristianismo*, en el que se guardan ciertas apariencias de cristianismo; él mismo trabaja a veces como un pseudocristo antes de que se manifieste como el anticristo. De aquí que el protestantismo, tal como existió en la mente de Lutero y Calvino (no en la de los protestantes que están de buena fe), es peor y más peligroso que el naturalismo, porque seduce más y abusa más de la Escritura; cierto que la admite, pero la utiliza mal.

El naturalismo práctico, convertido más tarde en

[16] *Hebr.*, III, 13.

teórico, nace muchas veces de las inclinaciones de la naturaleza caída, pero la perversa corrupción de los dogmas sobrenaturales, como en el calvinismo, proviene siempre del espíritu diabólico. La adulteración de la fe divina se parece al uso de un arma de gran precisión, no contra los enemigos, sino contra los hermanos propios y contra sí mismo; es un fratricidio y un suicidio. Así se explica en gran parte la historia de la seudorreforma en cuanto a su espíritu; y si aún existen muchos protestantes de buena fe es en cuanto ignoran el verdadero espíritu del protestantismo.

Respecto a la esperanza, el espíritu del mal trabaja para que la nuestra degenere *en presunción*, inspirando, v. gr., el deseo de llegar a la perfección de un salto, no gradualmente por pasos sucesivos, ni por la vía de la humildad y de abnegación. De esta suerte inspira cierta *impaciencia* contra nosotros mismos cuando nuestros defectos se ven demasiado, produciendo, en lugar de contrición, indignación, hija de la soberbia y contraria a la contrición. La presunción conduce a la desesperación cuando ve el hombre su incapacidad de llegar con sus propias fuerzas al fin intentado; el bien arduo se muestra como inaccesible, y nace la desesperación.

Finalmente, *en cuanto a la caridad*, el espíritu del mal alienta todas sus semejanzas, que son como falsos diamantes; así, aprovechando la variedad y diversidad de nuestras inclinaciones naturales, mueve a unos a una falsa caridad para con el prójimo, que no es sino sentimentalismo, humanitarismo, liberalismo, unidos a una indulgencia exagerada bajo el pretexto de misericordia y generosidad; o, por la

parte contraria, a otros moverá *a un celo de las al-* *mas,* según el cual querremos corregir siempre a los demás, y nunca a nosotros mismos, de modo que veremos la paja en el ojo ajeno no viendo la viga en el nuestro.

De aquí se sigue todo lo contrario a la paz: la discordia. El hombre dominado por este espíritu no puede soportar la contradicción; puesto en su personalismo, no ve nada que no sea él mismo, se coloca sobre los demás como la estatua sobre su base.

Si este hombre cayere en un pecado grave y manifiesto que no puede ocultar, surgirá entonces la indignación, perturbación, la desesperación.

Por consiguiente, si alguien tuviera gran devoción sensible en la oración y saliese de allí con el amor propio aumentado, estimándose sobre los demás, no obedeciendo a los superiores, sin sencillez frente a su director espiritual, sería manifiesto que el espíritu del mal está presente en esa devoción sensible. La carencia de humildad, de obediencia y de caridad fraterna es un signo de la privación del espíritu de Dios.

Señales del espíritu de Dios.

Se opone, claro está, a las señales del espíritu naturalista y del espíritu del mal.

El espíritu de Dios inclina *a la mortifcación externa;* por aquí se distingue del espíritu naturalista. Pero es una mortificación externa regulada por la prudencia y obediencia cristianas, y que no dirige

la atención a nosotros mismos ni debilita la salud. Nos enseña, además, que la mortificación externa vale muy poco si no existe la mortificación de la imaginación, de la memoria (para los daños que nos haya causado), del corazón, de la voluntad y juicio propios. Por aquí se distingue del espíritu del demonio.

Aún más: el espíritu de Dios inspira *la auténtica humildad,* la cual dispone a *la obediencia perfecta;* prohibe nos antepongamos a los demás; no teme el desprecio, calla las propias virtudes, aunque, si existen, no las niega, sino que se gloría en Dios.

El espíritu de Dios aumenta nuestra fe porque se arraiga sencilla y profundamente en el Evangelio y evita las novedades, siguiendo fielmente la tradición. Esta fe sobrenatural nos muestra al mismo espíritu de fe, ya que todo lo juzgamos a la luz de esta fe.

El espíritu de Dios corrobora la esperanza, preservándola de la presunción. Nos dirá, por ejemplo: Has de desear ardientemente el agua viva de la oración, pero no llegarás a ella sino por el camino de la humildad, de la abnegación, de la cruz. En consecuencia, el espíritu de Dios produce una santa indiferencia ante el éxito o fracaso humano.

El espíritu de Dios orienta el fervor de la caridad, da celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas, produce olvido de sí mismo. Por eso pensamos primero en lo que se refiere a Dios que en lo que mira a nuestra comodidad. Inclina al amor eficaz al prójimo. Él nos dirá: la caridad fraterna es el signo principal del amor de Dios. Impide el juicio temerario, el escándalo sin motivo. Inspira celo, pero un celo paciente, manso y prudente que

edifica con la oración y el ejemplo, sin irritar con reprensiones a deshora. El espíritu de Dios produce una gran paciencia en la adversidad, amor de la cruz y amor de los enemigos. Da la gran paz con Dios, con los demás, con nosotros mismos y no pocas veces el gozo interior

Si hubiera una caridad accidental, el espíritu de Dios nos habla de misericordia: «Los frutos del Espíritu, dice San Pablo, son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad» [17], junto con humildad y obediencia.

Si se trata, en cambio, *de un acto en concreto,* es más difícil discernir si vendrá de Dios. Pero si el alma, aun en estado de tristeza, ha orado, y recibe un profundo consuelo, es señal de que Dios la visita, siempre que este consuelo la lleve a la obediencia y a la caridad fraterna.

Se ha de distinguir entre el primer momento de la consolación del tiempo siguiente, cuando el alma juzgue tal vez por sí misma y conforme el amor propio de dicha gracia.

Sería presunción desear gracias propiamente extraordinarias, como revelaciones, locuciones internas; pero si el alma vive y persevera en humildad, en abnegación y recogimiento casi continuo no sería raro que reciba inspiraciones de cada uno de los siete dones del Espíritu Santo, a cuyo impulso se conciliará la sencillez y la prudencia, la humildad y el celo, la firmeza y la mansedumbre. Semejante

[17] *Gal.,* v, 22.

conciliación y armonía es una muestra excelente de espíritu de Dios.

A quienes Dios lleva realmente por caminos extraordinarios la separación, el silencio y la cruz son absolutamente necesarios; sólo pueden hacer sus manifestaciones a su padre espiritual; lo contrario es exponerse a un grande peligro de soberbia espiritual.

Especialmente peligroso es el espíritu que recibe multitud de revelaciones con apariencias de dogma y profecía, por estar muy expuesto a la ilusión. Tal vez la primera inspiración venga de Dios, a la que sucederá luego una interpretación humana más o menos errónea y generalmente excesivamente material. Finalmente, *el espíritu cuyos éxtasis y revelaciones no perfeccionan las costumbres y la vida, ni hace desconfiar al hombre de sí, es un espíritu iluso,* máxime si tales éxtasis impiden el cumplimiento del deber propio de estado y dan lugar a discordias.

Las señales, pues, del espíritu de Dios son: obediencia humilde, caridad fraterna, paz y gozo espiritual comunicativo.

Principios secundarios en la discreción de espíritu.

1) El espíritu de un hombre determinado tiene su manifestación sincera *en aquellas cosas que ha de hacer súbitamente sin poder reflexionar.* Cuando puede reflexionar puede engañar. Sin embargo, esta regla no se refiere a los movimientos totalmente indeliberados *(motus primo primi)* ni al pecado de fragilidad.

sino al acto suficientemente deliberado y grave que un hipócrita, sin embargo, no puede ocultar, como ocurrió a los fariseos después de la imprevista curación del ciego de nacimiento.

2) *Lo que piensa el corazón es patente en las tribulaciones.* De ahí que los buenos amigos no dejan de serlo el día de la tribulación, lo contrario sucede con los falsos, como ya dice la Escritura [18]. La tribulación es, por otra parte, el horno donde Dios prueba a sus elegidos, según se lee en el *Eclesiástico*: «El horno prueba los vasos del alfarero; la prueba del hombre es la tentación» [19] y tribulación. Y la Sabiduría [20]: «Dios los probó y los halló dignos de sí. Como el oro en el crisol los probó y le fueron aceptos como sacrificio de holocausto. Al tiempo de su recompensa brillarán y discurrirán como centellas en cañaveral. Juzgarán a las naciones y dominarán sobre los pueblos, y su Señor reinará por siglos». Pero esto exige tribulación, «la grande tribulación de los justos», en la que se manifiesta su longanimidad, su humildad, su mansedumbre, su perseverancia hasta el fin.

3) *El poder o mando descubre al hombre*, porque cuando el hombre conquista el poder y los honores debe regir y gobernar, cosa más difícil, extensa y conocida de todos que lo que realizaba en su vida privada. Debe, en efecto, demostrar sabiduría y prudencia, sin la mediocridad del oportunismo o utilitarismo, caridad con todos, justicia, firmeza en la co-

[18] *Eccl.*, VI, 8.
[19] *Eccl.*, XXVII, 6.
[20] *Sap.*, III, 1.

rrección de los malos y benevolencia en la ayuda a los fieles servidores [21]

Reglas particulares según las diversas circunstancias.

1) *En tiempo de desolación no se ha de permitir inmutación alguna*, sino que se han de sostener con firmeza y constancia los propósitos tomados en presencia de Dios. Esto se ha de aplicar principalmente cuando se tratare de una desolación pesada, provocadora de una amarga tristeza, que causa el espíritu del mal.

2) *En tiempo de desolación se ha de insistir más aún en la oración, examen y penitencia.* ¿Por qué? Porque el disgusto de las cosas espirituales nos aparta de la oración, del examen de conciencia, de la penitencia, y los contrarios se remedian con sus contrarios. Esta desolación, sea cualquiera la causa que la provoque, debe ser para nosotros ocasión de una virtuosa reacción y prontitud de alma para entregarse a Dios. «La adversidad llama al corazón del hombre para que conozca que está en el destierro y no ponga su esperanza en cosa alguna de este mundo» [22]. De esta suerte la tristeza mala se hace buena por la oración.

3) *El espíritu malo nos engaña en cuanto atrae nuestra alma con apariencias del bien* y luego induce

[21] Véase SANTA CATALINA DE SIENA: *Diálogo*, donde trata de los buenos y malos rectores.
[22] *Imitación de Cristo*, l. I, c. 12: «Utilidad de la adversidad».

e instiga al mal. Es propiamente la seducción. Aún más, el demonio a veces se transfigura en ángel de luz; y con el pretexto de mejoramiento nos retrae de los caminos del Señor, haciendo que deseemos más la comodidad que la santidad. De ese modo el espíritu malo provoca divisiones, turba la paz y siembra la discordia.

4) *Si alguien se entristece al sentirse despreciado es señal de espíritu imperfecto, si no malo.* Mala señal es que pierda el ánimo al verse preterido, máxime si sucede en los que se creen muy favorecidos con dones de Dios, porque los verdaderamente favorecidos no sólo se gozan de los dones y favores, sino de las mismas miserias y desprecios, conforme a las palabras del Apóstol a los corintios: «De mí mismo no he de gloriarme si no es de mis flaquezas... para que habite en mí la fuerza de Cristo. Por lo cual me complazco en las enfermedades, en los oprobios, en las necesidades por Cristo» [23]. Por lo cual dirá San Agustín: «Mientras el filósofo enrojece en el desprecio, el apóstol halla en él su tesoro» [24].

El espíritu, pues, que se resiste al desprecio no es un espíritu perfecto, como el espíritu que rechaza la abnegación no es de sólida virtud. En efecto, todas las virtudes en cuanto son conexas deben crecer a la vez.

Consecuencias prácticas.

1) El espíritu de mucha penitencia, pero de poca obediencia, es imperfecto; de alguna manera impulsa al mal, por estar muy apegado a la propia vo-

23 *II Cor.*, XII, 5-10.
24 Sermón, 160.

luntad; hace muchas cosas, pero no es movido por el amor de Dios, lo cual se ve porque no aumenta la obediencia humilde que muestra la conformidad con la voluntad de Dios.

2) *No es bueno el espíritu paradójico*, es decir, el que juzga habitualmente al margen o contra la estimación común de los prudentes; es como exótico, artificial y tiene más de hinchazón (soberbia) que de virtud.

3) *Malo es también el espíritu que mueve a lo extraordinario y habla de ello con agrado y sin discreción.* Y la razón es que, aumentando todas las virtudes simultáneamente en cuanto que están conexas, Dios no mueve a lo grande, a no ser inspirando a la vez una grande humildad; de ese modo la magnanimidad dista mucho del ímpetu de la presunción. Por el lado opuesto está lo que es propio del demonio: instigar a cosas grandes, curiosas, singulares, prodigiosas, insólitas, que causan admiración y estupor, con el fin de ganar fama de santidad.

Lo mismo sucede cuando alguien, *sin estar sólidamente fundado en la humildad y obediencia*, se entrega a una vida extraordinaria de oración y penitencia con el pretexto de imitar a los santos en lo que es más bien objeto de admiración que de imitación.

En efecto, la construcción del edificio espiritual no puede comenzarse por el tejado, como tampoco puede volar el ave antes de que le nazcan las plumas. Lo mismo sucede al alma; si se la viere, pues, volar no sería más que un simulacro de vuelo o elevación, una vana y peligrosa exaltación.

Conclusión

Por lo dicho se desprende *que el espíritu de Dios se manifiesta principalmente en la obediencia humilde y en la caridad fraterna,* que ama al prójimo por Dios. La obediencia humilde no viene del espíritu naturalista, que no inclina a la humildad, ni del espíritu malo, que es espíritu de soberbia y desobediencia; muy al contrario, manifiesta, aun en los detalles mínimos, una conformidad en aumento con la voluntad de Dios.

La caridad fraterna es la mayor señal del progreso del amor de Dios, conforme dice el Señor por San Juan: «*En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros*»[25]. La caridad fraterna es el termómetro sensible de nuestra unión con Dios, pues nuestra caridad aparece sensiblemente cuando hay que ayudar al prójimo, máxime si es difícil y exigente. Si a pesar de esta dificultad le amamos, es señal de que hacemos el bien por Dios y que al mismo tiempo nuestra caridad para con Dios aumenta. La caridad, en efecto, es una virtud infusa única, no doble, cuyo objeto principal es Dios, y el prójimo su objeto secundario. El amor visible al prójimo manifiesta el amor invisible a Dios y lo distingue del sentimentalismo.

---

[25] *Io.*, XIII, 35.

Por consiguiente, si un alma o una comunidad observa y progresa en obediencia humilde y caridad fraterna es señal de que aumenta en ellos el amor de Dios. Si, pues, le faltare a esta alma inteligencia natural o energía física, las suplirá Dios por las inspiraciones del don de consejo y de fortaleza.

Recapitulación

Cuatro son, según la enseñanza común y óptimamente explicada por San Alfonso [26], los oficios que debe practicar un buen confesor: *de padre, de médico, de doctor y de juez.*

En primer lugar, para que oiga bien las confesiones es preciso que haga bien las suyas propias, como para mandar bien es preciso obedecer primero.

Como padre, el confesor debe poseer integridad de vida sacerdotal, sabiduría, juicio maduro; debe estar lleno de caridad, recibir benignamente a todos, ya sean pobres, rudos o grandes pecadores. Debe recibirlos sin impaciencia, con mansedumbre y benevolencia verdaderamente paternal, diciéndoles, verbigracia: «Abre, hijo, confiadamente tu alma; no tengas miedo. Dios te perdonará con toda certeza todos tus pecados, si tienes buena voluntad; te ha esperado para perdonarte». Así debe hablar para que el penitente pueda decir: «He encontrado un verdadero padre».

Como médico, debe tener prudencia sacerdotal para poder interrogar con acierto por el origen de los males y dar los remedios proporcionados, para que prevenga al enfermo (pecador) contra los peligros futuros y le amoneste a rechazar las ocasiones, o restituir, y otras cosas semejantes.

[26] *Praxis Confes.*, c. 1.

Como doctor, debe poseer un conocimiento suficiente de la Teología, *hasta el punto de tener siempre ante los ojos los grandes misterios de la salvación, de la Encarnación redentora, de la consecución de la vida eterna y el evitar la condenación.* Que considere los dos supremos preceptos del amor de Dios y del prójimo que desde arriba ilustran el Decálogo y todas sus aplicaciones; por eso no ha de haber confesor que abandone el estudio de la teología moral y en particular lo referente a «casos» y censuras más frecuentes.

Como juez, a veces deberá interrogar, por ser necesario, para la integridad de la confesión y formarse el juicio de dar o negar la absolución. Para esto es menester que juzgue rectamente de la gravedad de los pecados, de sus especies y de la suficiente atrición del penitente. Debe asimismo imponer una penitencia proporcional, pero que no exceda las fuerzas del penitente.

Todo esto exige numerosas virtudes: espíritu de fe, de confianza en Dios, grande caridad, prudencia sacerdotal, justicia, fortaleza e incluso probada castidad para poder auxiliar a aquellas personas que tantas veces caen en la lujuria. Requiérese, además, para perseverar en el ministerio, celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. De otra suerte el confesor quebrará ante el cansancio y puede llegar hasta el aburrimiento en el trato de las almas.

Es, pues, muy necesaria una caridad grande y un auténtico celo apostólico, como repite tantas veces San Alfonso en su hermoso *Homo apostolicus* [27].

[27] Trat. 16 y 21.

CONCLUSION DEL LIBRO

A través de los principios de discreción de espíritus es cada vez más evidente lo que ya hemos dicho en el libro: que el sacerdote, por razón de la ordenación y por el fin a que se dirige—*a celebrar santa y cada vez más santamente el sacrificio de la Misa* y a santificar a las almas—, debe tender a *una unión más íntima cada día con Cristo Sacerdote y Víctima*, siguiendo el ejemplo de los sacerdotes santos que han recibido el honor de los altares.

Todo sacerdote, además, debe obrar como otro Cristo, unido con Cristo en el misterio de la predicación de la palabra divina—para que sea verdaderamente fructuosa—y en el ministerio de la *confesión y dirección* de incipientes, aprovechantes o perfectos. Sólo así se manifestará más y más en él *la dignidad de nuestro sacerdocio y su fecundidad* en toda clase de bienes. Así trabajará eficazmente en la salvación eterna de las almas y predicará con fruto el Evangelio en un mundo que se inclina nuevamente al paganismo y utilitarismo, para que las almas que se han de salvar «tengan vida y la tengan en abundancia».

I N D I C E

Págs.

Págs.

Págs.

TERCERA PARTE

LA ACTIVIDAD DEL SACERDOTE

SECCIÓN I. MINISTERIO DE LA PREDICACIÓN DE LA PALABRA DIVINA

Págs.

SECCIÓN II. DEL MINISTERIO DE LA CONFESIÓN Y DIRECCIÓN

NIHIL OBSTAT: FR. THEOPHILUS URDÁNOZ, O. P., S. TH. DR., FR. CANDIBUS ANIZ, O. P., S. TH. DR. IMPRIMI POTEST: FR. ANICETUS FERNÁNDEZ, O. P. PRIOR PROVINCIALIS. IMPRIMATUR: FR. FRANCISCUS, O. P., EPISCOPUS SALMANTINO. SALAMANCA, 22 DE MAYO DE 1954.

NIHIL OBSTAT: DR. VICENTE SERRANO. MADRID, 3 DE SEPTIEMBRE DE 1955. IMPRIMASE: JUAN, OBISPO AUXILIAR Y VICARIO GENERAL.

ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN BOLAÑOS Y AGUILAR, S. L., DE MADRID, EL 16 DE ABRIL DE 1962.